

A person with long dark hair, wearing a white coat, is seen from behind, walking away into a misty forest. The trees are tall and thin, and the ground is covered in fallen leaves. The overall atmosphere is somber and mysterious.

DÉJAME MORIR

ALBERTO MENESES

Contents

[Título y autor](#)

[Créditos](#)

[Título](#)

[VIERNES 3 DE JULIO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[SÁBADO 4 DE JULIO](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[DOMINGO 5 DE JULIO](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[LUNES 6 DE JULIO](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

29

30

MIÉRCOLES 8 DE JULIO

31

32

33

VIERNES 10 DE JULIO

34

35

36

37

38

DOMINGO 12 DE JULIO

39

MARTES 14 DE JULIO

40

41

42

MIÉRCOLES 15 DE JULIO

43

44

45

46

JUEVES 16 DE JULIO

47

48

49

50

51

VIERNES 17 DE JULIO

52

53

54

55

56

57

DOMINGO 19 DE JULIO

58

59

60

LUNES 20 DE JULIO

61

62

63

MARTES 21 DE JULIO

64

65

MIERCOLES 22 DE JULIO

66

67

68

69

70

71

JUEVES 23 DE JULIO

72

VIERNES 24 DE JULIO

73

74

75

76

SÁBADO 25 DE JULIO

77

78

79

DOMINGO 26 DE JULIO

80

81

82

83

MARTES 28 DE JULIO

84

85

86

87

[Después de la lectura](#)

[Contacto con el autor](#)

[Otras obras del autor](#)

[Mundo sin futuro](#)

[Pack Trilogía Centauri](#)

[Destino Orión](#)

[Pack El ocaso de los dioses](#)

[Muerte Negra](#)

[Cuerpo de Asalto](#)

[Diario de un mundo sin futuro](#)

[Inundación: El Despertar](#)

[Notas](#)

DÉJAME MORIR

ALBERTO MENESES

DÉJAME MORIR

©Alberto Meneses, 2019
Todos los derechos reservados

Esta obra está protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual.
Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento,
salvo autorización expresa de su autor.

Diseño portada y maquetación: Alberto Meneses
<http://www.albertomeneses.es>
alberto.meneses@hotmail.es

Versión 1.0: julio, 2019

DÉJAME MORIR

VIERNES 3 DE JULIO

1

El cielo estaba cubierto de nubes grises que amenazaban lluvia, aunque eso no era lo que más le inquietaba. Había algo en el ambiente, algo frío y oscuro. Algo que le helaba la sangre. No sabía cómo explicarlo pero conforme caminaba por aquel camino sintió que el miedo le invadía. Más que invadirle era como si se estuviese adentrando en él.

Su mirada se clavó en la vegetación que había a su izquierda, en las varas verdes y altas de bambú que para nada encajaban con aquel entorno. Avanzó por el camino cubierto por hierbas altas y verdes, y algunas hojas secas que crujieron bajo sus pies, aunque apenas escuchó su sonido. El ruido de los coches cercanos lo impidió. Al alzar la mirada vio un puente enorme, a unos veinte metros de altura, por el que parecían circular decenas de vehículos a la vez.

Continuó avanzando por una especie de túnel formado por árboles, un pasillo flanqueado por una espesa vegetación que casi no dejaba pasar los rayos del sol, hasta que llegó a una casa. De inmediato su respiración se cortó.

Era una pequeña vivienda de dos plantas, construida en piedra y ladrillo. Estaba escondida entre la vegetación que la rodeaba, tanto por los laterales como por la parte de atrás. La fachada tenía dos ventanas con reja en la planta baja, una más grande que la otra, y otras dos en la planta superior, aunque lo que llamó su atención fue la puerta de madera. No porque fuese muy diferente a cualquiera que hubiese visto antes, sino porque presentía que el mal se ocultaba al otro lado.

Un intenso deseo de salir de allí corriendo se apoderó de él, aunque fue incapaz de mover los pies. Era como si los tuviese clavados al suelo y su cuerpo estuviese paralizado. Entonces la puerta se abrió sola, muy despacio, mostrando una oscuridad aterradora que parecía atraerle hacia el interior. Había algo allí dentro que le llamaba, que tiraba de él, y a lo que no podía

resistirse. Sus piernas se pusieron en movimiento, acercándole a la puerta poco a poco, mientras el miedo se apoderaba de él. Intentó resistirse, retroceder, pero su cuerpo no le obedecía.

Estaba a punto de entrar en la casa cuando un grito desgarrador, procedente del interior, lo inundó todo. Un sonido agudo que atravesó sus oídos y paralizó los latidos de su corazón. Era el grito de una mujer sufriendo un dolor extremo y hacia el que se dirigía sin poder hacer nada por evitarlo.

Hasta que una mano se posó en su hombro.

Roberto abrió los ojos y trató de apartar la mano que tocaba su hombro. Tardó unos segundos en darse cuenta de que ya no estaba en aquel oscuro camino, sino en un lugar donde la luz del día casi le cegaba.

—¿Estás bien? —escuchó una voz familiar a su lado.

Al mirar a su izquierda vio a su compañero, el cabo Hinojosa, aunque le costó varios segundos reconocer el entorno. Estaba sentado en el asiento del acompañante de un vehículo aparcado en la calle de una urbanización de chalés.

—¿Rober, estás bien? —repitió Hinojosa—. Estabas dormido y, por cómo respirabas, creo que tenías una pesadilla.

—Sí, estoy bien —acertó a responder—. No es nada.

—¿Otra vez el mismo sueño?

—Sí.

—¿Esta vez pasaba algo diferente?

—La puerta se abría.

—¡Joder! ¿Y que había dentro?

—Nada.

—¿Nada? —preguntó sorprendido Hinojosa.

—Sí... no lo sé, me desperté antes de verlo.

—Esto es muy raro, tío.

—No empieces otra vez —se quejó Roberto—. Solo es un sueño.

—La última vez que tuviste un sueño parecido detuvimos a una asesina en serie.

—No era una asesina en serie —le corrigió— y lo que pasó hace dos años en Asturias no tiene nada que ver con esto.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro —mintió de manera convincente. Aunque este sueño era

muy diferente al que le había ayudado a atrapar a una asesina dos años atrás, había algo que ambos sueños tenían en común: se habían repetido durante siete días seguidos.

—¿Cuánto tiempo más tendremos que quedarnos aquí?

—Espero que no mucho —respondió mirando su reloj y agradecido de que Hinojosa cambiase de tema. Eran las siete de la tarde—. La orden de detención no debería de tardar mucho más. ¿Ha salido alguien de la casa?

—Nadie desde que su mujer lo hizo a las cuatro y media. ¡Menudo aburrimiento! Al menos tú has tenido suerte y has podido echar una cabezada.

—¿Te aburre este trabajo?

—Cuando me pediste que viniese a Madrid para trabajar contigo no esperaba que fuese tan aburrido, la verdad.

—Anda, no te quejes tanto —replicó Roberto—. Sabías al venir que la mayor parte de nuestro trabajo sería conseguir información que nos llevase a detenciones como esta.

—Sí, pero míranos. Llevamos todo el día metidos en este coche.

—Solo desde las dos de la tarde. No exageres.

—Ni siquiera hemos podido comer algo decente —protestó Hinojosa señalando la bolsa de papel del *Burger King* que reposaba sobre el salpicadero—. ¿Por qué tenemos que realizar labores de vigilancia?

—Porque llevo meses reuniendo pruebas para detener a este cabrón y no quiero que se me escape en el último momento. Esta mañana regresó de viaje y no quiero arriesgarme a que se vuelva a marchar antes de detenerlo.

—Ya hay dos patrullas vigilando la casa, una aquí y otra en la parte de atrás. No se va a escapar. Además, podíamos haber comido tranquilamente en un restaurante y venir a detenerlo cuando la orden estuviese firmada. O cuando ya lo hubiesen detenido.

—Pensé que te haría ilusión detenerle tú mismo.

—Sabes que sí —dijo Hinojosa apretando los dientes—. Si vine a trabajar contigo fue porque me encanta detener a los políticos que se saltan la ley. Lo que digo es que es un aburrimiento estar aquí sentados.

—No desesperes. El juez no puede tardar mucho más en firmar la orden de detención.

Como si se tratase de una premonición, su teléfono móvil comenzó a sonar.

—Dígame, mi comandante —respondió Roberto a la llamada.

—La orden de detención ya está firmada —escuchó la voz del comandante Varela al otro lado de la línea—. Podéis proceder.

—A la orden.

Roberto colgó el teléfono y sonrió.

—Vamos a por él.

—¡Joder, ya era hora! —celebró Hinojosa.

Bajaron del coche y, tras ponerse el chaleco amarillo fosforito con las letras «UCO» a la espalda, se dirigieron a la entrada del chalé, a la vez que lo hacían los dos agentes que esperaban en el coche patrulla aparcado detrás de ellos. La casa estaba rodeada por un muro de tres metros de altura que la mantenía a resguardo de ojos indiscretos, por eso Roberto pulsó el botón del telefonillo situado a un lado de la puerta metálica que daba acceso al interior de la finca. Un poco más allá había un portón para el acceso de vehículos.

—No sabes las ganas que tengo de ponerle las esposas a ese cabrón — afirmó Hinojosa con una amplia sonrisa reflejada en el rostro—. Pienso sacarle a rastras para que todo el mundo le vea.

—No te vengas arriba. De lo que hagamos ahora dependerá que luego en el juicio le condenen o no.

—¿Qué quieres decir?

—El abogado defensor aprovechará cualquier defecto de forma o cualquier error que cometamos para usarlo en el juicio contra nosotros. Tenemos que ser muy rigurosos.

Al ver que nadie respondía al timbre, volvió a apretar el botón, esta vez con más insistencia.

—Tal vez se ha escapado por la calle de atrás —sugirió Hinojosa.

—Lo dudo. La patrulla que tenemos en esa calle nos habría avisado. Tiene que estar dentro.

Pulsó por tercera vez el botón del telefonillo y en esta ocasión una voz femenina respondió.

—¿Sí?

—Venimos a ver al señor Cuesta.

—¿De parte de quién?

—Cabo Fuentes, de la UCO.

—¿De la qué?

—De la Guardia Civil, señora. ¿Nos puede abrir, por favor?

La puerta se abrió al momento y entraron en la finca, recorriendo el camino de piedra que llevaba hasta la puerta de la casa. A su derecha vieron un aparcamiento en el que estaba aparcado un Jaguar color negro.

—Su coche sigue aquí —dijo Hinojosa señalándolo.

Llegaron a la puerta del lujoso chalé de dos plantas justo cuando se abría. Una mujer de unos cuarenta años, con el pelo rubio y ojos azules, les saludó.

—Buenos días, señor está en despacho —dijo con un claro acento extranjero, de algún país del este—. Esperen aquí hasta que yo avise.

—Esperaremos dentro, si no le importa —pidió Roberto dando un paso al frente. La mujer se apartó y dejó que, tanto ellos dos como los dos agentes de uniforme que les acompañaban, entrasen al interior de la vivienda.

—Yo vuelvo ahora —aseguró la mujer dándoles la espalda.

Llevaba puesto el típico vestido de sirvienta de color oscuro, con falda por debajo de las rodillas y un mandil blanco anudado a la cintura. Atravesó el amplio recibidor, moviendo las caderas y dejando a su izquierda la escalera que llevaba al piso superior, hasta llegar a la puerta situada al fondo de un estrecho pasillo.

—¡Menudo bombón! —exclamó Hinojosa—. ¡Qué suerte tienen estos cabrones con pasta! Ya me gustaría a mí tener una criada así.

—No es una criada, es una empleada del hogar.

—Pues que se olvide de ella cuando esté en la cárcel. Allí dentro la única vez que oirá la palabra «señor» será cuando Dimitri le pida «al señor» que se baje los pantalones y apoye las manos en la pared.

Roberto soltó una leve carcajada que se cortó de golpe cuando escucharon un grito de terror. La criada, que había abierto la puerta situada al fondo del pasillo, retrocedía cubriéndose la cara con las manos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roberto mientras corrían hacia ella.

La criada se volvió hacia él con los ojos llenos de lágrimas.

—El... señor.

Roberto pasó a su lado y entró en el despacho, aunque tuvo que detenerse cuando apenas había dado dos pasos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hinojosa a su espalda.

—El cabrón se ha ahorcado.

3

Luis Cuesta Montesinos estaba colgado de la lámpara que había en el centro del despacho, por un trozo de cuerda de escalada.

—¡Demasiado barato lo ha pagado el cabrón! —comentó Hinojosa con rabia.

—Hay que avisar al comandante Varela para que nos mande más gente —dijo Roberto sacando su teléfono móvil del bolsillo.

—Y acordonar la zona. Esto se va a llenar de periodistas en cuanto la noticia salga a la luz.

—De periodistas y de lo que no son periodistas.

—¿Qué quieres decir?

—Sus compañeros de partido serán los primeros en venir y seguro que nos acusan de haberle acorralado hasta el punto de obligarle a suicidarse.

—¿Obligarle? ¡Pero si era un ladrón y un sinvergüenza! Debería haber pasado el resto de su vida en la cárcel.

—Lo sé, pero eso no lo van a decir. Dirán que nuestras acusaciones eran falsas y, sin un juicio en el que condenarle, tratarán de que todo se olvide.

—Espero que no sea así.

—Y yo —aseguró Roberto mientras seleccionaba en la pantalla de su teléfono móvil el número del comandante Varela.

—¿Lo tenéis? —fue lo primero que le preguntó al responder a la llamada.

—Me temo que no, mi comandante. Luis Cuesta se ha suicidado.

—¿Cómo dices?!

—Se ha colgado de la lámpara de su despacho. Está muerto.

Tras varias exclamaciones de rabia, Varela recuperó la compostura.

—No quiero que te muevas de ahí.

—No tenía pensado hacerlo.

—Te mandaré a los de Criminalística y avisaré al juez para el

levantamiento del cadáver. Que nadie entre en el despacho hasta que lleguen ellos.

—No hay problema.

—Yo me ocupo de todo lo demás. Nos vemos ahí en media hora.

Roberto guardó el teléfono y miró a su compañero.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó este.

—No le ha hecho mucha gracia la noticia.

—¡Normal! Detenerlo habría sido un punto muy importante para nosotros.

—Procuremos que ahora no nos estalle todo en la cara. Hay que acordonar la zona lo primero.

—Yo me encargo con las dos patrullas que tenemos.

—No creo que tarden en llegar muchas más.

Hinojosa salió del despacho, mientras Roberto se quedaba dentro, plantado a dos pasos de la puerta y a unos diez del cadáver. Sabía que debía abandonar el lugar para no alterarlo, pero antes decidió echar un vistazo a su alrededor. La ventana del despacho estaba abierta y una ligera brisa hacía moverse la cortina enviando rayos de sol al interior.

Lo primero que le llamó la atención fue la silla que estaba tirada en el suelo, justo debajo del cadáver. Todo parecía indicar que se había subido a ella para poder pasar la cuerda por el cuello y luego la había tumbado de una patada. La preciosa lámpara de araña, formada por cientos de cristales con forma de diamante, había soportado muy bien su peso, que calculó andaría por los setenta kilos.

Luis Cuesta tenía el pelo oscuro y la piel bronceada, aunque ahora su rostro presentaba un amoratamiento bastante evidente. Esa imagen deslumbrante de político triunfador a sus cuarenta y cinco años había desaparecido por completo. Tenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo y la cabeza ladeada hacia el hombro derecho. De su cuello colgaba una fina cadena con una medalla de plata. Supuso que la habría besado antes de ahorcarse.

Roberto echó un vistazo al resto de la estancia, que tenía en un extremo una mesa de cristal rodeada por tres sillas, similares a la que estaba tumbada bajo el cadáver, y en el otro extremo una mesa de escritorio de madera tallada, con un sillón de cuero. En la pared situada tras el sillón había una pequeña caja fuerte con la puerta entreabierta, aunque lo que más llamó su atención fue una carpeta abierta con varias fotos esparcidas sobre la mesa. En una le pareció ver un cuerpo desnudo, por eso dio un par de pasos para acercarse y poder verlas mejor, hasta que comprendió que su sola presencia podía estar

alterando el lugar, dificultando así las labores del personal de Criminalística. Se detuvo, sacó su teléfono móvil y estiró los brazos tanto como pudo para tomar un par de fotos. La primera no salió muy nítida, pero con la segunda solo necesitó agrandar y girar la imagen para verla con claridad.

—¡Joder, no me lo puedo creer! —exclamó desconcertado.

Roberto guardó el móvil en el bolsillo de sus vaqueros y salió del despacho, encontrándose con uno de los agentes uniformados en el recibidor de la casa.

—¿Y mi compañero? —le preguntó.

—Ahora mismo está en el salón con la sirvienta.

—¿Habéis acordonado la zona?

—Mi compañero está en ello, junto con los dos de la otra patrulla.

—Nadie debe entrar en la casa y mucho menos en el despacho hasta que no lleguen los de Criminalística. ¡Nadie! —remarcó con voz enérgica—. Quédate en el exterior y me avisas en cuanto lleguen los primeros refuerzos.

El agente asintió con la cabeza y salió de la casa, mientras Roberto se dirigía al salón situado en la planta baja de la vivienda, al lado de la escalera que conducía al piso superior. La sirvienta estaba sentada en un sofá de cuero blanco, llorando desconsolada, mientras Hinojosa, de pie ante ella, esperaba a que se tranquilizase. Roberto le hizo una señal con la mano para que se acercase.

—¿Qué ocurre?

—El cabrón era un pedófilo —le susurró al oído.

—¿Cómo dices? —preguntó Hinojosa con expresión de desconcierto.

—Tiene fotos sobre su mesa con una menor desnuda. Parece mucho más joven que ahora y está claro que se la está cepillando.

—¿Hablas en serio?

Roberto le mostró la pantalla de su móvil.

—¡Puto degenerado!

—Baja la voz —le ordenó Roberto—. Esto no puede salir de aquí.

—Pero... ¿cómo es posible?

—No lo sé, pero hay varias fotos esparcidas sobre la mesa. Creo que las guardaba en la caja fuerte y las sacó antes de suicidarse.

—Si hubiésemos sabido esto durante la investigación...

—Buscábamos pruebas de malversación y prevaricación, no de... — Guardó silencio al ver que la sirvienta se ponía en pie.

—Tengo que llamar a señora —dijo algo más calmada—. Ella está en

tienda, comprando.

—Nosotros lo haremos, no te preocupes por eso. Por favor, siéntate. Necesito hacerte unas preguntas —dijo Roberto activando la grabadora de su teléfono móvil—. ¿Cómo te llamas?

—Irina —respondió sentándose de nuevo en el sofá.

—Bonito nombre. ¿Eres rusa?

—Ucraniana.

—Dime, Irina, ¿cuándo fue la última vez que viste al señor Cuesta vivo?

—Después de servir comida a él y a señora. Luego señor ir a despacho y quedarse allí.

—¿Y la señora?

—Quedó con amiga para comprar.

—Eso fue a las cuatro y media —intervino Hinojosa.

—¿Irina, escuchaste algún ruido extraño después de que se fue su mujer? —preguntó Roberto. Al ver que ella no respondía, cambió la pregunta—. ¿Qué has estado haciendo desde las cuatro y media hasta ahora?

—Yo recojo mesa y limpio cocina. Luego saco colada y cuelgo en terraza de atrás.

—¿Y después? —Ella se frotó las manos nerviosa y dudó la respuesta, por eso insistió—. Irina, necesito que recuerdes y me digas qué más hiciste.

—Estuve en habitación mía, viendo tele.

—¿Viendo la televisión?

—Sí. Señora quiere que yo limpie copas de armario salón —dijo señalando una vitrina en la que podían verse al menos cincuenta copas de distintos tamaños—, pero yo veo telenovela y me quedo dormida.

—¿Cuándo te despertaste? —preguntó Hinojosa.

—Al llamar ustedes a timbre.

—¿Había alguien más en la casa?

—No, solo señor y yo.

—Dime una cosa, Irina —intervino de nuevo Roberto—. ¿Notaste al señor Cuesta nervioso hoy o estos últimos días?

Ella negó con la cabeza, justo en el momento en que el agente con el que Roberto había hablado minutos antes entraba en el salón.

—Acaban de llegar varias patrullas y un coche de la prensa.

—¡Joder, putos carroñeros! —exclamó Hinojosa con rabia—. ¿Cómo se han enterado tan pronto?

—Les habrá avisado algún vecino cotilla —sugirió Roberto—. Hay que

mantenerlos alejados de la casa. ¿Te quedas con ella?

—Encantado —respondió su compañero guiñándole un ojo y dibujando una sonrisa malévola.

Roberto frunció el ceño, como diciendo *ojo con lo que haces, que te conozco*, y luego salió de la vivienda resoplando. Las siguientes horas iban a ser intensas.

Tal y como Roberto había imaginado, las cosas no tardaron en complicarse. La llegada de varios coches patrulla más para acordonar la zona vino acompañada de un aluvión de periodistas, ansiosos por saber lo que ocurría. La UCO disponía de un gabinete de prensa para el trato directo con los medios, pero su llegada no se produjo hasta que el comandante Varela se personó en el lugar. Para entonces una patrulla ya se había llevado a Irina para tomarle declaración y los de Criminalística estaban preparándose para entrar en el interior de la vivienda.

El comandante Varela se reunió con Roberto e Hinojosa en el jardín interior de la casa, ocultos a ojos y oídos indiscretos.

—Cuéntame lo que ha pasado —se dirigió a Roberto.

—Entramos en la vivienda para realizar el arresto y la criada encontró a Luis Cuesta ahorcado en su despacho.

—¿Entrasteis en el despacho? ¿Tocasteis algo?

—Nada —aseguró convencido Hinojosa.

—Yo solo tomé un par fotos —le secundó Roberto—, y luego hablamos con la criada.

El comandante torció el gesto.

—¿Qué pasa, ahora sois de Investigación Criminal?

Roberto no supo captar en su tono si estaba cabreado o si lo decía en plan irónico, por eso respondió:

—De momento seguimos en Anticorrupción.

—Pues entonces vuestro trabajo acaba aquí —replicó dejándole claro que estaba cabreado—. No quiero que este hecho salpique a nuestro Departamento. Si el cabrón ha decidido suicidarse, mejor, así no hay juicio y les ahorra un buen dinero a todos los contribuyentes. Ahora iros a casa.

Roberto no se atrevió a decirle nada de las fotos que el muerto tenía sobre

la mesa de su despacho. Pensó que lo mejor era dejarlo para el día siguiente, cuando el comandante estuviese más tranquilo, por eso le hizo un gesto con la cabeza a Hinojosa para que le acompañase.

—Yo sí que soy de Investigación Criminal —protestó su compañero al abandonar la finca.

—Lo eras.

—No me lo recuerdes. A veces me pregunto por qué abandoné Oviedo y me vine a Madrid contigo.

—Para trabajar con la élite de la UCO —bromeó Roberto.

—No, si de trabajo no me puedo quejar. Llevamos seis meses currando más de diez horas al día para detener a este tío y todo para nada. El cabrón se ha suicidado antes de que lo podamos llevar a juicio.

—Tienes que ver el lado bueno. Ahora podremos tomarnos unas merecidas vacaciones.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que nos asignen una nueva investigación.

—¿Crees que tardarán mucho?

—Si algo tiene un departamento como el de Anticorrupción en España es que no nos falta trabajo. Esta vez ha sido en Madrid, pero tal vez tengamos suerte y nos manden una temporada al Levante. Allí cada vez hay más miembros de la mafia rusa y más políticos que se dejan sobornar por ellos.

—Eso suena bien. Calorcito, playa... —dijo sonriendo, a la vez que se frotaba las manos—. ¡Guiris cachondas!

—No te emociones todavía. Mañana hablaré con el comandante Varela y le pediré un par de semanas libres. Nos las hemos ganado.

—Pues yo igual las aprovecho para quedar con Irina. ¿Te fijaste en el cuerpazo que tiene?

Roberto negó con la cabeza.

—¿No has tenido suficientes líos de faldas ya ?

—En Madrid, no. Llevo seis meses casi sin salir de noche.

—Ese «casi» creo que es un poco exagerado.

Las risas les acompañaron hasta el coche, donde Roberto ocupó de nuevo el asiento del acompañante.

—¿Volvemos a la oficina? —preguntó Hinojosa antes de arrancar.

—Sí, tendremos que hacer el informe de lo ocurrido antes de irnos a casa.

—¡Menudo rollo! —exclamó hastiado mientras ponía en marcha el vehículo.

Para abandonar la calle tuvieron que atravesar primero la cinta que mantenía a la prensa alejada de la vivienda. Roberto contó media docena de televisiones, algunas emitiendo ya en directo, acompañadas de un aluvión de vecinos. Había dos cosas en España que sin duda atraían a los curiosos: un cordón policial y una obra en plena calle.

Apenas se habían alejado unos cientos de metros del lugar cuando sonó el teléfono de Roberto. Una sonrisa se reflejó en su rostro al ver el nombre en pantalla.

—¿Qué pasa, Eva? ¡Cuánto tiempo!

—Hola, Roberto. ¿Te pillo ocupado?

—No, estoy de regreso a la oficina con Hinojosa. —El aludido lanzó un beso al aire—. Te manda recuerdos.

—Dile que echo de menos trabajar con ella.

—Está cabreado porque el tío al que íbamos a detener nos ha ahorrado el trabajo suicidándose —le explicó Roberto—. No sé si lo has visto ya en la tele.

—No, la verdad es que no he tenido tiempo para verla —aseguró Eva—. Tenemos un pequeño lío aquí.

—¿Qué ocurre? —preguntó al notar la preocupación en su voz.

—Ha desaparecido una menor de edad y el sospechoso al que hemos detenido no quiere hablar con nosotros. Dice que solo hablará contigo.

—¿Connmigo? No entiendo.

—Es amigo tuyo —aseguró ella—, un buen amigo.

Roberto sintió que se le cortaba la respiración.

—¿Quién es?

—Juan Cuetos.

—¿Juanín? —preguntó sorprendido—. ¡Joder! ¿Qué ha hecho esta vez?

—Es la última persona que estuvo con ella antes de que desapareciese.

—¿Algún día va a dejar de meterse en líos?

—Esta vez es algo serio, Rober. Tenía el teléfono móvil de la víctima en su poder y se niega a decirnos cómo lo consiguió. Imagino que estarás muy ocupado, pero han pasado ya más de cuarenta y ocho horas desde que desapareció Inés y nos estamos quedando sin opciones. —Eva hizo una breve pausa antes de continuar—. ¿Crees que podrías acercarte a Llanes?

—Supongo que sí, aunque antes tengo que hablar con mi jefe. Hay que cerrar el caso que teníamos entre manos y...

—Solo necesito que vengas y hables con él. Tal vez a ti quiera contarte lo

que ha ocurrido.

—De acuerdo, te llamo en un rato.

Nada más despedirse y cortar la llamada, Hinojosa le miró con gesto preocupado.

—¿Ocurre algo malo?

—Ha desaparecido una menor de edad y el sospechoso es Juanín, un amigo mío.

—¿Aquel pescador furtivo que encontró a las mujeres asesinadas en Nueva de Llanes hace dos años?

—Sí, y le ha dicho a Eva que solo hablará conmigo de lo ocurrido.

—Podemos ir ahora mismo a Asturias, si quieres —se ofreció Hinojosa—. En cinco horas estaríamos allí. Menos, si pongo la sirena.

—No, es mejor que tú te quedes para cerrar el caso de Luis Cuesta. Hablaré con el comandante Varela y le pediré ausentarme un día.

—¿Solo un día? Aprovecha y disfruta de tu tierra. ¿Cuánto hace que no vuelves por allí?

—Un año, más o menos.

—Yo de ti no me lo pensaría. Además, Eva merece que le echés una mano si la necesita. Es muy maja, ya lo sabes. Lástima que sea de la otra acera.

—¿Qué quieres decir?

—No te hagas el tonto, ya sabes que no le van hombres rudos y heterosexuales como nosotros dos. Es el único defecto que tiene.

Roberto sonrió, aunque ignoró el comentario.

—Si salgo mañana por la mañana podría estar de vuelta por la noche —reflexionó en voz alta.

—Como tú veas, pero mañana es sábado. Yo me quedaría por lo menos hasta el domingo.

No es que no le apeteciese quedarse en Asturias, y más teniendo en cuenta que estaban a primeros de julio y que el calor en Madrid comenzaba a ser agobiante, sobre todo por las noches. El problema era que la pesadilla que se había repetido los últimos siete días había despertado en él recuerdos de un pasado al que ahora mismo no deseaba volver.

Iría a Llanes, sí, pero volvería en cuanto pudiese.

SÁBADO 4 DE JULIO

Dos años habían pasado ya desde los terribles asesinatos de Cuevas del Mar, en Nueva de Llanes, aunque para Roberto seguían estando muy presentes, ya no solo por haber detenido a la autora sino por ser el causante involuntario de tan brutal comportamiento.

Susana había estado obsesionada con él casi toda su vida, hasta el punto de llegar a matar a tres mujeres solo para conseguir que regresase a Nueva de Llanes, el lugar en el que había crecido. Por suerte, Roberto descubrió su implicación en los crímenes y con la ayuda de la sargento Eva Ruano, de la UCO de Oviedo, logró detenerla, aunque con el tiempo descubriría que aquel suceso abrió en su alma una herida que todavía no había logrado cerrar.

Roberto había sido incapaz de mantener una relación con una mujer desde entonces. Tenía demasiado presente en su mente lo que Susana le había hecho, el modo en que le había engañado y había jugado con él. Eso le había convertido en una persona desconfiada, que hasta el momento había huido de cualquier intento por encontrar pareja.

Tampoco había vuelto por Nueva desde entonces, tan solo en una ocasión y de eso hacía ya un año. No es que tuviese problemas con la gente del pueblo, más bien al contrario. Muchos le habían felicitado por detener a la asesina, pero le costaba pasear por los lugares en los que había estado con Susana.

Rememoró aquellos oscuros recuerdos durante buena parte del viaje a Llanes, donde llegó a las dos de la tarde de un sábado gris y nublado de principios de julio. El cielo estaba encapotado, aunque en ese momento la lluvia parecía haberse dado una tregua. Si Asturias era maravillosa cuando brillaba el sol y el cielo era azul, en días lluviosos como aquel lo que le transmitía era tristeza y melancolía. No obstante, hubo algo más que hizo que a Roberto se le encogiese el corazón. No supo explicarlo, pero fue algo así como un presentimiento, una intuición que le decía que algo malo se cernía

sobre él.

Entró en el pueblo de Llanes abrazado por esa extraña sensación y callejeó hasta llegar al cuartel de la Guardia Civil. Que hubiese un par de vehículos de la prensa aparcados en la calle ya le indicó que el asunto de la desaparición no había pasado desapercibido. De camino había escuchado en la radio que una joven de dieciséis años llamada Inés Jovellanos, natural de Oviedo y con familia en Naves, había desaparecido tras una fiesta en el bar de la playa de Cuevas del Mar. *¡Otra vez Cuevas!*, pensó en ese momento con desasosiego.

De eso hacía ya tres días, durante los cuales vecinos y Guardia Civil habían estado buscándola por todos los pueblos y carreteras por donde podía haber pasado de regreso a su casa en Naves. La prensa especulaba ya con un posible secuestro, a pesar de que la Guardia Civil, a cargo de la investigación, no había descartado otras posibilidades. Lo raro del caso era que la Unidad Central Operativa, la UCO, se hubiese implicado tan rápido y en tan poco tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que no existían pruebas de delito, al menos que él supiese.

Con esa pregunta rondándole la cabeza accedió al interior del recinto del cuartel de Llanes, después de identificarse al guardia que abrió la puerta corredera para permitirle pasar. Estacionó en el aparcamiento entre dos Nissan Patrol, justo delante del edificio principal, y se puso la chaqueta antes de bajar. Una buena idea dado el *orbayu*^L que comenzó a caer en cuanto puso un pie fuera del vehículo y que hizo que el olor a asfalto mojado inundase sus fosas nasales.

—Lleva una semana sin parar de llover —escuchó una voz familiar acercándose—. Espero que traigas contigo el buen tiempo.

Eva estaba bajando la rampa que llevaba a la entrada del edificio, con una amplia sonrisa dibujada en el rostro que indicaba que se alegraba de verle.

—A la orden, mi sargento —dijo cuando estaba a pocos pasos de él—. Veo que hice bien en no traerme el bañador y la toalla.

—Pues sí.

Al llegar a su altura, Eva le dio un beso en cada mejilla, que Roberto aceptó de buen grado.

—Gracias por venir.

—No hay de qué.

—Espero que no hayas tenido ningún problema.

—Ninguno. Justo acababa de terminar un caso, así que mi comandante no me puso ninguna objeción.

—¿Seguro?

—Sí, tranquila. ¿Qué tal estás?

Era una pregunta insustancial, ya que estaba claro que se encontraba bien. *Más que bien*, pensó Roberto. Eva estaba más guapa que la última vez que se habían visto dos años atrás. No supo si era porque tenía el pelo más corto de lo que recordaba y con un corte diferente, rapado por los lados y detrás y más largo por arriba, con algunas mechas rubias en su pelo castaño. O quizás fuese por el brillo especial que desprendían sus ojos verdes al mirarle. De cualquier modo, había algo diferente en ella. Siempre había escuchado que la belleza de las mujeres aumentaba conforme se acercaban a los cuarenta, y Eva, que al igual que él ya tenía treinta y ocho, era la prueba evidente de ello.

—Estoy contenta de verte, aunque algo cabreada de que no hayas venido a verme hasta ahora. ¿Cuánto ha pasado desde la última vez que nos vimos, dos años?

—Sí, pero hemos hablado varias veces por teléfono. ¿O ya no te acuerdas?

—Sí, aunque siempre hablamos de trabajo.

—En navidades te llamé para felicitarte las fiestas.

—Eso es cierto —admitió con una amplia sonrisa— y yo te prometí que iría a verte a Madrid.

—Todavía estoy esperando a que lo hagas.

—No tengo disculpa.

—Yo tampoco —dijo Roberto soltando una carcajada.

—Hoy puedo compensarte invitándote a comer —sugirió Eva—. Supongo que no has comido todavía.

—Un pincho en un bar de la autovía, a mitad de camino, aunque primero me gustaría ver a Juanín, si es posible.

—Claro, está dentro, en los calabozos, pero antes tendrás que presentarte al capitán Montes, jefe del cuartel.

Subieron la rampa en dirección a la entrada y, una vez dentro del edificio, recorrieron un pasillo a cuyos lados se iban sucediendo los diferentes despachos, hasta llegar al último. La puerta estaba abierta, pero aun así Eva pidió permiso para entrar:

—A sus órdenes, mi capitán. ¿Da su permiso?

—Pasa, Ruano.

—Mi capitán, le presento al cabo Fuentes, de la UCO —dijo mientras ambos entraban—. Acaba de llegar de Madrid.

—A la orden, mi capitán.

El aludido se puso en pie y le tendió la mano. Era un hombre que aparentaba unos cincuenta años, con el pelo bastante canoso y semblante agradable.

—Bienvenido a Llanes, Fuentes —le saludó mientras este le estrechaba la mano—, y gracias por venir hasta aquí. Espero que nos ayudes a arrojar un poco de luz a este caso.

—Lo intentaré, mi capitán.

—Por favor, sentaros —dijo señalando las dos sillas que había delante de su mesa—. Tengo entendido que ayudaste a resolver un caso muy importante hace dos años, antes de que yo tomase el mando de esta compañía.

—En realidad fue Eva... la sargento Ruano, quiero decir, quien resolvió el caso.

—No seas modesto —dijo ella de inmediato—. Tú juntaste todas las piezas. Yo solo me limité a realizar el arresto.

—Digamos que fue un trabajo en equipo.

—Ruano me ha dicho que estás en Anticorrupción —prosiguió el oficial.

—Así es.

—Seguro que estáis sobrepasados de trabajo —dijo soltando una leve carcajada—. A pesar de toda la gente a la que habéis detenido estos dos últimos años, siguen apareciendo casos de corrupción. Menos mal que algunos tienen la decencia de quitarse la vida antes de llegar al juicio.

Roberto evitó hacer ningún comentario al respecto. A primera hora de la mañana ya había televisiones hablando de la noticia del suicidio de Luis Cuesta, por lo que supuso que se refería a él.

—Mi capitán, me gustaría ver al detenido antes de ir a comer, si no tiene inconveniente.

—Por supuesto —dijo el hombre sin perder la sonrisa—. Espero que contigo hable más que con nosotros, porque no hemos conseguido sacarle nada. Solo decía que te llamásemos.

—Lo intentaré, mi capitán.

El hombre miró su reloj.

—Os esperaré aquí, si no os importa. Me gustaría saber lo que os ha dicho antes de irme a comer a casa.

—No hay problema, mi capitán —dijo Ruano—. Con su permiso.

Ambos se levantaron de la silla y abandonaron el despacho.

—Parece buen hombre —comentó Roberto cuando se encontraban en el pasillo.

—Lo es, la verdad. Esperemos que la situación no le desborde.

—¿Por qué lo dices?

—La prensa anda al acecho, como habrás visto fuera, y ya hay gente en algún medio diciendo que la Guardia Civil no está haciendo todo lo posible por encontrar a la desaparecida.

—Tendrás que ponerme al día antes de entrar a ver a Juanín.

—Lo haré, pero primero tienes que prometerme una cosa —dijo deteniéndose para mirarle a los ojos—: que le tratarás como a un sospechoso, no como a un amigo. Tenemos poco tiempo para apretarle, antes de que su abogado se meta en medio y le diga lo que tiene que declarar y lo que no.

—No te preocupes, lo haré —dijo convencido—. Conseguiré que me diga lo que ha ocurrido.

—Inés Jovellanos vive en Oviedo, aunque estaba pasando unos días en Naves, en casa de sus abuelos paternos. La noche del miércoles, la de su desaparición, había ido a la playa de Cuevas del Mar con Sofía, una prima suya dos años mayor, que era la que conducía el coche en el que fueron. En el bar de la playa se celebraba una fiesta con motivo del inicio oficial del verano.

—¿Inicio oficial? —preguntó Roberto con extrañeza.

—Sí. A las doce de la noche era ya uno de julio y en ese bar lo celebran con una fiesta por todo lo alto, con *deejay* y copas a mitad de precio —le explicó Eva—. Inés y Sofía llegaron a las once de la noche, cuando empezaba a haber más ambiente, y al principio estuvieron juntas, aunque conforme avanzó la noche se separaron para charlar con distinta gente.

—¿Cuántas personas había en la fiesta?

—Bastantes, unas doscientas. Su prima declaró que aproximadamente a las dos de la madrugada Inés le dijo que se aburría y que quería volver a casa. Mucha de la gente se había ido ya, pero Sofía estaba tonteando con un chaval de Nueva y le pidió que esperase un poco más. Inés le dijo que pensaba dar un paseo por la playa mientras la esperaba y esa fue la última vez que la vio.

—¿No le preocupó que se quedase sola? —preguntó Roberto.

—Dijo que había más parejas en la playa. Luego, cuando Sofía decidió volver a casa y vio que su prima no estaba, intentó localizarla por el móvil. Fue entonces cuando descubrió que tenía un mensaje suyo en el *Whatsapp*, en el que Inés le decía que un amigo la iba a llevar a Naves.

—¿Y por qué no se lo dijo en persona?

—Porque Sofía se había ido del bar con el chico con el que estaba. Ya sabes lo que pasa en esas fiestas. Se fueron a dar un paseo por los alrededores y terminaron liándose. No fue hasta que volvió al bar a eso de las tres de la

madrugada que vio que su prima no estaba.

—¿Con qué amigo se fue Inés?

—No lo dijo —aseguró Eva—. Sofía estuvo un buen rato llamando a su prima y mandándole mensajes. Como no respondía a ninguno, a pesar de dar señal, decidió volver a Naves. Al ver que no estaba en casa despertó a sus abuelos y estos avisaron a sus padres, que estaban en Oviedo en una fiesta con varios amigos. —Eva hizo una breve pausa de un par de segundos—. No sé si sabrás quien es su padre.

—Ni idea.

—Es Fernando Jovellanos, hermano del actual Consejero de Sanidad del Principado.

—Ahora entiendo por qué la UCO ha intervenido tan pronto en el caso —aseguró Roberto.

—Su tío presionó a mi jefe desde el momento en que supo que su sobrina había desaparecido y él me puso al mando de la investigación, así que lo primero que hicimos fue localizar su móvil, que tenía instalada una aplicación oculta de localización. Cosas de su padre —aclaró al ver el gesto de extrañeza de Roberto—. Eso nos llevó a casa de tu amigo Juanín, aquí en Llanes.

—¿Tenía su móvil?

—Sí, en la parte de atrás del coche.

—¿Por qué?

—No ha querido decirlo hasta que tú estuvieses aquí.

—Muy bien, entonces entremos a averiguarlo.

El aspecto de Juanín no era el mismo de un año atrás, cuando le había visto en su última visita a Nueva de Llanes. Se le veía más delgado y con unas profundas ojeras. Su mirada nerviosa y huidiza, y el ligero temblor en las manos que mantenía esposadas sobre la mesa, le dieron a entender a Roberto que su amigo no estaba en su mejor momento. Parecía que las drogas finalmente estaban acabando con él.

Al verle entrar en la sala de interrogatorios, su amigo esbozó una amplia sonrisa y se puso en pie. Roberto se acercó a él y le tendió una mano que el otro no dudó en estrechar, a pesar de estar esposado.

—Me alegro de verte, Juanín, aunque sea en estas circunstancias.

—Tienes que sacarme de aquí, tío.

—Lo intentaré.

—Yo no hice nada, te lo juro

Roberto asintió con la cabeza con gesto cómplice y procedió a sentarse frente a él, mientras Eva le imitaba.

—Me han dicho que querías hablar conmigo.

—Sí, pero a solas. No quiero que haya nadie más.

Roberto miró a Eva, que asintió con la cabeza y salió de la sala, dejándoles solos.

—¿Qué pasó hace tres noches, Juanín?

Su amigo se frotó la cara con las manos antes de responder.

—Me han jodido, tío.

—¿Quién?

—Yo no sé nada de esa *guaja*², te lo prometo. Se lo he dicho a estos putos picoletos³, pero no me creen. Ni siquiera estuve en la fiesta.

—No me mientas, Juanín —dijo Roberto endureciendo el gesto. Eva ya le había explicado las pruebas que habían llevado a su detención—. No me he chupado cinco horas de viaje para que me mientas a la puta cara.

—¡Que no! Yo no estuve en la fiesta. Te lo prometo.

—Estuviste en Cuevas. Los repetidores de la zona sitúan allí tu teléfono móvil entre las dos y veinte y dos y media de la madrugada.

—Sí, pero...

Su amigo se quedó callado, lo que llevó a Roberto a pensar que no sabía qué explicación darle.

—Juanín, estoy aquí porque soy tu amigo y porque pediste que me avisaran. ¿Qué es lo que tienes que contarme?

—Todo esto es una mierda, tío. Te aseguro que yo no tengo nada que ver en este asunto.

—Entonces cuéntame qué hacías en Cuevas y por qué el teléfono de Inés estaba en tu coche.

—Yo... verás... —comenzó a decir cada vez más nervioso—. Estoy jodido, Rober. Debo pasta... ¡por culpa de esa mierda de la droga!

—¿Estás muy enganchado?

—Antes fumaba porros y me metía una raya de vez en cuando, ya lo sabes —dijo frotándose la nariz de manera inconsciente—, pero desde hace un año ha empezado a *rular* por Llanes otra vez el *caballo*⁴. ¡Joder, casi te lo regalan para que lo pruebes! Me enganché de la manera más estúpida y ahora no soy capaz de desengancharme.

—¿No puedes o no quieres?

—No puedo, tío. —Su voz adquirió un tono desesperado—. Mi novia me dejó hace tres meses, cuando me echaron del Ayuntamiento de Llanes. Estoy sin trabajo y debo pasta a esos putos camellos.

—¿Qué tiene eso que ver con la desaparición de Inés?

—Solo tú puedes creer lo que te voy a contar. Ningún otro *picoletto* me va a creer, por eso quise que te llamaran. Tú me conoces, sabes que no soy capaz de hacerle daño a nadie, y menos a una mujer.

El Juanín que había conocido años atrás nunca le había hecho daño a nadie, Roberto era consciente de ello, del mismo modo que sabía que el tiempo cambiaba a la gente, sobre todo a quienes estaban enganchados a las drogas. Conocía el caso de una chavala, buena estudiante y con un futuro prometedor, que al morir su madre había empezado a tontear con las drogas. Diez años después la había visto por el casco antiguo de Oviedo ejerciendo la prostitución. No era ni la sombra de lo que había sido en el pasado. Luego se enteró de que estaba en la cárcel por apuñalar a un cliente para robarle el dinero que llevaba encima.

—¿Me cuentas lo que le pasó a Inés?

Su amigo le miró con ojos tristes.

—Creo que la han matado, tío, y van a cargármelo a mí.

—¿Inés está muerta? —preguntó Roberto.

—No lo sé.

—Acabas de decirlo.

—No sé... —dudó Juanín—. Yo... no sé bien lo que digo.

Roberto estaba cansado de las respuestas inconexas de su amigo y de que no terminase de contarle lo ocurrido, pero intentó mantener la calma. Eva le había aconsejado que mostrase la mayor empatía posible hacia él, para que eso le animase a hablar.

—Sé que eres buena persona —comenzó a decirle— y que nunca harías daño a esa cría, pero si no me cuentas lo que ocurrió esa noche no podré ayudarte. ¿Qué fue lo que pasó?

—Yo estaba en Nueva, cenando con unos colegas.

—¿Dónde?

—En el hotel Asturias, donde antes estaba el de Susana. Perdona —se disculpó de inmediato—, no quería mencionarla.

—No pasa nada. ¿Hasta qué hora estuviste allí?

—Hasta las once o así. Luego fuimos al bar que hay enfrente para tomar el café. De ahí fuimos al pub de Quique, donde pedimos unas copas, y subimos a la terraza de arriba. Puedes preguntarle a él.

—Lo haré —dijo Roberto asintiendo con la cabeza.

—Estaba allí cuando me sonó el teléfono. Era Sebas y me dijo que necesitaba que le hiciese un favor.

—¿Quién es Sebas?

—Un amigo mío. Nos habíamos visto esa tarde por Llanes y le había comentado que esa noche iría a cenar a Nueva con unos colegas, así que sabía que yo andaba por allí.

—¿Y qué favor quería que le hicieses?

—Me dijo que un amigo suyo estaba en Cuevas y que si podía bajar a buscarle. Yo en principio le dije que no, que estaba con los colegas tomando unas copas, pero entonces me dijo que me lo tendría en cuenta a la hora de saldar cuentas con él.

—¿Le debes el dinero a Sebas?

—Sí, bastante.

—¿Y de dónde sacas el dinero para cenar por ahí con los amigos o pagar la gasolina del coche? —Al ver que su amigo no le daba una respuesta, lo hizo por él—. ¿Trapicheas con droga para el tal Sebas?

—Sí, de algo tengo que vivir. ¿Lo entiendes, verdad?

—Claro —aseguró Roberto, aunque realmente no fuese así—. Cuéntame, ¿bajaste a Cuevas después de llamarte tu amigo?

—Sí. Se lo dije a mis colegas y ellos respondieron que me esperarían en Llanes para tomarnos una última copa, así que quedé en verles allí luego. Bajé solo a la playa y aparqué a la entrada, ni siquiera me acerqué a la fiesta.

—¿Y qué pasó al llegar?

—Apareció el amigo de Sebas con esa *guaja*.

—¿Conocías a Inés?

—No, y al tío que iba con ella tampoco.

—¿Y luego?

—Se acercaron al coche y cuando bajé la ventanilla me preguntó si era el amigo de Sebas y si podía acercarles a la entrada de Nueva.

—¿Hablaste con Inés?

—No.

—Pero sabes que era ella.

Juanín se tomó unos segundos antes de seguir.

—La verdad es que me fijé en ella. ¡Como para no hacerlo! Llevaba puesta una minifalda de cuero negro y una camisa roja apretada con la que llamaba mucho la atención.

—Tenía dieciséis años.

—Pues no lo parecía.

—¿Notaste a Inés borracha o drogada?

—Ni idea, aunque no hablaba y caminaba agarrada de su brazo todo el rato, sin dejar de sonreír.

—Puede que estuviese borracha.

—En todo caso, yo diría que estaba drogada. Durante el viaje no abrió la boca y tenía la cabeza apoyada en su hombro.

—O sea, que se sentaron en el asiento de atrás juntos.

—Sí.

—Dime cómo era él. ¿Cómo vestía?

Juanín dudó.

—No lo sé, era de noche. Tenía bastante barba y el pelo largo, hasta los hombros. Acojonaba un poco, la verdad.

—¿Era alto, bajo, moreno, rubio? ¿Tenía acento?

—No era asturiano, eso seguro, pero tampoco sabría decirte de dónde. El pelo lo tenía oscuro y de altura sería como tú. Calculo que tendría alrededor de treinta años.

—¿Dijo su nombre en algún momento?

—No, solo el de ella, al bajar del coche. Dijo algo así como: «Vamos, Inés, tengo el coche cerca».

—¿Mencionaste en algún momento que ibas hacia Llanes?

—No, y tampoco me preguntaron.

—¿Donde les dejaste?

—En la entrada del Henar, nada más pasar el puente de la autovía.

—No me doy cuenta de dónde me dices.

—Sí, hombre, está al llegar a las primeras casas de Nueva, viniendo de la playa. Hay una casa pegada a la carretera, haciendo esquina con la carretera que entra hacia el Henar. Es donde hay una capilla pequeña, en la que se hace una fiesta en la que estuvimos más de una vez de *guajes*. Bueno, y de chavales también.

—Sí, ya sé dónde me dices, pero no recuerdo esa entrada. Es igual. ¿Les dejaste allí?

—Sí.

—¿Y cómo es que el móvil de ella apareció en tu coche?

—No tengo ni idea. Tal vez se le cayó.

—La prima de Inés dice que la llamó un montón de veces al móvil y que le mandó varios mensajes al *Whatsapp*. ¿No escuchaste nada?

—No, tío, te lo juro. Iba escuchando un disco de Linkin Park y no me enteré de nada.

—¿Qué hiciste después de dejarlos en el Henar?

—Me fui a Llanes y aparqué delante de mi casa. Luego me fui a tomar una copa con los colegas y volví a eso de las cinco. Les puedes preguntar a ellos. Estuve durmiendo hasta que la Guardia Civil llamó al timbre.

—¿A qué hora fue eso?

—A la una de la tarde, o así.

—Fue entonces cuando encontraron el móvil en tu coche —dedujo Roberto.

—No sé cómo llegaron hasta él, pero se presentaron en la puerta de mi casa y me detuvieron. Les dije que no sabía nada de esa *guaja*, pero no me creyeron. Me estuvieron interrogando durante dos días, pero no soy tonto y sabía que si abría la boca no haría otra cosa que incriminarme, por eso ayer les pedí que te llamasen.

—Está bien. ¿Hay algo más que recuerdes o quieras contarme?

Juanín negó con la cabeza y le miró con ojos de cordero degollado.

—Yo no tengo nada que ver con su desaparición. Tienes que creerme, Rober. —Su voz sonaba cada vez más desesperada—. ¿Puedes sacarme de aquí? Ya empiezo a sentir el mono.

—No es tan sencillo. No van a soltarte hasta que aparezca Inés o encontremos al tío que iba con ella.

—No voy a aguantar mucho más tiempo sin meterme nada. Sácame de aquí, Rober, por favor.

—Tranquilo, voy a hacer todo lo posible por ayudarte.

—Gracias.

Roberto se puso en pie, dispuesto a salir de la sala, pero entonces recordó algo que no le había preguntado todavía.

—¿Cómo podemos localizar a tu amigo Sebas?

—No sé dónde vive. Creo que en Ribadesella, pero no estoy seguro.

—Pero tienes su teléfono.

—Sí, lo tengo grabado en el mío.

—Muy bien.

Le estrechó la mano, reiterándole que haría todo lo posible para sacarle de allí, y luego abandonó la sala de interrogatorios. Eva, que había visto el interrogatorio través del falso espejo, desde una sala adjunta, se reunió con él en el pasillo.

—¿Qué opinas, Rober? —le preguntó nada más verle.

Él se tomó unos segundos antes de responder.

—Creo que dice la verdad, el problema es demostrarlo.

—El teléfono móvil de Inés estaba en su coche, detrás del asiento del conductor, en el suelo.

—¿Tenía sus huellas?

—No, solo tenía las de Inés y su prima Sofía.

—¿Y entonces por qué está detenido?

Nada más decir eso, Roberto se dio cuenta de que su tono de voz había sonado a reproche. Quizás había creído demasiado pronto en la inocencia de su amigo. Ella, sin embargo, no se lo tomó a mal.

—Porque encontramos unos guantes en uno de los cajones de la guantera del coche, de esos que sirven para manejar la pantalla del móvil con ellos puestos. La explicación que dio fue que seguramente eran de su novia.

—Podría ser cierto.

—De todas formas no fue el único motivo. También se negó a declarar. Si nos hubiese contado lo mismo que a ti, cuando le detuvimos hace dos días, quizás ya estaría libre.

—¿Y ahora vais a soltarlo?

—Eso debe decidirlo la jueza, pero me da que de momento lo tiene jodido. El padre y, sobre todo, el tío de Inés quieren resultados, alguien a quien acusar de su desaparición, y el perfil de tu amigo no le favorece. Le han detenido un par de veces en el último año por pequeños robos aquí en Llanes.

—Supongo que lo que más le interesa a la familia de Inés es encontrarla viva, ¿no?

—Sí, pero no van a permitir que soltemos a tu amigo hasta que ella aparezca. —Eva le miró con preocupación—. Y más le vale que esté viva cuando la encontremos.

Después de informar al capitán Montes de lo que había declarado Juanín, Eva insistió en invitar a comer a Roberto. Fueron a un pequeño bar situado en una de las calles peatonales paralelas al puerto, donde tuvieron que conformarse con una mesa situada fuera del local. En realidad era un barril puesto de pie que hacía las funciones de mesa, con dos banquetas altas. El mal tiempo parecía haberse tomado una pequeña pausa y los rayos de sol que asomaban entre las nubes grises les animaron ocupar esa mesa y no esperar a que quedase una libre dentro del pequeño local.

—Es un bar pequeño, pero se come muy bien —le explicó Eva—. Tienen un cachopo gigante con el que pueden comer dos personas mínimo.

—Prefiero algo más ligero. La charla con Juanín me ha quitado el apetito.

—En ese caso te aconsejo probar la ración de queso Gamoneu con cecina. ¡Esta buenísima!

—Pide lo que tú veas. Me fío de ti.

Eva pidió esa ración y un par más, junto con una botella de sidra.

—Prefiero una botella de agua —dijo Roberto mientras el camarero tomaba nota—. Luego quiero acercarme a Nueva.

—Al menos tómate un *culín*⁵ conmigo para celebrar tu regreso.

—Está bien.

Cuando el camarero les dejó a solas, Eva preguntó:

—¿Vas a Nueva a ver a los viejos amigos?

—En parte sí. Quiero saludar a Quique, aunque antes quiero ver el sitio ese en el que dijo Juanín que había dejado a Inés y a su acompañante. No termino de recordar cómo era.

—¿Y luego qué vas a hacer? ¿Volverás a Madrid?

—Es lo que tenía pensado. Antes de venir miré si había alguna habitación

libre por la zona, pero estaba casi todo ocupado, y lo poco que quedaba libre tenía un precio desorbitado.

—Conozco a alguien en Poo, un ex guardia civil amigo de mi padre.

—¿Tu padre es guardia civil? No tenía ni idea —dijo Roberto sorprendido.

—Sí, aunque ya se ha jubilado. Diego es más joven que mi padre, pero lo jubilaron hace cinco años, después de una larga baja psicológica.

En ese momento el camarero les trajo la sidra, y escanció un par de *culines* que ambos tomaron en silencio.

—Está muy buena —comentó Roberto con una sonrisa de satisfacción—. Hacía muchísimo que no tomaba sidra.

—Yo prefiero la cerveza, pero para comer me gusta más la sidra.

El camarero dejó la botella y los dos vasos de sidra y regresó al interior del local.

—¿Estás alojada aquí, en Llanes?

—En realidad estoy de vacaciones con mi pareja desde el pasado fin de semana —respondió Eva—. Bueno, lo estaba hasta que desapareció Inés. Mi jefe me asignó el caso en un principio para calmar las cosas con el Consejero.

—¿Y lo vas a seguir llevando sola?

—De momento sí, aunque espero que al final Inés aparezca viva y no haga falta pedir más ayuda.

El camarero posó en la mesa la primera de las raciones, lo que les dio pie a aparcarse el trabajo y hablar de otros temas, como la gran afluencia de turismo aquel verano o los incendios de la primavera pasada que habían robado parte de su verdor a las montañas llaniscas.

Fue una conversación distendida en la que Roberto enseguida se sintió cómodo. A pesar del tiempo que llevaban sin verse, era como si hubiesen estado juntos el día anterior. Incluso notó una especial química entre ambos, quizás motivada por la investigación en la que habían participado dos años atrás.

—Tiene que ser una putada trabajar en vacaciones —comentó Roberto cuando terminaron de comer.

—No te creas. En mi caso me ha venido bien.

—¿Y eso?

Vio que ella perdía la sonrisa que le había acompañado buena parte de la comida.

—Mi pareja y yo no estamos pasando por el mejor momento. Estas

vacaciones debían servirnos para no discutir tanto y arreglar las cosas, pero después de una semana las cosas no han mejorado. Más bien están empeorando.

—Siento oírlo.

—Supongo que no es fácil vivir conmigo.

—¿Por qué dices eso? —se extrañó.

—Soy demasiado independiente. No me gusta dar explicaciones cuando llego a casa y hay cosas, sobre todo del trabajo, que prefiero guardarme para mí. Mi pareja eso no lo entiende.

—Nuestro trabajo no es fácil de llevar, sobre todo para la gente que nos rodea.

—Pues yo no pienso renunciar a él por nadie —aseguró poniéndose en pie—. Voy a pagar y te acompaño a Nueva. Me vendrá bien dar un paseo.

—De eso nada, pago yo.

—Estás en Llanes, invito yo. Cuando vaya a Madrid dejaré que pagues tú.

—¿Qué tal si pagamos a medias? A fin de cuentas, esta es mi tierra.

—Lo siento, pero no cuele —dijo ella soltando una leve carcajada—. Hoy invito yo. Si sigues por aquí dejaré que me invites otro día.

—Trato hecho.

Roberto la observó mientras entraba en el local para pagar, reafirmando en la idea de que la encontraba mucho más atractiva que la última vez que la había visto. No obstante, había dos barreras insalvables para que ni siquiera se le pasase por la cabeza verla como algo diferente a una compañera de trabajo. Una que era sargento, y no le interesaba complicarse la vida con un superior, y la otra que a Eva le gustaban las mujeres, quizás la barrera más insalvable de todas.

Llegaron a Nueva de Llanes en el coche de Roberto pasadas las cinco de la tarde. El tiempo parecía haberse tomado una tregua, después de un fuerte chaparrón que les había pillado justo a la salida de Llanes. En ese momento ya no llovía, aunque el cielo seguía encapotado.

Roberto tomó la carretera que llevaba de Nueva a la playa, aunque, al llegar al punto en el que el puente de la autovía pasaba por encima de ella, se paró para dar la vuelta.

—La de atrás era la última casa, ¿no? —dijo mientras maniobraba para cambiar de sentido.

—Sí. Tu amigo Juanín dijo que había dejado a Inés y a su acompañante en una calle que entraba hacia el pueblo, con una casa haciendo esquina. Creo que es la que hemos dejado a nuestra derecha al pasar.

Roberto regresó al lugar donde había una pequeña finca con una casa de color amarillo y una estrecha carretera que entraba hacia esa parte del pueblo. Entró por ella y unos metros más allá cruzó un pequeño puente hasta llegar a la ermita que reconoció enseguida.

—Es la ermita del Henar. Hacía muchos años que no venía por aquí —dijo mientras aparcaba a un lado de la carretera—. Cuando era crío pasábamos muchas veces en bici para ir a la playa.

Bajaron del vehículo y Roberto sintió cierto malestar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva al darse cuenta de su reacción.

—No es nada. Acabo de acordarme de que Susana vivía cerca de aquí.

Se hizo el silencio durante unos segundos, hasta que Eva preguntó:

—¿Has vuelto a verla o a saber de ella?

—Sé que está en el Centro penitenciario de Asturias, en Villabona.

—Sí, lleva allí desde que la detuvimos. ¿Has ido a verla desde entonces? —insistió.

Roberto miró a Eva con seriedad. Llevaba dos años intentando huir de Susana y de todo lo relacionado con ella. No quería saber nada de su vida ni sentirse unido a ella de ningún modo, por eso zanjó la cuestión antes de que la cosa fuese a más.

—Prefiero cambiar de tema, si no te importa.

—Claro, lo siento —se disculpó ella, algo cortada.

Caminaron en dirección al pueblo, observando los chalés adosados situados a la derecha del camino.

—Puede que el acompañante misterioso de Inés viva por aquí —comentó Eva al ver que Roberto no había vuelto a abrir la boca—. Tendremos que interrogar a los vecinos.

—Si realmente la secuestraron dudo que lo encuentres en una de estas casas. Juanín le escuchó decir que tenía el coche aparcado cerca. Tiene su lógica pensar que se la llevó lejos de aquí.

—Podría ser, si tu amigo no mintió.

—Claro —admitió Roberto.

Regresaron al lugar donde estaba aparcado el coche, aunque al llegar pasó de largo.

—¿Dónde vas? —dijo Eva siguiendo sus pasos.

—A hablar con los de la casa amarilla que hay al borde de la carretera. Quizás vieron algo esa noche.

Cruzaron el pequeño puente y se aproximaron a la casa, aunque justo al llegar al portón de entrada Roberto sintió que le invadía una extraña sensación. Al principio pensó que era a causa del incómodo viento que de pronto se había levantado y que agitaba las ramas de los árboles situados en la cuneta de enfrente, pero entonces las vio. Estaban allí al otro lado de la carretera, tras un muro de piedra de un metro de alto.

Eran cañas de bambú.

Roberto tuvo que hacer un esfuerzo para que el miedo no le dominase.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Eva situándose a su lado.

Fue incapaz de mirarla. Sus ojos estaban clavados en aquellas cañas de bambú que le recordaron de inmediato a las que había visto en sus sueños los últimos siete días. Pegado al muro que las rodeaba había un camino con hierba que se adentraba entre los árboles, hacia una oscuridad que le encogió el corazón.

—¿Estás bien? —insistió la sargento, preocupada.

—Sí... sí —respondió mientras cruzaba la carretera y se adentraba por el camino siguiendo unas rodadas de la anchura de un vehículo que habían aplastado la hierba. Era como si algo tirase de él hacia aquel lugar.

Recorrió los primeros metros mientras escuchaba el crujir de algunas hojas secas bajo sus pies, al igual que en su sueño.

—¿Has visto algo? —preguntó Eva siguiendo sus pasos.

—Este lugar me recuerda a algo —respondió sin dar más explicaciones.

No tardó en divisar la casa al fondo, entre la penumbra que le proporcionaban los árboles que la protegían y el cielo encapotado. Era tal y como la había visto en su sueño, una pequeña vivienda de dos plantas, construida en piedra y ladrillo. Las ventanas de la planta baja tenían rejas y la puerta de entrada, de madera, era idéntica a la que había visto en sus sueños.

Instintivamente se detuvo y dio un paso atrás. De algún modo supo que algo maligno le esperaba al otro lado de esa puerta.

—¡Joder, estás pálido! —exclamó Eva situándose delante de él para mirarle a la cara—. ¿Qué te ocurre?

—Es esa... casa —balbuceó con dificultad—. Hay algo maligno dentro. Lo noto.

—No entiendo a qué te refieres.

—Tengo que ir a por mi pistola antes de entrar ahí. La dejé en el coche, dentro de la maleta.

—Yo tengo la mía encima, no te preocupes, pero tienes que explicarme lo que ocurre.

—Soñé con esta casa antes de venir aquí —dijo sin poder apartar la mirada de la puerta—. La escuché gritar.

—¿A quién?

—A ella —acertó a decir—, a una mujer.

Eva desenfundó la pistola de inmediato y apuntó a la casa.

—Quédate aquí —le ordenó.

Aunque hubiese querido seguirla, era incapaz de moverse. Sus pies estaban como clavados al suelo, mientras un frío viento le acariciaba la nuca. No supo si era real o se lo estaba imaginando, pero incluso creyó escuchar un grito lejano entre el sonido de las ramas meciéndose y de los coches pasando por el puente de la autovía, situado veinte metros por encima de sus cabezas.

Eva se acercó con precaución a la puerta y trató de abrirla. Al ver que no cedía al empujarla con la mano, la golpeó con los nudillos varias veces. Los segundos pasaron con lentitud, sin que nadie desde el interior la abriese. Entonces se acercó a la ventana situada a la izquierda de la puerta y trató de ver el interior.

—No veo nada, esto está muy oscuro.

Roberto dio un par de pasos hacia ella y de nuevo tuvo que detenerse. Era como si un sexto sentido le aconsejara que no se acercase a la casa.

—Deberíamos pedir refuerzos —sugirió.

—Espera.

Eva sacó el teléfono móvil de su bolsillo y encendió la linterna, alumbrando el interior a través de la ventana.

—No consigo ver bien. Creo que hay una cama con... ¡Joder! —exclamó de pronto dando un paso atrás.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roberto alarmado.

Eva retrocedió hasta su posición y apagó la luz.

—Creo que tienes razón. Voy a pedir refuerzos.

Roberto y Eva esperaron en la carretera a que llegasen los refuerzos que ella había solicitado a Llanes.

—¿De quién es esa casa?

—Ni idea —respondió Roberto—. Si te digo la verdad, jamás la había visto.

—¿Ni siquiera cuando vivías en Nueva?

—No, y mira que he pasado veces por aquí delante.

—Es normal, los árboles impiden que se vea desde la carretera.

—¿Vas a llamar a Criminalística?

—De momento, no —respondió Eva—. He pedido que traigan un cerrajero. Cuando abramos la puerta y veamos lo que hay dentro, decidiré. De momento lo que he visto es una cama de madera con varias cuerdas anudadas a ella y una sábana blanca con manchas oscuras.

—¿De sangre?

—No lo sé. Lo averiguaremos dentro de poco.

Tuvieron que esperar cerca de veinte minutos hasta que llegaron dos vehículos de la Guardia Civil acompañados de una furgoneta con un letrero en el lateral que ponía «Paco Villa, cerrajero».

Eva dio instrucciones rápidas a los agentes para que custodiasen la zona y le pidió al cerrajero que le acompañase. Rondaba los cuarenta años.

—Gracias por venir, Paco.

—Paco es mi padre, que se jubiló hace un año. Yo soy... ¡Coño, Rober! —exclamó con una sonrisa al fijarse en él.

—¿Qué tal, Luis? —preguntó el aludido estrechándole la mano.

—No sabía que hubieses vuelto al pueblo.

—Solo estoy de paso.

—¿No estarás metido en el caso de la *guaja* esa que desapareció hace

unos días?

—No, estoy aquí por otro tema —mintió de manera convincente—. Necesitamos que nos abras una puerta, la de la casa que hay al final de este camino.

—¿Hay una casa ahí? Joder, ahora me entero.

—Ya veo que no soy el único que no la había visto nunca. ¿Puedes abrirla?

—Claro, voy a por la caja de herramientas.

Poco después estaban ante la puerta de la casa. Mientras el cerrajero taladraba la cerradura, acompañado por dos guardias, Eva y Roberto hablaban unos pasos por detrás.

—¿Crees que podrás entrar? —preguntó ella.

—Creo que sí. Esa sensación de miedo ha desaparecido, aunque no sé si sería apropiado que yo entrase. No tengo nada que ver con el caso y...

—Tampoco yo debería estar ordenando que abran la cerradura, pero hay indicios de un delito y la ley ahora nos ampara. Necesito que entres conmigo. Cuatro ojos ven más que dos. ¿Podrás hacerlo?

—Sí —respondió convencido.

—Esto ya está —dijo el cerrajero con una sonrisa de satisfacción.

—Muy bien, recoge tus herramientas y regresa a la furgoneta —le ordenó la sargento acercándose a él.

—Vale, pero esto me lo pagará alguien, ¿no?

—Por eso no te preocupes. Prepara la factura y uno de mis compañeros se acercará a recogerla. Te la abonaremos a la mayor brevedad posible.

—¡Uy, eso suena a mucho tiempo!

—¿Cuánto es, Luis? —preguntó Roberto.

—Cincuenta euros.

—¡Venga, no me jodas! Si has tardado un minuto en abrirla.

—No se cobra por el tiempo, sino por el conocimiento.

Roberto sacó su cartera y miró en el interior.

—Tengo veinte euros. Si te valen bien, sino tendrás que esperar a que te pague Hacienda.

—Trae esos veinte euros, anda. Si tengo que esperar a que me pague Hacienda me hago viejo antes.

El cerrajero cogió el billete y regresó a la furgoneta acompañado por uno de los guardias, mientras el otro se quedaba vigilando el camino.

—Bueno, vamos allá —dijo Eva empujando la puerta—. Entra siguiendo mis pasos.

Ambos encendieron las linternas que les habían proporcionado los agentes y entraron con precaución al interior de la vivienda. Dentro se encontraron con una única sala, a cuya derecha había una escalera estrecha que subía al piso superior. En el lado izquierdo había una cama, la que había visto Eva desde la ventana, con el armazón de madera. En cada una de las esquinas del cabecero había una cuerda de cáñamo con un nudo corredizo en el extremo. La sábana blanca que cubría el colchón presentaba varias manchas que adquirieron una tonalidad ligeramente roja al incidir en ellas la luz de las linternas.

—Parece sangre. Es como si hubiesen usado las cuerdas para atar a alguien a la cama.

—Fíjate, también hay otros dos trozos de cuerda en cada una de las patas del pie de la cama —señaló Roberto con su linterna. No había ningún otro mobiliario en la sala, solo la cama.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —murmuró Eva.

—Ni idea. En mi sueño solo escuché gritos.

—Esperemos que solo sea un sueño y que no tenga nada que ver con la desaparición de Inés. Ya tuviste ese mismo tipo de sueños premonitorios cuando apareció muerta aquella chavala hace dos años en el acantilado de San Antonio.

—Lo sé, pero aquello fue diferente —aseguró Roberto sintiendo como un extraño desasosiego se apoderaba de él—. Creo que es mejor que salgamos.

—Espera, hay que ver la planta superior.

En cuanto Eva alumbró con su linterna la escalera, Roberto sintió de nuevo el frío acariciando su nuca.

—Hay algo maligno ahí arriba —murmuró sin entender de donde habían salido esas palabras.

Eva subió las escaleras en primer lugar, iluminando el camino. La escalera era estrecha y sin barandilla, y solo tenía dos tramos. Ella fue la primera en llegar arriba y ver lo que había en la planta superior.

—¡Dios mío! ¿Qué es todo esto?

Cuando Roberto la alcanzó fue incapaz de decir nada. La sala estaba llena de objetos que identificó de inmediato con prácticas de sadomasoquismo. En la pared situada junto a la escalera había látigos de varios tamaños, esposas metálicas, máscaras, fustas, bozales y distintos tipos de correas. En el otro extremo de la sala podía verse una estructura de madera pegada a la pared con forma de equis, de unos dos metros de altura, que tenía una correa de sujeción en cada uno de los extremos.

—¿Qué es este lugar? —murmuró Eva.

—No lo sé, pero noto un olor raro. ¿Tú no?

—Tal vez sea de velas o de incienso.

Roberto movió la linterna para buscarlas, pero no encontró ninguna en la estancia. Lo que sí vio, en una esquina y sobre una vieja silla de madera, fue ropa amontonada, en concreto una falda negra y una camisa de color rojo.

—Joder, creo que es la ropa que llevaba Inés la noche que desapareció —dijo Eva mientras la voz comenzaba a temblarle—. Ahora sí que vamos a tener que llamar a los de Criminalística.

En cuanto la Guardia Civil acordonó la zona, el lugar comenzó a llenarse de gente.

—Menos mal que hoy no hace día de playa y hay poco tráfico —comentó Roberto.

—De todas formas, hemos tenido que cortar la carretera —dijo Eva apretando los labios—. ¡Menuda hemos preparado en un momento!

Al estar el camino de acceso a la casa pegado a la carretera, en una zona donde no había posibilidad de aparcar los vehículos sin bloquear el tráfico, los agentes rurales optaron por cortar la circulación en ese tramo de la carretera y desviarlo hacia el interior de Nueva. A eso se sumó la afluencia de curiosos y de prensa que, a pesar de mantenerse tras las cintas de balizar que los agentes usaron para bloquear el paso, colapsaron pronto el lugar. Tal fue así que la Mercedes Vito negra de Criminalística tardó un rato en cruzar el cordón y aparcar junto a la entrada del camino.

Roberto reconoció al brigada Padilla en cuanto bajó del vehículo. Dos años atrás había participado en la investigación de los crímenes de Cuevas.

—Cuando vosotros dos estáis juntos no suele pasar nada bueno —dijo a modo de saludo acercándose a ellos—. ¿Cómo estás, Eva?

—Bien, mi brigada —respondió ella estrechándole la mano—. Veo que se acuerda del cabo Fuentes.

—Por supuesto —aseguró estrechando también la de él—. Contadme, ¿qué tenemos?

Antes de poder responder a su pregunta, un Citroën C3 de la Guardia Civil aparcó casi al lado de ellos, bajándose del interior el capitán Montes. Le acompañaba un teniente de unos cuarenta años, con barba.

—Buenas tardes —saludó el capitán, a lo que todos correspondieron con un «A la orden, mi capitán»—. ¿Qué tenemos, sargento?

—Lo que le comenté por teléfono, mi capitán. El posible escenario de un crimen —comenzó a explicarle Eva—. Al final de este camino hay una casa, escondida entre los árboles. Desde la ventana pude ver una cama con cuerdas y unas manchas sobre la sábana que cubría el colchón, que parecían de sangre, así que decidí avisar a un cerrajero.

—Debiste avisarme en ese mismo momento —dijo el capitán dejando asomar un gesto de disconformidad.

—Lo sé, pero no quería molestarle sin ver antes lo que había dentro.

—¿Y qué encontrasteis? —preguntó el brigada Padilla.

—En el piso inferior la cama que acabo de mencionar y en el piso superior una especie de sala de sadomasoquismo o algo así.

—¿Sadomasoquismo?

—Látigos, correas, máscaras... —intervino Roberto—. Y una estructura de madera con forma de equis.

—Lo importante es lo que había sobre una silla —aseguró Eva—: una camisa y una falda, que coinciden con la ropa que Inés Jovellanos llevaba la noche de la desaparición.

—¿Habéis tocado algo?

—Nada, mi brigada. Entramos, vimos lo que había y salimos.

—No tocamos nada —reiteró Roberto al ver que Padilla posaba los ojos en él.

—Muy bien. ¿Cuánta gente ha entrado por este camino?

—Aparte de nosotros, solo dos agentes rurales y el cerrajero, pero ninguno de ellos entró en la casa. Después de descubrir lo que había dentro colocamos una cinta de balizar a la entrada del camino y no hemos dejado que pase nadie.

—Perfecto, que siga siendo así hasta que nosotros terminemos nuestro trabajo.

Padilla regresó a la furgoneta, donde se reunió con los dos especialistas que le acompañaban.

—¿Cómo descubristeis la casa? —preguntó el capitán Montes.

—Juan Cuetos nos contó que había dejado a Inés y su acompañante en este punto de la carretera —le explicó Eva—. Roberto es de Nueva, así que le pedí que me trajese para enseñarme el punto exacto.

—Eso no explica cómo llegasteis a la casa —intervino el teniente con mirada de desconfianza.

—Fuimos primero al Henar —dijo Roberto señalando la carretera que entraba hacia la pequeña capilla—, para comprobar si había algún lugar en el

que el acompañante de Inés hubiese podido dejar su coche aparcado. Luego volvimos aquí y nos fijamos en las rodadas que entraban por este camino, así que decidimos seguir las.

—Buen trabajo —dijo el capitán asintiendo con la cabeza, para luego mirar al teniente—. Ferrán, encárgate de que los agentes no dejen pasar a nadie. Y dile a la prensa que hablaré con ellos en unos minutos.

El teniente se alejó con el gesto algo contrariado, lo que pareció agrandar a Montes.

—Bueno, ahora que estamos los tres solos —comenzó a decir con voz pausada—, no quiero que este asunto se me escape de las manos. La UCO está a cargo de la investigación, pero me gustaría estar al tanto de lo que ocurre en mi territorio.

—Lo siento, capitán, pero...

—No te estoy echando nada en cara —interrumpió las palabras de Eva—. Me llamaste en cuanto descubriste lo que había dentro de la casa y te lo agradezco. El problema es que tengo a la prensa encima y como alguien filtre que Inés estuvo ahí dentro y lo que pueden haberle hecho...

Esta vez fue ella quien le interrumpió.

—No tenemos pruebas todavía de que la camisa sea de Inés y de que ella haya estado dentro de la casa. De momento lo mejor sería decir que no sabemos si está relacionado con su desaparición.

—Es lo que tenía pensado.

—Eso sí, mi capitán, de momento estoy aquí solo como representante de la UCO de Oviedo para colaborar con ustedes en un caso de desaparición. Mientras sea así compartiré toda la información que tenga en mi poder, pero si, por desgracia, esto se convierte en un caso de asesinato nosotros tomaremos el control completo de la investigación.

Las palabras de Eva, dichas con gesto serio, no parecieron molestar al capitán Montes.

—Mi antecesor en el cargo me contó que hace dos años, cuando el asunto de los asesinatos de Cuevas, le mantuvieron al margen. Yo no soy él. Quiero ayudar en todo lo que esté en mi mano y poner a vuestra disposición todos los medios de los que dispongo. A cambio solo pido ir un paso por delante de la prensa.

—Lo tendré en cuenta, mi capitán, si sigo en este caso.

—Me basta con eso —dijo asintiendo con la cabeza, conforme—. Y ahora voy a hablar con la prensa. Les contaré que de momento no hemos encontrado

a Inés y que se trata de una simple investigación de un hecho delictivo que no tiene que ver con su desaparición.

—Sabe que van a apretarle, ¿verdad?

—Sí, tranquila. Sé tratar con esa gente.

El capitán se alejó, dejando a Eva y Roberto solos.

—¿No vas a llevar tú el caso? —preguntó él, sorprendido.

—¿Si Inés aparece muerta? No creo, te recuerdo que estoy de vacaciones. Por cierto, eso me recuerda que tengo que hacer una llamada —dijo echando mano al bolsillo de su pantalón vaquero—. Ahora vuelvo.

Eva se alejó unos metros para hablar por teléfono, mientras el brigada Padilla y sus dos ayudantes se acercaban vestidos con un mono blanco y un maletín cada uno en la mano.

—Vamos a necesitar iluminación allí dentro. ¿Sabes si había luz en la casa?

—No —respondió Roberto—, aunque tampoco lo miramos. Entramos con linternas.

—Miraremos primero y si no hay luz volveremos a por un pequeño grupo electrógeno y un equipo de iluminación que tenemos en la furgoneta. Dudo que terminemos antes de que oscurezca.

Los tres especialistas de Criminalística se perdieron camino adelante, mientras que Roberto les observaba. De algún modo supo que cuando regresasen no lo harían trayendo buenas noticias.

Eva tardó más de un cuarto de hora en regresar y lo hizo con gesto de evidente cabreo.

—¿Estás bien? —se atrevió a preguntar Roberto.

—¿Ya han entrado los de Criminalística?

—Sí, hace unos quince minutos.

—Necesito tomarme un café. O una cerveza. ¿Hay algún bar aquí cerca?

—Vi un restaurante a unos doscientos metros, en mitad de la recta.

—Bien pensado, sería mejor irnos a un sitio más alejado, donde no nos encontremos con la prensa.

—Podemos bajar al bar de Cuevas.

—Sí, mejor. Le dejaré un recado al brigada Padilla para que me llame cuando haya terminado.

Cinco minutos después estaban camino de la playa. Eva no dijo nada en todo el trayecto, por lo que Roberto supuso que algo ajeno a la investigación le preocupaba.

Estaba ya casi anocheciendo cuando llegaron a la playa de Cuevas del Mar. Apenas había coches en ella, por lo que no tuvieron problemas para aparcar justo delante del bar. Eva prefirió ocupar una de las mesas de la terraza, alegando que prefería tomar un poco el aire, así que pidieron sus bebidas dentro y luego se sentaron en una mesa bajo una sombrilla. Aunque no había vuelto a llover, la humedad hacía que la temperatura no fuese muy agradable.

—Espero que no esté así todo el verano —murmuró Roberto después de pegar un trago a su refresco.

—Dímelo a mí, está lloviendo casi desde que llegué aquí. ¡Menuda mierda de vacaciones! —dijo Eva cabreada.

—¿Estás bien? Te noto rara desde que volviste de hablar por teléfono.

—En momentos así me gustaría fumar. Seguro que eso me relajaría.

—Lo siento, yo no fumo.

—Yo tampoco —dijo encogiéndose de hombros y dando a continuación un trago a su cerveza. Cuando la posó de nuevo, forzó una ligera sonrisa—. Al final ya no voy a tener que preocuparme de si estoy de vacaciones para llevar el caso.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Mi pareja ha vuelto a Oviedo. Según ella, que me pusiese a trabajar en un caso estando de vacaciones es la gota que ha colmado el vaso.

Que dijese «ella» le dejó claro que se trataba de una mujer.

—Siento que sea así.

—Es algo que iba a pasar tarde o temprano. Fue un error alargar tanto lo nuestro. Teníamos que haberlo dejado antes de las vacaciones, pero pensé que pasar un par de semanas juntas le vendría bien a nuestra relación. Está claro que me equivoqué.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Hablaré luego con mi jefe para decirle que estoy disponible para hacerme cargo del caso, si fuese necesario. Al menos el piso que alquilamos está pagado. Lástima que solo tenga una habitación.

—¿Por qué lo dices?

—Porque en algún sitio tendrás que dormir hoy. No pensarás volver a Madrid, ¿no?

—Ese era el plan.

—No voy a permitir que te pegues un viaje de cinco horas de noche. Voy a llamar al amigo de mi padre.

Eva cogió su teléfono móvil y marcó un número, pero, tras medio minuto de espera, nadie respondió.

—Lo intentaré más tarde.

—No te preocupes, Eva. Puedo buscar alojamiento en Ribadesella.

—Estará todo ocupado. Este mes la ocupación en la zona es del cien por cien. Al menos eso escuché en las noticias ayer.

—Pues entonces en Oviedo. Allí seguro que encuentro algo.

—En el piso hay un sofá de tres plazas. No es una cama, pero seguro que es mejor eso a que tengas que conducir de noche. Además, mañana quiero hablar otra vez con tu amigo Juanín y me gustaría que estuvieras presente. ¿Te parece bien?

—Sí, tranquila, seguro que he toreado en peores plazas.

—¿Toreado? —preguntó extrañada.

—Es una frase que decíamos en el ejército cuando teníamos que dormir en el campo, en zonas embarradas o llenas de piedras. Seguro que tu sofá es más cómodo que dormir en el suelo con una esterilla.

—Entonces decidido, esta noche duermes en mi piso.

—¿Y qué pasa si tu novia cambia de opinión y vuelve a casa? No creo que le haga mucha gracia encontrarme allí contigo.

—No tiene por qué pensar mal. Además, ¿por qué supones que es una mujer? —Roberto se quedó sin habla, hasta que ella soltó una carcajada—. ¡Vaya cara has puesto!

—¿Estás tomándome el pelo?

—Pues claro. Seguro que ya lo sabías.

—¿El qué?

—Que me van las mujeres.

—Bueno... algo me comentó Hinojosa.

—No es que no me vayan los hombres, pero mi relación con las mujeres siempre ha sido más especial.

—Me alegra saberlo —dijo Roberto con timidez.

—De todas formas me gusta que en el trabajo piensen que solo me van las tías. Eso me ayuda a no tener moscones revoloteando alrededor de mí todo el día.

—Suponía que siendo sargento no tendrías esos problemas.

—No te creas. Siempre hay alguno que se cree que los galones le dan derecho a todo. —Eva le dio un trago más largo a su cerveza, acabando casi con el contenido—. Pero no hablemos más de mí. ¿Qué opinas de lo que hemos encontrado en esa casa? ¿Crees que tiene relación con la desaparición de Inés?

—No lo sé. No tiene mucho sentido que se la llevaran a una casa situada a pocos metros de donde Juanín la había dejado. Habría que investigar a ese tal Sebas que le llamó para recogerla en la playa de Cuevas.

—Le pasé la información a mis compañeros en Oviedo para que lo localicen a través del móvil de Juanín y quedaron en llamarme en cuanto consigan algo. Mientras tanto habrá que esperar a ver lo que averigua el brigada Padilla y su equipo.

—Ojalá ese sueño me hubiese mostrado algo más —se lamentó Roberto.

—¿No te acojona tener esos sueños premonitorios? Ya te pasó hace dos años antes de detener a Susana, durante la investigación de lo que la prensa

llamó «Los asesinatos de Cuevas».

—Esta vez es diferente. Es cierto que he soñado lo mismo durante siete días seguidos, como entonces, pero hay una diferencia muy clara. En aquella ocasión soñé con Miriam, mi novia de adolescente, y vi el modo en que ella murió. Esta vez lo único que he visto es esa casa.

—Sí, pero recuerda que luego Miriam te dio la clave para resolver los asesinatos y atrapar a su asesina y a la del resto de mujeres. Tal vez esta vez suceda igual y en próximos sueños averigües lo que le ocurrió a Inés.

—Sinceramente, Eva, no me gustaría que se repitiesen los sueños. No es algo que domine ni que me divierta.

—Es cierto, perdona. Hablo de ellos como si fuese algo tan natural como ver la tele. No pretendía frivolizar con lo que te ocurre.

—No pasa nada.

—La verdad es que, si fuese tú, yo estaría acojonada.

—¿Y cómo crees que estoy yo?

Eva apuró lo que le quedaba de su cerveza de un solo trago y se puso en pie.

—¿Qué tal si vamos a ver a tu amigo?

—¿A quién?

—Al que tiene ese pub tan chulo, en el que dijo Juanín que había estado —respondió Eva.

—¿El «Dolce Vita»?

—Sí. Igual tu amigo sabe algo del tal Sebas.

—Vamos —accedió Roberto, consciente de que aquel caso cada vez tenía más similitudes con lo sucedido dos años atrás.

De regreso a Nueva, Roberto detuvo el coche junto a la furgoneta de Criminalística. El brigada Padilla estaba saliendo de la parte trasera, así que bajaron del coche para hablar con él.

—¿Ya han terminado, mi brigada? —preguntó ella.

El hombre, que llevaba ahora en la mano un maletín más pequeño, la miró con gesto serio.

—Creo que vamos a estar aquí unas cuantas horas más. Lo que hemos encontrado ahí dentro no es nada bueno.

—¿Qué quiere decir?

—Cincuenta sombras de Grey es un cuento para niños comparado con lo que hemos encontrado en esa casa. Hay diversos objetos, como látigos, fustas y correas, que tienen restos de sangre. Creo que en esa sala se practicaba algo más que sexo.

—¿Inés pudo estar ahí?

—Es pronto para decirlo. Vamos a recoger muestras —dijo mirando el maletín que llevaba en la mano—, así que nos espera una larga noche por delante. Ya he llamado a mi mujer para que anule la cena de esta noche.

—Lo siento.

—Yo no, la cena era con mis suegros. Cualquier cosa es más agradable que cenar con ellos, te lo aseguro.

Eva sonrió, a pesar de que Padilla parecía haberlo dicho en serio.

—Entonces iremos hasta Nueva a hablar con alguien que puede tener información del caso. Luego volveremos.

—No te molestes, Eva, ya te digo que esto va a ir para largo. Es mejor que te vayas a descansar. Mañana te llamo y te cuento lo que haya averiguado.

—Si me manda un mensaje al *Whatsapp* me quedará más tranquila.

—Como quieras, pero ya sabes que hasta que no tenga los resultados del

laboratorio no voy a poder decirte mucho, y pasarán unos días hasta entonces.

—Cualquier cosa que pueda adelantarme seguro que es de ayuda.

Él asintió con la cabeza y se despidió de ellos, dirigiéndose de vuelta a la casa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Roberto.

—Vamos a ver a tu amigo.

Llegaron al «Dolce Vita» pocos minutos después, tras aparcar en la plaza de la Blanca. Entrar en el bar de su amigo hizo que Roberto sintiese una oleada de buenos recuerdos acariciarle el rostro. El local seguía manteniendo aquel aire tan ochentero que le había enamorado dos años atrás, aunque alguno de los carteles de cine que adornaban las paredes habían sido sustituidos por otros nuevos, de películas como «La princesa prometida», «Conan el bárbaro» o «El chip prodigioso». Cerca de la entrada seguía habiendo un par de ordenadores con juegos retro y en las estanterías situadas tras la barra los objetos que tanto le habían llamado la atención en su primera visita. Al cubo de Rubik o el radiocasete de doble pletina se había sumado ahora un teclado Casio, una máquina de escribir antigua y una peonza.

Quique estaba limpiando una de las mesas vacías cuando Roberto le tocó el hombro.

—Inspección de sanidad. Quiero ver sus papeles.

Su amigo se giró con cara de sorpresa, aunque dibujó una amplia sonrisa en cuanto le reconoció.

—¿Qué cabronazo eres! —dijo mientras le abrazaba—. Ya era hora de que te dejases caer por aquí. No te veo desde la visita fugaz que hiciste el verano pasado.

—Este último año ha sido bastante intenso de trabajo.

—Ya me imagino.

—¿Te acuerdas de Eva?

—Pues claro —respondió dándole dos besos, que ella aceptó de buen grado—. ¿Estáis juntos por trabajo o por ocio?

—Pues... —dudó Roberto si continuar.

—Ahora mismo por ocio —dijo Eva—, pero queríamos preguntarte por un asunto.

—Claro, no hay problema, aunque no sé si tendré mucho tiempo —dijo Quique mirando su reloj—. Muy pronto esto se va a llenar de gente. Los fines de semana se pone a tope.

—Solo serán un par de preguntas.

—Supongo que os tomaréis algo.

—Yo quiero una cerveza —pidió Eva.

—¿No tendrás algo para picar? —preguntó Roberto.

—¿Estás de coña? He puesto una plancha en la terraza de arriba y hacemos hamburguesas, perritos, bocadillos... ¡Lo que quieras!

—¿Has ampliado el negocio?

—El año que viene quiero montar una cocina y dar comidas.

—Ya solo te falta el hotel.

—Todo se andará —dijo Quique soltando una carcajada—. Subid si queréis y os veo en unos minutos.

Los dos subieron a la terraza, donde pidieron un par de hamburguesas de buey, acompañadas por dos cervezas. Quique no tardó en reunirse con ellos y pasó los primeros minutos poniéndose al día con Roberto, hasta que Eva dijo:

—Tengo entendido que Juan Cuetos estuvo aquí hace unos días, en concreto el martes noche.

—¿Juanín? Sí, estuvo un rato con unos amigos. ¿Qué pasa, se ha metido en algún otro lío?

—¿Por qué lo dices? —preguntó Roberto.

—Porque últimamente se le ve bastante mal. Le han detenido un par de veces y la chavala con la que estaba le dejó.

—Lo sé, me lo contó.

—¿Has estado con él?

—Sí. Oye, ¿tú no conocerás a un amigo suyo que se llama Sebas?

Quique tardó un par de segundos en responder.

—¿Sebas? No estoy seguro. ¿Cómo es?

—No me lo ha dicho.

—Si es amigo de Juanín seguro que no es buena gente. Últimamente anda metido en líos de drogas, aunque no le digas que te lo dije yo. Creo que anda trapicheando para sacarse algo de pasta.

—No te preocupes, no le diré nada.

—Por cierto, hace un par de días vi a Pedro en Llanes.

Roberto contuvo el aliento. Pedro era amigo de la infancia y hermano de Susana, la mujer a la que habían detenido dos años atrás como autora de «Los asesinatos de Cuevas». Durante la investigación, Roberto descubrió que Pedro estaba implicado en un tema de tráfico de drogas en la zona de Llanes, junto a unos colombianos, lo que terminó con él en la cárcel. Su ayuda para atrapar a todos los implicados de la trama le sirvió para recibir una importante rebaja

en la condena, permitiendo que saliese en libertad antes de lo previsto.

—¿Ya le han soltado? —preguntó Roberto.

—Sí. Pensé que lo sabías.

—No he vuelto a hablar con él.

—¿Y con su hermana?

—Tampoco.

—No quiero meterme en tus asuntos, pero por lo que me contó quizás deberías hacerlo.

Roberto notó un tono de reproche en sus palabras, por eso cortó de raíz el tema.

—No he vuelto aquí para hablar contigo de Susana —dijo con gesto serio.

—Lo siento, no pretendía ofenderte.

—Y no lo has hecho, pero es una parte de mi pasado que ya he dejado atrás. ¿Pedro sigue viviendo en Naves?

—De momento. Tiene pensado mudarse con su mujer y sus hijos al sur, a Sevilla.

—Espero que le vaya bien a partir de ahora.

—Yo también. Bueno, tengo que dejaros —dijo de manera apresurada y voz nerviosa. De pronto se le veía incómodo—. Me gustaría quedarme un rato más, pero el negocio me reclama. ¿Te vas a quedar unos días más por aquí?

—En realidad iba a volver hoy a Madrid, pero ya es demasiado tarde —respondió Roberto con gesto serio—. Me iré mañana.

—Muy bien. Me alegro de haberte visto.

—Y yo a ti.

Quique le estrechó la mano con evidente timidez y regresó a la parte de abajo del local.

—No quisiera inmiscuirme, pero has sido un poco borde con tu amigo —aseguró Eva una vez se quedaron los dos solos—. ¿Te ha pasado algo con él?

—No quiero hablar del tema, de verdad, Eva.

—Como quieras —le respondió ella encogiéndose de hombros—. ¿Al final has decidido aceptar mi ofrecimiento de dormir en mi casa?

—¿Tengo otra opción?

—Lo dices como si fuese una tortura. —Por un momento pareció que lo decía enfadada, hasta que dibujó una sonrisa burlona—. Que sepas que el sofá es más cómodo de lo que parece a simple vista.

—Tendré que conformarme —dijo Roberto sonriendo y relajando la tensión del rostro.

—¿Qué te parece si nos tomamos una copa cuando llegemos a Llanes? Es sábado y hay mucho ambiente. Además, mañana te vas a Madrid. ¡A saber cuándo volvemos a vernos!

—Muy bien, pero mañana no quisiera salir muy tarde.

—Te prometo que volveremos a casa pronto. Creo que a los dos nos vendrá bien desconectar unas horas.

DOMINGO 5 DE JULIO

Roberto abrió los ojos, a la vez que suspiraba de forma inconsciente. Por primera vez desde hacía siete días no había soñado con aquella casa. Eso hizo que se sintiese aliviado, aunque no tardó en empezar a recordar lo sucedido la noche anterior y de inmediato le invadió una sensación de culpabilidad. Tal fue así que durante unos segundos le costó moverse. Los recuerdos fueron llegando de forma confusa al principio, hasta que pudo ordenarlos. Al menos en parte.

Recordaba haber aparcado a la entrada de Llanes después de estar en Nueva y haber caminado un rato hasta llegar a la zona del puerto. Allí Eva y él entraron en un local donde la música estaba tan alta que terminaron en la calle, sentados en la acera junto a más gente. Luego habían estado en un pub más tranquilo, donde se sintieron tan a gusto que las copas fueron cayendo una tras otra.

Roberto recordaba haberle hablado de su experiencia en el ejército y haber intercambiado anécdotas de la Academia de la Guardia Civil y de los destinos que había ocupado desde entonces. Recordaba la risa de Eva durante su relato y también haberse reído mucho con ella.

Y luego...

Roberto ladeó la cabeza y vio que estaba solo en la cama. Sintió el grifo de la ducha abrirse, lo que le animó a incorporarse y sentarse en el borde. Por un momento sintió ganas de vestirse y salir de allí corriendo, sin despedirse siquiera.

¿Qué has hecho?, se dijo a sí mismo a modo de reproche.

Era cierto que había bebido mucho, al menos más de lo aconsejable, pero no podía decir que el alcohol hubiese dominado sus actos. Como tampoco podía negar que Eva le atraía mucho. Eso, unido al modo en que ella le había abordado al llegar a casa, había bastado para que no fuese capaz de dominar

su deseo.

Eva también había contribuido a ello. Conforme las copas caían una tras otra, se había mostrado cada vez más cariñosa con él y también más insinuante, hasta el punto de besarle al entrar en el ascensor. Había sido un beso breve y delicado, pero suficiente para desatar la pasión en cuanto entraron en el apartamento. Roberto llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer y ella le pareció tremendamente sensual en ese momento.

Lo que pasó a partir de ahí podría definirse como un acto pasional entre dos personas que necesitaban desahogarse y sentirse amados.

—Buenos días —escuchó la voz de Eva a su espalda.

—Buenos días —respondió girándose para mirarla.

Llevaba el pelo mojado y una toalla alrededor del cuerpo. De inmediato recordó la suavidad de su piel al acariciarla con sus manos... y sus labios.

—Deberías darte una ducha. Quiero que me acompañes.

Su voz sonaba neutra, como si nada de lo ocurrido entre ambos horas antes hubiese sucedido.

—¿Adónde?

—A Poo.

—¿Y que hay en Poo?

—Ha aparecido un cadáver en la playa de San Martín y su descripción coincide con la de Inés Jovellanos.

Poo estaba situado a menos de un kilómetro de Llanes, casi pegado, por lo que tardaron muy poco en llegar. Lo hicieron en el coche de Eva, que apenas habló en todo el camino, solo para explicarle que un veraneante había encontrado cerca de las nueve de la mañana un cadáver en la playa de San Martín. Media hora después se había personado en el lugar una patrulla de la Guardia Civil de Llanes, confirmando que era una mujer joven y que su descripción parecía coincidir con la joven desaparecida en la fiesta de Cuevas del Mar.

Cuando llegaron a Poo eran las diez y cuarto de la mañana. Un Nissan Patrol les esperaba al final del pueblo, en la entrada a un camino, para llevarles hasta la playa. Eva se sentó en el asiento del acompañante y Roberto lo hizo en el asiento de atrás, mientras se preguntaba si la sargento se había arrepentido de lo ocurrido la noche anterior o solo estaba tan metida en su trabajo que no tenía tiempo para hablar de ello. De cualquier modo, decidió esperar al momento oportuno para sacar el tema.

El camino hasta la playa serpenteaba a lo largo de la costa, con una anchura justa para un solo vehículo. Roberto jamás había estado allí, por eso le sorprendió escuchar al conductor decir que en menos de dos horas tendrían que sacar el cadáver del lugar.

—¿Y eso por qué? —preguntó Eva.

—El cadáver no está en la misma playa de San Martín, sino en la isla que hay al lado. Mientras la marea está baja se puede pasar hasta ella, pero en cuanto suba la marea ya no se puede. Nos han dicho que en dos o tres horas ya no se podrá cruzar andando, solo a nado.

—Debería haberme traído el bañador —dijo Roberto, una broma que no fue secundada por ninguno de los dos.

Tras bajar una cuesta, llegaron a una pequeña explanada en la que había

aparcados media docena de vehículos de la Guardia Civil y una furgoneta en la que varios críos estaban guardando sus tablas de surf, ante la atenta mirada de dos de los guardias.

—Hay varias escuelas de surf y campamentos de verano que vienen a practicar a esta playa. A la mayoría les hemos enviado de vuelta por el camino que llega hasta Celorio —comentó el conductor mientras detenía el vehículo—. El capitán les está esperando abajo, en la playa.

Bajaron del Nissan y Roberto siguió a Eva hasta las escaleras que llevaban a la arena, aunque antes de bajar preguntó:

—¿Va todo bien, Eva?

—Sí —respondió ella sin volverse para mirarle—, solo que no esperaba que Inés apareciese muerta. Tenía la esperanza de encontrarla viva.

—Tal vez no sea ella.

—Lo comprobaremos enseguida.

El capitán Montes estaba al pie de la escalera, acompañado por el teniente Ferrán. Ambos tenían el rictus muy serio.

—A la orden, mi capitán —saludó Eva—. Le he pedido al cabo Fuentes que me acompañe. Espero que no le importe.

—Vosotros sabréis. Si el cadáver es el de Inés, la UCO será quien se encargue a partir de ahora de la investigación. —Lo dijo con tono de hastío—. La prensa se nos va a echar encima como buitres.

Caminaron a lo largo de la playa hasta casi llegar al borde del agua. La marea estaba tan baja que a la izquierda se podía caminar a lo largo de la costa al menos unos doscientos metros.

—Este lugar es precioso —murmuró Roberto.

En cierto modo le recordó a las imágenes que había visto en películas y documentales de las playas de Tailandia. La arena era fina y de color oro, y el agua cristalina, iluminada por un sol que brillaba sobre un cielo completamente azul. Un precioso día de playa para los turistas que, sin embargo, iba a verse manchado por un trágico suceso.

Antes de llegar al agua giraron a la derecha, bordeando las rocas, para encaminarse a una pequeña isla. La arena allí era lisa y dura, lo que permitió que pudiesen avanzar con más rapidez. Caminaron entre la línea de costa y la isla, por una lengua de arena de unos veinte metros de anchura, hasta llegar al lugar en el que podía verse un cuerpo tumbado, cubierto por una manta térmica y custodiado por cuatro agentes. Otros seis parecían reconocer los alrededores, mientras una lancha de Vigilancia Marítima recorría esa parte de

la costa. No obstante, la mirada de Roberto se centró en el cuerpo inmóvil de la víctima.

—Hemos tenido que mover el cuerpo —dijo el teniente Ferrán cuando se encontraban a pocos pasos del cadáver, situado a unos veinte metros de donde rompían en ese momento las olas—. La marea amenazaba con llevárselo otra vez en cuanto comenzase a subir.

—Espero que al menos usasen guantes. —Nadie respondió a las palabras de Eva, lo que dio a entender a Roberto que no lo habían hecho—. ¿Han sacado fotos, al menos?

—Los primeros agentes que llegaron hicieron varias con sus teléfonos móviles y luego trasladaron el cuerpo con el mayor cuidado posible.

—Los de Criminalística van a tardar un buen rato en llegar —comentó Eva mirando al capitán—. El brigada Padilla acababa de regresar a Oviedo cuando le llamé antes de salir de Llanes.

—Lo sé, estuvieron trabajando en esa casa hasta bien entrada la madrugada. ¿Cuánto crees que tardarán en llegar?

—Al menos una hora y media.

—Demasiado tiempo. La jueza de Llanes y el médico forense ya están de camino. En cuanto lleguen y se haga el levantamiento del cadáver lo sacaremos de aquí. Esperemos que no haya subido demasiado la marea para entonces y podamos cruzarlo andando hasta la playa de San Martín.

—¿Y si no es así? —preguntó Roberto.

El capitán señaló la pared de roca que tenían a su derecha, de al menos quince metros de altura.

—Habría que subir el cadáver por ahí, pero no hay ninguna senda. Necesitaríamos un helicóptero o pedir ayuda al GREIM de Potes para que lo suban en una camilla.

—Esperemos que no sea necesario —dijo Eva—. Cuanto menos se altere el cadáver, mejor.

—Eso depende de lo que tarde la jueza en llegar.

—¿Podemos ver el cadáver?

—Por supuesto.

Los cuatro se acercaron al corrillo de guardias, que se hicieron a un lado para permitirles el paso. A una orden de su capitán, uno de ellos retiró la fina manta, mostrando un cuerpo desnudo tumbado boca arriba, con los brazos pegados a los costados. Era una adolescente con el pelo negro y largo. Muchas zonas de su cuerpo mostraban heridas y laceraciones, a excepción del rostro,

que estaba intacto. En el tobillo tenía un trozo de cuerda atado.

—Parece como si la hubiesen atado a un peso para hundirla y la cuerda se hubiese roto —sugirió Montes.

—También tiene marcas en muñecas y tobillos, como de ataduras —señaló con el dedo Eva.

—Quizás la ataron en esa casa que encontrasteis ayer.

—Puede ser. De lo que no cabe duda es que no lleva demasiado tiempo en el agua. Su cuerpo está bastante intacto.

Roberto observó el cadáver. No cabía duda de que era una mujer muy joven. Su cuerpo todavía no había terminado de moldearse.

—¿Es Inés? —murmuró como si temiese escuchar la respuesta.

Eva se volvió hacia él para mirarle a los ojos y asintió con la cabeza.

—Me temo que sí.

La jueza de Llanes, una mujer de unos cuarenta años y gesto agradable, apareció con los zapatos en la mano y los pantalones subidos hasta las rodillas.

—Espero que la marea no nos cierre el paso a la vuelta —dijo tras recibir el saludo del capitán Montes—. Esta isla es preciosa, pero la última vez que estuve aquí con mi marido tuvimos que cruzar con las toallas sobre la cabeza.

Sin mediar más palabras, solicitó al médico forense que la acompañase a ver el cadáver. El hombre no tardó mucho en certificar que la joven estaba muerta, por lo que la jueza, con la presencia del propio médico, del secretario judicial que la había acompañado, del capitán Montes y de Eva, inició el proceso de levantamiento del cadáver.

Roberto aprovechó para alejarse de ellos y acercarse a hablar con uno de los agentes que en ese momento estaba fumando un cigarro a unos metros de distancia. Era un joven de unos veinte años.

—¿Tú encontraste el cadáver?

—En realidad fue un turista —respondió tras soltar el humo por la boca—. Mi compañero y yo fuimos los primeros en llegar.

—¿Había alguien más por aquí?

—Nadie, solo el turista. Dijo que estaba dando un paseo, pero yo creo que andaba buscando percebes o algo.

—No creo que haya muchos percebes aquí.

—Igual buscaba *llámparas*⁶ o bigaros. Solo se pueden coger con licencia, pero los hay que, con la excusa de coger cuatro para comer en casa, vienen a escondidas para que no les pillemos y les metamos una multa.

—¿Os contó si había visto algo?

—No, solo que vio un cuerpo en la orilla y, como no se movía, se acercó a

ver qué pasaba.

—Se llevaría un buen susto.

—Estaba temblando cuando llegamos. Mis compañeros se lo llevaron al ambulatorio para que le viese un médico. Era un hombre ya mayor.

En ese momento Roberto observó cómo Eva se alejaba del grupo para hablar por teléfono. Viéndola hablar se dio cuenta de que no se arrepentía de lo ocurrido la noche anterior. Puede que estuviese bebido y que se hubiese dejado dominar por el deseo, pero lo cierto era que Eva le gustaba. Le atraía ese carácter tan fuerte que demostraba en el trabajo, que a la vez contrastaba con su mirada, la de una mujer sincera, diferente.

El mayor problema residía en que Eva era sargento y él cabo, y eso, en un cuerpo armado como la Guardia Civil, ya era de por sí un problema. Quizás no en su vida privada, pero sí en el trabajo. Lo único bueno era que al menos no trabajaban juntos. Él estaba destinado en Madrid y ella en Oviedo, lo que podía facilitar las cosas en ese sentido, aunque la distancia sería algo que podría afectar a su relación.

¿Relación?, resonó en su cabeza como si una voz interior le hablase. *¿De qué coño estás hablando, idiota?*

Se habían acostado una noche, quizás por error o quizás no, y ya se estaba planteando iniciar una relación con ella. Aquello era una locura y más teniendo en cuenta que ni siquiera habían hablado del tema. Hasta que no lo hiciesen debía apartar de su cabeza esa estúpida idea, aunque no fuese capaz de dejar de mirarla.

Eva estuvo varios minutos hablando por teléfono, mientras caminaba por la playa con la mirada clavada en la arena. Cuando colgó, marcó un nuevo número y en esta ocasión la conversación pareció más relajada. Incluso la vio sonreír en varias ocasiones. Tenía una sonrisa preciosa y sus ojos verdes brillaban de un modo especial cuando estaba contenta.

Tras hablar poco más de un minuto guardó su teléfono y caminó hacia él, por lo que Roberto salió a su encuentro.

—Acabo de llamar a mi jefe a Oviedo para contarle lo ocurrido — comenzó a explicarle al llegar a su altura—. Me va a asignar el caso, aunque hay un problema.

—¿Cuál?

—Hubo una reyerta a las afueras de Avilés ayer, y encima anoche, de madrugada, apareció muerto el alcalde de Cangas de Onís. En Oviedo están hasta arriba de trabajo.

Roberto se dio cuenta de que su mirada era nerviosa, sin ser capaz de sostenerle la mirada demasiado tiempo seguido.

—¿Tienes que irte? —preguntó temiendo cual iba a ser la respuesta.

—No, en realidad mi jefe quiere que me quede aquí, pero de momento no puede enviarme a ningún agente que me ayude en el caso. Por eso quería hablar contigo. —Esta vez le clavó la mirada—. ¿Crees que podrías ayudarme en esta investigación? Tú conoces la zona mejor que yo y...

—Por supuesto —respondió sin dudar.

—No me digas que sí tan pronto —dijo ella torciendo el gesto—, antes tenemos que hablar de lo que pasó anoche.

—¿Qué quieres decir?

Ella bajó la mirada al suelo unos segundos, antes de elevarla de nuevo para tratar de justificarse.

—Anoche yo estaba bebida.

—Yo también.

—No es solo eso. Estaba resentida y cabreada con mi pareja. Necesitaba desahogarme y yo... bueno... —Guardó silencio unos segundos como si le costase encontrar las palabras—. No es que no desease hacer lo que hicimos, pero si vamos a trabajar juntos esto no puede repetirse —dijo con gesto serio, mirándole a los ojos—. Cuando me implico en un caso no puedo tener la cabeza en otra cosa que no sea la investigación. ¿Lo entiendes, Rober?

—Claro que sí.

En realidad no lo entendía, al menos en ese momento. Lo único que Roberto quería era acariciar su piel y besar aquellos labios tan sensuales cuyo sabor todavía recordaban los suyos.

—Acabo de hablar con el amigo de mi padre —prosiguió ella—, el que vive aquí en Poo, y me ha dicho que estaría encantado con que te alojes en su casa.

—Si es lo que quieres...

—Lo prefiero así, aunque antes tienen que autorizar en Madrid tu intervención en el caso. Mi comandante hablaría con el tuyo para solicitarlo, siempre y cuando tú estés de acuerdo.

Roberto dudó. En realidad nada reclamaba su atención en Madrid en ese momento, pero no estaba seguro de si sería capaz de mantener una relación estrictamente profesional con Eva. Puede que lo mejor fuese volver a Madrid y olvidarse de lo ocurrido. O quedarse y descubrir si lo sucedido la noche anterior había sido algo más que un mero desahogo emocional entre dos

personas a las que no les unía nada. Fue su corazón el que decidió la respuesta.

—Me gustaría quedarme para ayudarte en el caso.

—Gracias.

—Voy a llamar a mi comandante para decírselo.

Roberto se alejó unos metros y sacó su teléfono, aunque antes de marcar el número se volvió hacia Eva para mirarla mientras regresaba con la jueza y su grupo.

No iba a ser fácil controlar lo que estaba empezando a sentir por ella.

La conversación de Roberto con el comandante Varela no fue demasiado larga. El jefe del Departamento de Anticorrupción en Madrid se mostró conforme con su petición, dado que no tenía previsto asignarle ningún caso a corto plazo, aunque sí le pidió que se pusiese en contacto con Hinojosa para cerrar algunos flecos relacionados con la muerte de Luis Cuesta Montesinos.

—¿Ocurre algo? —preguntó extrañado.

—La Fiscalía quiere concretar algunos datos de su muerte.

—Muy bien.

Nada más colgar llamó a su compañero, que le respondió en voz baja.

—¿Dónde andas?

—Sigo en Llanes.

—¿Y cuando vuelves? —murmuró sin levantar la voz.

—Por eso te llamo, igual me quedo unos días. Eva necesita mi ayuda para un caso.

—Muy bien.

—Oye, ¿qué te pasa? ¿Por qué hablas tan bajo?

—Es que estoy en la cama, acompañado. Espera, que salgo de la habitación.

—Espero que no sea Irina.

—¿Quién?

—La rusa esa que trabajaba en casa de Luis Cuesta.

—Era ucraniana, y no, tranquilo. Al final resulta que estaba casada. Estoy con alguien que conocí anoche.

—¡Qué cabrón! No sé cómo lo haces.

—A ti tampoco debe haberte ido mal, si Eva quiere que te quedes. — Roberto contuvo el aliento los dos segundos que Hinojosa tardó en soltar una carcajada—. Menos mal que es de la otra acera, sino pensaría que hay algo

entre vosotros. Es la segunda vez que colaboráis juntos en un caso.

—Ya, bueno... —dijo desconcertado, intentando buscar una réplica convincente—. Está sola y necesitaba ayuda.

—Haces bien. Por cierto, la Fiscalía quiere que te pongas en contacto con ellos para aclarar alguna cosa de tu informe.

—¿El que entregué antes de irme?

—Sí. El fiscal del caso dice que hay algo que necesita que le aclares de tu declaración, así que quiere que le llames. Supongo que será por lo de las fotos. Yo ya he hablado con él.

—¿Qué fotos?

—Las que tenía el muerto sobre la mesa de su escritorio. Ya le dije que yo no las había visto, solo la foto que tú me enseñaste en el móvil. Quiere que le llames.

—No tengo su número.

—Ahora te lo mando.

Roberto se despidió de su compañero, justo en el momento en que el cuerpo de Inés era trasladado dentro de una bolsa de cadáveres, sobre una camilla portada por seis guardias. Siguió a la comitiva, aunque se detuvo al sonar su teléfono.

—¿Dígame? —preguntó al ver que no tenía el número registrado.

—¿Cabo Fuentes, de la UCO? —preguntó una voz masculina.

—Sí.

—Soy el fiscal Pereira. Quería hablar contigo sobre la muerte de Luis Cuesta Montesinos. Hay algo de tu informe que necesito concretar, referente a unas fotos que mencionas.

—¿Las que estaban sobre la mesa de su despacho?

—Sí. Afirmas que la caja fuerte de la pared estaba abierta y las fotos sobre la mesa.

—Así es.

—Según tu informe, crees que las fotos provenían del interior de la caja.

—Eso me pareció.

—Pero no tendrían por qué estar dentro de la caja. Alguien pudo dejarlas en la mesa.

—Pues... sí, supongo —dudó—. Es una posibilidad, aunque en una de ellas se veía a Luis Cuesta con una menor de edad desnuda. Tendría su lógica que guardase algo así dentro de la caja fuerte, para que nadie que no fuese él pudiese verlas. ¿No le parece?

—Bueno, es fácil trucar unas fotos. De todas formas, solo quería contrastar lo que habías puesto en el informe. Seguiremos hablando.

El fiscal cortó la llamada y Roberto se quedó con la extraña sensación de que pasaba algo raro. No era normal que el fiscal pusiese en duda la veracidad de esas fotos, incluso que insinuase que estaban trucadas y no pertenecían al fallecido.

De cualquier modo, ahora lo importante era centrarse en la muerte de Inés. Ella sí merecía que se le hiciese justicia.

Roberto no volvió a hablar con Eva hasta que llegaron al vehículo que les había llevado a la playa de San Martín. A la zona habían acudido bastantes curiosos, la mayoría de ellos veraneantes decididos a pasar un día de playa tras el mal tiempo de jornadas anteriores y que se habían encontrado la desagradable sorpresa de tener que esperar para tender sus toallas en la arena. También había varios periodistas, aunque ninguno de ellos se había atrevido a traspasar el cordón policial que rodeaba el acceso a la playa. No obstante, no dejaban de alzar la mano solicitando que alguien hablase con ellos.

—Tenemos que regresar a Llanes —afirmó Eva—, aunque antes pasaremos por casa de Diego, el amigo de mi padre. Así podrás conocerle y dejar tus cosas. —Roberto no pudo evitar mostrarse algo contrariado, a lo que ella reaccionó de inmediato—. Es mejor así, créeme. Nuestra relación debe mantenerse en lo estrictamente profesional.

—Lo sé, no he puesto esta cara por eso. Es que mi coche está en Llanes, con mis cosas dentro.

—Es cierto, perdona, no me acordaba de que vinimos con mi coche. De todas formas, ya que estamos aquí, podemos ir para que conozcas a Diego y veas donde está su casa. Es muy cerca de la otra playa, la de Poo.

—Por mí, bien.

Montaron en el vehículo y el agente les llevó de regreso al coche de Eva. Una vez en él, recorrieron la carretera que atravesaba el pueblo, dividiéndolo en dos, hasta tomar la calle que llevaba a la playa de Poo. Antes de llegar a ella se detuvieron en una preciosa casa de dos plantas, una vivienda pequeña pero muy acogedora, con una pequeña finca rodeándola. Un hombre estaba cortando el césped cuando Eva se detuvo delante.

—Diego es muy buena persona —aseguró mientras descendía del vehículo—. Te caerá bien.

El hombre dejó lo que estaba haciendo y se acercó a recibirles. Iba vestido con un mono de trabajo azul y llevaba una gorra puesta del mismo color, que al quitarse dejó al descubierto una calva perfecta. Se acarició la perilla que adornaba su rostro y sonrió al llegar a su altura.

—Hola, Diego —le saludó ella, dándole dos besos.

—Cada día estás más guapa. Te pareces mucho a tu madre.

—Gracias. Este es Rober, el amigo del que te hablé.

—Un placer —le saludó tendiéndole la mano.

—Gracias por dejar que me quede en tu casa —dijo apretándosela.

—No tienes por qué darlas. Tengo toda la casa para mí solo y agradezco cualquier visita. Mi hijo tenía pensado venir de vacaciones con su mujer y mi nieto, pero el mal tiempo les disuadió.

—Hoy no hace tan mal día.

—Ya, pero esto puede cambiar en pocas horas. Tengo entendido que eres de Nueva.

—Sí —respondió Roberto.

—Yo de chaval veraneaba allí, en casa de mis abuelos. Solía ir con mis amigos al San Jorge y luego a la discoteca Corleone. ¿La conoces?

—Oí hablar de ella, pero ya estaba cerrada cuando yo empecé a salir.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y ocho.

—Yo acabo de cumplir los cincuenta. Seguro que cuando bailaba el «Voyage, voyage» en la pista del Corleone tú todavía no sabías andar en bici.

—Seguramente —dijo Roberto sonriendo.

—En aquella época había muchísima marcha en Nueva. Luego la gente empezó a moverse en coche hacia Llanes y Celorio, aunque yo ingresé de muy joven en la Guardia Civil y ya no viví esa época.

—Todos dicen que fue la mejor.

—Lo fue. En fin, Eva, ¿qué os trae por aquí?

—Una investigación.

—¿La de la cría desaparecida?

—Me temo que ya no está desaparecida.

El gesto sonriente hasta ese momento de Diego se apagó por completo.

—¡No me digas que apareció muerta!

—Sí. Falta que la familia la identifique, pero estamos seguros de que es ella.

—¡Joder, menuda mierda! Espero que cojas al que lo hizo y que al menos a

ella le hagan justicia —dijo con profundo pesar—. Pero no hablemos de cosas tristes. ¿Quieres que te enseñe tu habitación?

—No he traído mis cosas —respondió Roberto.

—Tenemos que ir hasta Llanes —le explicó Eva— y no volveremos hasta la tarde.

—¿Qué tal si cenáis conmigo?

—No quisiera molestar.

—Tonterías, así me hablas de tu padre. Hace mucho que no sé nada de él.

—Anda por Grecia con mi madre.

—¡Él sí que está aprovechando la jubilación!

Eva y Roberto se despidieron de Diego y montaron en el coche para poner rumbo a Llanes.

—¿Qué quiso decir tu amigo con eso de que si deteníamos al que mató a Inés al menos a ella se le haría justicia? —preguntó él cuando arrancaba el coche.

—Diego perdió a una hija hace trece años —le explicó Eva, mientras observaban como volvía a su trabajo en el jardín—. Tenía quince años recién cumplidos y estaba veraneando con toda la familia en Benidorm. Una noche salió con su hermano, que era dos años mayor que ella, y unos amigos. Nadie sabe muy bien lo que ocurrió. Estaban en una de las discotecas de Benidorm y de pronto desapareció. Nunca más supieron de ella.

—¡Menuda putada!

—Muchos compañeros de Diego se implicaron en la investigación, mi padre fue uno de ellos, pero no fueron capaces de encontrarla. Nunca apareció, ni siquiera saben si está viva o muerta. Fue un duro golpe para la familia. Esteban, el hijo mayor, estuvo mucho tiempo con depresión y la mujer de Diego se separó de él después de dos años de continuos reproches. Le echaba la culpa a él por haberla dejado salir aquella noche con su hermano, siendo tan cría, y al final el matrimonio terminó rompiéndose. Eso hizo que el propio Diego cayese en una profunda depresión por la que terminaron jubilándole unos años después. Por suerte ahora está mejor.

—Eso parece.

—Su hijo se casó y mantiene una buena relación con él. Desde que tiene un nieto, Diego parece mucho más animado.

—Esperemos que al menos nosotros podamos dar con el asesino de Inés.

Eva asintió con la cabeza antes de responder.

—No pienso parar hasta conseguirlo.

Las siguientes horas en el cuartel de la Guardia Civil de Llanes fueron bastante intensas. Un aluvión de periodistas casi colapsó la calle de acceso, tras conocerse la aparición del cadáver de una joven en la playa de San Martín. Todos querían saber si el cuerpo pertenecía a Inés Jovellanos y ni siquiera la declaración del capitán Montes, asegurando que no se obtendría una identificación válida hasta terminar la autopsia, sirvió para apaciguarlos.

No obstante, las cosas empezaron a ponerse tensas desde el momento en que los primeros políticos hicieron acto de presencia en el lugar, encabezados por el alcalde de Llanes, que se presentó ante las cámaras para asegurar que iba a poner en manos de la Guardia Civil todos los medios a su alcance para detener al autor de tan horrible crimen. Sin mencionar a Inés, dio por sentado que se trataba de ella y habló de lo importante que era proteger a las jóvenes que residían o veraneaban en la región.

Aunque lo que subió realmente el nivel de tensión fue la aparición en el cuartel del tío de Inés, Pablo Jovellanos, Consejero de Sanidad del Principado. Un hombre estilizado, de pelo algo canoso y unos cincuenta años. Tras una breve declaración ante los medios, asegurando que era pronto para ponerse en lo peor, se reunió con el capitán Montes en su despacho, quien le pidió a Eva y Roberto que estuviesen presentes.

—Quiero saber si el cuerpo aparecido es el de mi sobrina —dijo Pablo Jovellanos en cuanto se cerró la puerta y sin dar tiempo a las debidas presentaciones—, y no me digan que hay que esperar a la autopsia.

Tanto Eva como Roberto guardaron silencio, para dejar que fuese el capitán Montes quien llevase el control de la conversación.

—Hay un porcentaje muy alto de que sea ella, pero necesitamos contrastar las huellas dactilares y que sus padres identifiquen el cadáver.

El hombre dibujó una mueca de dolor antes de replicar.

—Sus padres ya están camino de Oviedo. Voy a ir ahora a reunirme con ellos, pero antes quiero saber si el hombre al que han detenido es el autor de su muerte.

Montes miró a Eva antes de responder:

—De momento no hay pruebas que puedan inculparle.

—¿Pero está implicado?

—Es pronto para decirlo.

—¿Pronto? —preguntó sorprendido—. ¿Lleva cuatro días detenido y es pronto para acusarle de nada? Pensé que la UCO era capaz de arrancar una confesión en horas.

—A un culpable, sí —intervino Eva—, pero no creemos que el detenido sea culpable. Solo es la última persona que vio con vida a Inés, aparte de su asesino.

El político la miró con evidente cabreo.

—¿Van a decirme que todavía no tienen a nadie a quien acusar?

Fue Montes quien respondió a su pregunta.

—Hasta ahora se trataba de un caso de desaparición y lo que tratábamos era de encontrar a Inés con vida.

—Pues está claro que ya no lo está. Quiero que detengan a quien haya matado a mi sobrina y quiero que pague por lo que le han hecho —exigió conforme iba aumentando su cabreo—. Quiero que se pudra en la cárcel y que sufra tanto como ella.

—Es lo que queremos todos.

—¿Cómo la mataron?

—No podemos decirle nada hasta tener los resultados de la autopsia —respondió Eva.

—¿Y qué hacen aquí parados? ¿Por qué no están ya en Oviedo?

—Nosotros no somos forenses, señor Jovellanos. Nuestro trabajo es otro.

—¡Ya veo! —dijo en tono despectivo—. Se dedican a pasearse por aquí sin hacer nada mientras el asesino de mi sobrina sigue libre.

—Le aseguro que...

—No me asegure nada. —La mirada del político se dirigió al capitán Montes—. Como no encuentren al asesino de mi sobrina les aseguro que les voy a hundir la carrera. ¡A todos!

Roberto, que hasta ese momento había decidido mantenerse al margen, dijo con tono grave:

—¿No le parece que es demasiado pronto para amenazarnos?

—No es una amenaza —respondió mirándole con evidente desprecio—, es una realidad. No me costará nada hacer una llamada al Delegado del Gobierno para que hable con sus jefes y les apriete.

—Entiendo su estado de ansiedad —intervino Montes en tono conciliador—, pero le aseguro que estamos haciendo todo lo posible para atrapar al asesino. Tanto los efectivos del cuartel de Llanes como los agentes de la UCO están implicados al cien por cien en averiguar lo que le ocurrió a Inés y le aseguro que atraparemos a su asesino.

—Eso espero, o volveré aquí.

El hombre abandonó el despacho sin siquiera despedirse ni molestarse en cerrar la puerta.

—Esto es a lo que me refería —dijo el capitán Montes con gesto de hastío—. Van a machacarme por todos lados.

—Es un político que solo ha venido a hacer su papel —aseguró Eva—. Piensa que echándonos este discurso y metiéndonos el miedo en el cuerpo nos implicaremos más en el caso y atraparemos antes al asesino de su sobrina.

—¿Y no va a ser así? —Montes no lo dijo como un reproche, sino más bien como un temor.

—Vamos a trabajar con la misma intensidad que en cualquier otro caso, pero las cosas llevan su camino. Primero necesitamos el informe de la autopsia y luego saber si Inés estuvo o no en esa casa que encontramos en Nueva de Llanes.

—¿Y cuánto tardará eso?

—Todavía no he hablado con el brigada Padilla, lo llamaré ahora, y en el caso de la autopsia puede tardar todavía varias horas. Acaban de llevarse el cuerpo a Oviedo, así que dudo que tengamos nada hasta mañana.

El hombre se dirigió al sillón situado tras su mesa y se dejó caer de forma pesada.

—Debí hacer caso a mi mujer y coger las vacaciones en julio. Ahora estaría en una playa de Tenerife tomando el sol, a dos mil kilómetros de aquí.

—No se preocupe, encontraremos al asesino.

Los dos agentes salieron del despacho, dejando al capitán a solas con sus pensamientos.

Nada más salir del despacho, Eva y Roberto volvieron a interrogar a Juanín, quien no les aportó ninguna información nueva. Insistió en que no conocía a Inés y que la había dejado en la entrada del Henar junto con su acompañante, de quien no fue capaz de dar una descripción más detallada. No sabía nada de la casa que había oculta al otro lado de la carretera ni de ninguna práctica que pudiese realizarse allí.

Eso sí, su abogado solicitó su inmediata puesta en libertad, dado que no existían pruebas contra él, algo en lo que la jueza, con buen criterio, no estuvo de acuerdo y que denegó hasta que se conociesen los resultados de la autopsia de Inés.

En cuanto a la localización del tal Sebas tampoco les llevó a ninguna parte. El teléfono desde el que había llamado a Juanín había dejado de emitir desde la tres de la madrugada de esa noche.

Eso dejaba a la investigación pocos hilos de los que tirar, al menos hasta obtener los resultados de la autopsia, aunque todavía quedaba mucho trabajo por delante. Eva pidió al capitán Montes que sus agentes interrogasen a la gente que vivía en el Henar, con la esperanza de que alguno hubiese visto o escuchado algo la noche de la desaparición, en especial los que vivían en la finca pegada a la carretera y situada frente al camino que llevaba a la casa oculta bajo el puente de la autovía. También le pidió que hablasen con la gente que había estado en la fiesta de Cuevas del Mar, con todos los que pudiesen, una vez se recibiese el listado de los teléfonos móviles que se habían conectado a los repetidores de telefonía de la zona. Uno de ellos tenía que pertenecer al hombre que se la había llevado de la playa.

—De todas formas, hasta no tener los resultados de la autopsia poco más podremos hacer —comentó Eva, sentada junto a Roberto en la pequeña sala del cuartel de Llanes que les habían asignado como su centro de operaciones

—. El médico forense ha decretado muerte por ahogamiento en el levantamiento del cadáver, aunque dudo que sea esa la causa del fallecimiento.

—¿Entonces por qué lo ha decretado?

—Suele ser una práctica habitual para poder realizar un rápido levantamiento del cadáver y remitir al juzgado el informe inicial. Lo importante ahora es lo que diga la autopsia definitiva.

—¿Crees que el cuerpo se golpeó contra las rocas antes de llegar a la playa y que por eso presentaba tantas heridas?

—No lo creo, pero habrá que esperar a que...

—Sí, sí, ya lo sé —dijo Roberto con cierto hastío—, a la puñetera autopsia. ¿Cuánto va a tardar?

—Es fácil que hasta última hora de la tarde no tengamos nada. Quizás mañana.

—Se me va a hacer muy largo el día.

—Esto es así. Resolver un asesinato requiere mucha paciencia. ¡Y tiempo!

—Lo sé.

—¿Por qué no te acercas a Nueva y hablas con la gente? —sugirió Eva—. Tal vez consigas averiguar algo más que los agentes uniformados.

—¿Y tú que vas a hacer?

—Me acercaré a Oviedo. Quiero comunicarle en persona a mi comandante lo ocurrido y estar allí cuando estén listos los resultados de la autopsia.

—O sea, que me dejas aquí solo.

—Solo hasta mañana.

—Creí que éramos un equipo —dijo Roberto con gesto de enfado.

—Sí, pero necesito estar sola un rato, para pensar y...

—Escapar de mí.

—No es eso —negó ella con la cabeza de inmediato.

—¿Entonces qué es?

—Tengo muchas cosas en la cabeza, Rober.

—Dijiste que no querías que lo de anoche afectase a nuestra relación laboral.

—Y no quiero.

—Pero me dejas aquí.

—No te lo tomes a mal. Yo...

—No me lo tomo a mal —la interrumpió—, pero no lo comparto. Te aseguro que no tengo la más mínima intención de mencionar lo ocurrido hasta que tú quieras hablar de ello. En ese sentido puedes estar tranquila, pero si

quieres que te ayude en este caso tengo que estar pegado a ti. Te guste o no. —
Sus palabras hicieron que Eva bajase la mirada al suelo—. Tú lo dijiste, solo
somos dos para resolver este caso, así que deja que te ayude.

Tuvo que esperar unos segundos para que ella se decidiese

—Está bien, iremos juntos a Oviedo.

—¿Y cuándo nos vamos?

—Ahora mismo.

Eva apenas habló durante el trayecto hasta Oviedo. Sentada al volante, toda su atención estaba en la carretera, por lo que Roberto se preguntó si no habría sido mejor quedarse en Llanes y dejarla sola durante unas horas. Él quería estar cerca de ella, pero ese sentimiento no parecía ser correspondido.

Para entretener la mente, se puso a mirar las noticias a través de su móvil. La prensa asturiana ya se había aventurado a decir que el cadáver aparecido en la playa de San Martín pertenecía a Inés Jovellanos, a pesar de que la familia todavía no había identificado el cadáver. Por suerte, nadie había asociado todavía su muerte con la casa encontrada a la entrada de Nueva, aunque supuso que no tardarían en hacerlo.

No obstante, lo que más le sorprendió fue encontrarse con una noticia relacionada con su anterior caso. «*El político Luis Cuesta pudo ser asesinado*», rezaba el titular. El artículo venía a decir que en su despacho se habían encontrado varias pruebas manipuladas para implicarle en cierto delito. No ponía nada más, pero Roberto imaginó que se referían a las fotos con la menor. Por eso le había llamado el fiscal.

—¡Joder! —exclamó cabreado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva mirándole de reojo.

—Nada, es referente a mi último caso en Madrid. Íbamos a detener a un político, Luis Cuesta, pero lo encontramos ahorcado en su casa, colgando de la lámpara del despacho.

—¡Qué fuerte! ¿Sabía que ibais a por él?

—Es posible. Resulta muy difícil mantener en secreto una investigación durante tanto tiempo, incluso para la UCO. Tenemos que pedir permisos para investigar algunas tramas y hablamos con algunos testigos que obviamente luego no se están callados —le explicó Roberto—. Algo de eso debió llegarle a Luis Cuesta y supuso que tarde o temprano iríamos a por él. Lo que nunca me

imaginé es que alguien así fuese capaz de quitarse la vida. Es cierto que los jueces siguen aplicando las máximas condenas en casos de corrupción, pero en su caso no habría estado más de diez años en la cárcel, sobre todo si hubiese devuelto el dinero que robó al Estado y colaborado con nosotros en destapar otras tramas de corrupción. Habría salido a los cincuenta y cinco años, con una vida todavía por disfrutar.

—Pero no la vida de lujo que había conocido hasta ahora.

—No, eso es cierto. Desde que hace dos años los jueces comenzaron a aplicar la ley con rigor, se están embargando todas las propiedades de los implicados en casos de corrupción, pero la familia de su mujer tiene mucho dinero. Habría seguido viviendo bien después de salir de la cárcel, por eso no entiendo que se suicidase.

—Tal vez no se suicidó.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que alguien no quisiese que testificase en su contra.

—¿Crees que lo mataron y fingieron un suicidio? —preguntó sorprendido de que hubiese llegado a la misma conclusión que el titular de prensa.

—¿Y por qué no? No sería la primera vez.

—¿Conoces algún caso?

—Hace tres meses —comenzó a explicarle Eva— encontraron muerto en Gijón a un importante empresario asturiano, Héctor Loyola, que había ingerido una importante cantidad de pastillas de diazepam. Al realizarle la autopsia se descubrió que tenía una pequeña brecha en la parte posterior de la cabeza, como si le hubiesen golpeado.

—¿Para obligarle a tomárselas?

—Esa fue la conclusión, aunque no se descubrió quien pudo hacerlo.

—¿Trabajaste en el caso?

—No, se hizo cargo la Policía Nacional.

—Si hubieses estado tú al frente del caso seguro que le habrías pillado —dijo Roberto soltando una ligera carcajada.

—Nunca se sabe —respondió ella con una tímida sonrisa, para luego mirarle con gesto orgulloso—, aunque desde que estoy destinada en Oviedo llevo un cien por cien de aciertos. Supongo que la suerte ha tenido mucho que ver.

—Seguro que menos de lo que piensas.

Su halago hizo que Eva se relajase y la conversación se volviese más distendida a partir de ese momento. Ella le habló de varios casos en los que

había participado y cuando se dieron cuenta estaban llegando a Oviedo.

—Tengo pendiente invitarte a comer —afirmó Roberto—. ¿Conoces algún sitio donde se coma bien?

—Podemos ir a una parrilla que conozco en Colloto.

—¡Perfecto!

—Lo que pasa que igual es mucho para ti.

—Si lo dices por el dinero, puedes estar tranquila. Tengo más pasta que Alemania.

—Lo digo porque no estarás acostumbrado a comer los *plataos* que te ponen aquí —dijo Eva conteniendo la risa.

—Que no te confunda el hecho de que viva en Madrid, sigo siendo asturiano cien por cien.

—Vamos a comprobarlo.

La charla durante la comida fue bastante relajada. Continuaron hablando del trabajo, pero también de otros temas ajenos a él, evitando siempre mencionar lo ocurrido la noche anterior entre ellos.

Antes de pedir el café, Eva recibió una llamada del brigada Padilla, avisando de que ya tenía el informe previo sobre el registro de la casa de Nueva, así que dieron la comida por concluida y se dirigieron a la Comandancia de la Guardia Civil en Oviedo. Allí Roberto conoció al comandante Vallejo, jefe del Departamento de Investigación Criminal, quien le confirmó que todo el papeleo para que pudiese formar equipo con Eva estaba solucionado. Luego se reunieron con el brigada Padilla en su despacho.

—Me gustaría ofreceros un café —comenzó a decir el suboficial señalando una cafetera de cápsulas situada sobre una mesa, en un rincón—, pero lleva dos meses estropeada.

—No importa, mi brigada —aseguró Eva—. Acabamos de comer.

—Yo no he comido todavía.

—Podemos venir más tarde, si lo prefiere. Tampoco nos corría tanta prisa.

—No, mejor ahora, así puedo irme a casa y descansar. Todavía no he dormido nada desde ayer.

—Lo siento.

Padilla soltó una leve carcajada.

—Lo dices como si fuese culpa tuya. Este trabajo es así —dijo encogiéndose de hombros—. Aparte de la gente que tengo trabajando en este caso, tengo a otra implicada en un tiroteo que hubo en un pueblo cerca de Avilés. ¡No paramos!

—Ya lo veo.

—De todas formas, hablemos de lo verdaderamente importante: lo que hemos encontrado en esa casa. —Padilla abrió el cuaderno que tenía delante

de él, sobre la mesa—. No he tenido tiempo de redactar el informe con todas mis notas, pero os haré un resumen de lo más importante, aunque antes deberíais contarme cómo encontrasteis esa casa.

—Por pura suerte —se adelantó Roberto al ver que Eva dudaba—. Sabíamos que Inés se había bajado del coche en ese punto y decidimos comprobar qué había en ese lado de la carretera.

—La verdad es que es un lugar que está oculto y que pasa completamente desapercibido —dijo el brigada—. Dudo que nadie fuese capaz de escuchar los gritos que se produjeron dentro de la casa.

—¿Cree que mataron a Inés dentro?

—Es pronto para decirlo. Hemos recopilado bastantes muestras, sobre todo de cabello y de sangre, que he mandado a Madrid para que los resultados lleguen lo antes posible. Lo que sí puedo deciros es que esa casa no es una casa normal.

—¿A qué se refiere? —preguntó Eva.

—Dentro de ella se realizaban prácticas que sobrepasaban el sadomasoquismo. —El brigada miró sus apuntes antes de continuar—. Mi teoría es que ataban al sujeto a la cruz de San Andrés y allí lo sometían a diversas prácticas. Hemos encontrado restos de sangre en los látigos, fustas y en alguno de los bozales. Aunque el suelo estaba aparentemente limpio, había bastantes restos de sangre alrededor de la cruz. Quien estuvo ahí atado debió de sangrar mucho.

—¿Qué hay de la ropa que se encontró en la habitación?

—La hemos enviado a analizar, aunque te he sacado varias fotos para que se las enseñes a su familia y amigos y que ellos te confirmen si podía ser suya —dijo entregándole un sobre grande.

—¿Y su calzado? —preguntó Roberto.

—¿Cómo?

—Su calzado. Estaba su ropa, pero no ha mencionado si había zapatos.

—En la casa, desde luego, no estaban.

—¿Y huellas dactilares? —intervino Eva.

—En los objetos de la pared no había y eso sí que es extraño. Quien los usase debía de llevar guantes para no dejarlas.

—¿Y en el resto de la casa?

—Nada.

—¿Qué hay de las rodadas que había en dirección a la casa?

—Pertencen a un solo vehículo. Sacamos un molde de la huella que dejó

la rueda en un pequeño tramo de tierra y lo hemos enviado al laboratorio para ver qué averiguan. Nos dirán algo en unos días.

—No parece que hayamos conseguido mucho —se quejó Eva.

—Menos es nada. Si quieres mi opinión creo que allí actuaba una sola persona, dos como mucho —aseguró Padilla—. Más gente tendría que haber dejado alguna huella por narices.

—Eso que ha mencionado antes de la cruz de San Andrés... —dijo Roberto con gesto de extrañeza—. ¿Qué es?

—Es un objeto fetiche en el mundo del sado. Se ata a la persona de pies y manos para luego hacer todo tipo de juegos con ella. ¿Nunca has estado en un hotel de esos?

—¿Hotel? —preguntó sin poder ocultar su desconcierto, que fue respondido por Padilla con una carcajada.

—Lo vi hace unos años en un reportaje, cuando todo aquel *boom* de la novela «Cincuenta sombras de Grey». Pensé que solo era cosa de los ingleses, pero resulta que en España hay hoteles con habitaciones temáticas. Ya sabes, habitaciones diseñadas para practicar el sexo, con distintas decoraciones. Hay habitaciones caribeñas, del salvaje Oeste, naves espaciales... ¡De todo!

—No tenía ni idea.

—En el reportaje la más demandada era la de sado, curiosamente, por eso hicieron un repaso de todos los objetos de los que disponía la habitación. La cruz, el columpio, el diván tantra, jacuzzi y demás.

—Le veo muy metido en el tema, mi brigada —bromeó Eva con una sonrisa malévola.

—A mi edad ya no está uno para esas cosas. Se me ocurre ir con mi mujer a un sitio de esos y seguro que me quedo dormido en el jacuzzi.

Los tres rieron al unísono, tras lo cual Roberto preguntó:

—¿Y por qué la llaman cruz de San Andrés?

—Ni idea y la verdad es que nunca tuve interés en averiguarlo. De todas formas, y volviendo al caso que nos ocupa, sabré más cuando me lleguen los resultados de los análisis, en unos días.

—¿Y qué hacemos mientras?

—Esperar a los resultados de la autopsia —sugirió Padilla—. Creo que la familia ya ha reconocido el cuerpo y han autorizado que se lleve a cabo.

—No los tendré hasta mañana, como muy pronto —protestó Eva—. No contaba con volver hoy a Llanes con las manos vacías.

—Lo siento. Yo también esperaba obtener algo más concluyente, pero

parece que quien usaba esa casa sabía lo que hacía. No dejó muchas pruebas.

—Ya lo veo.

—De todas formas, no hace falta que vuelvas a Llanes. ¿No tienes casa aquí?

—Sí, pero quería seguir con la investigación.

—Pues paciencia. Me da que este caso va para largo.

Los dos agentes se despidieron de él y salieron del despacho.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Roberto.

Eva miró su reloj antes de responder. Eran las cuatro y diez de la tarde.

—Deberíamos ir a ver a los padres de Inés.

—¿Crees que es buen momento? Si han reconocido el cadáver de su hija, dudo que les apetezca recibir ninguna visita.

—Lo intentaremos. De todas formas, aquí no hacemos nada.

Los padres de Inés Jovellanos vivían en Oviedo, en una urbanización exclusiva situada a los pies del monte Naranco. El acceso estaba cerrado por una barrera y custodiado por dos vigilantes de una empresa de seguridad privada. Nada más verles, les salieron al paso para darles el alto.

Tras identificarse y preguntar cuál era el chalé de la familia, Eva dirigió el vehículo hacia allí, teniendo que aparcar unos cincuenta metros más adelante debido a que no había ningún sitio libre más próximo.

—¡Joder, cómo manejan por aquí! —exclamó Roberto mientras bajaban.

Cada casa en aquella urbanización era diferente a las demás, cada una con su propia forma y diseño. En el caso de la casa de los Jovellanos tenía dos plantas y estaba construida en hormigón, con forma de cubo partido en dos bloques, lo que le daba un aspecto vanguardista. No había ventanas en la fachada que daba a la calle, por lo que Roberto supuso que se encontraban al otro lado de la vivienda.

Un camino de piedra a través de un pequeño césped verde, muy cuidado, les llevó hasta la puerta principal. No tuvieron que esperar demasiado una vez pulsaron el timbre.

—Hola, ¿qué desean? —les saludó una mujer de unos cincuenta años con ojos enrojecidos.

—Buenas tardes. Soy la sargento Ruano, de la UCO, y este es el cabo Fuentes. Queríamos hablar con los padres de Inés Jovellanos.

La mujer contuvo la respiración al escuchar su nombre.

—No creo que sea el mejor momento. Su padre acaba de regresar de identificar el cuerpo de mi sobrina.

—Entiendo. No sabe cuánto lamento su pérdida.

—Era tan joven... con toda la vida por delante —dijo con voz entrecortada mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Lo siento.

—¿Quién es, cari? —sonó una voz grave desde el interior.

Ella se volvió a su espalda, incapaz de decir nada. Unos segundos después la puerta se abrió del todo y un rostro conocido apareció ante ellos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Pablo Jovellanos con gesto serio.

—Buenas tardes. Veníamos a hablar con los padres de Inés.

—No es el mejor momento.

—Su mujer nos lo ha dicho, pero si pudiésemos pasar...

—Estamos en familia, con los amigos más cercanos.

—No molestaremos. Si sus padres no quieren hablar con nosotros nos iremos, pero cuanto antes empecemos la investigación antes daremos con el autor de su muerte.

Ese argumento pareció convencer al Consejero, que les permitió entrar.

—Les acompañaré hasta el jardín para que esperen allí y hablaré con mi hermano para ver si es capaz de atenderles. Esto está siendo muy duro para él y para todos.

—Lo sé.

El hombre les guió a través de un pasillo que giró a la derecha y luego a la izquierda hasta llegar a un amplio jardín en el que había una pequeña piscina y un cenador con una parrilla. La temperatura esa tarde era agradable, a pesar de que el cielo estaba nublado. En el lugar había varias personas charlando en varios corrillos, algunos de los cuales miraron a los agentes con curiosidad.

—Bonita choza —murmuró Roberto. Tal y como había supuesto, ese lado de la vivienda estaba formado por amplios ventanales, a través de los cuales podía verse que los techos de las habitaciones eran bastante altos.

—No quiero una casa así ni regalada —comentó Eva—. Imagínate cada vez que tengas que limpiar esos cristales.

—Si puedes permitirte una casa así seguro que puedes pagar para que te la limpien.

—Aun así prefiero mi piso, aunque sea más modesto.

—¿Dónde lo tienes?

—Al final de la calle Tenderina, casi saliendo de Oviedo.

—Conozco esa zona. Es tranquila.

—Por eso la elegí —dijo Eva mirando a su alrededor, hasta que fijó la mirada en alguien—. Creo que esa es Sofía, la prima de Inés.

—¿Quién?

—La que está sentada sola, al otro lado de la piscina —respondió señalándola—. Los guardias de Llanes hablaron con ella después de la

desaparición de Inés, pero yo no tuve ocasión de hacerlo.

—Podemos hacerlo ahora.

—No creo que a su padre le gustase.

—Es mayor de edad —dijo Roberto caminando hacia ella—, no necesitamos su permiso para interrogarla.

La joven estaba sola, sentada en una silla mientras fumaba con la mirada perdida en el agua de la piscina.

—Hola, ¿eres Sofía?

Ella levantó la mirada hacia Roberto. Tenía los ojos enrojecidos.

—Sí.

—Soy el cabo Fuentes y esta es la sargento Ruano, de la Guardia Civil. Estamos investigando la desapa... el fallecimiento de tu prima. ¿Podemos hablar unos minutos?

—No es un buen momento. Si mi padre me ve hablando con vosotros me caerá una buena bronca. —Dio una calada al cigarro y luego se encogió de hombros—. Aunque, ¿qué importa? De todas formas, todos me echan la culpa a mí de su desaparición.

—Es importante que hablemos —intervino Eva con voz suave—, ahora que todavía tienes frescos los recuerdos en tu mente.

—Ya les conté a los guardias de Llanes lo que sabía.

—Ahora la investigación la lleva la UCO. Además, hay algunas cuestiones que necesitamos aclarar contigo y que nos ayudarían a encontrar a quien se la llevó.

—¿Qué cuestiones?

Eva abrió el sobre que llevaba en la mano y sacó dos fotos del interior, del tamaño de un folio.

—¿Recuerdas si esta es la ropa que llevaba Inés esa noche?

La joven arrojó el cigarro al césped y cogió las fotos. Tras observar cada una de ellas unos segundos, asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Estás segura?

—Fui a comprar esa falda con ella antes de las vacaciones y esa camisa roja es mía. Le quedaba genial y se la dejé —dijo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Siento mucho la muerte de tu prima.

—Fue culpa mía —aseguró con amargura.

—¿Por qué dices eso?

—Yo tenía que haber estado... a su lado.

—Tranquilízate —dijo Eva agachándose junto a ella y poniendo la mano sobre su rodilla—. Tú no tuviste la culpa de nada.

—Pero si no me hubiese ido, dejándola sola...

—No puedes pensar eso, Sofía. Os podíais haber separado por cualquier otro motivo o en cualquier otro momento. Quien se la llevó esperaba el momento oportuno para hacerlo. Podía haber sido esa noche o cualquier otra. Un secuestro así no es improvisado. Probablemente llevaba tiempo siguiéndola.

—Si no la hubiese dejado sola no se la habrían llevado —repitió llorando—. Yo soy la culpable. Todo el mundo lo dice.

—¿Quién dice eso?

—Mi padre... su padre. ¡Todos!

—Eso es injusto, Sofía. El único culpable es el cabrón que se la llevó. A él es a quien deben echar la culpa, no a ti —dijo Eva cogiendo una de sus manos entre las suyas—. Tú querías a tu prima y jamás hubieses permitido que le hiciesen daño. —Ella la miró conteniendo el llanto y negó con la cabeza—. Necesitamos que nos ayudes a atrapar a quien le hizo eso. ¿Lo harás?

—Sí —respondió dibujando una leve sonrisa.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó de pronto una voz con tono desagradable.

—Nada, señor Jovellanos. —Eva se incorporó al ver acercarse al padre de Sofía—. Estábamos charlando con su hija.

—Ella no va hablar con ustedes y los padres de Inés tampoco. Están muy afectados y lo que necesitan ahora es tranquilidad. Todos la necesitamos.

—No es necesario ser borde —dijo Roberto, a quien ya empezaba a molestar la actitud de aquel hombre—. Estamos aquí para encontrar a quien mató a su sobrina.

—No creo que lo encuentren aquí, ¿verdad? Deberían estar buscándolo en Llanes —dijo situándose a dos pasos de él—. Además, todavía no he empezado a ser borde. Ni se imaginan lo jodidamente borde que puedo llegar a ser.

Roberto no se amedrentó. Es más, dibujó una fría sonrisa. Le encantaba meter en la cárcel a gente como él. Seguro que aquel imbécil guardaba secretos bajo su alfombra, como muchos de los políticos y empresarios que habían entrado en la cárcel los últimos dos años por todo el país.

—Todos queremos lo mismo, señor Jovellanos —intervino Eva—. Solo queremos hablar con su hija para aclarar algunos detalles de la desaparición

de Inés.

—Mi hija ya dijo en su momento todo lo que tenía que decir.

—No a nosotros.

—Quiero que se vayan.

Tras unos segundos de duda, Eva asintió con la cabeza.

—Está bien, volveremos en otro momento.

Un ligero gesto con la cabeza fue suficiente para que Roberto siguiese sus pasos al interior de la casa y de ahí a la calle. Solo cuando estuvieron fuera de la vivienda se atrevió a decir:

—Debiste dejar que le rompiese el cuello.

—En Investigación Criminal no hacemos así las cosas.

—Lo sé, Eva, solo bromeaba.

—Lo siento —se disculpó ella con gesto de cansancio—, es que la gente como ese gilipollas me desespera. ¿No entiende que lo único que pretendemos es encontrar a la persona que mató a Inés?

—Tal vez no quiere que la encontremos.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, solo pensaba en voz alta —dijo él con una leve sonrisa.

Caminaron de regreso al coche, aunque apenas habían recorrido veinte metros cuando una voz femenina llamó la atención de ambos.

—Perdonen, agentes. ¿Conocen el *Starbucks* que está delante del Teatro Campoamor?

—Sí —respondió Eva a la pregunta de Sofia, que le hablaba desde la puerta de entrada al chalé.

—Les veo allí en media hora —dijo antes de regresar al interior.

Una vez tuvieron sus bebidas en la mano, Sofía propuso ir a sentarse al cercano parque del Campo de San Francisco, para charlar allí con más intimidad. Lo hicieron en un solitario banco situado entre dos pequeños arbustos.

—Está bueno este chocolate de avellanas —afirmó Roberto, dibujando una sonrisa de satisfacción al probar el contenido de su vaso de cartón.

—Es mi preferido —dijo la joven, dando a continuación un sorbo del suyo.

—¿Para qué querías vernos aquí? —preguntó Eva impaciente. Desde que se habían encontrado en el *Starbucks* hasta el momento, Sofía no había querido decirlo.

—Para poder hablar sin que mi padre nos viese. Me quiere, pero es muy controlador, al igual que mi tío. Bueno, él es peor todavía.

—¿Te refieres al padre de Inés?

—Sí. No sé si sabréis que Inés estuvo muy enferma de pequeña. Nació con problemas en el corazón y sus padres siempre estaban muy pendientes de ella, para que no hiciese ningún esfuerzo. No la llevaban a los parques a jugar con otros niños y tenía prohibido salir al patio del colegio. Aunque lo hiciesen para protegerla, lo cierto es que la convirtieron en una marginada, y eso no cambió cuando creció. Con quince años su padre no la dejaba salir con amigos ni ir a ninguna parte si no era con él o con su madre. Estaba obsesionado con que le pasase algo si salía sola. Yo fui la única con la que le permitió cierta libertad.

—¿En qué sentido?

—Durante este último invierno conseguí convencer a mi tío unas cuantas veces para que la dejase salir conmigo, aunque solo fuesen un par de horas, con la excusa de ir juntas de compras.

—¿Quedaba con chicos en esas ocasiones?

—No, pero alguna vez nos encontrábamos con algunos amigos míos y se los presentaba. Nos tomábamos algo con ellos, charlábamos y lo pasábamos bien. Eran las únicas ocasiones en las que salía de la urna en que la tenía encerrada su padre.

—Háblanos de la fiesta en la playa de Cuevas del Mar.

—Habíamos logrado convencer a sus padres para que la dejaran ir por semana conmigo a casa de los abuelos. Saqué el carné de conducir hace seis meses, así que nos fuimos juntas en mi coche, con la promesa de que yo cuidaría de ella. —Sofía hizo una pequeña pausa y bajó la mirada al suelo, como si le doliese ese recuerdo—. Sus padres no llegaban hasta el viernes, así que aprovechamos para salir. Cuando me enteré de que había una fiesta de inauguración del verano le propuse ir juntas y aceptó encantada.

—¿Con quién estuvisteis allí?

—Con mucha gente. Me encontré con varios amigos de Llanes y conocimos a gente de la zona. Inés habló y bailó con varios de ellos, y se lo pasó genial.

—¿Sabes si esa noche conoció a alguien especial, alguien que le llamase la atención?

—No, la verdad es que no me fijé.

—Por favor, haz un esfuerzo. Cualquier detalle puede ser importante.

Sofía se tomó unos segundos para reflexionar.

—Cuando llegamos a la fiesta dijo algo así como «*Espero que él pueda venir*».

—¿A quién se refería?

—A alguien que conoció por internet. Le dijo que igual iba a la fiesta, pero no apareció.

—¿Puedes hablarme un poco más de ese tema?

—Claro —respondió, dando antes un sorbo a su bebida—. Inés lo estaba pasando muy mal, sobre todo el último año. Vivía como en una cárcel, todo el día obedeciendo a sus padres, sin poder salir ni quedar con ningún amigo. ¿Sabéis que mi tío le instaló una aplicación en el móvil para saber dónde se encontraba en todo momento?

—Sí, gracias a eso lo encontramos.

—Cuando venía a mi casa se pasaba la tarde llorando. Estaba muy deprimida y yo era la única que la entendía.

—¿Y su madre?

—¿Mi tía? Ella vive igual de amargada, aunque ahoga sus penas en alcohol y medicamentos. Si hubiese mirado más por Inés no habría pasado esto —aseguró con una mueca de rabia, tras lo cual sus ojos se llenaron de lágrimas—. Yo tenía que haber cuidado de ella y haberla protegido. Yo...

La joven rompió a llorar, por lo que Eva se limitó a posar la mano sobre su hombro y dejar que se desahogase.

—No tienes que echarte la culpa, tú no la secuestraste. —A pesar de sus palabras, la joven tardó en sobreponerse. Cuando lo hizo, Eva, preguntó—: ¿Puedes contarme a quien conoció por internet?

—A un tal Cameron, aunque supongo que sería su apodo.

—¿Y qué te contó de él?

—Que era alguien mayor, al menos mayor que ella. Lo conoció en un grupo de *Facebook* llamado Avatar, uno en el que se reunían adolescentes con problemas. Ya sabéis, chicos y chicas que discuten con sus padres o que tienen problemas de socio... socia...

—¿Socialización?

—¡Eso! Inés se sintió enseguida muy identificada con la gente de ese grupo y Cameron la ayudó mucho.

—¿En qué sentido?

—Charlaba muchísimo con él. Fue Cameron quien la convenció para hablar con sus padres y que la dejaran venir a Naves conmigo y con los abuelos. Antes de conocerle era muy callada y sumisa, pero hablar con Cameron la cambió.

—¿Y por qué pensó que estaría en la fiesta?

—Esa mañana había hablado con él por *Snapchat*. Cameron le dijo que estaba en Llanes con unos amigos y que le encantaría que se conociesen en persona. Cuando Inés le comentó que íbamos a ir a la fiesta de Cuevas dijo que intentaría acercarse, pero que no le prometía nada.

—Pero no sabes si lo hizo.

—Al menos el tiempo que estuvimos juntas, no.

—¿Sabes cómo era, te enseñó alguna foto suya?

—No tenía ninguna foto, que yo sepa, aunque sí debieron de hablar por videoconferencia porque me dijo que parecía un actor de cine. Supongo que fantaseaba.

—Tal vez no — intervino Roberto—. ¿Te suena haber visto en la fiesta a alguien alto, con el pelo largo, barba y unos treinta años? —preguntó repitiendo la descripción que les había dado Juanín.

—No, aunque había mucha gente esa noche.

—Piensa un poco. Llevaba melena hasta los hombros.

—Alguien así llamaría la atención. Lo siento, no vi a nadie con esa pinta.

Eva retomó la palabra.

—¿Inés te contó algo más de Cameron que nos ayude a localizarle, como en qué zona de Llanes estaba?

—No, aunque... —Sofía se quedó pensativa unos segundos antes de continuar—. Le comentó que tenía un yate o un barco y que le encantaría darle algún día un paseo por la costa en él.

—Tal vez lo tiene amarrado en el puerto de Llanes —sugirió Eva mirando a Roberto.

—Podría ser.

—¿Pudo ser él quien se llevó a mi prima? —preguntó Sofía.

—No lo sé, tendremos que investigarlo. De todas formas, nos has sido de gran ayuda —dijo Eva sacando una tarjeta del bolsillo y entregándosela—. Toma, este es mi número de móvil. Llámame si recuerdas algo más, lo que sea y a la hora que sea.

—Muy bien.

—Gracias por ayudarnos, Sofía.

Los agentes se despidieron de ella y se dirigieron al *parking* subterráneo donde habían dejado el coche.

—¿Crees que la secuestró el tal Cameron? —preguntó Roberto.

—Podría ser. Tendremos que investigarlo.

—¿Y ahora dónde vamos?

Eva tardó unos segundos en responder.

—Me gustaría estar aquí mañana para hablar con el forense.

—Entonces tendré que buscar habitación en un hotel.

—No es necesario. Tengo dos habitaciones en mi piso —dijo haciendo una breve pausa antes de continuar—. Puedes quedarte, a condición de que respetes el acuerdo.

—Por eso puedes estar tranquila —aseguró Roberto poniendo la mano derecha sobre el pecho—. Te prometo que no saldré de mi habitación en toda la noche. Eso sí, vas a tener que dejarme una botella de agua vacía por si necesito mear por la noche.

Sus palabras le arrancaron una risa a Eva, lo que reconfortó a Roberto. Que fuesen buenos amigos era lo único a lo que podía aspirar, al menos de momento.

LUNES 6 DE JULIO

El viento mecía las copas de los árboles mientras avanzaba por el camino. Esta vez no sentía tanto miedo como en anteriores ocasiones, por eso al llegar a la casa y ver que la puerta estaba abierta, decidió entrar.

A su izquierda, en un rincón de la sala, estaba la cama y atada a ella de pies y manos una joven que le miró pidiendo su ayuda. A pesar de la débil iluminación, vio que llevaba puesta una mordaza de cuero negro, con una bola de color rojo en la boca que le impedía hablar. Vestía una minifalda negra y una camisa roja, por lo que supuso que se trataba de Inés, aunque, antes de que tuviese tiempo de acercarse a ella, se difuminó y desapareció ante sus ojos.

Al quedarse solo, Roberto decidió encaminarse hacia la escalera. Ascendió los escalones y al llegar a la segunda planta se encontró con una imagen que hizo que se le parase el corazón. La misma joven estaba ahora atada a la cruz de San Andrés, con los brazos y las piernas abiertas, y completamente desnuda. Sin duda, era muy joven todavía. Las formas de su cuerpo no tenían la firmeza de una mujer adulta.

No obstante, lo que más le impresionó fue ver su cuerpo ensangrentado, con numerosas heridas que recorrían buena parte de su piel. Eran como arañazos realizados por una afilada garra. La sangre recorría su torso y sus piernas para gotear en el suelo y formar un charco a los pies de la cruz. Inés le miró con ojos aterrorizados y llenos de lágrimas, mientras intentaba decir algo que la mordaza le impidió pronunciar.

Cuando Roberto intentó acercarse para quitársela, todo se volvió oscuridad a su alrededor y despertó del sueño.

Roberto se despertó empapado en sudor y con el corazón a cien por hora. Necesitó unos segundos para reconocer la realidad que le rodeaba. Estaba en

casa de Eva, en la habitación que le había dejado para dormir esa noche. La luz del nuevo día entraba con fuerza por la persiana medio bajada y hasta él llegó un familiar olor a café que hizo que saltase de la cama como impulsado por un resorte.

Todo había sido un sueño, aunque después de su experiencia anterior le costó que sus pulsaciones volviesen a un ritmo normal. Dos años atrás había tenido una serie de sueños premonitorios mientras investigaba los asesinatos de Cuevas del Mar. Bueno, en realidad no habían sido exactamente premonitorios. Primero había soñado durante siete días seguidos con Miriam, su novia de la adolescencia. La había visto arrojarse por el acantilado en el que supuestamente se había suicidado quince años atrás. Luego, cuando volvió a su pueblo para ayudar en la investigación de una muerte muy similar, comenzó a tener nuevos sueños, en los que Miriam trataba de decirle algo. De ese modo fue como lograron detener a su asesina, sin que nunca llegase a entender si los sueños eran fruto de su subconsciente o realmente Miriam había regresado del lugar en el que se encontraba para ayudarle a vengar su muerte.

Durante dos años no había vuelto a soñar con ella ni había tenido sueños parecidos, y ahora, por algún motivo que no entendía, Inés Jovellanos aparecía en sus sueños. ¿Acaso había vuelto para ayudarle a detener a su asesino?

De ser así lo único que podía hacer era esperar. Él no controlaba esos sueños. No podía elegir cuando tenerlos y tampoco tenía ningún control sobre ellos. Solo se limitaba a ver y escuchar, como si una entidad tomase el control de su cuerpo y de su mente. Si Inés quería o necesitaba decirle algo lo haría en el momento oportuno y hasta entonces solo podía limitarse a esperar.

Roberto se puso un pantalón vaquero y salió de la habitación en dirección a la cocina. Inés estaba de espaldas a él, vestida con unos vaqueros y una camiseta.

La noche anterior habían cenado en un restaurante de comida rápida del centro comercial situado a las afueras de Oviedo, donde estuvieron charlando principalmente del caso. Luego, al llegar al piso de Eva, cada uno se fue a su habitación, aunque Roberto se pasó un buen rato deseando que su puerta se abriese y que ella apareciese para meterse en su cama. Antes de que eso ocurriese, se quedó dormido.

A la luz del nuevo día tuvo claro que había sido lo mejor. Eso probablemente lo habría estropeado todo, al menos desde un punto de vista profesional. Eva le había dejado claro que no podían trabajar juntos si existía

una relación sentimental entre ambos, algo con lo que estaba de acuerdo, por mucho que le doliese. Lo mejor era aparcar sus deseos y centrarse en encontrar al asesino de Inés Jovellanos.

—Ese café huele muy bien —dijo para captar su atención.

—Me habría gustado recibirte con un chocolate como el del *Starbucks*, pero no me daba tiempo de ir a buscarlo —aseguró ella volviéndose para mirarle con una sonrisa radiante dibujada en el rostro.

—No te preocupes, un café está bien para empezar el día.

—¿Has dormido bien? ¿Pasaste frío?

Estuvo tentado de responder a la pregunta con un «hubiese dormido mejor contigo en mi cama», pero no le pareció una broma oportuna.

—Solo un poco, al principio. Oye, ¿podrías dejarme una toalla para darme una ducha? He tenido un mal sueño antes de despertar y estoy empapado en sudor.

—Te he dejado una detrás de la puerta del baño.

—Gracias.

—Si necesitas relajarte no dudes en usar todos los chorros.

Roberto no entendió a qué se refería hasta que llegó al baño y vio la cabina de ducha con hidromasaje. En principio fue reacio a usar los múltiples chorros, pero en cuanto probó uno de ellos y vio lo agradable que resultaba la sensación accionó todos los demás. Durante cinco minutos permaneció bajo el agua, dejando que esta le arrancase de la piel el sudor y las malas sensaciones con las que se había despertado esa mañana.

Cuando regresó a la cocina un cuarto de hora después lo hizo con una sonrisa de satisfacción.

—Veo que te ha sentado bien la ducha —dijo Eva entregándole su taza de café.

—Vas a tener que pasarme la factura del agua caliente.

—Tampoco has tardado tanto. Yo suelo pasarme mucho más rato que tú bajo el agua.

—Tendré que comprarme una. Es un buen invento.

Se sentaron alrededor de la pequeña mesa de la cocina, sobre la que había un plato con tostadas y otro con galletas.

—No sabía lo que desayunas.

—Cualquier cosa me vale —dijo él—. No deberías haberte molestado.

—Antes preparaba un bizcocho a la semana, aunque, claro éramos dos en casa. Tendré que acostumbrarme a vivir sola de nuevo.

Roberto vio en su rostro un gesto de dolor que disimuló tomando un sorbo de su taza. Estaba claro que el recuerdo de su anterior pareja estaba todavía muy presente en ella, lo que le llevó a pensar que lo ocurrido dos noches atrás había sido fruto de un impulso, nada más, de la necesidad que sentía Eva en ese momento de desahogarse con alguien. *No está enamorada de ti*, se dijo a sí mismo, *así que no te hagas ilusiones*.

—Tenemos que irnos —aseguró Eva sacándole de sus pensamientos.

—¿A dónde?

—Al Instituto de Medicina Legal de Asturias. El brigada Padilla me mandó un mensaje hace un rato para que nos reuniésemos allí con él y con el médico forense. Está muy cerca de aquí.

—¿Ya tienen la autopsia?

—Eso parece.

—Entonces vamos —dijo Roberto con energías renovadas y tomando el café de un solo trago—. Inés merece que se le haga justicia.

El edificio en el que se encontraba el Instituto de Medicina Legal de Asturias tenía la fachada gris, con los marcos de las ventanas de color verde. Se reunieron en una sala de la primera planta con una larga mesa central, en la que únicamente estaban los dos agentes de la UCO, el brigada Padilla y el forense, un hombre mayor, de pelo canoso, que aparentaba más de sesenta años. Su aspecto era cansado, con largas ojeras fruto probablemente de una noche sin dormir.

Todos tomaron asiento en uno de los extremos de la mesa.

—Quería que estuviese aquí el brigada Padilla, de Criminalística, para contrastar los informes de ambos —dijo el forense poniéndose unas gafas y abriendo la carpeta que tenía delante de él—. Ahora os haré un resumen de lo más importante, aunque luego os entregaré el informe completo para que lo leáis con más detenimiento. Comencemos por lo más importante: Inés Jovellanos no murió ahogada.

—¿Murió antes de que la arrojasen al agua? —preguntó Eva.

—Sí. Aunque su cuerpo apareció en la playa, arrastrada por el mar, sus pulmones no tenían nada de agua en su interior —aseguró el forense—. No es posible calcular la hora exacta de su muerte, dado que estuvo varias horas en el mar, pero no fueron muchas. El cuerpo apenas tenía mordeduras de los peces. Según mis cálculos murió la madrugada del jueves al viernes.

—Encontramos la casa de Nueva un día después, el sábado por la mañana —murmuró Roberto.

—He contrastado mi autopsia con lo que Padilla encontró en esa casa que mencionas y creemos que murió allí, por desgracia para ella.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que voy a decir es algo terrible —prosiguió el médico—, pero Inés murió de un ataque al corazón, motivado probablemente por el dolor extremo

al que fue sometida.

—Dolor... ¿extremo? —murmuró Eva desconcertada.

El forense leyó lo que ponían los papeles que tenía ante él.

—El cuerpo presenta múltiples moratones y desgarros en la piel, de distinta profundidad y longitud, en torso, piernas, brazos y espalda.

—Encontramos tres fustas y cuatro látigos en la casa con restos de sangre —añadió Padilla—. Dos de los látigos eran de cuero trenzado, tipo domador, pero los otros eran de siete colas, uno con pequeñas bolas y otro con cuchillas en los extremos.

—¡Joder! —exclamó Roberto consciente del dolor que había sufrido la víctima.

El forense prosiguió.

—También encontramos quemaduras en varias zonas de su cuerpo, como el cuello o los pechos, realizados con un puro o un cigarro de un grosor similar. En el informe describo el diámetro. —El hombre hizo una pequeña pausa, como si le costase continuar hablando—. No son las únicas heridas que encontramos. El interior de la vagina y del esfínter presentaba desgarros, fruto de múltiples y violentas penetraciones, aunque no encontramos restos de semen.

—Lástima.

—¿Por qué? —preguntó Roberto, sorprendido por el comentario de Eva.

—Habría sido un modo sencillo de identificar al agresor. Bastaría un análisis de ADN para verificar su identidad, por eso la mayoría de violadores usan preservativo —le aclaró ella.

—En este caso no habría sido necesario, dado que arrojaron el cuerpo al mar —comentó el forense—, aunque supongo que no contaban con que apareciese en una playa dos días después.

—La cuerda que tenía atada al tobillo era de escalada y estaba bastante deteriorada —aseguró Padilla—. Eso hizo que terminase rompiéndose después de arrojarla atada a un peso para hundir su cuerpo en el mar. Ya sabéis que el salitre del mar es corrosivo con casi todos los materiales y en este caso se trata de una cuerda que debía de estar bastante en contacto con el agua de mar. Probablemente pertenecía a la embarcación desde la que debieron arrojarla. Tengo un primo con un pequeño bote que usaba una cuerda muy parecida para el ancla y que se le terminó partiendo.

—No era la única marca de cuerda que presentaba el cuerpo —continuó el forense—, presentaba dos tipos de ataduras distintas en muñecas y tobillos,

una de cuerdas y otra de correas de cuero.

—Se corresponden con las cuerdas que había en la cama de la planta baja y las correas de cuero de la cruz de madera de la planta superior —aclaró Padilla.

—Primero la ataron a la cama, para violarla —murmuró Roberto al recordar lo que había visto en su último sueño—, y luego la subieron al piso de arriba, donde la torturaron.

—Es probable.

—De ahí las marcas de sangre en las sábanas de la cama —reflexionó en voz alta Eva—. ¿Inés era virgen?

—Sí —respondió el forense.

—¡Pobre cría!

—Aparte de esas marcas en muñecas y tobillos, también tenía marcas en la boca, causadas por una mordaza de cuero que el equipo de Criminalística encontró en el lugar.

—¿Esa mordaza tenía una bola de color rojo en el centro? —preguntó Roberto temiendo escuchar la respuesta.

—Sí, encontramos restos de saliva y de sangre en una de las que estaba colgada de la pared. ¿Cómo lo sabes? —se sorprendió Padilla.

No fue capaz de darle una respuesta. De pronto sintió un intenso frío recorrer su espalda, como si una mano helada se hubiese posado en ella.

—¿Estás bien? —preguntó Eva al ver su expresión—. Te estás poniendo pálido.

—No es nada —trató de disimular.

—No hay mucho más que os pueda decir —concluyó el forense—. Las heridas más recientes son las del torso y muslos, por lo que suponemos que durante la primera sesión de tortura la ataron de cara contra esa cruz y le fustigaron y flagelaron la espalda con saña. Luego, en la siguiente sesión, ya le dieron la vuelta.

—¿Cuánto duró esa tortura? —preguntó Eva.

—Me temo que bastantes horas, a tenor del estado de cicatrización de las distintas heridas. Me atrevería a decir que en dos sesiones, con una diferencia de unas veinticuatro horas entre una y otra. Mi teoría es que fue violada la primera noche y luego la torturaron durante las dos siguientes, hasta que murió.

—¡Puto salvaje! —exclamó Roberto incapaz de ocultar la rabia que sentía en ese momento—. ¿Cómo puede haber alguien capaz de algo semejante?

—Perdón, hay un par de cosas que no os he mencionado y que creo que

son importantes —aseguró el forense—, aunque falta la confirmación del resultado de los análisis. Encontré restos de una sustancia alrededor de la boca y nariz, que me atrevería a decir que se trata de cloroformo o de algún tipo de anestésico. El cadáver también presentaba dos pinchazos en la cara externa del muslo derecho.

—¿La drogaron?

—En este caso me inclino más por pensar que le aplicaron algún tipo de inyectable. Quizás fuese diabética.

—Inés tenía problemas del corazón —dijo Eva—. Nos lo comentó su prima ayer.

—Entonces quizás fuese un inyectable de epinefrina.

—¿Con que objetivo?

—Imagino que prevenir un paro cardíaco.

Se hizo el silencio durante unos segundos, como si todos valorasen el significado de esa afirmación. Eva fue la primera en reaccionar.

—¡Pobre Inés! No logro imaginarme lo que debió sufrir.

—Un monstruo así no puede seguir libre por ahí —aseguró Roberto—. Tenemos que detenerlo.

—Gracias por todo, doctor, le agradezco que nos haya recibido —se despidió Eva.

—No hay por qué darlas. Solo espero que atrapéis a ese asesino malnacido.

Los dos agentes salieron del despacho junto con Padilla, y se dirigieron a la salida, aunque ninguno de ellos abrió la boca hasta estar en la calle.

—Conozco a alguien que quizás os pueda ayudar en este caso —aseguró el brigada—. Se trata de Esteban Reyes, un criminólogo que ha escrito más de diez libros y que colabora tanto con periódicos como con la televisión. Tal vez lo recuerdes porque ayudó a la Policía Nacional de Roquetas de Mar a atrapar a los asesinos de aquellas dos adolescentes alemanas, hará unos cuatro años.

—Me suena ese caso.

—Los que las mataron eran miembros de una secta satánica.

—Sí, ahora lo recuerdo. Salió en varios medios.

—Esteban es experto en sectas y en asesinatos rituales. Pensé en él cuando vi lo que había en esa casa. Puedo llamarle para que hable con vosotros, incluso enviarle una copia de los informes, así podrá daros un perfil previo del asesino.

—¿Dónde vive?

—Aquí en Oviedo. Es un buen amigo, de la vieja escuela, y seguro que os recibe si se lo pido. Puede que él os dé un enfoque diferente del caso.

—Por mí no hay problema —respondió Eva mirando a Roberto, que se encogió de hombros—. De momento no tenemos mucho más con lo que trabajar. ¿Cuánto tardarán en llegar los resultados del laboratorio?

—Los del ADN tardarán más, ya lo sabes, pero el resto espero tenerlos mañana, tanto de las muestras de sangre como de cabello encontradas en el escenario del crimen y en los diversos objetos. Se ve que en Madrid se están dando prisa.

—Me alegra saberlo.

—Es lo que ocurre cuando la desaparecida es sobrina de un Consejero del Principado, que además es íntimo amigo del Delegado del Gobierno en Asturias. El Ministro del Interior ha pedido al Director de la Guardia Civil que ponga todos los medios disponibles al servicio de este caso, lo que ha acelerado bastante la obtención de los resultados.

—Si es así, me extraña que no hayan enviado ya más agentes de la UCO de Madrid para hacerse cargo del caso.

—Eso es porque tu historial de resolución de casos hasta el momento te avala —aseguró Padilla con una leve sonrisa.

—Pues me vendría bien contar con más gente. ¡Lástima no tener a Hinojosa conmigo! —se lamentó.

—Hombre, gracias —dijo Roberto, molesto.

—No es por eso —rectificó ella de inmediato—. Valoro tu ayuda y la agradezco, pero Hinojosa me ayudó mucho en la resolución de mis anteriores casos, antes de irse a Madrid contigo. De tenerle, podríamos repartirnos mejor el trabajo y abarcar más hilos de la investigación. Es muy bueno con el tema informático y tecnológico. Ya lo sabes.

—¿Y por qué no vamos a poder tenerle?

—¿Qué quieres decir?

—Lo mismo que a mí me han asignado al caso, podemos solicitar que lo asignen a él. Después de todo estuvo en Investigación Criminal contigo y sabría ayudarte mejor que yo. Tú misma lo has dicho.

—No pretendía ofenderte. Estás ayudándome mucho.

—No me ofendes, de verdad. Podría hablar con el comandante Varela para que le asignen al caso, incluso para que nos manden más gente de Madrid, no solo a Hinojosa.

—Con el lío que tienen ahora mismo en Madrid no sé si sería posible —

les interrumpió Padilla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Roberto extrañado.

—¿No habéis visto la tele esta mañana?

—No.

—Al parecer hace unos días apareció ahorcado un político que iba a ser acusado de corrupción. Quizás tú sabes más del caso que yo. —Roberto se limitó a asentir con la cabeza—. Pues bien, ahora resulta que no se suicidó, sino que lo asesinaron.

—¿Cómo?! —preguntó sin poder disimular su asombro—. ¡No es posible!

—En la tele dicen que le obligaron a ahorcarse, aunque no aclaran cómo. Lo que sí puedo decirte es que el asunto ha levantado mucho revuelo dentro del ámbito de la política. Me imagino que tus compañeros van a tener trabajo estos días.

Eva le miró expectante.

—Espero que no tengas que irte.

—No creo. La investigación de su muerte no corresponde a Anticorrupción. De todas formas voy a llamar a Madrid para asegurarme de que puedo seguir aquí —dijo sacando su teléfono—. Soy el primero en querer ayudarte a resolver este caso, sobre todo después de saber lo que le han hecho a Inés.

Roberto dejó a Eva y al brigada Padilla hablando al pie del edificio y se alejó unos metros para llamar a Hinojosa. Necesitó dos intentos para que respondiese a la llamada.

—Espero que sea importante —dijo su compañero con voz somnolienta.

—¿Qué pasa, saliste anoche de fiesta?

—¡Ojalá! Estuve hasta casi las dos de la mañana en el curro. ¿Sabes que especulan con que pudieron obligar a Luis Cuesta a ahorcarse?

—Eso acaban de contarme. No he visto la tele todavía.

—Pues sí, tío. En la autopsia se apreció que las yemas de los dedos presentaban abrasiones, como si hubiese intentado aflojar el nudo mientras colgaba de la lámpara.

—Eso pudo deberse a que se arrepintiese en el último momento.

—Ya, pero se está montando una buena. Los de su partido han aprovechado esa circunstancia para decir que era inocente de todo lo que íbamos a acusarle, y que incluso las fotos que aparecieron sobre la mesa estaban trucadas y que las dejamos allí para incriminarle.

—¿Nosotros? ¡Eso es absurdo!

—Lo sé. Menos mal que te hice caso y no nos saltamos el protocolo en ningún momento. Los abogados de la familia están buscando cualquier resquicio para demostrar su inocencia, tal y como tú aseguraste.

—Tú y yo sabemos que no era inocente. No le habríamos detenido de tener alguna duda.

—Eso está claro, pero hay una parte de la prensa, la más afín al partido, que está haciendo campaña a favor de su inocencia. Por suerte el caso está en manos de los de Investigación Criminal. Ayer estuve con ellos hasta tarde contándoles todo lo que habíamos averiguado y las conclusiones de nuestra investigación.

—Debiste llamarme. Podría haber ido a echarte una mano.

—No hacía falta —aseguró Hinojosa—. Además, tú ya tienes bastante jaleo por ahí. Me he enterado de que la chavala apareció muerta.

—Por eso te llamaba. Eva me comentaba la posibilidad de que vinieses a echarnos una mano, si te interesa, claro.

—¿Estás de coña? Estoy deseando largarme de aquí una temporada. La cosa anda bastante caliente.

—Muy bien, entonces voy a hablar con el comandante Varela para ver si no tiene inconveniente. Te llamo luego con la respuesta.

No tardó mucho en obtenerla. El comandante no puso ningún impedimento para que Hinojosa se uniese al equipo en Llanes.

—En el Departamento de Investigación Criminal están un poco ahogados con lo de Luis Cuesta —le explicó Varela—. Les están presionando bastante y no tienen demasiada gente disponible. Su jefe, el comandante Salas, me comentaba precisamente esta mañana que estaba recibiendo presiones también desde Asturias para mandar más agentes a tu tierra para que atrapen al asesino de esa chavala.

—Sí, su tío es Consejero del Principado y buen amigo del Delegado del Gobierno.

—Seguro que a Salas le aliviará saber que voy a mandar a otro agente. Eso sí, Roberto, andad con pies de plomo. Hay gente deseando que fracasemos para mostrar la peor imagen posible de la UCO y que eso sirva para limpiar la imagen de personajes como Luis Cuesta. Durante estos dos años nos hemos granjeado muchos enemigos en la clase política.

—Lo sé, no se preocupe. Tendremos cuidado.

—Suerte y llámame para lo que necesites.

Acto seguido Roberto llamó a Hinojosa para confirmarle que iban a autorizar su incorporación al caso, y luego se reunió con Eva en el lugar donde habían aparcado el coche. El brigada Padilla ya no estaba con ella.

—Mi jefe ha autorizado que Hinojosa se incorpore al equipo. Solo falta que hable con tu jefe y arreglar el papeleo.

—Gracias, te lo agradezco —dijo ella con una tímida sonrisa—. Eso sí, no quiero que pienses que no quiero trabajar contigo. Todo lo contrario. Solo creo que Hinojosa tiene experiencia en investigaciones informáticas y su ayuda nos vendrá muy bien. No tiene nada que ver con que...

—No te preocupes —la interrumpió alzando la mano—, ya te dije que no me parecía mal.

—¿Seguro?

—Sí, tranquila —respondió dibujando una sonrisa—. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—El brigada Padilla acaba de hablar con el criminólogo y nos recibirá en un par de horas. Creo que lo mejor sería ir a verle antes de regresar a Llanes.

—¿Te importaría que antes nos acerquemos al centro comercial en el que cenamos ayer? Me vine de Madrid con lo puesto y, como ayer era domingo, no pude comprar nada. Me vendría bien algo de ropa y alguna cosa más.

—No hay problema. Así hacemos tiempo y nos tomamos un café.

—Por cierto, habrá que buscarle una habitación a Hinojosa.

—No te preocupes por eso —aseguró Eva—. Anoche hablé con Diego, para decirle que estábamos en Oviedo y que no ibas a dormir en su casa, y me dijo que si necesitaba alojar a alguien más que no había problema, que tenía otras dos habitaciones libres.

—Tendremos que pagarle algo.

—Por eso no hay problema. Para él sois compañeros, así que no va a cobraros. Ya me lo dijo.

Los dos subieron al coche, aunque antes de arrancar Eva se giró para mirarle.

—Hay una cosa que quería preguntarte y la verdad es que no he tenido tiempo hasta ahora.

—¿El qué?

—Esta mañana, cuando te levantaste, dijiste que habías tenido un mal sueño.

—Sí —dijo Roberto a la vez que asentía con la cabeza.

—¿Soñaste de nuevo con Inés?

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando estábamos con el forense hiciste un par de comentarios que me dieron a entender que había cosas que ya sabías.

De nuevo asintió con la cabeza, confirmando su teoría.

—Primero la vi atada en la cama y luego en la cruz de madera. Estaba sola y desnuda, con todo el cuerpo lleno de sangre. Me miró llorando y luego intentó decir algo, pero no pude entenderla por culpa de la mordaza.

—¡Joder, que fuerte! Empiezo a pensar que tienes algún tipo de conexión con Nueva de Llanes.

—¿Por qué lo dices?

—Lo de los sueños solo te ha ocurrido en dos ocasiones, y ha sido con

asesinatos cometidos allí.

—No lo sé —dijo él resignado—, pero espero que al menos todo esto sirva para algo.

—Yo también lo espero —concluyó Eva antes de arrancar el coche.

Esteban Reyes les recibió en un flamante despacho situado en mitad de la calle Uría. Todo en él olía a nuevo, la mesa, las sillas, los armarios... ¡Hasta la alfombra!

—Bienvenidos —les saludó con un afectuoso apretón de manos.

Era un hombre cercano a los sesenta años, de pelo blanco y una fina perilla a juego que le daban un aspecto serio, aunque agradable.

—Bonita oficina —comentó Eva mirando a su alrededor.

—Acabo de trasladarme. Quería acabar mis días en un lugar tranquilo y la verdad es que Oviedo siempre me encantó desde que la visité por primera vez hace más de veinte años. Pasear por el centro de la ciudad, por sus calles peatonales llenas de vida, es una experiencia única. —Mientras hablaba les señaló el conjunto de cuatro sofás individuales, alrededor de una mesa de café —. Por favor, sentaros. ¿Queréis tomar un café?

—No, gracias —respondió Eva.

—Yo tampoco —negó con la cabeza Roberto.

—Suelo tener pasteles de la pastelería Camilo de Blas, que me encantan, pero estuve leyendo los informes que me mandó Padilla y no tuve tiempo de acercarme. Además —dijo el hombre mirando su reloj—, ya casi es la hora del vermut.

—No se preocupe, señor Reyes, estamos bien así —aseguró Eva, deseosa de comenzar a hablar sobre lo que les había llevado allí—. Creo que el brigada Padilla le envió los informes referentes a la muerte de Inés.

—Sí. ¡Pobre chavala! No consigo imaginarme el dolor que sufrió. Ese tipo de ensañamiento no es habitual.

—Lo sabemos.

—Tenéis un caso complicado de resolver y que os va a exigir mucho, sobre todo desde el punto de vista emocional.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Roberto.

—Casos como este afectan mucho a los investigadores. No son cosas que se vean habitualmente y uno no siempre está preparado para afrontarlas. Si seguís adelante os vais a adentrar en un mundo muy peligroso.

—¿A qué clase de mundo se refiere?

—Al mundo de las sectas.

—¿Sectas? —preguntó Eva sin poder ocultar un gesto de desconcierto—. ¿Qué quiere decir con eso de sectas?

—Me refiero a grupos organizados que realizan ritos en los que se lleva hasta el extremo la adoración a un ser superior.

—¿Un dios?

—Un dios o un demonio. En este caso más bien parece obra de una secta satánica, aunque no había decoración en la casa de ese tipo, por lo que he visto en el informe. No había velas negras, ni estrellas de cinco puntas o cruces invertidas, ni siquiera símbolos esotéricos, aunque el ritual sí encaja con ese tipo de culto. —El criminólogo se tomó un par de segundos para ver el impacto que estaban teniendo sus palabras en los dos agentes y, al ver que estos se miraban sin saber qué decir, prosiguió—. Estoy hablando de sadomasoquismo y de una puesta en escena en la que una mujer es sometida a vejaciones por parte de los miembros de la secta. Lo normal en estos rituales es que se sacrifique a algún animal, como una gallina, un conejo o incluso un carnero, pero jamás a un ser humano, por eso parece claro que estamos ante una secta muy peligrosa. Los grupos satánicos que conozco no suelen llegar hasta ese punto. La mayoría organizan orgías entre sus miembros o contratan prostitutas para dar rienda suelta a sus deseos más oscuros, muchos de los cuales entran en el terreno del sadomasoquismo, pero nunca llegan a realizar actos tan... ¡horribles!

—¿Entonces cree que Inés fue víctima de un sacrificio? —preguntó Eva.

—No tengo dudas sobre eso. Fue sometida a un largo ritual en el que primero la violaron y luego la estuvieron torturando de un modo como no había visto nunca hasta ahora. Si su cuerpo no hubiese aparecido en la playa es probable que no se hubiese vuelto a saber de ella, lo que demuestra el grado de secretismo que rodeó su muerte. Por lo que Padilla me ha comentado, ni siquiera se encontraron huellas dactilares en la escena del crimen. Eso quiere decir que se cuidaron muy mucho de dejar pruebas que les incriminasen.

—¿Insinúa que no es la primera vez que matan? —preguntó Roberto.

—Eso es lo que creo.

El hombre se puso en pie y se acercó a una librería situada en la pared opuesta, de donde cogió un libro que entregó al propio Roberto. En la portada podía verse un hombre encapuchado, vestido con una especie de hábito negro, y rodeado de varios signos: una cruz templaria, una estrella de cinco puntas, una esvástica y un ojo sobre una pirámide.

—Sectas y sociedades secretas, un mundo oculto. Escrito por... —Roberto levantó la vista para mirarle—. ¿Esteban Reyes?

—Es uno de los primeros libros que escribí. Muchas de las cosas que os voy a contar están entre sus páginas y se basan en una investigación que llevé durante años sobre sectas y sociedades secretas que actúan al margen de la ley. Aunque no lo creáis, muchas de ellas están formadas por personas de un alto nivel intelectual y adquisitivo. No estamos hablando de drogadictos ni de personas con pocos recursos, sino de hombres de negocios, con cargos públicos y puestos importantes dentro de empresas. Personas que nunca nos imaginaríamos capaces de realizar actos semejantes.

—¿Esas personas son las que mataron a Inés?

—Es muy probable.

—Pero... ¿por qué?

—Os lo explicaré. El tipo de sectas de las que hablamos tienen un acceso restringido y exclusivo, dado que sus actividades se llevan a cabo en el más absoluto secreto. Hablamos de obtener poder, de tráfico de influencias, de enriquecerse más todavía y, como no, de sexo. Ingresar en uno de estos grupos no está al alcance de cualquiera y requiere de un compromiso de fidelidad hacia el resto de miembros muy firme. ¿Cómo lo consiguen? Pues realizando lo que se conoce como ritual de compromiso o pacto sagrado. Este compromiso, común en muchas sectas e incluso en algunas sociedades secretas, implica la entrega de todo el patrimonio personal al líder de la secta, para que esta disponga de él a su antojo. A cambio el miembro recibirá el apoyo de todo el grupo para ascender tanto social como laboralmente hasta límites que nunca habría conseguido por sí solo. Pero para que todo eso sea posible antes deberá realizar un acto en el que demuestre su compromiso total con el resto de miembros y jure que jamás les traicionará ni revelará su pertenencia al grupo. Aquí es donde reside la diferencia entre sectas y sociedades secretas. Una sociedad secreta nunca atentaría contra la integridad de otro ser humano para sellar ese pacto, al menos las que yo conozco y he investigado, pero hay sectas que sí son capaces de hacerlo. Me refiero, por

ejemplo, al abuso de menores.

—No entiendo —murmuró Roberto.

—El modo en que la secta se asegura de que el nuevo miembro jamás les traicione es teniendo a buen recaudo determinadas pruebas en su contra, pruebas que, de salir a la luz, arruinarían su vida y la de su familia.

—Como ser grabado practicando sexo con una menor de edad —pensó Eva en voz alta—, como Inés.

—¡Exacto! Una grabación de una violación a una menor de edad es prueba suficiente para que el nuevo integrante de la secta jamás traicione a sus hermanos. No obstante, en el caso de ella fueron más allá. Los desgarros vaginales y anales que menciona la autopsia hablan sin duda de una violación brutal, que luego dio paso a un ritual de flagelación y castigo físico como no había visto nunca. Quien lo hizo solo encuentra placer sometiendo a una persona a semejante castigo. No sé si participaron muchas personas o pocas, pero lo que sí puedo decir es que quien le hizo eso es un psicópata. Esa persona o personas no tienen ningún tipo de empatía por el ser humano. Para ellos Inés era solo un juguete con el que satisfacer sus instintos más bajos. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Llevo años investigando sectas y jamás había visto tal grado de brutalidad. Ojalá me equivoque pero creo que Inés no fue la primera ni será la última. Esto no es fruto de la casualidad ni de la improvisación. El escenario estaba preparado y confeccionado para no dejar pruebas incriminatorias. La única suerte que habéis tenido, si se puede llamar así, es que el mar devolviese el cuerpo de la pobre chavala a tierra.

—¿Y cómo podemos llegar hasta ellos? —preguntó Eva—. ¿Cómo podemos encontrarles?

—Ojalá me equivoque, pero tenéis por delante una labor de investigación muy difícil. Hablamos de gente con el poder suficiente para ocultar su rastro y la prueba son las pocas pruebas con las que contáis, a pesar de haber encontrado el lugar del crimen. Yo os diría que lo primero sería averiguar cómo llegó Inés hasta ellos, es decir, cómo la captaron. Perdón, corrijo —dijo el criminólogo alzando la mano—. No cómo la captaron sino cómo la eligieron. De algún modo llegaron hasta ella y esa deberá ser una de las líneas más importantes de vuestra investigación.

—¿Alguna idea de cómo pudieron hacerlo?

—Antes las sectas utilizaban charlas sobre temas esotéricos o que interesaban a los jóvenes. Recuerdo que, cuando era joven, solía haber carteles por mi ciudad de unas conferencias sobre el antiguo Egipto y los

extraterrestres, bajo el nombre de Nueva Acrópolis. Eso ahora ha cambiado y el mejor lugar para cazar adeptos es internet y las redes sociales. Estamos cansados de ver cursos de *coaching*, terapias sexuales o grupos de autoayuda, algunos de los cuales esconden tras de sí intenciones muy oscuras, como el control del individuo. Ahí es donde debéis buscar.

Roberto asintió con la cabeza y miró a Eva.

—Como Avatar, el grupo de *Facebook* —dijo, dirigiéndose a continuación al criminólogo—. Su prima nos contó que tenía problemas en casa y que descubrió un grupo de adolescentes en el que recibía ayuda. ¿Una de las personas que participaban en él podría ser el secuestrador?

—Es muy probable. Los adolescentes con problemas son una presa fácil para las sectas. Son débiles y fáciles de manipular. Muy permeables a la hora de asimilar ciertas ideas que luego sirven a los miembros de las sectas para manipularlos a su antojo.

—Tendremos que investigarlo —aseguró Eva convencida.

—Y no os olvidéis de la puesta en escena. Los látigos, la cruz de San Andrés, la simbología sadomaso. No es algo puesto ahí porque sí. Define a los miembros de la secta —concluyó el criminólogo con gesto serio— y os ayudará a llegar hasta ellos.

Durante el viaje de vuelta a Llanes los dos estuvieron bastante callados, como si la charla con el criminólogo les hubiese dejado sin palabras. Eva puso un disco de música ochentera española en el coche, así que, mientras tarareaba alguna de las canciones de Tino Casal, La dama se esconde o El último de la fila, Roberto decidió buscar información sobre sadomasoquismo. Si eso era lo que había sucedido en la casa de Nueva, tal vez encontrase algo que les ayudase a llegar hasta los asesinos de Inés.

Lo primero que hizo fue buscar una definición que le aclarase el terreno en el que se iba a adentrar. «*El BDSM es una práctica en la que se obtiene placer siendo maltratado o dominado*», leyó en una de las páginas que encontró.

Al parecer, el BDSM —cuyas siglas correspondían a Bondage, Dominación, Sadismo y Masoquismo— estaba más extendido en la sociedad española de lo que se creía, en parte gracias a la trilogía de novelas de «Cincuenta Sombras de Grey» y el aluvión de libros con esa temática que aparecieron después. Existían clubs privados y habitaciones en hoteles con decoraciones diseñadas específicamente para estas prácticas, así como blogs y grupos dedicados a esa temática.

Su siguiente paso fue buscar imágenes sobre sadomasoquismo, la mayoría de las cuales resultaron ser fotos con una fuerte carga erótica que daban una visión muy benevolente de esa práctica. Por eso decidió acortar más la búsqueda y centrarse en el sado. Una de las primeras imágenes que le apareció entonces fue la de una mordaza con bola y un poco más abajo la de una mujer atada a una cruz con forma de equis. Estaba atada solo de manos y llevaba puesta ropa muy sexy, adoptando una pose sensual, nada parecido a la imagen que había visto de Inés en su sueño. Al pulsar en el enlace que seguía a la foto accedió a un club en el que se hacían fiestas e incluso comidas de empresa.

Todo demasiado *light*, así que volvió atrás y pinchó en una imagen de una sala sado, en esta ocasión de una habitación de un hotel con esa temática. Allí de nuevo aparecía la cruz de madera.

—¿Qué nombre tenía la cruz esa de madera con forma de equis que encontramos en la casa? —preguntó mirando a Eva.

Ella tardó un par de segundos en responder.

—Cruz de San Andrés.

Roberto decidió realizar una búsqueda con ese término y no tardó en obtener varios resultados interesantes. Al parecer la cruz de San Andrés estaba presente en heráldicas y en multitud de banderas, tanto de países del mundo como de comunidades españolas. Los Tercios de Flandes la llevaban en su bandera, en su variante de Cruz de Borgoña, al igual que la aviación española.

No obstante, lo que llamó su atención fue el origen del nombre, que provenía del martirio al que había sido sometido San Andrés a manos de los romanos. San Andrés había sido uno de los primeros cuatro discípulos de Jesús, a los que luego irían añadiéndose ocho más hasta completar los doce apóstoles. San Andrés había muerto atado a una cruz en forma de equis para que su muerte fuese más lenta. Murió después de padecer durante tres días, lo que lo elevó a la categoría de mártir.

Tres días, meditó Roberto. ¿Acaso eso tendría alguna relación con las tres noches que había estado Inés secuestrada antes de morir? Puede que la secta estuviese formada por fanáticos religiosos que habían llevado sus creencias hasta el extremo. O, por el contrario, simplemente se trataba de un psicópata que solo obtenía placer maltratando a una mujer hasta matarla.

—¿Por qué me has preguntado lo de la cruz de San Andrés? —preguntó Eva sacándole de sus pensamientos.

—Intento entender lo que sucedió en esa casa —respondió, relatándole a continuación todo lo que había averiguado en el tiempo que llevaba inmerso en internet a través del teléfono móvil.

—Puede que el criminólogo se equivoque y se trate solo de una persona que actúa por libre—sugirió ella.

—¿El tal Cameron?

—Sí.

—Lo que no entiendo es cómo nadie en el pueblo se enteró de lo que ocurría en la casa.

—Ten en cuenta que está muy escondida y que todo pudo ocurrir de noche

—dijo Eva.

—Ya, pero, aun así, alguien tuvo que escuchar sus gritos de dolor.

—Inés llevaba puesta una mordaza y la casa está bajo el puente de la autovía, donde continuamente están pasando coches. Eso amortiguaría cualquier grito.

—Es cierto —reconoció Roberto con gesto de desagrado—. La verdad es que estoy perdido en este tipo de investigaciones. Hay demasiadas cosas que se me escapan.

—No te subestimes, se te da mejor de lo que crees. De no ser por ti, hace dos años no habríamos detenido a la autora de los asesinatos de Cuevas.

—A veces pienso que aquello fue un golpe de suerte.

—Yo no lo creo.

Roberto sonrió agradecido por sus palabras y fijó la vista en la carretera. La niebla cubría la Sierra del Cuera, señal de que el buen tiempo se había acabado para los veraneantes.

En el aula del cuartel de Llanes, además de Eva y Roberto, estaban presentes el capitán Montes y el teniente Ferrán, junto con dos cabos y seis guardias. Los ocho habían sido designados por el propio capitán para participar en la investigación con una dedicación exclusiva. Estaban sentados en las distintas mesas, mirando expectantes, mientras Roberto terminaba de conectar el ordenador portátil al proyector que emitía su imagen en la pantalla situada en la pared. Cuando lo consiguió y el emblema de la UCO apareció reflejado en ella, se situó junto a Eva, a un lado de la pantalla, mientras los dos oficiales se mantenían en el lado opuesto.

—Lo primero que quiero dejar claro —comenzó a decir Eva con voz firme— es que nadie ajeno a la investigación puede saber nada de lo que averigüemos, sobre todo la prensa. Este caso tiene unas connotaciones que, como veremos a continuación, son la carnaza perfecta para alimentar programas de televisión y artículos en periódicos. El capitán Montes será el único portavoz autorizado para hablar con los periodistas, así que, en el caso de que alguno de ellos os pregunte y quiera saber cosas sobre la investigación, os limitaréis a remitirle al capitán.

—No os compliquéis la vida —aseguró Montes con voz enérgica—. Si quieren saber algo que hablen conmigo.

—Tenéis que entender que hay ciertos detalles de la autopsia que no puedo compartir —continuó Eva—, pero os diré que la causa de la muerte de Inés Jovellanos fue un paro cardíaco, causado por el dolor extremo al que fue sometida. La torturaron durante horas, de un modo demasiado sádico como para hacerlo público. El secuestrador se ensañó con ella y con su cuerpo, por ese motivo tenemos que atraparle antes de que vuelva a hacerlo con otra mujer. Encontrarle será nuestra máxima prioridad.

Eva pulsó un botón del puntero que sostenía en su mano y el escudo de la

UCO desapareció de la pantalla, siendo sustituido por un retrato robot bajo el cual podían verse varias palabras.

—Esta es la única descripción que tenemos hasta el momento del secuestrador —continuó Eva—, el hombre que acompañaba a Inés cuando abandonó la playa alrededor de las dos y media de la madrugada en compañía de Juan Cuetos. Sospechamos que usa el apodo de Cameron. Mide sobre un metro ochenta y aparenta alrededor de treinta años. La noche de la fiesta tenía barba y el pelo largo, hasta los hombros, y de color oscuro.

—¿Melena tipo *heavy* o surfero? —preguntó uno de los guardias.

—No lo sabemos, el testigo no lo dijo. —Eva miró entonces al teniente Ferrán—. Hay que volver a hablar con todos los que estuvieron en esa fiesta, para comprobar si alguno vio al sospechoso.

—¿Todos? —repitió el oficial con gesto de sorpresa—. Había más de doscientas personas en esa fiesta. Es imposible hablar con todos.

—La compañía de telefonía móvil dueña del repetidor más cercano a la playa nos ha remitido un listado de todos los terminales que se conectaron a él esa noche, incluyendo los horarios. Tenemos los números y el nombre de los propietarios de la línea así que hay que hablar con todos, en especial con los que se encuentren en la zona.

—Eso va a llevarnos días —se quejó Ferrán.

—De momento no van a mandar más gente para investigar el caso, por eso la sargento ha pedido nuestra ayuda —le cortó el capitán Montes—. Y se la vamos a dar.

—¿Y qué pasa con el detenido? —preguntó uno de los cabos presentes en la reunión.

—La jueza ha determinado que permanezca detenido hasta que lleguen los resultados del ADN, pero lo más probable es que haya que soltarlo —explicó Eva—. El posicionamiento de su móvil confirma su declaración. Fue a Cuevas a recoger a Inés y a su acompañante y los dejó en la entrada de Nueva, en lo que se conoce como el Henar. A continuación se fue a Llanes, donde permaneció hasta que le detuvimos.

—Pudo darle el móvil a alguien para que se lo llevase a Llanes —sugirió Ferrán.

—Es una posibilidad, pero sin más pruebas con las que acusarle tendremos que dejarle en libertad.

—Entiendo —murmuró el oficial entre dientes con gesto de desaprobación.

—Otro punto importante en la investigación es hablar con cualquier persona que esa noche pudiese haber visto u oído algo —prosiguió Eva—, en especial en la zona del Henar. Tengo entendido que hasta el momento no ha habido suerte. —Ferrán se limitó a negar con la cabeza—. ¿Qué hay de los habitantes de la vivienda que está pegada a la carretera, frente al camino que lleva a la casa donde creemos que mataron a Inés?

—Las dos veces que hemos estado allí no había nadie —respondió uno de los guardias.

—¿Sabemos de quién es la casa?

—No hemos preguntado.

Eva torció el gesto.

—No se trata de preguntar. Hay que ir al registro de la propiedad en Llanes y averiguar a quien pertenece esa casa para ponernos en contacto con él. ¿Sabemos al menos a quien pertenece la casa bajo la autovía?

El silencio que siguió a su pregunta hizo que Eva torciese el gesto.

—Hemos tenido mucho trabajo estos días —se defendió Ferrán—. En verano la actividad es mayor, sobre todo en las playas, y tenemos gente de permiso.

Eva miró a Roberto y resopló. Se veía que no estaba nada contenta con el trabajo que estaba realizando hasta el momento la gente del cuartel de Llanes.

—Está bien, intentaremos hacer las cosas mejor a partir de ahora —dijo mostrándose conciliadora—. Hay otra persona a la que tenemos que localizar, un tal Sebas, un camello amigo de Juan Cuetos. Su teléfono dejó de emitir la noche de la desaparición de Inés, pero creemos que vive en Ribadesella.

—Hablaré con el cuartel de allí —se ofreció el capitán Montes—. Quizás ellos sepan algo.

Eva iba a dar la reunión por concluida, cuando Roberto se acercó a ella para recordarle algo al oído.

—Ah, sí, una cosa más. Hay otro tema que necesito que investiguen. En los últimos dos años sé que no hubo ninguna desaparición de mujeres en esta zona, pero me gustaría ampliar la búsqueda a los últimos diez. Puede que encontremos algo.

—Será un trabajo muy largo y farragoso —apuntó Montes—. Algunas denuncias no están en el sistema informático. Habrá que revisar los archivos.

—Yo me ocupo —se ofreció el teniente Ferrán.

—Gracias, teniente. Por mi parte, nada más —dijo Eva justo cuando se abría la puerta del aula y un rostro conocido accedía al interior—. Por cierto,

este es el cabo Hinojosa, de la UCO de Madrid, que trabajará con nosotros a partir de ahora.

—No me den las gracias —dijo con una amplia sonrisa en el rostro—. Me apetecían unas vacaciones en la playa.

Eva dio por concluida la reunión, por lo que Hinojosa esperó a que la mayoría de guardias abandonasen la sala antes de acercarse a saludar a su antigua jefa.

—¿Me echabas de menos?

—Menos de lo que tú quisieras —respondió Eva con una sonrisa—. Has venido rápido.

—No me apetecía quedarme en Madrid más de lo necesario. Las cosas por allí están bastante calientes.

—Aquí no te creas que están mejor —intervino Roberto.

—Eso lo dudo. En fin, ¿nos ponemos a currar o qué?

—Ya veo que vienes con ganas.

—Antes quiero presentarte al capitán Montes y al teniente Ferrán —dijo Eva dirigiéndose a ellos—. Este es el cabo Hinojosa.

—Bienvenido —dijo el capitán estrechándole la mano, no así el teniente, que le miró con gesto serio.

—Hinojosa es un crack en el tema informático.

—La sargento exagera, solo me defiende.

—Se encargará de estudiar las redes sociales de la víctima, sobre todo *Facebook*, y tratará de descubrir la verdadera identidad de Cameron.

—Ya investigamos su móvil cuando lo encontramos en el coche de Juan Cuetos —comentó Ferrán con tono arrogante— y no encontramos nada relevante.

—¿Miraron todo, su *Messenger*, su *Facebook*, su *Whatsapp*, su *Snapchat*? —preguntó Hinojosa.

—¿Snap qué?

—*Snapchat*. Es una aplicación de mensajería tipo *Whatsapp*, pero que borra los mensajes pasados unos segundos.

—Miramos el *Whatsapp* y no encontramos nada.

—Ya veo por qué me necesitabas —aseguró con ironía mirando a Eva.

Ella le lanzó una mirada de reprobación antes de continuar.

—Puede que Cameron tenga un yate o una embarcación en el puerto de Llanes, así que necesito la base de datos de todas las embarcaciones amarradas allí y contrastarlas con los nombres de los usuarios cuyos móviles

situó la compañía telefónica en la fiesta esa noche.

—¿De cuántos usuarios hablamos? —preguntó Hinojosa.

—Más de doscientos.

—¡Uf! Eso me llevará tiempo —se quejó sin mucho convencimiento.

—Por algo te he llamado.

—Os conseguiré la base de datos del puerto —aseguró el teniente Ferrán—. Tengo un amigo allí.

—Muy bien.

—Voy a necesitar el teléfono de Inés —aseguró Hinojosa— y espero que no sea un iPhone.

—No, es un Samsung de los nuevos. Está en la sala de pruebas.

—Perfecto. ¿Sabemos si tenía un ordenador portátil o una *tablet*?

—Habrá que preguntarle a la familia —indicó Eva—, aunque antes vayamos a comer algo. Roberto y yo no hemos comido nada todavía.

—Yo sí, pero tengo espacio en el estómago para más.

—Mejor espera a que te pongamos al día del caso —propuso Roberto—. Quizás después no te apetezca meter nada en el estómago.

Hinojosa mostró a Eva y Roberto la pantalla de su portátil, en la que podía verse una captura de imagen del móvil de Inés.

—No ha sido fácil, pero creo que lo tengo —dijo orgulloso, arrancando una sonrisa en el rostro de sus compañeros—. Ya os adelanto que Cameron no actúa solo en ese grupo y que usa distintos apodos en cada uno, pero al final he logrado dar con él.

—¿En solo cuatro horas? —preguntó Roberto, mirando su reloj sorprendido.

—Ya sabes que cuando se me mete algo en la cabeza no paro. Ese cabrón creía que nadie podía seguir su rastro, pero se ha equivocado. Todo en la red es rastreable. Bueno, casi todo.

—Deja de echarte flores como si no tuvieses abuela y cuéntanos —le exigió Eva.

—Muy bien —dijo frotándose las manos—. Acceder al grupo Avatar no fue difícil, a pesar de ser un grupo cerrado. Me creé una cuenta falsa, como si fuese una adolescente de quince años, y me aceptaron la solicitud a la media hora. Lo que me encontré dentro fue un gran número de crías con problemas de anorexia, bulimia, malos tratos, dificultad para relacionarse y muchos complejos. El tal Cameron ya no está en el grupo. Es más, cerró su cuenta de *Facebook*.

—¿Y cómo le seguiste la pista?

—Gracias al móvil de Inés, como podéis ver en la siguiente captura. —Hinojosa pulsó una de las teclas para cambiar de imagen—. Pude leer todas las conversaciones que mantuvo con él en Avatar, charlas sin maldad aparente en las que intentaba animarla y que viese la vida de un modo más optimista. Sin embargo, hace unos tres meses comenzaron a hablar por *Messenger*, charlas privadas mucho más profundas y en las que se puede ver claramente

cómo trataba de influir en ella. Le hablaba de coger las riendas de su vida, incluso de abandonar a su familia y comenzar una nueva vida en la que podía contar tanto con él como con el resto de miembros de Avatar; siempre fiel al lema del grupo: «Sé quien tú quieras ser». Tengo anotadas algunas de las frases que utilizaba con ella —dijo mirando la pequeña libreta que tenía a su lado y comenzando a leer en voz alta—. «Eres muy guapa y debes hacerte valorar»; «No tengas miedo a experimentar nuevas emociones». «Ser virgen no es un castigo, es una bendición». «Que nadie te arrebatte tu derecho de ser feliz». O, mi preferida: «Ser libre significa poder decidir por uno mismo».

—Frases muy directas e impactantes en la mente de una adolescente —comentó Eva.

—Sí, lo mismo pensé yo al leerlas.

—¿La noche de su secuestro quedó con ella a través de *Messenger*?

—No. Un par de semanas antes le pidió su número de teléfono para comunicarse por *Snapchat*, por lo que no puedo saber lo que hablaron a partir de entonces.

—¿No hay ninguna manera de saberlo?

—Lo siento, pero no. Lo que sí conseguí fue acceder a un grupo muy parecido a Avatar, llamado SOS Adolescentes, al que también pertenecía Inés y en el que localicé al tal Cameron con el nombre de Tommy. Supe que era él por cómo hablaba con las chicas, utilizando frases muy similares a las del otro grupo. Le pasé la información a la gente de Madrid y de momento han encontrado tres grupos más con características similares a Avatar y en los que hay varios miembros que podrían coincidir con Cameron.

—O sea, que recibiste ayuda —dijo Roberto en tono irónico.

—No lo habría conseguido tan rápido yo solo. Ellos disponen de mejores ordenadores que yo, pero te aseguro que hice el trabajo más duro.

—Si tú lo dices...

—Bueno, ¿queréis que siga o no? —preguntó Hinojosa cabreado, tras lo cual Roberto soltó una carcajada y asintió con la cabeza—. Gracias, listillo. De momento no hemos logrado averiguar la verdadera identidad de Cameron, ya que no usa una dirección IP fija cuando se conecta, pero vigilamos el apodo que usa en cada grupo y en cuanto deje un comentario lo sabremos. Además, para provocarle he dejado algunos mensajes con mi identidad falsa. Tarde o temprano contestará.

—¿Y si no lo hace?

Hinojosa se encogió de hombros.

—Tal y como me explicasteis durante la comida, hay otras vías de investigación. Digo yo que este no está aquí solo mirando —dijo en tono jocoso señalando con la mirada a Roberto—. Algo habrá hecho hoy.

—Disfrutar de tu compañía.

—Creo que no ha sido buena idea juntaros —aseguró Eva suspirando—. Será mejor que os vayáis a descansar. Mañana nos vemos a las nueve de la mañana.

—¿No es un poco temprano? —se quejó Hinojosa—. Habrá que ducharse, desayunar tranquilamente...

—A las nueve y media funcionando. ¿Te vale?

—¿Qué tal a las diez?

—¿Qué tal si te quedas a dormir en una celda y así te aseguras de no llegar tarde mañana, dormilón?

—Tenía pensado salir a correr un rato después de levantarme y antes de desayunar.

—No puedo con él —dijo Eva mirando a Roberto con gesto cansado—. Es así desde que le conozco.

Roberto se encogió de hombros.

—Tú quisiste que viniera.

—En buena hora se me ocurrió. Anda, venid cuando queráis.

—Yo puedo venir a las nueve —aseguró Roberto.

—¡Ya saltó el lameculos! —protestó Hinojosa.

—Me voy —dijo Eva conteniendo la risa—. Mañana nos vemos.

—Hasta mañana —se despidió Roberto—. Ya verás cómo logramos dar con Cameron.

—Eso espero.

MIÉRCOLES 8 DE JULIO

Roberto se levantó de la cama y se alejó unos pasos, como si acabase de escapar de una cárcel. Estaba empapado en sudor y tenía la respiración agitada. Otra vez el mismo sueño, escuchando los mismos gritos desgarradores de dolor y sufrimiento, que se introducían en su cabeza como afilados cuchillos.

Sin pensárselo dos veces, cogió la toalla y el neceser y salió de la habitación dispuesto a darse una ducha, aunque antes de llegar al baño una voz le obligó a detenerse.

—¿Ya estás levantado?

Al girarse vio que era Diego, que le hablaba desde la puerta de la cocina.

—Sí.

—Tu amigo salió hace cinco minutos a correr. ¿Te apetece desayunar algo?

—No, gracias. Me he levantado con mal cuerpo.

—Para eso lo mejor es una infusión.

—Prefiero un café, pero después de la ducha —dijo entrando en el baño sin más explicaciones.

Lo cierto era que ni siquiera le apetecía tomar un café, pero no quería hacerle ese feo a Diego. La verdad es que se estaba portando muy bien con ellos. La noche anterior incluso les había preparado una parrillada en el jardín, en la que también estuvo presente Eva.

La investigación del crimen de Inés no terminaba de avanzar. Dos días después de la llegada de Hinojosa, seguían sin saber la verdadera identidad del secuestrador, por eso la investigación se estaba centrando en otros aspectos.

Ya habían localizado a los dueños de la vivienda que estaba a la entrada del Henar, justo enfrente al camino que llevaba a la casa bajo el puente de la autovía. Era un matrimonio mayor que vivía en Gijón y llevaba más de un mes

sin ir por allí, por lo que la casa estaba vacía la noche del secuestro.

Tampoco les había llevado muy lejos la investigación sobre el dueño de la casa en la que Inés había sido torturada. Cinco años atrás había sido adquirida por una empresa inmobiliaria que se dedicaba a comprar casas por toda la zona de Llanes, con la idea de restaurarlas y venderlas. La empresa quebró y el banco se quedó con ella, adquiriéndola un particular por muy poco dinero. Este terminó deshaciéndose de ella por el doble de lo que había pagado, siendo adquirida por una empresa de Madrid con la que no habían logrado contactar todavía.

La única buena noticia eran los resultados que había remitido el laboratorio de Madrid con respecto a las muestras de sangre y de cabello tomadas en la escena del crimen. Estos confirmaban la presencia de Inés Jovellanos en la casa, aunque arrojaban una nueva incógnita: no era la única que había sufrido semejante castigo en aquel lugar. Las muestras de sangre mostraban tres grupos sanguíneos diferentes y los cabellos encontrados eran al menos de tres mujeres diferentes. La gran pregunta ahora era quienes podían ser las otras dos.

A falta de los resultados del ADN, una cosa estaba clara: las muestras de Inés eran las más recientes. Las otras tenían mucho más tiempo, de ahí que fuese más difícil identificar a quien podían pertenecer, por eso Eva había decidido centrarse en el caso que les ocupaba antes de perderse en investigaciones paralelas.

No supo si fue por eso o por otro motivo que no lograba entender, pero los sueños de Roberto se habían endurecido las dos últimas noches. Seguía viendo a Inés atada a la cruz de San Andrés, aunque ahora le daba la espalda. Estaba desnuda y sola, no se veía nadie más en la habitación con ella, y, sin embargo, de su delicada piel surgían unas profundas heridas que le arrancaban gritos de dolor. No podía ver los látigos ni las manos que los manejaban, pero sabía que estaban allí, disfrutando del sufrimiento de aquella pobre cría que no lograba entender por qué le hacían aquello. Mientras su espalda se cubría de sangre, Roberto intentaba llegar hasta ella para liberarla, pero era incapaz de mover los pies. Tan solo podía observarla y sentir su dolor como si fuese propio, hasta que se despertaba.

Cuando salió del baño, después de una reconfortante ducha, lo hizo convencido de que al final se haría justicia. Se afeitó y regresó a la habitación donde se puso un pantalón corto y una camiseta. El tiempo parecía haberse apiadado de los veraneantes, que llevaban dos días disfrutando de un cielo

completamente despejado y de un calor sofocante que les animaba a visitar las playas del Oriente de Asturias. Por desgracia, para Roberto y sus compañeros de investigación, esos lujos deberían esperar.

Diego le recibió con una humeante taza de café con leche que Roberto agradeció con una sonrisa.

—Tienes mejor cara que hace un rato —dijo entregándosela—. ¿Has dormido bien? Igual el colchón te resulta demasiado duro.

—No, el colchón está bien.

—¿Entonces?

—Es por este caso. No parece que avancemos hacia ninguna parte.

—No desesperes. Lo importante es ser constante. Al final seguro que encontráis a su asesino.

—Yo no estaría tan seguro y me aterroriza no hacer justicia a esa pobre...

—Roberto dejó la frase en el aire al darse cuenta de lo que estaba diciendo—. Perdona, Diego, soy un insensible.

—No pasa nada. Que no fuese posible encontrar a los que se llevaron a mi hija no quiere decir que vosotros no lo podáis conseguir ahora con esa chica —dijo forzando una sonrisa—. Seguro que dais con ellos.

—¿Ellos? ¿Tú también piensas que hay más de una persona implicada? —preguntó recordando las palabras del criminólogo con el que habían estado en Oviedo.

—Bueno, es una suposición. No sé mucho del caso, solo lo que he visto en la tele, pero da la impresión de que participaron varias personas.

—¿Por qué lo dices? —preguntó interesado.

—Pues... no sé —se encogió de hombros antes de continuar, como si se hubiese arrepentido de decirlo—. Cuesta creer que una sola persona pueda organizar algo así. Lo normal es que hubiese recibido ayuda.

Eso le recordó que su amigo Juanín había salido de la cárcel el día anterior por la tarde. Después de que los resultados de la autopsia de Inés no reflejasen ninguna prueba contra él, y tras resolver el recurso presentado por los abogados de la familia Jovellanos, la jueza de Llanes había decidido ponerle en libertad provisional, dado que no se había demostrado que su implicación en el secuestro fuese consciente.

Roberto tenía pensado llamarle esa mañana para hablar con él. Ahora que ya estaba en la calle quizás se encontrase más cómodo contándole lo ocurrido aquella noche y recordase algo que no les hubiese dicho hasta el momento. De hecho, metió la mano en el bolsillo del pantalón para sacar el teléfono móvil y

llamarle, pero al ver que no lo tenía regresó a la habitación. Tampoco lo encontró sobre la mesita y la silla donde solía dejar la ropa. Volvió de nuevo a la cocina mientras intentaba hacer memoria de dónde podía haberlo dejado.

—¿Qué buscas? —preguntó Diego al ver su cara de preocupación.

—El móvil. ¿No lo habrás visto por aquí?

—Mira a ver en el jardín de delante, donde cenamos anoche. Igual lo dejaste allí.

Roberto salió al jardín situado en la parte delantera de la casa y vio el móvil sobre la mesa. *Seguro que estará sin batería*, pensó mientras lo recogía. Efectivamente, solo le quedaba un diez por ciento de batería, aunque lo que llamó su atención fue que tuviese tres llamadas perdidas, una de Juanín y dos de Eva.

Las de ella eran de veinte minutos antes, supuso que para organizar la investigación de ese día. Roberto le había propuesto ir a Nueva para volver a hablar con la gente que vivía en el Henar. Aunque nadie había visto nada la noche de la desaparición de Inés, no les habían preguntado por las dos noches posteriores. Quizás alguien había visto algo sospechoso o que le llamase la atención, como movimientos extraños de vehículos o de gente.

En cuanto a la llamada perdida de Juanín, había sido realizada a las tres y veinte de la madrugada, y le había dejado un mensaje en el contestador. Marcó el número correspondiente para escucharlo, convencido de que su amigo le habría llamado en plena borrachera para preguntarle si le apetecía tomarse una copa con él.

El mensaje grabado que escuchó fue muy diferente a lo que esperaba.

—Rober, tío, necesito que me ayudes. Creo que me están siguiendo. —Su voz sonaba muy nerviosa—. Yo... tengo que hablar contigo. No fui del todo sincero. La verdad es que hay alguna cosa que no te conté, como que... —Se hizo el silencio durante unos segundos, hasta que pareció que hablaba con otra persona—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Qué quieres? No le he dicho nada a nadie, te lo juro. No... ¡Espera!

Roberto escuchó un sonido seco que reconoció al instante y que le dejó paralizado durante unos segundos. Apartó el móvil de la oreja y miró la pantalla como si nada de lo que había escuchado fuese real, hasta que un presentimiento se apoderó de él. Marcó el número de Eva y esperó a que ella respondiese.

—Rober, necesito que vengas a Llanes ahora mismo. Ha ocurrido algo.

—¿Es Juanín, verdad?

—Sí —respondió ella con voz apagada—, le han asesinado de un tiro en la cabeza.

El cuerpo de Juanín estaba tumbado bocarriba dentro de una zanja, con un impacto de bala en la frente. Parte del rostro lo tenía cubierto de sangre, aunque se le reconocía bien.

—Lo siento —dijo Eva situada a su lado, ante la cinta que impedía que pudiesen acercarse más al cadáver—. Tu amigo no merecía este final.

Roberto sentía en ese momento una intensa angustia oprimiéndole el pecho que le estaba costando dominar.

—¿Alguien vio algo? —acertó a preguntar.

—De momento, no, pero tengo a los guardias preguntando en todas las casas de los alrededores.

El cuerpo había aparecido al principio del paseo que salía de Llanes y llegaba hasta el pueblo de Pancar, en una zona bastante arbolada en la que había pocas viviendas cerca.

—¿Qué hacía aquí?

—Vivía en Pancar, así que supongo que volvía a casa caminando.

—Anoche me llamó justo antes de que le matasen —dijo Roberto con la voz apagada—. Creo que quería contarme algo sobre la noche que desapareció Inés, algo que no me había dicho hasta ahora.

—¿Sabes lo que era?

—No —respondió Roberto con la mirada clavada en el cuerpo de su amigo y torciendo el gesto en una mueca de dolor—. ¡Jodido capullo! ¿Por qué no confiaste en mí?

—¿Estás bien? —preguntó Eva poniendo la mano sobre su hombro.

Tardó unos segundos en sobreponerse y responder.

—Sí, tranquila. Juanín era el pequeño de la pandilla, como un hermano pequeño para mí. No merecía morir así.

Eva decidió respetar su dolor y guardó silencio, hasta que vio a alguien

acercarse a ellos.

—Ya está aquí la jueza —avisó, captando la atención de Roberto.

—Empieza a convertirse en una mala costumbre que nos veamos para estas cosas —dijo la recién llegada a modo de saludo, aunque su sonrisa se borró al instante cuando reconoció el cadáver—. ¡Dios! ¿Ese no es...?

—Sí, el hombre al que soltó ayer —respondió Eva antes de que terminase la pregunta.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Es lo que tendremos que averiguar. El equipo de Criminalística ya está de camino desde Oviedo.

—Mi sargento —llamó su atención uno de los guardias rurales que acordonaban la zona—, hemos encontrado a un amigo del fallecido. Bueno, en realidad nos ha encontrado él a nosotros, al escuchar las sirenas —puntualizó señalando con el dedo al hombre que se encontraba unos metros más allá, acompañado por otro guardia.

Eva miró entonces a la jueza y esta asintió con la cabeza.

—Vete a hablar con él. Hasta que no lleguen los de Criminalística y el médico forense no podremos hacer el levantamiento del cadáver, y está claro que todavía van a tardar. Iré a tomarme un café hasta entonces.

—Muy bien.

El amigo de Juanín tenía unos treinta años y su aspecto era bastante identificable. Tenía una larga melena, rapada por los lados, pantalón de *treking* desgastado y camiseta negra con la cara de Che Guevara, además de un sinfín de pulseras de cuero en ambas muñecas.

—¿Quién eres? —preguntó Roberto cuando llegaron a su altura.

—Juanma, soy amigo de Juanín. ¿En serio está muerto?

—Sí.

—¡Joder, tío, que mal rollo! —exclamó llevándose las manos a la cabeza con expresión horrorizada.

—¿Estuviste con él anoche? —Al ver que no respondía, repitió la pregunta—. ¿Te viste anoche con él?

—Sí —respondió con la mirada perdida.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Yo... no sé.

—Vamos, Juanma, céntrate. Es importante —dijo Roberto captando su atención de nuevo—. Dime cuándo le viste.

—Salimos con él anoche, todos los colegas, para celebrar que le habían

soltado.

—¿Y qué hicisteis?

—Estuvimos tomando unas copas en varios garitos, hasta las tres o así.

Luego Juanín se fue a casa solo.

—¿Te comentó algo?

—¿Sobre qué?

—Sobre su detención o si pensaba que le seguía alguien.

—No, solo dijo que quería invitarnos a unas copas para celebrar que estaba libre y olvidarse del tema. Estaba algo jodido, la verdad.

—¿Jodido por qué?

—Por lo de esa *guaja*.

—¿Por qué motivo?

—No lo sé, tío.

—¿No lo sabes? —preguntó Roberto cada vez más cabreado—. No me jodas. ¿Qué te dijo Juanín?

—Nada.

—¿Quieres que te lleve detenido al cuartel y me lo cuentas allí?

—Yo no he hecho nada, no podéis detenerme —se defendió con actitud desafiante—. Los picoletos siempre estáis amenazando, pero...

—No me toques los cojones. O me dices ahora mismo lo que sabes o te llevo a rastras hasta el cuartel y te lo saco a hostias.

—Tócame si te atreves, *picoleto*.

Eva, que hasta ese momento había dejado a Roberto el control de la conversación, intervino con voz tajante.

—No necesitamos ponerte la mano encima. Hueles a porro que tiras para atrás y por el estado de tus pupilas yo diría que no hace mucho que te metiste la última raya. Vamos a detenerte y a registrarte, y como encontremos tanto en la ropa que llevas puesta como en tu casa o en tu coche un solo gramo de droga te aseguro que te vamos a joder vivo.

El hombre palideció ante la amenaza.

—Tampoco hace falta ponerse así —replicó alzando las manos.

—Entonces dime lo que sabes.

—Está bien —dijo asintiendo con la cabeza y torciendo el gesto con cara de desagrado—. Juanín me dijo que iba a largarse, que con la pasta que iba a pedirle a esa gente pensaba empezar de nuevo lejos de aquí.

—¿A qué gente?

—No lo sé. La verdad es que decía cosas sin sentido. Tan pronto decía que

él no había hecho nada como que pensaba ir a Ribadesella a por Sebas y pedirle la pasta a él por el lío en el que le habían metido.

—¿Tú conoces a Sebas? —preguntó Roberto.

—No mucho.

—Al menos sabrás donde vive.

—En un pueblo cerca de Ribadesella.

—¿En cuál?

—No estoy seguro.

—Vamos, Juanma —le animó Eva—, puedes hacerlo mejor.

El aludido negó con la cabeza.

—Solo estuve una vez allí, con un colega. Era un chalé de la ostia, a pie de playa.

—¿En qué playa? —preguntó Roberto.

De nuevo se tomó unos segundos para responder.

—No recuerdo el nombre, pero sonaba raro. Está en un pueblo pequeño, antes de llegar a Colunga.

Roberto sacó su teléfono móvil, abrió el *Maps* y comenzó a leer.

—Antes de Colunga, que tenga playa está... La Isla, El Barrigón...

—No me suena ninguno de esos pueblos. Es una playa que tiene una escuela de surf. Había mogollón de *guajes* haciendo surf.

—¿Playa Espasa?

—¡Esa!

—No tiene muchos chalets a pie de playa. Cuento seis... no, siete, y un restaurante.

—Sí, estuvimos allí tomando unas *birras* el día que fuimos.

—¿Cuándo fue eso?

—El verano pasado.

—¿Cuál de estas es la casa de Sebas? —preguntó Roberto mostrándole la pantalla.

—No lo sé —respondió Juanma sin molestarse en mirar—. El día que estuve allí andaba un poco colocado. La verdad es que no recuerdo cuál de los chalets era el suyo. Tenía una parrilla en la parte de atrás y una mesa larga con sillas. Ah, y unos cuantos árboles que daban sombra. Lo sé porque uno de los *colegas* se subió a uno de ellos y se pegó una ostia tremenda.

Soltó una carcajada que interrumpió de forma brusca cuando vio el modo en que le miraba Roberto.

—Gracias por tu ayuda, Juanma —intervino Eva alzando la mano para

llamar la atención de uno de los guardias—. Quiero que le des a este guardia todos tus datos, incluido el número de teléfono y donde podemos localizarte.

—Claro, no hay problema.

Cuando se alejó de ellos en compañía del guardia, Eva cogió del brazo a Roberto para decirle en voz baja:

—Voy a mandar a Hinojosa a buscar la casa del tal Sebas.

—Prefiero ir yo.

—Deberías tomarte el día libre, Rober.

—No —replicó rotundo—. Por mucho que lamente la muerte de Juanín, lo principal ahora es resolver el asesinato de Inés. No puedo seguir muchos más días así.

—¿Qué ocurre, anoche volviste a soñar con ella? — intuyó ella.

—Sí, el mismo sueño que te conté durante la cena. Son tan reales que casi siento los latigazos en mi piel.

—Sigo pensando que deberías descansar.

—Me temo que esos sueños no van a desaparecer hasta que resolvamos el caso, así que prefiero seguir trabajando.

—Está bien. Voy a llamar al capitán Montes para contarle lo ocurrido y luego me quedaré aquí para hacer el levantamiento del cadáver con la jueza. Puedes hablar con Hinojosa para que te acompañe.

Eva se alejó de él mientras sacaba el teléfono móvil, lo que aprovechó Roberto para regresar junto al cadáver de su amigo. No pudo evitar que el corazón se le encogiese viéndole allí tumbado, sin vida.

De pronto sintió como si alguien le arrancase todos los buenos recuerdos de su infancia, muchos de los cuales estaban unidos a Juanín. A partir de ahora ya no los recordaría con alegría, sino con un profundo dolor.

Había bastante gente en la playa, animada por la buena temperatura que hacía ese día y el cielo completamente despejado. Mientras caminaban por el pequeño paseo que circulaba paralelo a ella, los dos agentes fijaron su mirada en cada uno de los chalets que iban dejando a su paso.

—¿Cuál será el suyo? —preguntó Hinojosa—. Todos tienen algún árbol en la parte de atrás.

—Ni idea —le respondió Roberto—. Vamos a tener que entrar en cada uno de los chalés para averiguarlo. Menos mal que son pocos.

—Es raro que ninguno de ellos haya aparecido en el registro a nombre de alguien llamado Sebastián.

—Estará a nombre de otra persona, seguramente de algún familiar.

—Al final del paseo se ve un restaurante. ¿Por qué no preguntamos dentro? Si viene por aquí de forma habitual seguro que le conocen.

Roberto dio por buena la propuesta y entraron en el bar, dirigiéndose directamente a la barra.

—Buenos días —les saludó con una sonrisa el camarero.

—Buenos días, somos agentes de la UCO —se presentó Roberto.

—¿De la qué?

—De la Guardia Civil. Buscamos a alguien llamado Sebas. ¿Le conoces? El camarero borró la sonrisa y dudó.

—Pues... no sé. Yo no...

—Sabemos que tiene una casa aquí, a pie de playa. Solo necesitamos que nos digas cuál es, nada más.

—No te verás implicado en nada —le secundó Hinojosa.

Antes de responder, el camarero asintió con la cabeza.

—Es la tercera saliendo del bar.

—¿Sabes si está dentro?

—Supongo. Anoche vino a por hielo para una fiesta que estaba montando en casa con unos amigos.

—Muy bien, gracias por tu ayuda.

Salieron del bar y se dirigieron a la casa que les había comentado el camarero. La finca estaba rodeada por una valla de madera de un metro que permitía ver los estragos que la fiesta había hecho en el césped situado delante de la casa. Botellas, vasos, latas de cerveza y refresco y alguna que otra prenda de ropa que le hizo preguntarse a Roberto a quien pertenecería. No obstante, lo que más le llamó la atención fue una joven con un bikini de color amarillo fosforito que estaba llamando a la puerta principal de la casa. Aprovechando que la pequeña portilla de entrada a la finca estaba abierta, Roberto accedió al interior seguido por su compañero. La joven no se dio cuenta de su presencia hasta que llegaron a su altura.

—Ah, hola —les saludó sorprendida. Tendría poco más de dieciocho años, o al menos eso aparentaba—. ¿Sois amigos de Sebas?

—Sí, ¿y tú?

—Claro. No me suena haberos visto en la fiesta de ayer.

—Llegamos tarde —intervino Hinojosa.

—¿Menuda fiesta, verdad? ¡Me lo pasé genial!

—Nosotros también. ¡Qué pena no habernos visto!

—Eso tiene arreglo —dijo ella insinuándose sin ningún tipo de rubor—. Supongo que vendrás a la de esta noche.

—Si tú vas a venir, dalo por hecho. No me lo perdería por nada del mundo —aseguró Hinojosa—. ¿Sabes si Sebas está en casa?

—Debería. Hace una hora le vi salir del agua con la tabla de surf y venir hacia aquí, pero no contesta a la puerta.

—Quizás esté dormido.

—Bueno, es igual. Si le veis decidle que Rosi estuvo aquí y que anoche perdí una pulsera por alguna de las habitaciones. Si la encuentra, que me la guarde.

Roberto la observó alejarse en dirección a la playa, mientras Hinojosa resoplaba.

—Me da que anoche perdió algo más que la pulsera. ¿Has visto que bombón?

—A ti todas te parecen bombones —respondió Roberto.

—Como a Murillo, el compañero aquel que tuvimos en Coruña. ¿Te acuerdas de él?

—¿Al que pilló su mujer con otra en la cama?

—Sí. El cabrón andaba con todas las que podía, y cuando el capitán le echó la bronca y le preguntó que por qué no sentaba la cabeza, le contestó: «Lo intento, mi capitán, ¡pero es que están tan buenas!».

Roberto no pudo evitar soltar una leve carcajada.

—¿Y eso es lo que te pasa a ti?

—Sí, tío, me parece que todas están buenísimas, y con el paso de los años va a peor.

—Anda, centrémonos —dijo golpeando a la puerta con los nudillos—. Cuando resolvamos este caso podrás seguir con tu vida libidinosa.

Tuvo que repetir la llamada hasta tres veces, sin que nadie acudiese a abrir la puerta.

—Parece que no está en casa —comentó Hinojosa.

—Vayamos por la parte de atrás.

Rodearon la casa accediendo al jardín trasero, donde los estragos de la fiesta eran más evidentes. La puerta corredera de cristal que daba acceso al interior estaba abierta, por eso se atrevieron a asomarse.

—Sebas, ¿estás en casa? —preguntó Roberto desde el umbral que daba acceso a un amplio salón—. ¿Hola?

Iba a dar un paso dentro cuando su compañero lo agarró del brazo.

—¡Espera! Mira detrás del sofá.

Roberto fijó la mirada en el sofá situado en el lado derecho de la estancia y vio unas piernas inmóviles.

—¡Joder!

—Entra detrás de mí y no toques nada —dijo Hinojosa sacando la pistola y apuntando al frente a la vez que entraba.

Roberto le imitó y sacó la suya, manteniéndose un par de pasos por detrás y apuntando al resto de la estancia para cubrirle las espaldas. No parecía haber nadie más en el interior, pero ninguno de los dos se confió.

Hinojosa fue el primero en ver el cuerpo.

—Le han pegado un tiro en la cabeza.

—¿Como a Juanín?

—Sí.

El cuerpo estaba tendido bocarriba, con un agujero en la frente y los brazos abiertos. Todavía llevaba puesto el neopreno corto de surf.

—¿Crees que es Sebas?

Roberto miró a su alrededor antes de responder, descubriendo varios

portafotos, todos con imágenes del fallecido.

—Me temo que sí.

—Primero Juan Cuetos y ahora esto. ¿Qué cojones está pasando aquí, Rober? —preguntó Hinojosa alterado.

—Me parece que alguien está haciendo limpieza.

VIERNES 10 DE JULIO

Tal y como habían anunciado en el telediario, la lluvia comenzó a caer pasadas las tres de la tarde, justo cuando ya estaban dentro de la iglesia. Había mucha gente, más de la que Roberto esperaba, sobre todo teniendo en cuenta la vida tan complicada que Juanín había llevado los últimos años. Eso hizo que se alegrase por él. Sin duda, lo merecía.

Decidió sentarse en una de las últimas filas, en compañía de Eva, que prefirió acompañarle a pesar de tener trabajo pendiente. Fue algo que Roberto agradeció. Su estado anímico no era muy bueno y contar con su apoyo durante el funeral de su amigo era importante para él.

Hinojosa se encontraba en Llanes, investigando las redes sociales de Sebas para ver si él era Cameron, el secuestrador de Inés, una posibilidad que de confirmarse arrojaría mucha luz a una investigación que avanzaba muy poco y que tenía más incógnitas que respuestas.

La muerte dos días atrás de Sebastián Suárez Cuervo, alias «Sebas», tenía una similitud evidente con la de Juanín: ambos habían muerto de un tiro en la frente con un proyectil del calibre nueve milímetros Parabellum, realizado con la misma arma. Siendo ese calibre el más utilizado en el mundo, tanto por delincuentes como por fuerzas de seguridad del Estado, no iba a ser tarea fácil encontrarla. Eso sí, o el asesino había tenido la frialdad de recoger el casquillo en ambos escenarios o había utilizado un revólver.

En el escenario del crimen de Sebas resultó muy complicado encontrar alguna prueba válida, dada la fiesta que había tenido lugar en la casa la noche anterior. Ya no solo por la multitud de huellas, sino también por todos los restos de bebida, comida, incluso de ropa, que casi se asemejaban más al escenario de una batalla campal que a una fiesta. Los vecinos de las viviendas cercanas declararon que no se atrevieron a llamar a la Guardia Civil por miedo a Sebas y sus amigos, que ya les habían amenazado en anteriores

ocasiones por quejarse del ruido de la música y los gritos.

Lo único claro era que la muerte se había producido media hora antes de encontrar el cadáver. Así lo había determinado el forense y un vecino que había escuchado el disparo, aunque había creído que se trataba de un petardo más de los que habían escuchado de noche durante la fiesta.

Esa mañana la víctima había estado haciendo surf y luego se había ido a casa solo, sin que nadie le viese acompañado en ningún momento. Eso llevó a los investigadores a pensar que su asesino le esperaba dentro de casa o que se había colado en ella cuando ya estaba dentro. Tampoco nadie había visto al asesino salir de la casa, por lo que no tenían ninguna pista que les llevase hasta él.

En cuanto a la muerte de Juanín, de momento no había muchos hilos de los que tirar. No había testigos de la muerte ni ninguna otra prueba que no fuese la bala en su cabeza. El laboratorio había demostrado que el proyectil que le había matado provenía de la misma arma que había matado a Sebas, por lo que en principio se trataba del mismo asesino. Juanín le conocía, al menos eso se deducía del mensaje que le había dejado en el contestador del móvil. La duda que Roberto tenía en ese momento era si le unía algún tipo de amistad con él o si le había reconocido del secuestro de Inés. La idea de que Cameron le hubiese matado tanto a él como a Sebas tenía bastante lógica, por lo que atraparle iba a convertirse en su máxima prioridad. No podía dejar impune la muerte de su amigo.

Terminada la misa, los asistentes fueron saliendo del interior de la iglesia, la mayoría para acompañar el féretro hasta el cementerio. Roberto esperó sentado a que saliesen todos para seguir sus pasos, aunque tuvo que levantarse cuando varios amigos de la infancia, a los que llevaba años sin ver, se acercaron para saludarle. Todos vivían ya lejos del pueblo, pero habían querido estar en el funeral para dar el último adiós a Juanín. Mantuvo con ellos una charla breve y luego salió de la iglesia con la clara intención de coger el coche y regresar a Llanes junto con Eva. No contaba con que alguien llamase su atención cuando estaban a pocos metros del vehículo.

—Hola, Rober.

Al volverse se encontró con el rostro serio de Pedro, el hermano de Susana.

—Hola, Pedro —le saludó sin hacer ademán de tenderle la mano—. ¿Qué tal estás?

—Mejor ahora que soy libre.

—Me alegra que ya te hayan soltado. Me han dicho que te vas a ir a vivir al sur —dijo Roberto intentando que la conversación no fuese muy tensa.

—Sí, mi mujer tiene familia en un pueblo de Sevilla y nos han ofrecido una casa y un trabajo.

—Eso está bien. ¿Tu madre también se va a vivir con vosotros?

—¿Mi madre? Hombre, gracias por interesarte —dijo con evidente ironía—. Lástima que no lo hayas hecho los dos últimos años.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Roberto intentando mantener la compostura.

—Mi hermana lleva dos años sin saber nada de ti.

El solo hecho de que la mencionase hizo que comenzase a sentir los nervios atenazándole el estómago. Aquel no era el momento ni el lugar para hablar de ella, y menos en presencia de Eva.

—Si tu hermana está en la cárcel es por algo.

—Sí, lo sé, hizo algo terrible, pero merecía que al menos fueses a verla, aunque solo fuese para conocer a tu hijo.

Roberto contuvo la respiración.

—¿Mi hijo?

—No disimules conmigo, Rober. Fui a ver a mi hermana a la cárcel en cuanto me soltaron y me lo contó todo. Te llamó por teléfono en repetidas ocasiones para hablar contigo y jamás respondiste. Ni siquiera cuando su abogado te pidió que lo hicieses.

—No tengo nada que hablar con ella. Ese hijo no es mío.

Pedro le miró con incredulidad.

—¿En serio te crees eso? ¿Entonces por qué no te haces la prueba de paternidad como ella te pidió?

—Nadie puede obligarme a hacerla.

—¿Y no te importa lo que le pase al niño? —preguntó Pedro con rabia—. Él no tiene la culpa de nada, ni de lo que ha hecho su madre ni de haber venido a este mundo. Mi madre cuida de él como si fuese su propio hijo, pero lo normal sería que estuviese con su padre.

—Te he dicho que yo no soy el padre.

—Mi hermana dice que sí y yo la creo.

En ese momento Roberto sintió cómo la rabia le invadía.

—Tu hermana está en la cárcel porque mató a cuatro mujeres. Es una asesina y una mentirosa.

—¿Eso es lo que te dices al acostarte cada noche?

—No voy a hablar más de este tema contigo —dijo Roberto dándole la espalda.

Acto seguido abrió la puerta del coche y se subió al interior, sin importarle que Pedro se quedase allí plantado durante unos segundos, hasta que decidió marcharse. Eva se sentó en el asiento del acompañante y le miró, pero él fue incapaz de devolverle la mirada. Se sentía furioso y avergonzado a la vez.

—¿Estás bien? —preguntó ella con voz suave—. ¿Quieres que conduzca yo?

En otra situación habría dicho que no, pero lo cierto era que le temblaban las manos sobre el volante.

—Sí, por favor. Necesito largarme de aquí.

—¿Dónde vamos?

—A cualquier sitio lejos de Nueva —dijo abriendo la puerta del coche para cambiar los sitios—. Necesito tomar una copa.

Eva condujo en dirección a la salida del pueblo y solo cuando pasaron el cartel de fin de población se atrevió a preguntarle:

—¿Quieres hablar del tema?

Roberto no fue capaz de darle una respuesta. Su cabeza hervía en ese momento con pensamientos confusos que era incapaz de ordenar, y con una mezcla de sentimientos contrapuestos que incluso estuvieron a punto de arrancarle lágrimas. Sentía rabia, frustración, y a la vez una profunda vergüenza. No solo porque Eva se hubiese enterado de todo aquello, sino porque le avergonzaba su propio comportamiento. Sabía de sobra que no había hecho las cosas bien, que se había comportado como un cabrón, pero tampoco veía que pudiese hacer otra cosa. Odiaba a Susana por lo que le había hecho, a ella y a todo lo que se la recordase.

—Aquí hay un bar —dijo Eva sacándole de sus pensamientos y reduciendo la velocidad. Estaban a la entrada de Villahormes—. ¿Te parece bien?

—Sí.

Aparcaron pegados a la carretera, en una amplia explanada para camiones situada frente al bar, y descendieron del vehículo. La lluvia comenzaba a caer de nuevo, aunque con poca intensidad. Rober decidió sentarse en una de las mesas que había bajo una carpa que cubría la terraza exterior y en cuanto se acercó el camarero pidió un café bien cargado. Eva, sentada frente a él, pidió un refresco.

—Pensé que querías tomarte una copa.

—Estamos de servicio —respondió él mirando a la carretera, incapaz de enfrentarse a su mirada—. Además, no creo que el alcohol me solucione nada.

—Eso es cierto. ¿Quieres hablar de ello?

Roberto se atrevió por primera vez a mirarla a los ojos.

—No hay mucho que decir.

—¿Es cierto lo del niño?

Roberto sintió como si le clavasen un puñal. Llevaba más de un año guardando aquel secreto, incapaz de compartirlo con nadie, ni siquiera con su propia madre. Nadie sabía lo sucedido, al menos por boca de él, ni sus jefes ni sus compañeros. Quizás eso había sido lo más duro, guardarlo todo para él sin tener con quien desahogarse. Por algún motivo vio en los ojos de Eva que ella podía ser esa persona.

—Hace dos años me enamoré de una asesina —comenzó a decir—, de la mujer que mató a mi novia de la adolescencia y a dos mujeres más para poder conseguirme. ¿Sabes lo duro que es eso?

—Puedo imaginármelo.

El gesto comprensivo de Eva le animó a seguir.

—Yo estaba enamorado de Susana, la quería. Estaba dispuesto a dejar mi trabajo y venir a vivir aquí para estar con ella, hasta que descubrí lo que había hecho. Me jodió la vida —aseguró incapaz de contener su rabia—. Durante meses no pude quitármela de la cabeza, era incapaz de olvidarla. ¡Ni siquiera podía mirar a otra mujer!

—Es normal, Rober. Ella te engañó, nos engañó a todos.

—Me volví desconfiado y huraño en mi vida privada. Por supuesto que intentó llamarme varias veces, pero jamás quise volver a hablar con ella y mucho menos verla. Fueron meses muy duros, hasta que me convencí a mí mismo de que debía pasar página y continuar con mi vida. ¡Y entonces me llamó su abogado! —En ese momento el camarero llegó con las bebidas, por lo que Rober esperó a que las dejase y se fuese antes de continuar—. Yo acababa de estar aquí, en Nueva. Vine para ver a los viejos amigos, incluso me encontré con Juanín camino a la ermita de San Antonio, y cuando llego a Madrid recibo la llamada de un abogado que me dice que Susana quiere verme y que afirma haber dado a luz tres meses antes a un hijo que es mío.

—Si lo tuvo estando en la cárcel, imagino que le dejaron quedarse con él los primeros meses después del parto —dedujo Eva.

—Sí. Cuando su abogado se puso en contacto conmigo fue porque la madre de Susana iba a hacerse cargo del crío, pero ella quería que lo hiciese yo. Por supuesto, me negué —dijo desviando la mirada avergonzado—. No podía creerme que fuese verdad, que después de todo lo que había pasado pudiese hacerme eso.

—¿Hablaste con ella?

—No. Ya te dije que no quiero volver a verla.

—Sabes que el niño no tiene la culpa, ¿verdad?

Su pregunta no sonó a reproche, pero le hizo daño igualmente.

—Lo sé, pero no podría ni siquiera mirarle a la cara. Sé que él no tiene la culpa de nada, pero en cuanto lo vea sé que me recordará a ella y a todo lo que me hizo. Además... —dudó unos segundos antes de continuar— ni siquiera sé si es mío.

—En eso no te puedo ayudar —dijo Eva encogiéndose ligeramente de hombros—. Tú eres quien mejor lo sabe.

—Solo nos acostamos dos veces, es cierto, y no usé preservativo, pero fue porque ella me dijo que estaba tomando anticonceptivos. O, al menos, así lo interpreté yo.

—Rober, Susana estaba obsesionada contigo. No sería de extrañar que pensase que tener un hijo tuyo era la mejor manera de atraparte. Ten en cuenta que si no hubieses descubierto que ella había matado a esas mujeres ahora lo más probable es que estuvieses casado con ella y formando una familia.

—¿Cómo se puede ser tan retorcida? —preguntó mirándola con un gesto amargo.

—Porque era una psicópata obsesionada desde los quince años con un hombre al que nunca había logrado tener. No debes echarte la culpa por ello.

—No lo hago, pero...

—No sabría muy bien qué aconsejarte, Rober, tan solo que hagas lo que el corazón te dicte. Entiendo que no quieras volver a verla ni saber nada de ella, pero ese niño no tiene la culpa de lo que hizo su madre. Tal vez sea lo único bueno que salga de todo esto.

—Yo no puedo criarlo, Eva. ¿En serio me ves cuidando de un crío de poco más de un año? Soy guardia civil, tengo una vida en la que no hay cabida para un niño al que ni siquiera sé si seré capaz de querer. Lo más probable es que cuando le mire me recuerde a su madre y le odie por eso.

—Yo no creo que seas capaz de odiar a un niño.

—Pues ahora mismo es lo que siento.

—Eso es porque no lo has visto. Cuando lo hagas es probable que esos sentimientos desaparezcan.

—No lo sé, Eva —dijo negando con la cabeza—. Muchas veces he deseado que ese niño desaparezca. Sé que es cruel lo que voy a decir, pero ojalá no hubiera nacido.

—No deberías castigarte así.

Roberto tomó un trago de su café, como si con ello fuese capaz de arrastrar

los malos pensamientos

—¿Qué pasa si encuentro a alguien con quien rehacer mi vida? ¿Cómo voy a explicarle que tengo un hijo con una asesina que está en la cárcel?

—Si te quiere, lo entenderá —respondió ella.

—Yo no estoy tan seguro. ¡Joder, esa hija de puta me ha jodido bien! —dijo cubriéndose el rostro con sus manos.

—Tienes mucha rabia dentro de ti y lo único que vas a conseguir con eso es hundirte más. Deberías afrontar el problema, no huir de él.

Roberto bajó las manos y la miró.

—¿Me estás diciendo que vaya a hablar con ella a la cárcel?

—Tal vez sería lo mejor, por muy duro que eso te resulte.

—No voy a hacerlo —negó con la cabeza—. No quiero volver a mirarla a la cara nunca más.

—Te entiendo, pero esto no es algo de lo que se pueda escapar. Deberías ir a verla y demostrarle que eres mejor persona que ella.

A Roberto le habría gustado decirle que tenía razón y que estaba dispuesto a hacerlo, pero había sufrido demasiado por culpa de Susana como para ahora volver a enfrentarse a ella.

No iba a permitir que le atrapase de nuevo, por mucho que asegurase que el crío era suyo.

Roberto llegó a casa de Diego después de las siete de la tarde, tras dejar a Eva en el cuartel de Llanes. Ella había insistido en que se tomase el resto de la tarde libre y él tampoco quiso negarse. Lo cierto era que necesitaba estar solo y desconectar unas horas.

El dueño de la casa le recibió sentado en uno de los sofás del salón, mientras veía la tele.

—¿Qué tal ha ido el funeral?

—Supongo que como todos —respondió Roberto sin mucha emoción.

—Es duro perder a un amigo. Espero que pilléis al que lo hizo.

—Eso intentamos. —Roberto se fijó en la tele, donde varias personas debatían con un rótulo en la parte inferior que ponía: «El asesino sigue libre» —. ¿Qué ves?

—Lo del político ese de Madrid.

—¿Cuál?

—El que apareció ahorcado en su casa. Dicen que pudo ser asesinado y en algunas televisiones lo están poniendo como si fuese un hombre íntegro y una excelente persona. ¡Menudo cabrón! Que pregunten a las doscientas familias que dejó en la calle hace diez años cuando hizo aquel ERE fraudulento.

Roberto sabía que se refería a Luis Cuesta. Es más, conocía de sobra el caso del ERE fraudulento, ya que había sido uno de los motivos para iniciar la investigación contra él y a la que luego seguiría una por corrupción, en la que resultó ser el cabecilla de una importante trama en la Comunidad de Madrid.

—Algo he oído —dijo sin dar más explicaciones.

—Le están poniendo como si fuese querido por todos. ¿Pues sabes lo que te digo? Que se merecía morir así.

—Yo hubiese preferido que lo pagase en la cárcel, la verdad.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Diego mirándole sorprendido.

—Eso significa la justicia, que cada uno pague por sus delitos en su justa medida.

—¿Qué quieres decir con eso de «su justa medida»?

—Que si la ley dice que deben condenarle a veinte años por lo que ha hecho, que así sea y que no salga de la cárcel hasta haberlos cumplido.

—¿Y qué pasa con los que burlan la ley?

—Para eso estamos nosotros, para que nadie se libre.

—¿Eso incluye al que supuestamente lo mató? ¿También él merecería acabar en la cárcel?

—Por supuesto.

Diego se encogió de hombros.

—Tienes que reconocer que nos ha ahorrado mucho dinero a todos los contribuyentes quitando de en medio a ese estafador.

—La ley está para cumplirla —insistió Roberto—, no para que la gente se tome la justicia por su mano.

—¿Y si lo hizo porque ese cabrón arruinó su vida y la de su familia? ¿Y si decidió tomarse la justicia por su mano para evitar que se saliese con la suya y se librase de la cárcel?

—No iba a librarse, eso te lo aseguro.

—Pero podía haberlo hecho.

—Sigue sin ser motivo para asesinarle.

—Ya veo que no crees en la justicia poética.

—Creo en la ley, y mi trabajo es hacer que se cumpla. Si lo que me preguntas es si me parece bien que lo hayan matado por venganza, te diré que no. Luis Cuesta se merecía pasar una larga temporada en la cárcel y, si al final alguien lo asesinó, esa persona también merece terminar entre rejas.

—Envidio tu integridad, no suele ser habitual en estos tiempos —afirmó Diego, a lo que Roberto se encogió de hombros, como si no le diese importancia—. Lástima que no siempre se pueda hacer justicia del modo que tú planteas.

—¿Lo dices por tu hija?

La mirada del hombre se entristeció antes de responder.

—Me conformaría con tener una tumba en la que llorarla. Quienes se llevaron a Ana no solo nos arrancaron parte de nuestra vida, también nos negaron el derecho de poder enterrarla.

—No tiene por qué estar muerta.

Diego sonrió con ironía.

—En España desaparecen cientos de mujeres cada año. Algunas terminan apareciendo a los pocos días o semanas, a veces incluso meses, y de otras no se vuelve a saber más. En mi caso, hace mucho tiempo que perdí la esperanza de encontrarla con vida.

—Imagino que tiene que ser muy duro.

—Lo fue, y lo sigue siendo. Cada mañana me despierto recordando su sonrisa y cómo lo iluminaba todo. Sé que allí donde esté me sigue sonriendo.

—Una lágrima escapó de los ojos de Diego, que de inmediato la limpió con el dorso de la mano, a la vez que forzaba una sonrisa—. Perdona.

—No, soy yo el que lo siente. No debería haber sacado el tema.

—No importa, me ayuda hablar de ella, aunque me entristezca. Era una cría a la que el mundo se le quedaba pequeño —dijo sonriendo emocionado—. Quería salir, moverse, experimentar. Mi mujer nunca entendió eso. Me reprochó que esa noche la dejase salir con su hermano, pero es que ella lo necesitaba. Aunque tuviese quince años, pensaba como una de dieciocho. ¿Tú tienes hijos?

Roberto contuvo la respiración antes de responder.

—No.

—Cuando la perdimos yo tendría tu edad, más o menos, y comprendía perfectamente cómo se sentía. Con quince años yo ya salía en pandilla con mis amigos y con dieciséis era el dueño de la pista de baile —aseguró Diego, arrancándole a Roberto una leve carcajada—. Por eso no quise ponerle límites a Ana, más allá de los que marcaba el sentido común, y por eso esa noche dejé que saliese con su hermano.

—¿Y nadie vio quién se la llevó?

—No. Le dijo a su hermano que iba a hablar fuera de la discoteca con alguien a quien acababa de conocer y esa fue la última vez que la vio. Nadie supo decirnos con quien estaba ni lo que pasó con ella.

—Es extraño, con toda la gente que debía de haber en la discoteca.

—A veces eso es peor. Con tanto barullo la gente se fija menos en lo que les rodea.

—¿Y no hubo forma de localizarla?

—Eran otros tiempos. De aquella los chavales no llevaban teléfonos móviles como ahora. La buscamos sin descanso durante días, pero no fuimos capaces de encontrarla. Pudieron meterla en un coche y llevársela a cualquier parte. En aquella época se hablaba de una red de trata de blancas que secuestraba mujeres y se las llevaban a Marruecos. Ana pudo ser una de ellas

—dijo torciendo el gesto en una mueca de desagrado—. Aun así, estuve buscándola por mi cuenta durante años, hasta que comprendí que era inútil. Los últimos quince años han desaparecido decenas de jóvenes en España de las que no se ha vuelto a saber nada. Hay muchas familias rotas por ese motivo, por eso creo que los padres de Inés son afortunados. Sé que suena duro decirlo, pero ellos al menos tienen un cadáver que enterrar. Otros no hemos tenido tanta suerte.

Roberto se dio cuenta de que a Diego cada vez le afectaba más la conversación, por eso decidió buscar una excusa para darla por zanjada.

—Estoy pensando en bajar a dar una vuelta hasta la playa de San Martín —dijo mirando a través de la ventana del salón—, ahora que parece que ha parado de llover.

—A partir de mañana ya dan bueno otra vez y dicen que el buen tiempo va a durar todo el mes. No sé cómo se atreven a dar predicciones a tan largo plazo, aunque está claro que la gente necesita buenas noticias para no coger la maleta y volver a casa —aseguró más calmado—. Si vas a pasear deberías llevarte un paraguas. Nunca se sabe.

—No tengo ninguno.

—Yo tengo varios en el armario del pasillo. Me suena que hay alguno plegable.

—Voy a mirar.

Roberto se dirigió al pasillo y abrió el pequeño armario de una sola puerta situado junto a una columna. Dentro había varios estantes con zapatos, guantes y gorros, un paquete de cerveza y dos pequeños paraguas. Para poder acceder a ellos tuvo que mover una caja del doble de grosor que una de puros, cuyo peso le llamó la atención. Picado por la curiosidad la abrió y descubrió dentro algo que hizo que se le parase el corazón: un revólver.

—Ten cuidado, está cargado —sonó la voz de Diego a su espalda.

—Bonito revólver —dijo Roberto volviéndose para mirarle. Era plateado, con la empuñadura negra, y un cañón de dos pulgadas.

—Es broma, no está cargado. Fue un recuerdo del día de mi jubilación.

—¿Te lo regalaron?

—Más bien era mío. Tuve que entregarlo cuando cogí la baja psicológica, pero mis compañeros lo arreglaron para que pudiese quedarme con él.

—Es muy bonito, aunque deberías guardarlo en una caja fuerte.

—No hace falta, no puede usarse —dijo recuperando la caja y cerrándola—. Tiene el cañón fresado. ¿Has encontrado el paraguas?

—Sí, gracias —respondió cogiendo uno—. Luego te lo traigo.

—Cuando quieras.

Roberto abandonó la casa con idea de callejear en dirección al camino que llevaba a la playa, pero antes decidió meterse en su coche para hacer una llamada, a resguardo de la lluvia.

—Hola, Eva —la saludó en cuanto contestó a la llamada—. Quería hacerte una pregunta.

—Dime.

—¿Sabías que Diego guarda en casa un revólver?

—No.

—No tuve tiempo de abrir el tambor, pero estoy casi seguro que era del nueve Parabellum.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Tanto Juanín como Sebas murieron por una bala del nueve Parabellum, disparada con la misma arma. Si se trata de un revólver, eso explicaría por qué no encontramos el casquillo en ninguna de las dos escenas del crimen.

—¿No estarás pensando que los mató Diego? —preguntó Eva con tono de

incredulidad.

—Dice que el arma está inutilizada, pero lo cierto es que no pude verla bien para comprobarlo.

—¿Y qué motivo podría tener para matarles? No los conocía.

—Los dos estaban relacionados con el secuestro de Inés.

—Rober, sigo sin entender por qué querría matarles.

—Porque su hija desapareció en circunstancias parecidas a las de Inés.

—¿Crees que Juanín y Sebas secuestraron a la hija de Diego hace quince años?

—Claro que no, pero Diego desea que la gente que hace cosas así pague por ello, y no me refiero a entrar en la cárcel.

—Él jamás haría lo que estás insinuando. Lo conozco y sé que no es capaz de tomarse la justicia por su mano. Además, puede que supiese que Juanín estaba detenido como sospechoso del secuestro, pero de Sebas no sabía nada. A no ser que tú se lo dijese, claro.

—Yo no le dije nada.

—Entonces dudo que se enterase de otro modo.

—¿Y si siente la necesidad de castigar a aquellos que secuestran y asesinan a chavalas jóvenes, como pudo sucederle a su hija?

—Te repito que yo no lo veo capaz de algo así. Lo conozco bien. Diego sufrió mucho por lo de su hija y estuvo muchos años buscándola. Si me dijese que mató a quien se la llevó tal vez me lo creería. Nunca sabemos de lo que somos capaces hasta que nos encontramos cara a cara con el asesino de un ser querido, pero veo imposible que Diego haya matado a tu amigo y a Sebas por venganza. Él no es así.

—Tú misma lo has dicho, no sabemos lo que una persona es capaz de hacer por odio o por venganza.

—Sí, pero te repito que Diego no sabía de la existencia de Sebas. Tal vez sí de Juan, pero no de Sebas. Ayer Hinojosa y tú me dijisteis que creíais que la muerte de ambos se debía a que alguien estaba haciendo limpieza después de que apareciese el cadáver de Inés. ¿Por qué ese cambio de opinión ahora?

Por un momento Roberto dudó su respuesta.

—No sé... Estuve hablando con Diego y me dijo alguna cosa que me llevó a pensar que quizás les había matado por venganza.

—¿Como qué?

—Como que no confiaba en la justicia y que veía bien que las víctimas se la tomasen por sí mismas.

—Diego es una persona que ha sufrido mucho, Rober. La desaparición de su hija fue un golpe muy duro para él, aunque fue peor que su mujer lo señalase día sí y día también como el verdadero culpable.

—Lo sé, me lo dijo.

—Es normal que piense de esa manera, pero de todas formas, si quieres quedarte más tranquilo, investigaré si pudo estar en el escenario de ambos crímenes.

—Te lo agradezco.

Ambos se despidieron y Roberto arrancó el coche. Lo cierto era que en ese momento no le apetecía mucho pasear bajo la lluvia. Quizás visitar a Quique en el «Dolce Vita» y tomarse una cerveza con él le animaría la tarde, por eso salió de Poo y tomó la autovía unos kilómetros más adelante, después de sobrepasar Celorio.

Al pasar junto a la playa de San Antolín se fijó en que había media docena de surfistas metidos en el agua con sus tablas, desafiando a la lluvia. Parecían estatuas esperando la ola perfecta para deslizarse sobre ella. Tras perderla de vista, cogió la salida de Naves y continuó en dirección a Nueva de Llanes, por la «carretera vieja». Fue entonces cuando se dio cuenta de que el vehículo que le seguía llevaba haciéndolo desde que había salido de Poo. En un principio había pensado que se trataba de una simple casualidad, pero ahora ya no estaba tan seguro. Era un Land Rover Discovery gris metalizado, con las lunas delanteras tintadas, lo que le impedía ver a los ocupantes.

Decidido a salir de dudas, en vez de entrar en Nueva directo a la plaza, continuó por la carretera que bordeaba el pueblo en dirección al pueblo de Piñeres. El vehículo todoterreno siguió su mismo recorrido, así que Roberto optó por coger la primera calle que le salió a la derecha. Pasó por debajo del puente de la vía del tren y, antes de tomar la siguiente curva, observó por el espejo retrovisor cómo su perseguidor tomaba el mismo camino. Eso empezó a preocuparle.

No tardó en llegar a un cruce con tres posibles direcciones: a la derecha entraría en el interior del pueblo, hasta llegar a la plaza; a la izquierda saldría de él en dirección a Piñeres; y de frente iría en dirección a la playa de Cuevas del Mar.

No te pongas nervioso, puede ser casual, pensó Roberto mientras el Discovery se detenía a un metro de distancia. *¿Qué camino tomo?*

Optó por la última opción, así que siguió de frente, a la vez que miraba por el espejo retrovisor lo que hacía su perseguidor.

—¡Mierda! —gruñó entre dientes al ver que seguía su mismo recorrido.

Por un momento dudó si echarse a un lado de la carretera y dejarlo pasar o detenerse en medio del carril y bajarse pistola en mano para identificar al conductor. Si se trataba de una simple coincidencia el susto que podía meterle sería bastante gordo, así que optó por pararse a un lado, en la cuneta, y ver qué ocurría.

El Discovery llegó a su altura y le bordeó por la izquierda para sobrepasarle, lo que arrancó en Roberto un soplido de alivio.

—Menos mal.

Unos cincuenta metros más adelante el todoterreno se metió a la derecha para aparcar en el restaurante que había a mitad de recta, lo que le confirmó que todo se trataba de una mera casualidad. No obstante, continuó carretera adelante por si al pasar a su altura veía al conductor bajarse. No fue así, aunque ya no le dio importancia. Aliviado, continuó carretera adelante en dirección a la playa, decidido a tomar allí una cerveza y luego pasar a ver a Quique si no era muy tarde.

Apenas se había alejado medio kilómetro, cuando, tras un par de curvas y una larga recta, le pareció ver un vehículo gris a lo lejos, siguiéndole. La siguiente curva se le echó encima demasiado rápido para que le diese tiempo a comprobarlo, pero al ver que a la izquierda salía la carretera que llevaba al pueblo de Villanueva de Pría decidió tomarla. Era una larga recta en subida que le permitiría ver si se trataba del mismo todoterreno y si le seguía a él o seguía recto en dirección a la playa.

—¡Joder, ahí estás! —exclamó al ver cómo tomaba el desvío.

De inmediato sacó el teléfono móvil y llamó a Eva.

—Tengo un problema, me están siguiendo —dijo mientras tomaba una curva cerrada a la izquierda, después de terminar la cuesta.

—¿Quién? —preguntó ella alarmada.

—No lo sé. Un Land Rover Discovery gris metalizado, con las lunas tintadas y la defensa plateada.

—¿Puedes ver su matrícula?

—No lleva, al menos en el morro.

—Después de lo que les ha pasado a Juanín y a Sebas no quiero que te pares. Es mejor que sigas mientras yo aviso al capitán Montes para que organice un control de carretera. Necesitaré un par de minutos.

—No te preocupes. Esta carretera va hasta Pría y de ahí se puede bajar otra vez a Nueva —dijo aumentando la velocidad, al darse cuenta de que el

Discovery se acercaba muy rápido—. Esta carretera no es muy ancha, así que puedo mantenerlo detrás mío el tiempo que haga falta.

—No te arriesgues. Si no te llamo antes y tienes opción de coger la autovía y regresar a Llanes, hazlo.

—Muy bien.

Roberto colgó justo cuando la carretera le obligaba a levantar el pie del acelerador. Hacía mucho tiempo que no pasaba por allí, pero recordó perfectamente el lugar, conocido como «La curva de la mina». Era una curva bastante amplia y pronunciada a la derecha con un ligero peralte. Recordaba que de crío eran muchos los que hablaban de ella porque casi todos los años algún coche se salía de la curva y caía por el terraplén. No era demasiado profundo, dos o tres metros de desnivel, y tampoco causaba grandes lesiones a los ocupantes, pero sin la ayuda del tractor de algún vecino del pueblo era imposible luego sacar el coche de allí. Ahora la curva estaba bastante limpia de vegetación, debido a que la empresa maderera había cortado la mayoría de eucaliptos, lo que permitía ver la fuente y el reguero de agua que daba nombre al lugar.

Roberto no entendía cómo la gente era capaz de salirse de la carretera en esa curva, ya que lo único que hacía falta era levantar un poco el pie del acelerador para tomarla bien. No contaba con que el Discovery se le echase encima y le golpease con su defensa antes de tener tiempo a reaccionar. Su coche recibió el impacto en el lado izquierdo, lo que hizo que el morro girase a la derecha y se saliese de la curva antes de poder corregir el volante.

El vehículo cayó de costado y comenzó a rodar terraplén abajo dando varias vueltas de campana, hasta detenerse bocabajo.

Por un momento, Roberto estuvo a punto de perder la consciencia. Se sentía muy mareado y notaba el lado izquierdo de su cara húmedo, pero sus ganas de vivir hicieron que reaccionase. Estaba bocabajo, prisionero en su asiento por culpa del cinturón de seguridad, así que lo soltó y trató de arrodillarse en el techo interior del vehículo. Que los *airbags* ya se hubiesen deshinchado le ayudó a la maniobra, aunque se encontró con que no era capaz de abrir ninguna de las dos puertas delanteras. Optó por probar con las traseras, no sin antes coger de la guantera su pistola, por si quien le había sacado de la carretera decidía atacarle.

La puerta que parecía no estar deformada era la situada tras el asiento del acompañante, así que trató de abrirla. En un principio solo cedió unos centímetros, lo que le obligó a sentarse y dar un par de empujones con ambos pies hasta que se abrió del todo.

Antes de salir apuntó con el arma al frente y se asomó con precaución. No parecía haber nadie cerca del vehículo, así que sacó el resto del cuerpo y aprovechó el escudo que le ofrecía la puerta para observar lo que le rodeaba. Se encontraba unos cuatro metros por debajo de la carretera y a unos diez metros de distancia. El Land Rover Discovery gris que le había sacado de la carretera seguía allí, detenido en mitad de la curva. No podía ver a los ocupantes, debido a que las lunas laterales también estaban tintadas, pero sí escuchaba el ruido del motor al ralentí, como si estuviesen decidiendo si bajaban a por él o se largaban.

Roberto les apuntó con su pistola, pero aun así no se movieron del sitio. Quien quiera que estuviese dentro sabía que un agente de la autoridad no podía disparar su arma si antes no le habían disparado a él. España no era Estados Unidos y la ley protegía más a los delincuentes que a los que debían salvaguardarla.

—Vamos, cabrón —murmuró entre dientes—. Bájate y ven a por mí si te atreves.

Los segundos cayeron uno detrás de otro como si dentro del Discovery estuviesen valorando qué hacer, hasta que por fin arrancó y se perdió en dirección al pueblo de Villanueva.

Roberto tuvo que bajar el arma y apoyarse en la puerta para no caer. De pronto todo le daba vueltas y, al bajar la intensidad de la adrenalina, las fuerzas parecían abandonarle. No obstante, el miedo a que el vehículo regresase le mantuvo en pie, hasta que el sonido de un nuevo motor llamó su atención. Un Nissan Patrol de la Guardia Civil asomó por el lado de la carretera que venía de Nueva y se detuvo en mitad de la curva. El guardia que ocupaba el asiento del acompañante se bajó de inmediato para llamar su atención.

—¿Estás bien?

—Soy el cabo Fuentes, de la UCO —respondió mientras se tocaba el lado izquierdo de la cara. Al hacerlo, su mano se empapó de sangre—. Me han sacado de la carretera.

—No te preocupes, vamos a llamar a una ambulancia.

Antes de que pudiese darle las gracias, sus rodillas cedieron y cayó al suelo de costado. Todo a su alrededor comenzó a darle vueltas, hasta que la oscuridad le envolvió por completo.

DOMINGO 12 DE JULIO

Inés estaba atada a la cruz de San Andrés. Su cuerpo desnudo estaba cubierto de heridas que sangraban de forma abundante y tenía la barbilla caída sobre el pecho, con el pelo cubriéndole la cara. Al darse cuenta de su presencia la alzó y le miró con ojos llenos de lágrimas.

Esta vez no tenía la mordaza tapándole la boca, por eso Roberto pudo escuchar perfectamente sus quejidos de dolor, un lamento constante que le transmitió un dolor extremo que le partió el alma. Deseó poder hacer algo por ella, soltarla de sus ataduras y abrazarla contra su cuerpo para sacarla de allí, pero de nuevo sus pies fueron incapaces de moverse. Solo podía mirarla, nada más.

Inés movió los labios intentando transmitirle unas palabras que en un primer momento no fue capaz de escuchar. No fue hasta que las repitió por segunda vez que pudo entender el mensaje.

—Déjame morir.

Roberto abrió los ojos y se tomó unos segundos para reconocer el lugar en el que se encontraba. Estaba tumbado en una cama de hospital, en una habitación bañada por la débil luz del amanecer.

—¿Qué tal se encuentra? —escuchó una voz suave a su lado.

Al girar la cabeza vio que quien le hablaba era una enfermera. No tenía más de veinticinco años y le miraba sonriendo de un modo que le reconfortó.

—Creo que bien. ¿Dónde estoy?

—En el HUCA.

—¿Otra vez? —preguntó con ironía. Ella le miró como si no entendiese—. Estuve aquí ingresado hace dos años.

—¿Por un accidente?

—No, por una paliza, aunque no es una historia que me guste recordar.

—¿Qué tal se encuentra? Ha estado en coma inducido dos días, hasta que la inflamación que tenía en el cerebro se ha reducido.

A Roberto le habría encantado seguir hablando con ella, pero sentía su mente como nublada.

—Tengo sueño —murmuró.

—Yo voy a buscar al médico de guardia para comunicarle que ya ha despertado. Si necesita algo mientras tanto no dude en pulsar el timbre.

Roberto no supo cuánto tiempo transcurrió hasta que llegó el médico, un joven que aparentaba la misma edad que la enfermera. Le explicó que la única lesión era la del golpe que había recibido en el lado izquierdo de la cabeza durante el accidente y que si todo iba bien le darían el alta en un par de días. Cuando preguntó si había alguien con él en el hospital, el médico se limitó a negar con la cabeza.

—Nos pidieron que avisásemos a un teléfono de la Guardia Civil si despertaba —le explicó la enfermera.

Le dolió escucharlo. Le había extrañado no ver a Eva sentada a su lado al despertar, pero saber que ni siquiera se encontraba en el hospital le decepcionó. Y mucho. Tampoco es que deseara verla sentada al lado de su cama noche y día, aunque eso habría demostrado cuales eran sus verdaderos sentimientos hacia él. Estaba claro que la noche que habían pasado juntos no había significado lo mismo para ella que para él.

En definitiva, allí estaba, solo, sin nadie que se preocupase por él ni que le cogiese la mano para darle ánimos. Nadie que le mostrase una pizca de afecto, excepto la enfermera que le miraba con ojos brillantes.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —respondió Roberto—. Me siento algo cansado.

—Pues duerma —le aconsejó el médico—. Verá como al despertar se encuentra mucho mejor.

—Lo haré.

Roberto cerró los ojos y se abandonó de nuevo a un sueño del que despertó cuando el sol ya brillaba con fuerza en el exterior. Notaba su mente más despejada, aunque le dolía todo el cuerpo, probablemente por llevar demasiado tiempo tumbado. Su primer deseo fue incorporarse, pero una voz llamó su atención antes de que lo lograra.

—¿Ya quieres volver al trabajo? —Miró hacia la puerta de entrada a la habitación y vio a Hinojosa plantado en el umbral—. Te deben tratar muy bien

aquí para que repitas la visita.

Roberto sonrió mientras su amigo se acercaba.

—Preferiría estar en la playa de Cuevas tomando una cerveza.

—Yo también —dijo su compañero riendo—. ¿Cómo estás?

—Mejor, ahora que te veo.

—¿No pensarías que nos habíamos olvidado de ti?

—Pues lo cierto es que sí lo pensé.

—Yo te acompañé en la ambulancia cuando te trajeron y luego Eva estuvo en el hospital, mientras estuviste ingresado en la UCI. Cuando el médico le dijo ayer que ya estabas fuera de peligro decidió regresar a Llanes. Está bastante cabreada porque los guardias de allí no han logrado encontrar al que te sacó de la carretera. Dice que son unos inútiles y los ha puesto a patrullar todos los pueblos entre Ribadesella y Llanes —aseguró esbozando una ligera sonrisa—. Por tu cara veo que no lo sabías.

Roberto sintió remordimientos por haber pensado mal de Eva. Estaba claro que sí le importaba lo que le había pasado.

—No. La enfermera me dijo que no había nadie aquí conmigo.

—Desde que te pasaron a esta habitación ayer por la tarde, no. Yo llegué hace un rato de Llanes, pero como estabas dormido decidí ir a tomar un café para hacer tiempo.

—¿Qué tal lleváis la investigación? ¿Algún avance?

—Con respecto a la muerte de Inés, ninguno, y encima el cabrón de su tío, ese que es Consejero del Principado, nos ha echado encima a la prensa. Salió en la tele diciendo que nuestro trabajo deja bastante que desear y que solo damos palos de ciego. Que fue un error soltar al único sospechoso que teníamos y que, ahora que está muerto, será muy difícil descubrir al asesino de su sobrina.

—No había pruebas sólidas contra Juanín que justificasen mantenerle detenido.

—También nos acusó de no haber sido capaces de encontrar esas pruebas.

—¡Menudo capullo! —exclamó Roberto.

—Lo sé. Por culpa de él hay un aluvión de periodistas buscando carnaza a la puerta del cuartel de Llanes.

—Supongo que la situación no será agradable.

—¡Dímelo a mí! —se quejó Hinojosa—. Tengo los ojos que se me van a caer de un momento a otro al suelo. Llevo casi treinta horas sentado delante de la pantalla del ordenador. Fue un alivio saber que habías despertado y así

poder venir a verte. Necesitaba tomarme un respiro.

—¿Sigues investigando en las redes sociales?

—Sí, y he descubierto algo que va a hacer que te caigas de espaldas.

—Ya estoy tumbado.

—Pues entonces va a hacer que te levantes. Agárrate a las sábanas —le aconsejó dando a su voz un tono misterioso—. La prima de Inés es prostituta.

—¿Qué prima, Sofía?

—Sí, tío.

—Eso es imposible. ¡Pero si tiene dieciocho años!

—Y medio —puntualizó con una sonrisa—. Lleva seis meses trabajando en un club que hay en Lugo de Llanera, aquí cerca de Oviedo.

—No puede ser.

—¡Como te lo cuento! Entré en sus redes sociales para ver qué conversaciones mantenía con Inés y descubrí que tiene una cuenta en *Instagram* que usa para promocionarse en la página de un club llamado BDSM Astur, en el que trabaja como dominatrix.

Roberto no pudo dominar el impulso de incorporarse y sentarse en la cama.

—¡No me jodas!

—Ya ves. Puedo enseñarte hasta una foto —dijo Hinojosa sacando su móvil—. Vaya cuerpazo que tiene. ¡Menudo bombón!

—No empieces.

Roberto cogió el móvil de su compañero y observó la foto que mostraba. En ella se veía a una joven vestida con un corsé negro de latex y unas medias negras con ligero, sobre las que llevaba unas botas hasta la rodilla, con tacón de aguja. Cubría la parte superior de la cara con una máscara de Catwoman y en la mano derecha sostenía un látigo. Su pose era tremendamente sensual, por eso se negó a creer que se tratase de ella.

—No puede ser Sofía. No voy a negar que se le parece, pero no me creo que una cría así se dedique a estas cosas.

—No es tan cría, como puedes ver en la foto, y te aseguro que es ella. Esa foto la he sacado de su *Instagram* y en la página del Club BDSM Astur tiene la misma foto. Es ella.

—Joder, estoy alucinado.

—Pues yo estoy deseando conocerla. —Al ver el modo en que le miraba Roberto, rectificó—. Por motivos de trabajo, por supuesto. Nada más.

—Deberíamos hablar con ella para que nos explique qué significa esto.

—A eso me apunto, aunque tendrá que ser cuando salgas de aquí. Yo ahora tengo que volver a Llanes, pero vendré a recogerte cuando te den el alta y podremos charlar con esa diosa del *bondage*. Ya sabes, para preguntarle por tarifas, días disponibles y demás —dijo soltando una leve carcajada, para continuar antes de que su compañero tuviese tiempo de reprenderle—. Es broma. Yo también siento curiosidad por saber cómo puede estar metida en eso y si tiene alguna relación con el modo en que murió su prima.

—Hablaemos con ella en cuanto salga de aquí.

—Por cierto —dijo Hinojosa antes de abandonar la sala—, Eva investigó lo de Diego y su revólver está inutilizado, tal y como aseguró. Me encargó que te dijese que su arma no pudo hacerlo.

Eso alivió a Roberto, que decidió cerrar los ojos en cuanto su compañero salió de la habitación. La única imagen que inundó su mente a partir de ese momento fue el rostro de Eva.

MARTES 14 DE JULIO

Dos días después Roberto recibió el alta en el hospital, con el consejo médico de solicitar al menos quince días de baja, algo que no tenía pensado hacer. Su mayor deseo en ese momento era resolver el asesinato de Inés, por eso, en cuanto Hinojosa pasó a recogerle, se fueron a ver a Sofía.

Eva no estaba presente, aunque sí le había llamado para saber qué tal se encontraba y desearle una pronta recuperación. Al ser la cabeza visible de la investigación ante la prensa, Eva no pudo moverse de Llanes, aunque lo cariñosa que estuvo con él al teléfono compensó el hecho de que no hubiese ido a verle al hospital.

Quedaron con Sofía en una cafetería situada en el centro de Oviedo y ocuparon una mesa al fondo del local, en un rincón donde los demás clientes no podían escucharles. La joven vestía ropa muy sobria, un vestido largo y una chaqueta que para nada se correspondía con la imagen de dominatrix que habían visto en la foto. Dado que ella ya conocía a Roberto, fue él quien inició la conversación, una vez le presentó a Hinojosa.

—Gracias por venir, Sofía. Necesitábamos aclarar algunas cosas contigo.

—¿Referente a mi prima?

—Más o menos —respondió mientras le pedía el móvil a su compañero y se lo mostraba a ella—. Esta eres tú, ¿verdad?

Sofía perdió de golpe la sonrisa y comenzó a sonrojarse.

—¿De dónde la has sacado?

—De tu cuenta de *Instagram* —respondió Hinojosa.

—Esa no soy yo. Yo... yo no tengo... —comenzó a decir nerviosa, hasta que el gesto del agente con la mano para tranquilizarla hizo que desistiese en su intento de negarlo.

—Aunque no lo creas, podemos acceder a todas tus redes sociales.

—Sabemos que trabajas en un club sado que está a las afueras de Lugo de

Llanera, en dirección a Gijón —intervino Roberto.

Sofía se tomó un par de segundos antes de reconocerlo.

—No es un club sado. Bueno, sí, pero no me acuesto con los clientes.

—No estamos aquí para juzgarte, solo para que nos cuentes la verdad.
¿Inés lo sabía?

Ella negó con la cabeza y le devolvió el móvil.

—Empecé a trabajar allí hace seis meses, al día siguiente de cumplir los dieciocho y ser mayor de edad.

—¿Por qué?

La sonrisa irónica que dibujó demostró que ya no era una niña.

—¿Sabéis lo que es vivir bajo el yugo de mi padre? Todo el día diciéndome lo que tengo que hacer, desde que nací. Controlando mi vida, decidiendo con quien puedo salir y con quien no; quienes pueden ser mis amigos y a qué locales y fiestas debo ir para dar una imagen de clase alta, en consonancia con el cargo que ocupa en el Principado. —Conforme hablaba, Sofía dibujó una mueca de asco—. Odio a mi padre y todo lo que representa, por eso odio a todos los que son como él.

—¿Por eso te metiste en ese club?

—Necesitaba otro modo de desahogarme. Desde los diecisiete participo en fiestas y en orgías privadas sin que él lo sepa.

Los dos se miraron, sorprendidos por la naturalidad con que lo había dicho.

—¿Alguna vez fue Inés contigo a una de esas fiestas? —preguntó Roberto.

—Jamás. Yo quería a mi prima y nunca habría dejado que se metiese en esas movidas.

—¿Pero lo sabía?

—No, al menos yo nunca le hablé de ello. Me metí en ese club porque alguien me invitó a una fiesta en una mansión con varias habitaciones del placer. En una de ellas había un hombre atado a una cama que nos pedía que le golpeásemos con una fusta. Fui la única que se atrevió a hacerlo, y disfruté tanto que quise repetir en un par de fiestas más. En ellas descubrí que me excitaba más golpear a alguien, sobre todo si era un hombre poderoso como mi padre, que practicar el sexo. Esa sensación de poder dominar a un hombre, de someterlo a mis deseos y de obligarle a hacer todo lo que yo le dijese fue lo que me hizo meterme de lleno en ese mundo. Conocí a una chica, una dominatrix, que trabajaba en el Club BDSM Astur y que me habló de lo que hacía allí.

—¿Ella te convenció para trabajar?

—Me convencí yo sola. ¿Cobrar por tratar a los hombres como muchas veces nos tratan ellos a nosotras? ¿A quién no le gustaría eso? Y encima gano una buena pasta sin tener que acostarme con nadie.

—¿En serio no te acuestas con ellos? —preguntó Hinojosa con voz nerviosa, impresionado por el relato.

—Se excitan con otras cosas, con que les fustigue o flagele, o simplemente con que les mande pasear a gatas por la habitación y les insulte.

—¿Y nunca has tenido problemas con nadie? Alguno que te pida cosas que no quieres hacer o quiera acostarse contigo.

Roberto estuvo a punto de interrumpir a su compañero por el rumbo que estaban tomando sus preguntas. Por un momento tuvo la sensación de que se estaba poniendo cachondo, pero dejó que ella le respondiese.

—Toda la gente que acude al club sabe lo que se va a encontrar dentro. Existen unas reglas muy estrictas que todos deben respetar. Yo solo tuve problemas con un viejo que quería que yo fuese la esclava y él el amo. Se puso bastante agresivo, así que avisé al encargado y lo echaron de allí.

—¿Quién era? —preguntó Roberto interesado.

—No puedo desvelar el nombre de mis clientes, pero como este ya está muerto te lo voy a decir. Era Adolfo Guillén, alcalde de Cangas de Onís.

Algo se activó en su cerebro al escuchar eso.

—¿El que murió unos días después de desaparecer tu prima?

—Sí, el mismo.

—¿Y dices que a ese tío le iba el rollo sadomaso?

—Sí, y la verdad es que se puso bastante agresivo. Menos mal que le echaron.

—¿Inés tenía relación con él?

—No, ya te dije que ella estaba fuera de ese mundo.

—Pero tal vez te oyó hablar de ello y sintió curiosidad.

Sofía se ofendió al oírlo.

—Mi prima era muy buena cría y no sentía más curiosidad por los hombres que la que siente cualquier adolescente. Jamás se había acostado con un chico y yo nunca le conté a ella en lo que estaba metida. Ni a ella ni a nadie. Es mi secreto y no es algo que quiera que sepa nadie.

—Entiendo —dijo Roberto asintiendo con la cabeza—. ¿Tu padre o el padre de Inés conocían al alcalde de Cangas de Onís?

—No lo sé, supongo. Asturias es pequeña y en el mundo de la política

todo el mundo se conoce. Mi padre conoce a mucha gente.

—¿Y el padre de Inés?

—A él nunca le interesó la política, por lo que yo sé, aunque sí que hace negocios con ellos. Tiene una constructora y les hace la pelota para que le concedan obras públicas. Y mi padre le echa una mano.

—Una última pregunta, Sofía —dijo Roberto, bajando de modo inconsciente el tono de su voz—. ¿Sabes si en el mundo en que te mueves hay prácticas más salvajes?

—¿Qué quieres decir?

—Rituales en los que se golpea con violencia a las mujeres, con látigos y otros objetos, hasta hacerlas sangrar.

Ella le miró intrigada.

—¿Eso fue lo que le ocurrió a mi prima?

—¿Por qué lo supones?

—Porque escuché a mis padres y mis tíos hablar el otro día sobre ello. Mi padre dijo que la habían golpeado hasta matarla. ¿Es cierto?

—Me temo que sí.

Sofía torció el gesto con desagrado.

—¿Crees que mi prima murió durante una sesión sado?

—Sí, realizada por un psicópata o por algún tipo de grupo o de secta, quizás como parte de un ritual.

—Yo no... —intentó decir con voz entrecortada—. Jamás he visto nada parecido ni he oído nada al respecto. Hay que estar muy enfermo para hacer algo semejante.

—Lo sé, por eso necesito que nos ayudes.

—¿Cómo?

—¿Podrías preguntar a tus compañeras a ver si alguna sabe algo? Quizás lo hayan escuchado o sepan de alguien que se dedique a realizar actos extremos de sado.

—Lo preguntaré, pero no creo que sepan nada. Nunca me lo han comentado.

—Si te enteras de algo te agradecería que me llamasess y me lo dijesses.

—Claro, no hay problema. Lo haré.

Roberto apuntó su número de teléfono y luego los dos agentes se despidieron de ella, no sin antes prometerle que nada de aquello saldría a relucir en el informe, algo que Sofía agradeció con una sonrisa.

—¿Crees todo lo que nos ha contado? —preguntó Hinojosa cuando

subieron en el coche para regresar a Llanes.

—¿En qué sentido?

—Lo de que le gusta castigar a hombres que le recuerdan a su padre.

—Tiene su lógica.

Hinojosa sacudió la cabeza.

—¿Y cómo puede haber hombres a los que les guste que les humillen y les golpeen así?

—Supongo que tendrá que ver con el poder. Cuanto más poderosos son y más control tienen sobre las personas en su trabajo, más les gusta que les humillen en privado.

—Pues yo sigo prefiriendo el sexo clásico —aseguró Hinojosa convencido—, en el que terminas sudoroso y con un cigarro en los labios.

Llegaron al cuartel de la Guardia Civil de Llanes justo cuando varias televisiones conectaban en directo para sus respectivos telediarios. Según explicó Hinojosa, la noticia de las muertes de Juanín y de Sebas, principales implicados hasta el momento en el secuestro de Inés, había saltado a la prensa. Eso había reactivado el interés por el caso, en el que algunos periodistas trataban el asunto con la debida precaución y otros se lanzaban a teorías tan descabelladas como que la muerte de Inés formaba parte de un complot contra el Gobierno del Principado de Asturias.

Cómo se había filtrado la información era un misterio, aunque el propio Hinojosa señalaba al tío de Inés como principal sospechoso, ya que poco después había dicho en una entrevista que la UCO no se estaba tomando en serio la investigación y que cada vez sería más difícil encontrar a su asesino si todos los implicados eran asesinados.

Roberto estaba de acuerdo con esa apreciación. Parecía claro que el asesino de Inés estaba eliminando cualquier cabo suelto que pudiese llevar a los investigadores hasta él. Eso incluía apartar de la investigación a un agente de la UCO, algo a lo que no terminaba de encontrar mucha lógica ya que, de haber acabado con su vida, eso habría aumentado sustancialmente el número de agentes implicados en el caso.

Entraron en el edificio y fueron directos al despacho del capitán Montes, después de que el guardia de la entrada les dijese que Eva estaba allí reunida con él y con el teniente Ferrán.

—Permiso, mi capitán —dijo Roberto tras abrir la puerta.

—¡Fuentes! —respondió Montes sonriendo y acercándose a él para estrecharle la mano. Los tres estaban hablando de pie en mitad de la estancia —. Bienvenido de nuevo.

—Gracias, mi capitán —dijo correspondiendo al saludo, a la vez que

fijaba la mirada en Eva, que sonreía de forma tímida sin atreverse a acercarse.

—Menudo susto nos has dado. ¿Te encuentras bien?

—Sí, solo fue el golpe en la cabeza al volcar el vehículo fuera de la carretera. Menos mal que el terraplén no tenía mucha altura.

—¿Pudiste ver quien iba dentro del vehículo que te sacó?

—No, tenía las lunas tintadas.

—¿Todas?

—Sí.

—Eso en España no está permitido.

—Lo sé, tal vez fuese un coche portugués, aunque tampoco tenía matrícula para confirmarlo.

—Es muy raro.

—Llevamos desde entonces buscando un vehículo todoterreno con la descripción que me diste —intervino Eva en la conversación con la voz algo nerviosa—, pero no encontramos ninguno. ¿Has recordado algún detalle más de él que nos pueda ayudar?

—Debería tener un golpe en la defensa delantera, eso seguro —respondió con una leve sonrisa—, pero no recuerdo nada más.

—Seguramente ese coche ya estará muy lejos de aquí —apuntó el teniente Ferrán—. Dudo que vayamos a encontrarlo.

—Lo que me pregunto es por qué te echaron de la carretera —reflexionó en voz alta el capitán Montes.

—Está claro —dijo Hinojosa—, nos estamos acercando demasiado a la verdad.

—¿Qué verdad?

—Pues que...

—No es momento de hacer elucubraciones —intervino Eva mirando muy seria a Hinojosa—. Puede que nos estemos acercando mucho a la persona que secuestró a Inés o simplemente alguien intentaba alejar a Rober de la investigación.

—¿Por qué? —preguntó él, interesado en conocer su teoría.

—Quizás dejaste algún enemigo por aquí hace dos años, gente a la que no le gusta verte de nuevo por el pueblo.

Roberto iba a replicarle que eso era improbable, pero vio algo en la mirada de Eva y la expresión de su cara que le hizo guardar silencio.

—De todas formas tenemos a la prensa otra vez encima —aseguró Montes— y ya no van a dejarnos en paz hasta que resolvamos el caso. Necesito que la

UCO se emplee a fondo.

—No hemos hecho otra cosa desde que cogimos el caso, mi capitán — replicó Eva algo molesta.

—Tal vez haya que pedir más gente.

—¿No estará hablando en serio?

—Yo solo sé que tengo la puerta del cuartel llena de periodistas que parecen saberlo todo del caso. Bueno, todo menos cómo murió Inés. Eso al menos no lo saben.

—Le aseguro que estamos haciendo todo lo que podemos, mi capitán —se defendió Eva.

—Y yo espero que sea suficiente.

Esas palabras dieron la reunión por finalizada, así que los tres agentes de la UCO abandonaron el despacho de Montes y se reunieron en la pequeña sala que les habían asignado. El cabreo con el que Eva cerró la puerta sorprendió a Roberto.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Alguien de este cuartel está pasándole información al tío de Inés, ese puto Consejero del Principado que parece empeñado en jodernos el caso. Cuanto más se mete la prensa en medio más se contamina la investigación.

—Supongo que solo quiere presionarnos para encontrar a quien mató a su sobrina.

—¡Pues a mí me está jodiendo! —Eva apretó los labios, como si intentase contenerse, y logró pasar de una expresión de cabreo a otra más relajada—. Perdona, Rober, ni siquiera te he preguntado qué tal estás.

—Estoy bien.

Eva se acercó a él y, para su sorpresa, le rodeó el cuello con sus manos para darle un abrazo. Roberto solo acertó a rodear su cintura con los suyos mientras forzaba una sonrisa.

—Me alegro de verte.

—Gracias.

Un par de segundos después ella dio un paso atrás, dejándole con la sensación de que había sido un simple abrazo de amiga, hasta que la miró a los ojos.

—De verdad que me alegra verte y comprobar que no fue tanto como parecía al principio. Me tenías muy preocupada. Siento no haber podido visitarte en el hospital después de que despertaste, pero ya ves cómo están las cosas por aquí.

—Ya te dije por teléfono cuando me llamaste que no pasaba nada. Lo importante es que estoy bien.

Eva asintió con la cabeza, agradecida por sus palabras, y le miró con un brillo especial en los ojos. Por un momento creyó percibir en ellos que estaba deseando besarle, quizás porque eso era lo que él deseaba con todas sus fuerzas, hasta que desvió la mirada hacia Hinojosa.

—Tenemos trabajo —aseguró Eva—. Uno de los amigos de Sebas se ha puesto en contacto con nosotros y dice que tiene una información muy importante que darnos. Tenemos que ir ahora a Ribadesella para reunirnos con él.

—Puede que sea una trampa. Ya veis lo que hicieron conmigo —dijo Roberto convencido.

—Hemos quedado en un lugar público, en una cafetería, así que no creo que haya problema.

—De todas formas, creo que deberíamos ir bien armados.

—Rober, prefiero que te quedes y te recuperes.

—Estoy bien —replicó de inmediato.

—De verdad, es mejor que descanses. Quedan días duros por delante.

—Ya he descansado en el hospital. Lo único que necesito es recuperar mi pistola.

—La guardamos en la armería después de tu accidente —aseguró Hinojosa—. Voy a por ella.

—Muy bien.

En cuanto se quedaron solos, Eva le preguntó a Roberto.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, solo fue el golpe en la cabeza.

—De verdad que siento no haber podido ir a verte. Me habría gustado estar a tu lado cuando despertaste.

—No pasa nada.

—No quiero que pienses que no me importa lo que te pase. —Esas palabras captaron de inmediato su atención—. Yo... verás, cuando acabe todo esto me gustaría que hablásemos como dos buenos amigos.

—¿Solo como amigos? —preguntó algo decepcionado.

Antes de obtener una respuesta, Hinojosa irrumpió en la sala de nuevo.

—Te darán la pistola al irnos, así que venga.

Buscó la mirada de Eva, pero ella evitó mirarle a los ojos de nuevo.

—Sí, vamos —dijo saliendo la primera de la sala—, aquí ya no hacemos

nada.

La reunión tuvo lugar en una cafetería del centro de Ribadesella. El amigo de Sebas les esperaba sentado en una mesa situada junto a la única ventana del local que daba a la calle. Era atractivo y tenía buena presencia; nada de barba de varios días ni *piercings* o pendientes. Un treintañero bien afeitado, de pelo muy corto por los lados y más largo por arriba, ligeramente de punta. En la ceja izquierda tenía una fina cicatriz cruzándola de arriba a abajo.

Mientras sus dos compañeros tomaban asiento, Roberto se tomó unos segundos para realizar un reconocimiento del interior de la cafetería. Había media docena de personas: dos abuelos con dos nietos y una pareja de chicas que no pasaban de los dieciocho. Dado que ninguna parecía suponer un peligro, decidió tomar asiento, aunque giró la silla lo necesario para tener una buena visual de la puerta. Por mucho que Eva asegurase que no existía peligro, tenía demasiado presente su accidente como para bajar la guardia.

—Te llamas Julio, ¿verdad? —preguntó Eva iniciando la conversación.

—Sí, soy amigo de Sebas.

—¿Qué clase de amigo?

—No de los que solían rodearle habitualmente. Yo no tenía nada que ver con sus negocios. Sebas y yo nos conocíamos desde críos. Fuimos juntos al colegio y al instituto, aunque él ni siquiera terminó los estudios. Luego yo me fui a vivir a Gijón, pero aun así mantuvimos la amistad y cuando venía a Ribadesella quedábamos para vernos.

—Por teléfono me dijiste que estuvisteis juntos el día antes de que le matasen.

—Sí, precisamente en esta cafetería. Estaba nervioso y necesitaba hablar con un amigo de confianza, de fuera de su entorno.

—¿Y de qué hablasteis?

—Estaba acojonado. Acababa de enterarse de que habían matado a un

amigo suyo en Llanes, un tal Juan, y tenía miedo de que le pasase lo mismo a él.

—Mucho miedo no tenía cuando organizó una fiesta de noche con un montón de gente —intervino Roberto.

—Sebas era así. Podía estar acojonado por algo, pero luego se metía un par de rayas y se olvidaba de todo.

—¿Te dijo por qué pensaba que le iba a pasar lo mismo? —preguntó Eva.

—Me dijo que hace un par de años había conocido a un tío que le compraba coca y otras drogas para unas fiestas en plan salvaje que organizaba. Gente de pasta y de mucho nivel adquisitivo que pagaban muy bien. Incluso alguna vez le preguntaba si conocía mujeres dispuestas a todo en la cama, aunque fuesen prostitutas, y le daba una comisión cuando le enviaba a alguna.

—¿Sabes dónde eran esas fiestas?

—Ni idea —dijo Julio negando con la cabeza—. El caso es que ese colega le llamó una noche para hacerle un encargo especial. Necesitaba un conductor que le recogiese a la hora que él dijese en una fiesta, pero que tenía que ser alguien a quien pudiese manejar y mantuviese la boca cerrada llegado el caso. Sebas pensó en un *yonki* llamado Juan que le debía pasta y le llamó. El problema fue cuando se enteró de que habían detenido al tal Juan por la desaparición de una chavala que luego apareció muerta en una playa de Llanes. Sebas me dijo que llamó al colega cuando se enteró, pero que tenía el móvil apagado. Cuando el *yonki* apareció muerto ya se acojonó del todo.

—¿No te dijo cómo se llamaba ese colega o de donde era?

—No me dijo su nombre, aunque mencionó que era extranjero, creo que argentino. Sebas pensaba que estaba implicado en la desaparición de esa chavala y que lo más seguro era que se hubiese largado del país para no volver más. Al parecer hacía viajes de negocios por varios países del mundo.

—Salen demasiados aviones todos los días desde España como para seguirle la pista —se lamentó Eva.

—¿Conoces a alguna de las chicas que iban a esas fiestas? —preguntó Roberto.

—No, ni idea.

—¿Y a alguien que nos lo pueda decir?

—Yo no me codeaba con los amigos de Sebas. Me gustaba quedar con él para recordar viejos tiempos, pero nunca me metí en su mundo. Estoy casado y con una hija, y paso de esos rollos.

—Te agradezco mucho que nos hayas llamado —dijo Eva mientras sacaba una tarjeta y se la entregaba— y si recuerdas algo te agradecería que me llamasen a este número.

—No hay problema.

—Eso sí, necesito hacerle una foto a tu DNI o carnet de conducir.

—¿No me habré metido en algún lío?

—No, tranquilo, es solo para hacerte constar en el informe y llamarte a declarar si fuese necesario.

—Claro, no hay problema.

Tras hacerle la foto a su DNI, Julio se despidió y salió de la cafetería, dejando a los tres agentes dentro.

—¿Os habéis fijado que llevamos un rato aquí sentados y que la camarera que hay detrás de la barra no se ha acercado a preguntarnos qué queríamos? —preguntó Hinojosa.

—Es porque solo se sirve en barra. Lo pone en un cartel que hay sobre ella —respondió Roberto—. ¿Qué queréis tomar?

—Un café solo.

—Yo otro —dijo Eva.

Roberto se acercó a la barra, donde la camarera le atendió con una sonrisa.

—Perdona que no haya ido a atenderos, pero es que mi compañera se puso enferma y estoy sola en la barra. Si un cliente se va sin pagar me lo descuentan a mí del sueldo, así que solo salgo de aquí para recoger las mesas cuando alguien se va.

—¿No tenéis cámaras de seguridad para identificar a la gente que se va sin pagar? —preguntó Roberto tras fijarse en que había una en cada esquina de la pared situada tras la barra.

—Sí, pero el jefe no se complica. Si conoce al cliente, no hay problema, pero si no lo conoce las que pagamos somos nosotras, y ahora con tanto veraneante hay que tener cuidado.

—Me imagino.

—¿Qué te pongo?

—Dos cafés solos y uno con leche.

—Ahora mismo.

En regresó con ellos, Roberto le pagó y volvió a la mesa.

—Estábamos comentando que va a ser muy difícil seguirle la pista al secuestrador —aseguró Eva—. Parece que se ha encargado de cubrir bien sus

huellas.

—Tendremos que hablar con el resto de amigos de Sebas —sugirió Hinojosa—. Si le contó a este lo que le pasaba tal vez lo hiciese con otros.

—Hablaré con el cuartel de Ribadesella a ver si pueden echarnos una mano.

—Mientras tanto, me gustaría investigar lo de las sectas —dijo Hinojosa—. El teniente Ferrán nos ha dicho que no hubo más desapariciones como la de Inés en estos últimos cinco años, pero quizás sí haya habido rituales en cementerios o cosas parecidas, algo que indique la existencia de una secta satánica en esta zona, como comentó el criminólogo.

—Podemos intentarlo, pero por primera vez tengo dudas de poder resolver este caso.

—No te rindas tan pronto, Eva —la animó Roberto—, seguro que tarde o temprano encontramos algún hilo del que tirar.

MIÉRCOLES 15 DE JULIO

Esa mañana Roberto decidió ir hasta la playa de San Martín, aprovechando que hacía un buen día. Necesitaba despejar la mente después de soñar de nuevo con Inés, atada en aquella cruz de San Andrés y con el cuerpo ensangrentado, repitiendo de nuevo las palabras «Déjame morir». Por más vueltas que le daba no terminaba de entender el significado que tenían. ¿Por qué quería morirse Inés? ¿Acaso la muerte había sido una liberación para ella?

De cualquier modo, no lograba quitarse de la cabeza esas palabras, como si Inés se las estuviese susurrando al oído.

Al llegar a la playa y ver que la marea estaba baja, decidió descalzarse y dar un paseo por la orilla, siguiendo la costa en dirección contraria al lugar en el que había aparecido el cadáver de Inés. El olor a salitre inundó sus pulmones, dándole la paz que necesitaba en ese momento. Era un olor familiar, un olor que siempre había estado presente en su vida, hasta abandonar el pueblo de Nueva para irse a vivir a Oviedo. Hacía muchos años ya de aquello y, sin embargo, el olor del mar siempre le traía buenos recuerdos, de una época en la que la vida era más sencilla y sin preocupaciones.

Caminaba por la orilla, sintiendo la fría humedad de la arena bajo sus pies y con la mirada clavada en ella, cuando una voz con un ligero acento francés captó su atención.

—Buenos días.

Al alzar la vista vio apenas a un metro de él a un hombre mayor, de unos cincuenta años, con mirada cansada pero con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—Hola —le respondió de forma tímida.

—No sé si me recuerdas. Nos conocimos hace dos años, en un hotel de Nueva.

Eso hizo que Roberto le tendiese la mano.

—Sí, claro —dijo sin lograr recordar de qué lo conocía—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien —respondió estrechándosela.

—¿Estás de vacaciones?

—Sí, como todos los años, aunque este año me he quedado más tiempo. Me enteré de la desaparición de esa chavala y pensé que quizás estaba relacionada con la de mi hija.

Una luz se encendió de inmediato en la cabeza de Roberto. ¡Ya sabía de qué conocía a aquel hombre!

Había coincidido con él dos años atrás, durante la investigación de los asesinatos de Cuevas del Mar. Lo único que sabía de él era que dos veranos antes su hija había desaparecido en Nueva durante las fiestas de San Juan y que nadie había sido capaz de encontrarla. El hombre regresaba cada año con la esperanza de descubrir alguna pista de su paradero, convencido de que seguía viva.

Lo que más extrañó a Roberto en ese momento fue que el teniente Ferrán no hubiese comentado nada del tema, asegurando que no habían existido desapariciones en la zona los últimos cinco años. Al menos, eso era lo que Hinojosa había comentado el día anterior.

—¿Cómo se llamaba tu hija? —preguntó Roberto.

—Se llama Nadine —respondió el belga remarcando el tiempo verbal.

—Claro, perdona. —Era normal que todavía tuviese la esperanza de encontrarla con vida—. Es un nombre muy bonito. Por cierto, no recuerdo el tuyo.

—Antonio, como mi padre, aunque todo el mundo me llama Toni.

—¿Y vas a quedarte mucho por aquí, Toni?

—He venido solo y ahora mismo estoy de baja en el trabajo, así que sí, me quedaré una temporada.

—No sé si recuerdas que soy guardia civil.

—Sí, claro. Vi tu foto en la prensa española hace dos años cuando detuvieron a Susana, la dueña del hotel donde me hospedaba. Menuda sorpresa. ¡Quién iba a imaginarse que era una asesina!

—Ya. Ahora estoy investigando la muerte de Inés, y quería preguntarte por la desaparición de tu hija.

—¿Crees que las dos están relacionadas?

—No tiene por qué —dijo de inmediato al ver la preocupación en su rostro—, la de Nadine fue hace mucho tiempo.

—Cuatro años, ya.

—¿Qué puedes contarme de ella?

—Muy poco. Estaba en la fiesta con unos amigos de la pandilla con la que salía. Mi mujer y yo estábamos tomando algo con unos amigos en una cafetería a la entrada de Nueva y habíamos quedado con ella a las doce para volver al hotel. Cuando vimos que pasaba el tiempo y no volvía fuimos a la fiesta, y sus amigos nos dijeron que hacía rato que se había ido sola a buscarnos. Desapareció en el trayecto hasta la cafetería.

—¿Y nadie vio nada?

—Parece ser que no.

—¿Iba sola?

—Sí. Sus amigos lo estaban pasando muy bien bailando en la fiesta y no quiso molestarles. Ella era muy obediente y si le decías que a las doce nos íbamos lo hacía sin protestar. Habría sido mejor que nos hubiese desobedecido y se hubiese quedado en la fiesta —dijo con profundo pesar.

—¿Quién llevó la investigación?

—La Guardia Civil. La verdad es que se portaron muy bien con nosotros, al igual que el pueblo. Mucha gente nos ayudó a buscarla los primeros días, pero nunca la encontramos.

—¿Dices que la Guardia Civil llevó a cabo la investigación?

—Sí.

—¿Los guardias de Llanes?

—Creo que sí, aunque yo siempre hablo por teléfono con un teniente, que es el que me dice si hay alguna novedad. Se portó muy bien con nosotros cuando desapareció Nadine.

—¿Sabes su nombre?

—Luis, aunque no recuerdo bien su apellido. Me parece que es Ferraz.

—¿No será Ferrán? —preguntó Roberto sorprendido.

—Sí, puede ser. ¿Lo conoces?

—Trabajo con él ahora en el caso de Inés.

—Es muy buena gente —dijo el hombre para sorpresa de Roberto, que no tenía esa imagen de él—. Bueno, te dejo. Ha sido un placer saludarte.

—Igualmente. ¿Dónde estás alojado, Toni?

—En una casa rural cerca de aquí, en Celorio.

—¿No tendrás un número de teléfono en el que localizarte?

—Sí, claro, el de mi teléfono móvil.

Roberto tomó nota de él en el suyo y luego se despidió del hombre con un

apretón de manos. Apenas se había alejado unos metros cuando marcó en su móvil el número de Eva.

—Tenemos que vernos. Creo que alguien nos la está jugando.

Cuando entraron en el despacho del capitán Montes lo encontraron sentado tras su mesa, con el teniente Ferrán a su lado, de pie, enseñándole unos papeles.

—Tenemos novedades en el caso, mi capitán —comenzó a decir Eva tomando el mando de la conversación, mientras Roberto se limitaba a acompañarla—, aunque antes necesito aclarar algo con el teniente Ferrán.

—¿Conmigo? —preguntó el aludido.

—Ayer le dijo al cabo Hinojosa que no hubo ninguna desaparición en la zona de Llanes en los últimos cinco años.

—Así es.

—¿Y qué hay de Nadine Corrales?

—¿Quién?

—La chica belga de dieciséis años que desapareció en Nueva hace cuatro veranos —intervino Roberto al ver el gesto de fingida sorpresa de Ferrán—. Hace un par de horas estuve con su padre.

—Debería recordarlo —le apoyó Eva— porque la noticia salió en todos los medios.

—Eso fue hace cuatro años —se defendió—, dudo que esté relacionado con la desaparición de Inés.

—¿Por qué? —preguntó el capitán Montes mirándole.

—Bueno... —pareció dudar Ferrán—. Para empezar no era española, era belga.

—¿Y eso que tiene que ver? —dijo Eva con tono crítico.

—Sus padres tenían problemas, de hecho se separaron después de su desaparición. Por lo que se supo durante la investigación, el ambiente en casa no era muy bueno, su padre andaba liado con una tía mucho más joven que él, y se cree que su hija pudo escaparse.

—¿Escaparse y que no se haya vuelto a saber de ella?

—Yo acababa de llegar aquí destinado y la investigación no fue nada fácil. Las televisiones se metieron por medio y en vez de ayudar la liaron mucho más. Hubo gente que dijo que la había visto en el sur, en Cádiz, y otros en Valencia. Incluso un testigo dijo que estaba en Bélgica, viviendo con un chico.

—Si fuese así, su padre no seguiría viniendo cada año a buscar a su hija —aseguró Roberto—, ni le seguiría llamando por teléfono para saber si había alguna novedad en el caso.

—Lo que no entiendo es por qué no nos dijo nada —dijo Eva con gesto de cabreo.

—Pues porque no considero que haya relación entre las dos desapariciones. Vosotros los de la UCO lo veis todo muy fácil —se defendió con soberbia—. Llegáis, resolvéis un caso y todo son felicitaciones y palmadas en la espalda. ¡Qué buenos son estos tíos! Pero hay muchos casos en los que ni siquiera aparecéis. No tenéis que bregar con la gente ni con los periodistas listillos. Somos los rurales los que tenemos que lidiar con los problemas del día a día, pelear con los vecinos y hacer mantener la ley.

Eva le miró con gesto serio.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Pues que uno no tiene cabeza para acordarse de todo —respondió mirando a su capitán—. Lo siento, se me olvidó.

—Está bien, no es necesario darle más vueltas al tema —dijo Montes en plan conciliador—. ¿Creéis que ambas desapariciones tienen relación?

—Podría ser —aseguró Eva—. Necesitaría ver todos los informes del caso antes de nada.

El capitán miró a Ferrán, que asintió con la cabeza con cierta desgana.

—Claro, no hay problema.

—Entonces tema resuelto.

Eva y Roberto se despidieron de forma reglamentaria y salieron del despacho.

—¿Qué opinas? —preguntó ella una vez cerraron la puerta.

—Que nos está mintiendo.

—Yo también, pero no entiendo el motivo.

—Habrá que averiguarlo. Ese teniente me da mala espina.

—¿No será que te cae mal?

—Eso también, pero hay algo de él que no me gusta —aseguró Roberto.

—A mí tampoco. ¿Te has fijado en su mirada? No era capaz de mirarme a

los ojos mientras hablábamos. Siempre miraba hacia otra parte, como si escondiese algo.

—Eso mismo pienso yo.

—Habrá que investigarle —propuso Eva—. Hablaré con Hinojosa para que se encargue.

—Por cierto, ¿dónde está?

—En Oviedo investigando lo de las sectas satánicas. Ha quedado con un amigo en la Policía Nacional que sabe algo del tema.

—Podía haber ido con él y así ver el expediente de la muerte del alcalde de Cangas de Onís.

—¿Y eso?

—Sofía nos dijo que había tenido un encuentro bastante desagradable con él, que era un tipo violento.

—Sí, ya me contó lo de su doble vida. Me cuesta creer que una chavala tan joven se dedique a esas cosas.

—No eres la única —admitió—. Nos comentó que su padre conocía a ese alcalde y seguramente su tío también. Tengo curiosidad por saber cómo murió, por si hubiese alguna relación con el caso.

—¿Crees que la hay?

—No lo sé, pero llegados a este punto creo que es mejor no dejar ningún cabo suelto.

—Hablaré con la gente de Oviedo para que le den una copia, tú deberías volver a Poo y descansar.

—No hace falta que me mimes tanto, ya te dije que estoy bien. ¿Dónde vamos ahora? —preguntó Roberto al ver que abandonaban el edificio para dirigirse al parking.

—Voy a Nueva. Una patrulla de guardias encontró ayer a un pescador que les dijo que la madrugada después de la desaparición de Inés vio varios coches aparcados cerca de la casa donde la torturaron, en el aparcamiento del bar que hay a unos cien metros del camino de entrada.

—¿Un bar?

—Bueno, un restaurante.

—Lo conozco, está a mitad de recta, pero no entiendo que tiene eso de interés.

—Tú dijiste que había que investigar los movimientos de vehículos y gente no solo la noche de la desaparición de Inés, sino también los días anteriores y posteriores.

—¿Eso dije?

—Sí. ¿Es que no lo recuerdas?

—Debe ser por el accidente. No recuerdo nada de lo que dije o hice las últimas semanas.

Ella le miró extrañada.

—¿Me estás tomando el pelo?

Roberto soltó una carcajada antes de responder.

—¡Pues claro! Te veo demasiado seria, tienes que relajarte.

—Me gustaría poder hacerlo.

—Necesitas desconectar del caso unas horas, al menos.

—¿Y qué me propones?

Por un instante dudó qué respuesta darle, hasta que recordó algo.

—No conoces los bufones de Pría, ¿verdad?

—No.

—Pues podemos ir a verlos y luego comer algo por allí. Seguramente estará hasta arriba de turistas, pero merece la pena ir a verlos.

Ella dudó unos segundos, hasta que miró su reloj.

—Tenemos tiempo. Pasaremos por ese restaurante primero y luego iremos al sitio que comentas, pero conduzco yo.

—Sí, mejor. La última vez que lo hice no me fue muy bien.

Un joven con pantalón negro y camisa blanca, adornada con una pajarita negra al cuello, les recibió en la puerta de entrada al restaurante «El placer del chef». Viendo su indumentaria y los tres coches de alta gama que había aparcados en el *parking*, Roberto dedujo que no era barato comer allí.

—¿Tienen reserva? —preguntó el camarero con gesto serio y mirándoles de arriba a abajo.

—Solo son las doce —respondió Eva mirando su reloj.

—Nuestra cocina abre temprano para atender a los turistas extranjeros, pero solo se puede acceder con reserva.

—¿Acaso es un club privado? —preguntó Roberto.

—Tiene reservado el derecho de admisión.

—Escucha, chaval, yo ya venía a este bar a comer patatas bravas y mejillones antes de que tu nacieses.

—Ahora el negocio ha cambiado.

—Ya lo veo.

—Queremos ver al dueño del restaurante —dijo Eva, que parecía cansada ya de charlar con el joven.

—¿De parte de quién?

—Guardia Civil.

La cara del camarero cambió de inmediato al escuchar esas palabras.

—Sí, un momento.

—No vamos a esperar aquí fuera —aseguró Eva entrando y obligándole a hacerse a un lado.

El interior del local no era especialmente llamativo. Estaba adornado con cierta sobriedad, con unas veinte mesas repartidas por el centro de la sala, tres de ellas ocupadas en ese momento por el mismo número de parejas. Roberto supuso que eran ingleses, dadas las matrículas de los vehículos aparcados

fuera. En uno de los laterales del local había varias mesas rodeadas de butacas, con unas cortinas que en ese momento estaban abiertas.

Tuvieron que esperar un par de minutos hasta que un hombre mayor, de unos sesenta años, se presentase ante ellos con gesto preocupado.

—Mi empleado me ha dicho que son de la Guardia Civil. ¿Ocurre algo?

—No, tranquilo —respondió Eva—. Estamos investigando un caso y un testigo nos ha dicho que la madrugada del uno al dos de julio vio aparcados aquí varios coches.

—Bueno, eso es normal. Por suerte solemos tener clientes todas las noches para cenar.

—¿A qué hora cierran?

—A la una o las dos, como muy tarde.

—Esto fue a las cinco de la mañana.

—Ya habíamos cerrado, aunque el parking es abierto. Cualquiera puede aparcar a esa hora.

—¿Tiene cámaras de seguridad en el exterior?

—Por supuesto que no —respondió el dueño con gesto ofendido—. Somos muy respetuosos con la privacidad de nuestros clientes.

—Ni que se reuniese aquí la mafia —comentó Roberto en tono irónico.

—Le aseguro que no es así, pero tenemos clientes importantes. Empresarios y políticos que desean hablar con un poco de intimidad.

—¿Solo hablar?

—Esto es un restaurante, nada más —respondió el hombre ofendido, al vislumbrar la intención de la pregunta—. Pueden comprobarlo por ustedes mismos.

—No creo que sea necesario —aseguró Eva—. ¿Recuerda si esa noche hubo alguna reunión o cena especial?

—No sabría decirle. Era primer día de julio y mucha gente comenzaba las vacaciones. La verdad es que el restaurante estaba bastante lleno.

—¿Se fijó si al cerrar el local quedaban coches en el aparcamiento?

—No lo recuerdo, pero tampoco sería tan raro. A veces la gente bebe demasiado y decide regresar a Nueva andando, o pide a algún amigo que le lleve a casa. Luego, al día siguiente, vuelven a por el coche.

—Entiendo, muchas gracias por su ayuda —se despidió Eva de él.

—No hay de qué.

Los dos agentes regresaron al coche sin despedirse siquiera del camarero que estaba de nuevo en la puerta.

—Nunca imaginé ver un restaurante tan pijo en Nueva —comentó Roberto antes de subir al vehículo.

—Los tiempos cambian y la zona de Llanes está cada vez más cotizada por el turismo. Para toda clase de turismo.

—Ya lo veo.

—¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a Pría a ver los bufones —propuso Roberto—. Como haya marejada vas a alucinar.

El mar estaba bastante calmado, pero aun así, el sonido de los bufones impresionaba. A lo largo de ese tramo de la costa, una vez superada la playa de Llanes de Pría, existían una serie de orificios o aberturas en la tierra por los que ascendía el aire que provocaba el oleaje chocando contra las rocas.

—Cuando el mar está picado, el agua asciende a través de estos agujeros y alcanza varios metros de altura, como si fuese un geiser —aseguró Roberto.

—Nadie lo diría, no parece tan... —Antes de terminar la frase, Eva se agarró de su brazo, impresionada por el potente sonido del aire que salía en ese momento del suelo—. ¡Madre mía, cómo impresiona!

—Pues imagínate con agua.

Caminaron durante un rato junto al resto de turistas que recorrían la zona como hormigas, hasta que decidieron ir a comer. Lo hicieron en un bar pequeño y discreto de la zona donde disfrutaron de una tranquilidad mayor que en otros restaurantes más conocidos. Eso permitió que hablasen de forma distendida.

—¿Participaste en la investigación de la desaparición de esa chavala belga? —preguntó Roberto mientras esperaban que el camarero trajese el primer plato del menú.

—No, al tratarse de una desaparición suele quedar en manos de la gente de aquí. Nosotros solo intervenimos cuando se trata de un asesinato o una muerte violenta, como sucedió con Inés. ¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que ambos casos están relacionados?

—En la casa que murió Inés, los de Criminalística encontraron al menos tres muestras de cabello y de sangre diferentes. Quizás una de ellas fuese de Nadine.

—Podría ser, en el laboratorio dijeron que dos de las muestras tenían más tiempo. Puedo hablar con Criminalística para ver si una de ellas pertenece a

esa chavala belga, pero tardarían mucho en darnos una respuesta.

—No perdemos nada por intentarlo. Si yo fuese su padre me gustaría saber lo que le ocurrió. ¿A ti no?

—Claro que sí, pero no sé si eso le ayudará.

—Al menos sabrá lo que le ha ocurrido a su hija. Es mejor eso que vivir con la incertidumbre de no saber si está viva o muerta, aunque luego nunca aparezca su cuerpo.

—Con respecto a eso... —dijo Eva quedándose pensativa unos segundos—. El cuerpo de Inés apareció en la playa de San Martín, después de que lo arrojasen al mar.

—Así es

—¿Y si no ha sido el único?

—¿Qué quieres decir?

—Si torturaron y mataron a más mujeres en esa casa es lógico pensar que luego se deshiciesen de ellas del mismo modo que Inés, arrojándolas al mar.

—¿Por qué no enterrarlas en los alrededores? —propuso Roberto—. Es más rápido y seguro.

—No si alguien encuentra los cadáveres y los desentierra. Eso permitiría su identificación. Arrojándolos al mar te aseguras de que los peces se encarguen de que no quede rastro de ellos.

—¿Tú crees?

—Me parece lo más probable y lo más lógico.

—Pues el único modo de averiguarlo es llamando a los buceadores del GEAS, para que rastreen la zona de costa en la que apareció el cadáver de Inés.

—Eso sería una locura. A saber dónde han arrojado los cuerpos. La costa asturiana es demasiado grande como para rastrear todo el fondo marino.

—Tienes razón.

—¿Cómo llevas el tema de los sueños? ¿Has vuelto a tener alguno que pueda ayudarnos?

—Desde que desperté en el hospital llevo soñando con lo mismo: Inés atada desnuda a esa cruz de San Andrés murmurando las palabras «Déjame morir».

—No me habías comentado nada.

—Tampoco surgió la ocasión. Por lo menos ya no la veo gritando y sufriendo terribles latigazos, como antes.

—¿Y qué crees que significa eso de «Déjame morir»?

—No lo sé. Llevo dándole vueltas desde entonces, pero no termino de entenderlo —respondió él encogiéndose de hombros—. Puede que Inés desease la muerte a causa de la tortura o ritual al que fue sometida. ¿Recuerdas lo que nos contó ese criminólogo en Oviedo? Dijo que en algunas sectas, los aspirantes a ser admitidos deben realizar un acto que pueda comprometerles de tal modo que jamás se atrevan a traicionar a los demás miembros. ¿Y si violar y torturar a Inés formaba parte de ese pacto?

—Es una posibilidad, aunque demasiado cruel.

—Suficiente para que la víctima desee su muerte, ¿no te parece?

—Podría ser. —Eva se quedó unos segundos pensativa, hasta que comentó —: Tal vez hemos estado enfocándolo mal desde el principio.

—¿Qué quieres decir?

—Asumimos que la misma persona había secuestrado y matado a Inés, pero ahora sabemos que pudo ser víctima de un ritual realizado por una secta o grupo de personas.

—Tal vez deberíamos buscarlos a ellos —sugirió Roberto.

—¡Exacto! Puede que Cameron solo fuese el cebo, la persona encargada de secuestrarla, y de deshacerse luego del cadáver. Incluso de borrar sus huellas eliminando a Juanín y Sebas. Si encontramos a las personas para las que trabaja llegaríamos hasta él.

—O, si le pillamos a él, podremos llegar hasta las personas que están detrás de todo esto. Aunque... —Roberto dudó unos segundos antes de continuar—. Si él mató a Juanín y a Sebas, y luego atentó contra mí, quiere decir que sigue muy de cerca la investigación o que alguien le informa de nuestros avances.

—¿Por qué lo haría?

—¿El qué?

—Sacarte de la carretera.

—No lo sé, pero está claro que no quería matarme, solo asustarme —respondió Roberto—. Supongo que sabe que si muere un agente de la UCO esto se va a llenar de guardias civiles y eso no le interesa. Quizás contaba con que yo estuviese una larga temporada de baja.

—Alguien así no me encaja con la persona de la que nos habló Julio, el amigo de Sebas.

—A mí tampoco. Puede que no fuese él.

—O que nos mintiese —planteó Eva.

—¿Por qué lo dices?

—¿Un argentino que viaja por el extranjero? Me sonó más a un modo de decirnos que no nos molestásemos en buscarle.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—No lo sé, pero pienso investigarlo.

—Yo llamaré a Sofía —aseguró Roberto—. Le pedí que investigase dentro de ese club, por si alguna compañera conocía a alguien capaz de hacer lo que le hicieron a Inés. También podría introducirnos en el mundo BDSM y enseñarnos cómo funcionan esos clubs.

—¿No estarás pensando en visitar uno de ellos? —preguntó Eva sorprendida.

—Solo como investigador. Tranquila, lo mío no son los látigos —respondió él soltando una ligera carcajada—, aunque tengo que reconocer que todo el tema ese de la ropa interior negra, las medias con ligeros y los tacones altos, me pone bastante.

—¿No me digas que te mola el cuero y el latex, y que te aten?

Roberto no supo si lo dijo en plan irónico o para ponerle a prueba, por eso fue sincero en su respuesta.

—Visualmente tengo que reconocer que ese tipo de ropa tiene una alta carga sexual. En cuanto a lo de dejar que me aten, va a ser que no. Me gusta tener las manos libres para poder usarlas.

—Y lo haces bien. —Eva lo dijo sin pensar, y la prueba de ello fue que empezó a ruborizarse al instante—. Lo siento, yo no...

Roberto soltó una carcajada, que no tardó en ser imitada por ella.

—Tranquila, me lo tomaré como un cumplido entre amigos.

En realidad le habría gustado decir que estaba deseando poder acariciar de nuevo su cuerpo, pero prefería respetar la línea que Eva había marcado entre ambos y que ella no parecía dispuesta a borrar.

Estaban de regreso al cuartel de Llanes cuando Hinojosa llamó por teléfono a Eva, que habló con él a través del manos libres del coche.

—¿Dónde andas?

—Volviendo a Llanes con Rober —respondió ella—. Hemos estado comiendo en Pría.

—¡Qué cabrones! —exclamó Hinojosa—. Y yo aquí, comiendo del *Burger King*.

—Eso será porque quieres —aseguró Roberto—. ¡Anda que no hay sitios donde comer bien por Oviedo!

—No tengo tiempo. Yo estoy trabajando, no como otros.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Eva, impaciente.

—Hablé con mi amigo de la Policía Nacional y dice que hay un par de sectas satánicas en Asturias, pero que se dedican a matar gatos negros en cementerios y a pintar símbolos satánicos en alguna iglesia abandonada. Nada más. Ni secuestros ni sacrificios humanos.

—No sé si decir que es un alivio saberlo.

—Eso sí, acaban de llamarme de Madrid para decirme que Inés no es la única que ha desaparecido dentro del grupo «Avatar» y de los otros grupos similares a él.

—¿Qué quieres decir?

—Han descubierto que al menos quince chavalas entre los quince y diecisiete años se escaparon de casa en los últimos ocho años. La mayoría de ellas aparecieron luego en otros lugares de España, algunas con su novio y otras viviendo solas, pero hay ocho de las que no se ha vuelto a saber nada. Me han dicho que van a seguir investigando por si hubiese alguna más.

—¿Y en qué lugares de España desaparecieron esas ocho?

—Casi todas en pueblos turísticos de la costa mediterránea. Ahora os digo

—aseguró Hinojosa haciendo una pausa de unos segundos—. Aquí lo tengo. En Gandía, Denia, Benalmádena, Fuengirola, Mojácar y Torremolinos. Todas con un verano de diferencia, es decir, una cada año. La última fue en Zamora, hace dos años, aunque dos años antes desapareció una adolescente belga. ¿A que no sabéis dónde?

—Aquí en Nueva —respondió Roberto.

—¿Lo sabíais?

—Me enteré ayer. ¿Sabes si Nadine estaba metida en el grupo «Avatar»?

—En ese en concreto, no, pero estaba metida en otro llamado «Aprende a vivir», que básicamente es lo mismo. Todos los casos de desaparición se produjeron en verano, cuando más turistas hay en esos lugares. Solo la desaparición de la chavala de Zamora es diferente. Sabemos que se escapó de casa y que viajó hasta León, pero ahí se le perdió la pista.

—León no está lejos de aquí —reflexionó en voz alta Roberto—. Podría tratarse de una de las tres muestras que encontraron los de Criminalística en la casa.

—Lo comentaré con ellos —le replicó Eva—, a ver si averiguan algo, y también tendré que hablar con los que investigaron las desapariciones que comentas.

—Puede haber más —aseguró Hinojosa—. Estas son las más claras, porque sus familias lo publicaron en las redes sociales y alguna de ellas salió en la prensa, pero ya te digo que van a seguir investigando. Me estoy planteando ir a Madrid para echarles una mano. Ellos cuentan con mejores equipos que yo.

—No, mejor espérame en Oviedo. Voy a acercarme a hablar con el comandante Salas —dijo Eva—. Si alguna de esas ocho desapariciones estuviese relacionada con la de Inés ya no estaríamos ante un secuestrador solitario o un pequeño grupo de sádicos. Hablaríamos de una organización que opera a nivel nacional, con suficiente poder para ocultar sus huellas durante todos estos años.

—¿Entonces te espero por aquí?

—Sí, voy a dejar a Rober en Poo y salgo para Oviedo.

Nada más despedirse y cortarse la llamada, Roberto miró a Eva.

—¿Otra vez me abandonas?

—No te abandono, es que quiero hablar con el comandante y...

—No te preocupes, es broma —dijo él esbozando una sonrisa—. La verdad es que prefiero quedarme. Me siento algo cansado todavía y no me

apetece viajar hasta Oviedo ahora. Supongo que mañana estarás de vuelta.

—Eso espero. De todas formas te iré informando por teléfono.

—Muy bien.

Roberto no se sentía cansado, al menos no más de lo normal, pero prefería quedarse en Llanes. Cuanto más tiempo pasaba al lado de Eva más se daba cuenta de lo difícil que le resultaba dominar sus sentimientos hacia ella. Por mucho que fingiese que podía mantener una relación estrictamente profesional, lo cierto era que cada día que pasaba se estaba enamorando más y eso no tardaría en convertirse en un problema.

JUEVES 16 DE JULIO

Inés ya no estaba atada de pies y manos a la cruz de San Andrés, ni tampoco desnuda. Estaba de pie, con un vestido largo y dándole la espalda, en un paraje que no supo reconocer. No era la casa en la que había sido torturada, sino un bosque oscuro y tétrico, envuelto por la niebla. Aunque estaba de espaldas a él podía sentir su miedo y su dolor como si fuese el suyo propio.

La joven no se movía, estaba de pie, quieta, quizás esperando a que él se acercase a ella, algo que no se atrevió a hacer. El miedo le tenía paralizado hasta el punto que luchó por despertar, por abandonar aquel sueño en el que cada vez se sentía más indefenso.

Entonces Inés giró la cabeza y le miró. En sus ojos pudo ver un intenso dolor que se mezcló con una mueca de rabia.

—Déjame morir.

Roberto trató de decirle que no deseaba su muerte, que le habría gustado poder salvarla y ahorrarle todo aquel sufrimiento, pero las palabras no salieron de su garganta. Eso provocó que Inés girase el cuerpo por completo y le mirase con un odio como jamás había imaginado.

—¡Déjame morir! —gritó tan fuerte que Roberto notó sus tímpanos resquebrajarse—. ¡Déjame morir!

Y entonces despertó.

Roberto despertó empapado en sudor y paralizado por el miedo. Le costó varios segundos lograr incorporarse, como si Inés estuviese agarrándole para que no escapase del sueño. Saltó de la cama y se alejó de ella tanto como pudo, hasta que le detuvo la pared.

¿Qué estaba pasando? Aquellos sueños no eran como los que había tenido dos años atrás. Inés no trataba de ayudarle a encontrar a su asesino, en

realidad parecía acusarle a él. Le exigía que la dejase morir como si fuese él quien la había torturado. ¿Por qué?

Sus manos todavía temblaban cuando se metió en la ducha y abrió el grifo. Un chorro de agua fría estuvo a punto de arrancarle un grito, aunque su cuerpo pronto pareció agradecerlo, como si necesitase un estímulo para reaccionar. Luego el agua empezó a salir más caliente, aunque la mantuvo a una temperatura templada para desentumecer su cuerpo y su mente.

Al regresar a la habitación decidió que lo mejor era salir a caminar un rato para despejarse. Eso siempre le había ayudado en el pasado y esta vez lo necesitaba más que nunca. Tenía que encontrar el modo de resolver aquel caso, y hacerlo rápido, o se volvería loco.

Diego no parecía estar en casa, así que se tomó un café rápido y salió de la vivienda sin una idea muy clara de qué camino tomar. El cielo estaba completamente azul esa mañana, augurando un buen día de verano, por lo que su primera intención fue ir hasta la playa. No tardó en darse cuenta de que seguramente se encontraría con bastante gente de camino a ella y, dado que lo que necesitaba en ese momento era estar solo, optó por tomar el camino contrario. Llegó hasta la carretera que atravesaba el pueblo en dirección a Llanes y la cruzó, continuando hacia el interior del pueblo. No conocía esa parte de Poo, así que cruzó la vía del tren y luego callejeó sin un rumbo claro, pasando entre chalés adosados donde antiguamente solo había cuadras y vacas pastando. Aquel era un ejemplo claro de cómo un pueblo ganadero había sido absorbido por el turismo y la fiebre del ladrillo.

Estaba a punto de salirse de Poo cuando una casa llamó su atención, la última vivienda de esa zona. Era una casa pequeña y vieja, de piedra, rodeada de un patio lleno de hortensias y geranios. Años atrás seguro que estaba en sintonía con el resto de casas del lugar, pero ahora parecía sacada de otro tiempo.

Una anciana estaba sentada en una silla de madera junto a la puerta, tejiendo una especie de bufanda de ganchillo. Al verle llegar, dejó las agujas sobre el mandil que cubría sus rodillas y le miró como si le conociese.

—Buenos días.

—Buenos días —la saludó Roberto.

—Has tardado en venir por aquí.

—¿Cómo?

—Eres nieto de Soledad. Tu abuela y yo éramos amigas.

—Lo siento, yo... —intentó decir Roberto, desconcertado.

—No me recuerdas, lo sé, aunque yo a ti sí. Tu abuela te trajo con ella cuando eras muy pequeño, un día que vino a visitarme. Ya entonces pude notar en ti el don.

—¿A qué don se refiere?

—En Asturias lo llamamos «El candilín». Son muchos los que lo tienen, pero pocos los que saben reconocerlo y utilizarlo.

—No entiendo a qué se refiere —dijo cada vez más confuso.

—Me refiero a tus sueños.

—¿Mis sueños?

—Los muertos te hablan y buscan que les alivies, ¿verdad?

Roberto forzó una sonrisa de incredulidad.

—¿Esto es una broma, señora?

—Algo te atormenta, lo noto. ¿Qué es?

—Creo que se equivoca conmigo.

—No me equivoco. Los muertos se comunican con nosotros para que les ayudemos. —La anciana dibujó una sonrisa, como si con ello pretendiese hacer más creíbles sus palabras—. La primera vez que me ocurrió yo tenía veinte años. Un vecino del pueblo había muerto víctima de lo que parecía ser una infección y me visitaba cada noche en mis sueños para transmitirme un extraño mensaje. «No quiero más azúcar», decía. Cuando se lo conté a la Guardia Civil al principio me tomaron por loca, pero insistí tanto que decidieron comprobarlo. Descubrieron que en el azucarero de la cocina había una pequeña cantidad de veneno mezclado con el azúcar, que fue lo que acabó con su vida después de ingerirlo durante días.

—Bonita historia.

—No siempre ocurre así —prosiguió la mujer ignorando su tono irónico—. Normalmente los muertos dejan algún cabo suelto al abandonar este mundo y lo único que quieren es que les ayudemos. Imagino que es lo que te está ocurriendo a ti ahora.

—¿Por qué lo dice?

—Lo noto en tus ojos y en tu forma de hablar. No quieres reconocerlo, pero una persona te está pidiendo ayuda a través de los sueños. Lo sé.

Roberto iba a negarlo, pero decidió ver donde le llevaba aquella conversación.

—Y, si fuese así, ¿qué se supone que tengo que hacer?

—Ayudarla.

—¿Cómo? —preguntó encogiéndose de hombros—. ¿Cómo puedo ayudar

a alguien que me pide que la deje morir?

—Tal vez no te lo diga a ti.

—¿Entonces a quién?

—En alguna ocasión, cuando se produce una muerte violenta, lo que veo es a la persona que ha fallecido como si yo fuese la persona que le causó la muerte. Tal vez te esté ocurriendo a ti eso ahora.

Por algún extraño motivo, Roberto creyó en sus palabras.

—¿Y qué puedo hacer?

—Los muertos solo quieren descansar en paz y cuando no lo logran se enfadan. Solo tienes dos opciones, encontrar a quien la mató y vengar su muerte, o encargar una misa que le dé la paz eterna, y de ese modo te deje tranquilo.

—¿Una misa? —preguntó, de nuevo con tono escéptico—. ¿Realmente eso funciona?

—A mí me funciona —respondió ella encogiéndose de hombros, para luego retomar las agujas de ganchillo—. No tengas miedo, los muertos solo quieren que les ayudes, no van a hacerte daño.

La anciana bajó la mirada y continuó tejiendo, por lo que Roberto decidió continuar con su paseo, aunque lo hizo regresando por el mismo camino. Tal vez la mujer tuviese razón e Inés trataba de ayudarle a atrapar a su asesino. O solo se trataba de una vieja loca que no sabía de lo que hablaba.

De cualquier modo, si quería detenerle tenía que encontrar pruebas y no lo conseguiría quedándose allí.

Roberto regresaba a la casa de Diego con la mirada perdida en el suelo, cuando casi se tropezó con él en un cruce de calles.

—¿Dónde vas tan pensativo? —preguntó el hombre con una sonrisa.

—Salí a dar un paseo.

—Yo también vengo de pasear —dijo mostrando la pequeña pulsera que llevaba en su muñeca izquierda—. Hoy llevo casi veinte mil pasos. ¡Menuda caminata me he pegado!

—Yo solo he dado un pequeño paseo, para estirar las piernas.

—Si quieres caminar más conozco varias rutas, tanto por la costa como por el interior. ¿Adónde has ido?

—Solo hasta el final del pueblo —respondió señalando la calle por la que había llegado.

—Por ese camino se llega hasta Porrúa, aunque no te lo aconsejo. Por ahí vive «La *bruxa*^Z del Cuera».

—¿Quién?

—Una anciana que dice que habla con los muertos. La gente de por aquí la llama «La *bruxa* del Cuera» —aseguró con una leve sonrisa—. Una vez pasé por delante de su casa y me dijo que mi hija no descansaría hasta que lo pagasen todos los que la habían matado. Nos ha jodido, ¡y yo tampoco!

—¿Es la mujer que vive en la última casa saliendo del pueblo? —intuyó Roberto—. Una casa vieja y antigua.

—Sí. ¿Qué pasa, estuviste hablando con ella?

—No, pero la vi al pasar —decidió mentir para no dar más explicaciones.

—Mejor, ya te digo que todo el mundo dice que está loca. Mira, te voy a enseñar un camino mejor, que seguro que te gusta. —Diego sacó su teléfono móvil y comenzó a toquetear la pantalla mientras hablaban—. ¿Conoces

Pancar? El pueblo que está pegado a Llanes.

—Me suena, pero no estuve nunca.

—Tienes que cruzar Poo siguiendo esta calle por la que vengo yo y llegarás al cementerio —dijo mostrándole el mapa que aparecía en pantalla—. Pasas al lado de él y sigues por este camino hasta llegar a la carretera que lleva a Llanes. ¿Lo ves?

—Sí.

—Tienes que ir paralelo a la carretera un kilómetro o así, pero antes de cruzar este puente te metes a la derecha hacia Pancar. Hay unas casas preciosas por todo el pueblo y si sigues por esta calle irás a parar a un paseo que circula al lado de un pequeño río hasta llegar a Llanes.

—¿Ese paseo es el que une Llanes y Pancar?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Un amigo mío murió allí hace poco.

—¡Vaya! Lo siento. Entonces seguro que no te apetece ir por ahí.

—No me importa. Ahora mismo lo que necesito es pasear.

—Muy bien. Una vez que llegues a Llanes puedes dar la vuelta por el mismo camino o cruzar el pueblo y venir por este otro camino —dijo señalándolo.

—¿Cuánto se tarda en hacer todo el recorrido?

—Una hora, más o menos. Todo depende del ritmo que lleves.

—Quiero ir tranquilo. Además, no tengo otra cosa que hacer hoy —dijo al recordar que Eva e Hinojosa seguían en Oviedo.

—Sí quieres comemos algo en casa cuando vuelvas. Hoy hace un buen día para hacer unas costillas y un par de chorizos a la parrilla.

—Ya veremos.

Roberto se despidió de él y siguió la dirección que le había indicado, a la vez que abría la aplicación del *Maps*. Recordaba bastante bien el recorrido que le había mostrado Diego, pero no quería correr el riesgo de perderse por las calles de Poo.

A esa hora de la mañana hacía ya bastante calor, con el sol cayendo a plomo y sin un árbol que le diese sombra, por lo que el paseo le resultó algo agobiante. Incluso pensó en dar la vuelta y regresar a Poo, pero al final decidió continuar hasta llegar a Pancar. Fue una buena decisión.

Diego no le había mentado. Había casas realmente preciosas en el pueblo, construidas con muy buen gusto y siguiendo la estética de la mayoría de casas asturianas, aunque también había alguna que hacía daño a la vista;

construcciones en hormigón que desentonaban con el lugar y el entorno. Incluso vio una finca con un muro de casi cuatro metros de altura alrededor, que más bien parecía proteger una cárcel. Estaba claro que tener dinero no siempre iba acompañado del buen gusto.

Recorrió las calles hasta llegar al paseo que transcurría pegado al río, un camino flanqueado por numerosos árboles que le dieron la sombra que tanto necesitaba en ese momento, mientras caminaba por un entorno que se hizo más agradable a cada paso que daba.

Fue al cruzar el túnel que transcurría bajo la carretera cuando sus pies se detuvieron solos, a unos cincuenta metros del lugar en el que había aparecido el cadáver de Juanín. Por un momento se quedó hipnotizado mirando el lugar, deseando que nada de aquello hubiese sido real y que su amigo apareciese al fondo, caminando a su encuentro.

El sonido de su teléfono le sacó de esos pensamientos.

—¿Qué tal andas? —preguntó Hinojosa cuando descolgó.

—Bien. ¿Qué tal vosotros por Oviedo?

—Ya no estamos allí, llegamos a Madrid anoche —respondió su amigo, para su sorpresa—. Eva quería saber si existe alguna organización que lleve a cabo secuestros como los que investigamos, así que se va a entrevistar esta tarde con el jefe del departamento de la Policía Nacional experto en esos casos.

—O sea, que no volvéis hoy.

—No. Yo también quiero investigar a fondo en las redes sociales de algunas de las chicas que desaparecieron.

—En ese caso, ¿crees que podrías hacerme llegar el informe que te pedí?

—¿Cuál?

—El de la autopsia del alcalde de Cangas de Onís.

—Debería llegarte una copia por mensajero a lo largo del día. Te la mandé ayer antes de salir de Oviedo.

—Muchas gracias.

Roberto se despidió de él y decidió regresar a Poo por el mismo camino. No tuvo valor para pasar al lado del lugar donde había muerto su amigo.

Estaba superando ya las últimas casas de Pancar para coger de nuevo la carretera que debía llevarle hasta Poo cuando algo llamó su atención. El portón que bloqueaba el paso a la finca rodeada por un muro de cuatro metros se abrió para que saliese un Mercedes clase S blanco con las lunas tintadas.

Antes de que la puerta se cerrase de nuevo, vio un pequeño aparcamiento

dentro de la finca y, aparcado en él, un Land Rover Discovery gris metalizado.

Encontrar por sí solo al dueño de la finca que había visto en Pancar iba a ser difícil, por no decir imposible, por eso Roberto decidió llamar a Hinojosa. Le pasó los datos de los que disponía —número de la casa y localización—, y luego decidió centrarse en el sobre que el mensajero le había entregado al poco de llegar a casa de Diego. Dentro contenía una copia de la autopsia y del informe que Criminalística había realizado sobre el lugar de la muerte, que comenzó a leer a solas en su habitación.

Adolfo Guillén López, de cuarenta y cinco años y alcalde de Cangas de Onís los últimos diez años, había aparecido muerto en un apartamento que tenía en Arriondas y en el que solía verse con otras mujeres a espaldas de su esposa. Estaba metido dentro de la bañera, donde se había cortado las venas y se había desangrado hasta morir. El examen toxicológico presentaba altos niveles de alcohol y cocaína, por lo que todo apuntaba a un suicidio.

¿Entonces por qué la UCO estaba investigando su muerte?

La respuesta la encontró en el informe de Criminalística. Para empezar la única habitación del piso parecía una sala de sadomaso, con todos los accesorios propios de ese tipo de prácticas: látigos, cadenas, fustas, máscaras y arneses, además de una cama redonda y un potro.

El informe hablaba también de una serie de fotos esparcidas sobre la cama en las que podía verse al alcalde, bastante más joven, forzando a una chica que parecía ser menor de edad y a la que no habían logrado identificar. Las fotos no estaban en el sobre que había recibido, solo una en la que podía verse el rostro de la joven. Era rubia, de ojos azules, y no aparentaba más de dieciséis años. El informe decía que las fotos parecían provenir de una caja fuerte situada en la misma habitación, detrás de un cuadro de una mujer desnuda atravesada por cientos de alfileres.

—No puede ser solo coincidencia —murmuró entre dientes.

De inmediato sacó su teléfono y buscó la foto que había hecho en casa de Luis Cuesta. Por desgracia no se veía bien el rostro de la joven a la que estaba forzando, ya que estaba mirando a un lado y el pelo se lo tapaba parcialmente, por eso su siguiente paso fue llamar a Hinojosa.

—¿Te llegó el paquete? —preguntó su compañero a modo de saludo.

—Sí, por eso te llamo. Necesito tu ayuda y, sobre todo, mucha discreción.

—Tú dirás.

—¿Podrías conseguirme una copia del informe de Criminalística de Luis Cuesta?

—¡Uf! —resopló con fuerza—. No creo que me dejen sacarlo de aquí, aunque puedo hablar con Chema, de Investigación Criminal, para que me deje verlo. Es quien lleva el caso.

—Me interesan las fotos que tenía Cuesta en el despacho, esas en las que se le veía mucho más joven forzando a una menor. Si puedes, mándame una foto en la que se vea bien la cara de la chavala, aunque sea por *Whatsapp*.

—No te preocupes, te la mandaré en cuanto la tenga.

—Gracias.

Roberto miró su reloj después de colgar y comprobó que eran ya las dos de la tarde. Diego estaba preparando unas costillas y unos chorizos en la parrilla, así que decidió salir a hacerle compañía.

Sentados bajo un amplio cenador, Roberto degustó la costilla que tenía entre las manos.

—Me encantan así de crujientes por fuera y tiernas por dentro.

—A mi hija le gustaban también así —dijo Diego con una sonrisa melancólica—. A su madre, no. Siempre se quejaba.

—Están muy ricas.

—¿Qué tal el paseo hasta Pancar?

—Bien, aunque hacía demasiado calor.

—Se hace mejor a última hora de la tarde o temprano por la mañana, como hice yo hoy. Seguro que habrás alucinado con los chalés que hay por allí.

—Precisamente me llamó la atención uno que estaba rodeado de un muro enorme, con un portón negro en la entrada.

—¿Uno que está al entrar en el pueblo y que parece una cárcel?

—Ese mismo.

—Es de un político del Principado, el Consejero de nosequé.

Roberto posó la chuleta en el plato.

—¿No será Francisco Jovellanos, Consejero de Sanidad?

—Ah, pues sí. ¿Lo conoces?

—Es el tío de Inés Jovellanos, la chavala que apareció muerta en la playa.

—Ya decía yo que me sonaba el apellido.

—¿Estás seguro de que vive ahí?

—Eso me han dicho, y por lo visto tiene un chalé de la hostia, aunque no se vea desde fuera. ¿Qué ocurre? Te ha cambiado la cara.

—Al pasar me pareció ver dentro de la finca el Land Rover Discovery que me sacó de la carretera camino de Villanueva.

—¡No jodas! ¿Estás seguro?

—Era del mismo color y tenía las lunas tintadas.

—Los altos cargos del Gobierno del Principado tienen coches oficiales blindados. Incluso escoltas.

—¿Cómo puede ser eso posible?

Diego se encogió de hombros antes de responder.

—Los gobiernos autonómicos gastan su dinero como quieren y muchas veces sin control del Gobierno Central. Mientras tanto, otros tenemos que ver cómo se dejan de investigar casos de desaparición como el de mi hija por falta de fondos. El mundo está montado así.

Roberto no dijo nada. Su cabeza ya estaba dando vueltas, buscando un motivo por el que el tío de Inés quisiese sacarle de la carretera.

—¿Por qué iba a querer matarte?

—No lo sé, Eva —respondió Roberto—. Llevo toda la tarde dándole vueltas y yo tampoco lo entiendo, pero vi el Discovery dentro de la finca.

—¿Estás seguro de que era el mismo?

—La defensa era metalizada y los cristales tintados. Es mucha casualidad, ¿no crees?

Eva tardó unos segundos en responder al otro lado del teléfono.

—Dudo que nos concedan una orden de registro para entrar en la finca.

—¿Por qué?

—Estamos hablando de la propiedad de un Consejero del Principado. Sin pruebas claras en su contra ningún juez se va a mojar.

—Conozco decenas de jueces que lo harían.

—En casos de corrupción política como los que tú investigas, sí, pero en un crimen te aseguro que no se arriesgan.

—¿Y entonces qué hacemos?

—Seguir investigando —respondió Eva—. Hoy me han comunicado que las marcas de neumáticos que encontramos en el camino que llevaba a la casa donde torturaron a Inés pertenecen a un modelo de *Michelin* que no viene de serie con ningún vehículo todoterreno, así que no hay forma de seguirle la pista.

—¿Qué te han dicho en la Policía Nacional?

—Que hay muchas desapariciones en España, muchas de ellas de chavalas jóvenes que en la mayoría de los casos se escapan de casa. Casos como el que investigamos no son habituales y no conocen ninguna organización o grupo que se dedique a eso. Hace diez años dismantelaron una banda de rusos que habían secuestrado a dos mujeres para venderlas en los países árabes, aunque dicen que lo habitual es lo contrario, mujeres que traen del este de Europa

para que ejerzan aquí la prostitución.

—¿Qué vais a hacer entonces?

—Dormiremos aquí, en Madrid, y volveremos mañana, en cuanto Hinojosa termine un par de cosas. ¿Qué tal te encuentras tú?

—Bien, hoy he caminado más de diez kilómetros —exageró Roberto para convencerla de que estaba recuperado del todo—. Estoy en plena forma.

—Muy bien, nos vemos mañana entonces.

Nada más colgar, Roberto pensó en regresar a Pancar para presentarse en la finca del Consejero y acceder al interior con la excusa de ponerle al día sobre la investigación; cualquier cosa con tal de atravesar el portón y comprobar si el Discovery que había visto aparcado dentro era el mismo que le había sacado de la carretera seis días antes. No obstante, antes necesitaba saber si el dueño estaba dentro, así que llamó a Sofía.

—Hola, Sofía —la saludó en cuanto respondió a su llamada—. Soy el cabo Fuentes de la UCO.

—¿Quién?

—Roberto, hablamos hace un par de días sobre...

—Ah, sí, perdona Roberto —le interrumpió ella—. Me pillas en un mal momento.

—¿Estás trabajando?

—Tengo a un tío colgado de unas cadenas esperando a que le diga que pida perdón por lo mal que trata a los trabajadores de su empresa. —Roberto no supo si bromeaba o hablaba en serio—. Pero tranquilo, puede aguantar un rato más. ¿Qué querías?

—¿Tus padres tienen una casa en Pancar?

—Sí, aunque yo prefiero ir a casa de mis abuelos en Naves. Me llevo mejor con ellos.

—¿Tienes idea de si tu padre está allí ahora?

—Que yo sepa, sí. Se fue con mi madre y mis tíos, los padres de Inés, a pasar unos días ¿Vas a ir a hablar con él?

—Eso pensaba.

—Ten cuidado, no os tiene mucho aprecio —aseguró Sofía.

—¿A quién?

—A los que lleváis la investigación. No para de decir que la UCO debería mandar mucha más gente para investigar la muerte de mi prima.

—Si pudiésemos traer más agentes te aseguro que lo haríamos.

—Por cierto, hice lo que me pediste. Estuve preguntando a mis

compañeras sobre el asunto de los grupos de sado y una de ellas me contó algo interesante.

—¿El qué?

—No te lo puedo decir ahora y menos por teléfono. ¿Qué tal si nos vemos esta noche?

—Estoy en Llanes —respondió Roberto.

—Y yo en Ribadesella. Tenía un encargo especial y aprovechando que mis padres no estaban en Oviedo estos días decidí aceptarlo. ¿Qué tal si te llamo luego y tomamos algo juntos? Conozco un sitio muy discreto.

Roberto no podía creer que una chavala de dieciocho años le hablase de ese modo tan directo y con tanto desparpajo, pero aun así decidió aceptar. Tal vez averiguase más hablando con ella que con su padre.

Roberto estaba impresionado con el aspecto de Sofia. ¿Qué había sido de aquella chavala que días antes lloraba la muerte de su prima? La que tenía delante era toda una mujer hecha y derecha. No era solo por el maquillaje, que le hacía aparentar más años de los que en realidad tenía, ni por la ropa que vestía, un precioso y ajustado vestido con minifalda que hacía resaltar cada curva de su joven y bien moldeado cuerpo. Era su mirada, la de una mujer que había dejado atrás la adolescencia y que afrontaba la vida con una seguridad que no tenían otras chicas de su edad. Puede que su cuerpo fuese todavía el de una joven de dieciocho años, pero sus ojos transmitían una madurez que le impresionó.

Tal y como Sofia había asegurado, se reunieron en un discreto y pequeño pub situado al otro lado de la ría, en una de las calles que daban acceso a la playa de Ribadesella. A esa hora, las ocho y media de la tarde, apenas había gente. Roberto supuso que la mayoría estarían todavía en la arena, disfrutando de los últimos rayos de sol de un excelente día de playa.

—Siento que antes no pudiésemos hablar mucho —comenzó ella la conversación una vez el camarero les sirvió las bebidas. Estaban sentados en unas butacas situadas al fondo del local—. Me pillaste en mal momento.

—Ya me di cuenta —dijo Roberto sin poder apartar la mirada de sus sensuales labios pintados de un rojo chillón—. No sabía que trabajases por aquí. Pensé que solo lo hacías en el club de Lugo de Llanera.

—Acepto este tipo de encargos de vez en cuando, de algunos clientes que me contactan por *Instagram* y que no quieren que se les vea por el club.

Sofia se pasó la mano por el cabello y lo acarició, en un gesto que le pareció terriblemente sensual y que no supo si lo había hecho de modo natural o con otro fin. Por si acaso, decidió centrar la conversación en lo que le había llevado hasta allí.

—¿Dices que una de tus compañeras te contó algo importante?

—Sí, aunque no puedo decirte su nombre.

—No es necesario.

—Me contó que tiene una amiga que le gusta el rollo sado, pero en su caso lo que le pone es hacer de esclava. Esa amiga le contó que una vez estuvo en una fiesta privada en la que varias personas, hombres y mujeres, se turnaron para aplicarle distintos castigos. Ya sabes, golpes en las nalgas con una fusta, pinzas en los pezones, cera caliente sobre el cuerpo y demás prácticas de ese tipo. Nada demasiado fuerte, aunque al terminar uno de los hombres que había participado le preguntó si le apetecería probar algo más fuerte. Ella dijo que le gustaba experimentar y aceptó. Una semana después la encontraron tirada en una cuneta, inconsciente y con el cuerpo lleno de heridas. Le habían dado decenas de latigazos por todo el cuerpo, entre otras cosas. Estuvo ingresada varios días en el hospital y cuando salió le dijo a la policía que no recordaba nada de lo ocurrido.

—¿No supo quién le hizo eso?

—Claro que sí, pero decidió no contárselo a nadie. Estando en el hospital recibió un ingreso en su cuenta de diez mil euros de origen desconocido y un mensaje en el *Whatsapp* en el que le aconsejaban guardar silencio. Solo se lo contó a mi compañera, con la promesa de que esta no dijese nunca nada a nadie.

—¿No le dijo quienes le habían hecho eso?

—No, solo que iban muy bien vestidos y tenían aspecto de gente seria e importante.

—¿Eran de una secta satánica?

—No lo creo, no mencionó nada de símbolos raros. Lo que sí le comentó a mi compañera es que la ataron a dos postes en forma de equis y que antes de empezar hicieron una especie de rezo a un santo.

Roberto la miró extrañado al escuchar eso.

—¿Un santo?

—Sí, aunque no sabría decirte cual. Decían algo así como «*San nosequé, danos tu fuerza*». Le dijo a mi compañera que pensaba que se trataba de curas o de gente religiosa y que no nos fiásemos si alguien así nos ofrecía participar en una fiesta privada de ese tipo. Estaba aterrada.

—¿Crees que podría hablar con ella?

—No, se largó de Asturias y mi compañera no sabe dónde vive. Lo siento.

—No importa, me ha sido de gran ayuda que me lo contases.

—¿De verdad? —preguntó ella sonriendo—. Entonces hay que celebrarlo. ¿Qué tal si dejas esa cerveza cero y pedimos una botella de vino para brindar como es debido?

—No puedo, tengo que volver conduciendo a Ribadesella.

—No hace falta —dijo ella clavándole la mirada de un modo muy sensual—, he cogido una habitación en un hotel. Puedes quedarte conmigo, si quieres. Roberto notó cómo se le aceleraba el corazón.

—Lo siento, Sofía, pero no puedo.

—¿Es que no te gusta?

—Claro que sí —respondió mientras le temblaba ligeramente la voz. Aquella chiquilla estaba consiguiendo ponerle nervioso como nadie lo había conseguido antes—. Pero no puedo, no estaría bien.

—¿Por qué no? Soy mayor de edad y me gustas mucho.

—Tengo veinte años más que tú, Sofía —acertó a decir.

—¿Y qué? Eso no me parece un impedimento. Si te preocupa el tema del sado, puedes estar tranquilo. También me gusta el sexo sin falta de látigos y esposas, aunque dejaré que me las pongas, si eso te gusta.

Roberto notó como comenzaba a excitarse solo con mirar sus sensuales labios, por eso intentó controlarse. Por mucho que le pudiese atraer Sofía, sabía que no estaba bien.

—Verás, yo... —intentó balbucear—. Seguro que sería una experiencia maravillosa, pero no puedo hacerlo.

—Es por tu compañera, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Eva. ¿Hay algo entre vosotros?

En un primer momento no supo qué responder. Ni siquiera él sabía si había algo o no.

—Sí —respondió convencido de que era el único modo de parar aquello.

—Es muy guapa, aunque un poco machorra —aseguró Sofía sin perder la sonrisa—, sobre todo en la forma de vestir. Seguro que con una minifalda y una camisa estaría espectacular.

—Supongo.

—Bueno, si cambias de idea dímelo. No me importaría incluso que ella se nos uniese.

Aquello disparó por completo la libido de Roberto, que necesitó tomar un trago de cerveza para así ocultar su rostro unos segundos.

—¡Vaya cara que has puesto! —dijo Sofía cuando posó la cerveza en la

mano—. Lo siento, no pensé que te asustaría tanto.

—No es que me asustes —trató de sobreponerse—, es que...

—¿Te hago sentir incómodo?

—Me sorprende que alguien tan joven hable así de estas cosas.

—Ya te conté que practico el sexo desde los quince años y lo he probado todo.

—No debería ser así —dijo Roberto convencido—. Uno debería ir experimentando cosas nuevas a lo largo de su vida y no todo de golpe.

—Nunca sabemos cuánto durará nuestra vida. ¿Por qué dejar para mañana lo que podemos disfrutar hoy?

Roberto no supo qué responder, por eso decidió reconducir la conversación.

—Sofía, hay algo que quería preguntarte, fuera ya de este tema.

—Dime —dijo ella con un ligero gesto de decepción.

—Esta mañana di un paseo por Pancar y creo que vi la casa de tus padres. Bueno, en realidad no la vi porque tiene un muro de cuatro metros alrededor.

—Sí, mi padre está obsesionado con la seguridad. Tiene hasta un par de tíos vigilando la finca y que le acompañan a todas partes.

—¿Y eso?

—No lo sé.

—Vamos, Sofía, algo tienes que saber —la animó a continuar.

—Mi padre dice que la mejor forma de ascender en política es consiguiendo que nadie se entere de lo que haces. Usa el chalé de Pancar para reuniones privadas y fiestas sociales en las que siempre suele haber políticos influyentes y empresarios importantes.

—¿Has estado en alguna?

—Cuando era pequeña, pero ahora procuro evitarlas.

—¿Y eso?

—No me gusta ese ambiente. Además, en cuanto crecí había amigos de mi padre que ya no me miraban del mismo modo. Supongo que sabes a lo que me refiero.

—Sí —respondió él asintiendo con la cabeza—. Otra cosa, Sofía. Al pasar esta mañana vi un todoterreno gris, un Discovery, dentro de la finca. ¿Sabes si es de tu padre?

—Ni idea. Cada uno tenemos un coche en casa, y luego él tiene un par de vehículos oficiales que suele cambiar de vez en cuando. Uno de ellos es un todoterreno gris, pero no sabría decirte la marca. No entiendo de coches —

dijo Sofía encogiéndose de hombros—. De todas formas, si quieres podemos ir juntos mañana por la mañana y así lo compruebas en persona.

—Eso estaría bien. ¿No te importa?

—Claro que no.

—¿Entonces quedamos mañana en Llanes?

—Yo había pensado en salir juntos desde aquí —aseguró alargando la mano para posarla sobre la suya—. La invitación sigue en pie, si tú quieres.

Roberto no retiró la mano. Es más, incluso sonrió, aunque no del modo que ella esperaba.

—Eres preciosa y me siento muy halagado por la invitación, pero sigo pensando que lo mejor es que nos veamos mañana.

Ella retiró la mano y forzó una sonrisa.

—Tenía que intentarlo.

Apuraron sus consumiciones y salieron del pub, despidiéndose en la puerta. Cuando Roberto subió a su coche para regresar a Poo lo hizo convencido de haber hecho lo correcto. No es que Sofía no le atrajese, pero habría sido un error acostarse con ella, un error que no podía permitirse si alguna vez quería aspirar a tener una relación seria con Eva.

VIERNES 17 DE JULIO

El sonido del móvil fue lo que le sacó de su sueño. Inés seguía enfadada, exigiendo que la dejase morir, por eso agradeció que algo le despertase.

—Buenos días, Sofía —dijo al ver en la pantalla que era ella.

—Buenos días. ¿Estás en la cama?

Roberto miró su reloj antes de responder. Eran las diez de la mañana.

—Sí. Lo siento, debí poner el despertador.

—Si hubieses aceptado mi invitación de anoche, ya estaríamos en casa de mis padres —dijo ella en tono de broma.

—¿Sigues en Ribadesella?

—No, estoy esperándote en el supermercado que hay a la entrada de Llanes, por el lado de la autovía.

—Estaré ahí en diez minutos.

Nada más colgar se dio una ducha rápida, se vistió y salió de casa sin molestarse en ver si Diego estaba en ella. Cuando llegó al supermercado minutos después Sofía le esperaba con una sonrisa, apoyada en su coche. Llevaba puesto un pantalón corto y una camiseta de tirantes, que le daban un aire muy juvenil, alejada de la imagen de mujer fatal de la noche anterior.

—Siento llegar tarde —dijo Roberto al bajarse de su coche y acudir a su encuentro.

—No pasa nada —aseguró ella—. ¿Has desayunado?

—No.

—Entonces sube y te llevo a casa de mis padres. Podremos tomar un café allí.

El trayecto hasta la finca no duró más de dos minutos, tiempo que aprovechó Sofía para buscar una excusa creíble por la que ambos entraban juntos en la finca.

—Podemos decir que te encontré dando un paseo por el pueblo —propuso

ella.

—¿Tu padres no pensaban que estabas en Oviedo?

—Les pondré alguna excusa, como que les echaba de menos y que me apetecía estar con ellos.

—Veremos si funciona.

Llegaron al portón que daba acceso a la finca, que apenas tardó unos segundos en comenzar a abrirse, aunque se detuvo tras un par de metros de recorrido para permitir el paso a un hombre vestido con un pantalón vaquero y una camiseta. A través de la fina tela Roberto distinguió una pistola en el lado derecho de su cadera. Tenía el pelo rapado, unos treinta años y estaba bastante musculado. Parecía el típico exmarine de las películas americanas.

—Hola, vengo a ver a mis padres —le saludó Sofía.

—¿Quién es él?

—Un amigo. ¿Mis padres ya se han levantado? —preguntó con total naturalidad—. Vengo a darles una sorpresa.

El hombre se agachó para observar mejor a Roberto a través de la ventanilla abierta y le miró como si le conociese de algo. Durante un instante incluso Roberto se preguntó si habían coincidido en su época en el ejército, pero se incorporó antes de que pudiese averiguarlo.

—¿Tus padres te esperan? —le preguntó a Sofía.

—Si me esperasen no sería una sorpresa. ¿Podemos pasar o no?

—Sí, claro —dijo dando un paso atrás.

El vehículo atravesó la puerta y recorrió un camino de piedra fina que conducía hasta un chalé con forma de cubo partido por el medio, la típica construcción moderna que tanto odiaba Roberto, aunque su mirada se centró en localizar el Discovery gris. No lo vio en el mismo aparcamiento junto a la entrada que la mañana anterior y tampoco en otro lugar de la finca. Cuando aparcaron delante de la casa solo había un BMW negro y el Mercedes blanco con las lunas tintadas que había visto el día anterior. Ni rastro del todoterreno que le había sacado de la carretera.

—No está —dijo sin poder ocultar su frustración—. ¿Tenéis garaje o cochera?

—No.

—Entonces alguien se ha llevado el coche.

—Vamos —le animó ella mientras abría la puerta—, al menos deja que te invite a un café.

La vivienda tenía una amplia terraza en la entrada, donde había una mesa

con sillones de mimbre. En uno de ellos estaba sentada la misma mujer que les había abierto la puerta a Eva y a él en la casa de los padres de Inés, en Oviedo. Llevaba una bata de gasa con flores y unas enormes gafas de sol que solo dejaban a la vista unos labios inflados de botox.

—Hola, mamá —la saludó Sofía.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó extrañada—. Pensé que ibas a quedarte en Oviedo.

—Vi en la tele que hacía buen tiempo y me apetecía venir a la playa.

—Sabes que no me gusta que andes conduciendo.

—Ya hace seis meses que tengo el carnet, mamá, y tengo que practicar.

La mujer torció el gesto, como si no estuviese muy de acuerdo, y alzó las gafas para mirar a Roberto.

—¿Quién es este?

—Uno de los agentes que investiga la muerte de Inés.

—Pues dudo que pueda hacerlo aquí —dijo una voz masculina a su espalda.

Al girarse, Roberto se encontró con el gesto serio de Pablo Jovellanos, padre de Sofía, que acababa de salir del interior de la vivienda y no parecía alegrarse mucho de verle. Llevaba puesto un bañador y una camiseta, y en la mano sostenía una taza de café.

—Buenos días, señor Jovellanos —le saludó Roberto—. Me encontré con Sofía mientras paseaba por el pueblo y me invitó a tomar un café. Espero no molestar.

—Sí, mi hija es muy aficionada a hablar con desconocidos —dijo en tono despectivo, mirándola—. ¿Qué tal va la investigación, agente?

—No puedo decirle mucho, ahora mismo estoy de baja.

—Ah, es cierto —dijo el hombre con fingida sorpresa, o al menos así se lo pareció a Roberto—. Escuché que te habían sacado de la carretera. ¿Qué tal estás?

—Bien, no fue tanto como podía haber sido.

—Espero que al menos sirviese para que la UCO recibiese más refuerzos.

—¿Y eso por qué? —preguntó extrañado por el comentario.

—Está claro que hace falta más gente trabajando en el caso —aseguró Jovellanos tomando asiento al lado de su mujer—. Hasta ahora no han conseguido atrapar al asesino.

—Las investigaciones no siempre son rápidas. Hay demasiadas pistas que seguir. Por cierto, Sofía me ha comentado que los padres de Inés están aquí.

—Así es.

—Me gustaría hablar con ellos.

—Mi cuñada no se encuentra bien —intervino la mujer con gesto de desagrado—. Ha perdido a su hija.

—Lo sé, solo necesitaría hacerles un par de preguntas.

—Mi hermano está en la piscina, detrás de la casa —aseguró Jovellanos—, pero no creo que le apetezca hablar contigo.

—Solo serán un par de preguntas —dijo decidido a no desaprovechar la oportunidad.

—Muy bien —accedió poniéndose en pie—, acompáñame.

Siguió los pasos del anfitrión al interior de la vivienda, donde atravesaron un enorme salón con amplios ventanales y altos techos, hasta llegar a una pequeña puerta corredera que les condujo al jardín trasero y a la piscina que había en él. Era una piscina de unos veinte metros de longitud en la que un hombre nadaba como si quisiese destrozarse el agua con sus brazos.

—A Fernando le viene bien nadar un rato para desahogarse.

—Ya lo veo.

—Voy a avisarle. Puedes esperar ahí —dijo señalando una mesa de jardín con media docena de sillas que estaba situada en el otro extremo de la piscina.

Tuvo que esperar un par de minutos a que los dos hombres se reuniesen con él, después de que mantuviesen una charla entre ellos. El padre de Inés era más joven que su hermano, aunque las ojeras y el cansancio que reflejaba de su rostro le hacían parecer mayor.

No se dignó siquiera en saludarle. Se sentó en una de las sillas y le dijo con gesto serio:

—¿Ya sabéis quien mató a mi hija?

—Estamos en ello.

—Si no fuisteis capaces de encontrarla cuando desapareció dudo que ahora encontréis al que lo hizo. ¡Sois unos putos inútiles!

Roberto se sorprendió de la hostilidad que demostró el hombre hacia él.

—La Guardia Civil tiene tantas ganas de encontrarlos como tú —intervino su hermano para rebajar la tensión.

—Pues no lo parece.

—Me gustaría hacerle un par de preguntas, si no le importa —dijo Roberto con voz suave.

—Adelante —accedió Fernando Jovellanos mirando hacia otro lado, como si no le interesase demasiado.

—Su hija tenía instalada en el móvil una aplicación de geolocalización. ¿Se la instaló usted?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Pues porque tenía dieciséis años —respondió en tono despectivo clavándole la mirada—. Quería saber en todo momento donde estaba mi hija. ¿Acaso eso es un delito?

—Claro que no. Solo quería saber si tenía algún motivo para desconfiar de ella.

—Mi hija jamás se habría atrevido a desobedecerme. Hacía todo lo que yo le decía y no me ocultaba nada.

—Todos los adolescentes tienen secretos.

—Ella no, nunca se habría atrevido a ocultarme nada.

Roberto pensó en decirle a la cara lo que Inés hacía a sus espaldas en las redes sociales, en buena parte motivado por el comportamiento de su padre con ella, pero decidió no darse el gusto de borrarle de la cara esa expresión de prepotencia. Ya tendría ocasión cuando todo se resolviese.

—¿Le contó que iba a ir a la fiesta esa noche?

—Por supuesto que no, porque sabía que nunca la habría dejado ir —dijo con gesto de cabreo—. Estaba a cargo de su prima y yo confiaba en las dos.

—La culpa es de Sofía —aseguró su hermano—. Espero que cargue con esa culpa el resto de su vida.

—Sofía no es la responsable —le replicó Roberto, sorprendido de que hablase de ese modo de su propia hija—. El único responsable es el hombre que se la llevó. Él es el culpable de la muerte de Inés.

—Pues entonces encuéntralo y deja de poner en duda mi función como padre —concluyó Fernando Jovellanos levantándose de la silla para lanzarse de nuevo a la piscina.

Roberto le observó desconcertado. Cualquier otro padre le habría dado toda la información posible para ayudarle a encontrar a quien hubiese secuestrado y matado a su hija. Sin embargo, a aquel individuo parecía importarle más culpar al resto del mundo de lo sucedido antes que asumir su propia responsabilidad.

Esperó unos segundos para recibir al menos unas palabras de disculpa por parte de su hermano, pero lo que escuchó de Pablo Jovellanos fue una invitación a largarse.

—Si has acabado, ya sabes por donde se sale.

—Antes quiero hacerle una pregunta —dijo Roberto decidido a poner las cosas en su sitio—. ¿Quién le informa de la investigación que estamos llevando a cabo?

—¿Cómo dices?

—Sabemos que tiene un topo en la Guardia Civil pasándole información, que luego usted transmite a la prensa para presionarnos. ¿Quién es?

—¡Eso es mentira! —gritó enfurecido poniéndose de pie.

—Le he visto en la televisión poniéndonos a parir. No me tome por estúpido.

—Ya veo que el accidente que tuviste te afectó a la cabeza.

—No tanto como para no saber cuándo alguien me miente.

—Deberías tener cuidado, tal vez la próxima vez no tengas tanta suerte.

Roberto captó al instante el sentido de la frase.

—¿Me está amenazando?

—Solo te aviso de lo que podría ocurrirte si vas por ahí haciendo acusaciones falsas —aseguró el anfitrión.

—No me tome por un guardia civil de pueblo —dijo Roberto poniéndose en pie y endureciendo la expresión—. Pienso pillar al que mató a Inés, pero puede que luego me quede por aquí investigándole. Ser Consejero del Principado no le da inmunidad y estoy deseando mirar lo que esconde debajo de la alfombra.

—¡Lárgate ahora mismo de mi casa! —exclamó señalando con el brazo la puerta de regreso al interior de la vivienda.

Roberto sonrió y regresó dentro, mientras Pablo Jovellanos se quedaba en el jardín soltando todo tipo de improperios entre dientes. Después de todo, la reunión no había resultado tan mal como esperaba. Seguro que Eva le echaría la bronca cuando se enterase, pero por lo menos ahora sabía quién había ordenado que le sacasen de la carretera. La gran pregunta era si lo había hecho para que la UCO aumentase sus efectivos en la investigación o para apartarle del caso.

Antes de perderle de vista, le lanzó una última mirada al anfitrión. Pablo Jovellanos no era consciente del enemigo que se acababa de crear.

Roberto atravesó el salón decidido a abandonar la casa, cuando un susurro llamó su atención.

—Por favor, ¿tiene un minuto?

Miró a su izquierda y al fondo vio una puerta entreabierta desde la que una mujer le observaba. Tenía muy mala cara, como si llevase días sin dormir. Los ojos rojos y el gesto de dolor le dieron a entender que se trataba de la madre de Inés.

Ella le hizo gestos con la mano para que se acercase, así que, tras mirar hacia la piscina y comprobar que ninguno de los dos hermanos Jovellanos le seguía, se acercó a la mujer.

—Soy la madre de Inés.

—Siento mucho su pérdida, señora —dijo percibiendo un fuerte olor a alcohol en su aliento.

—Le escuché decir que investiga la muerte de mi niña.

—Así es.

—Hay algo que no le he dicho a nadie, ni siquiera a mi marido, pero tiene que prometerme que él no se va a enterar.

—Puede estar tranquila.

—La noche de la fiesta mi niña me llamó —dijo juntando ambas manos sobre el pecho, a la altura del corazón—. Me preguntó si podía ir a la fiesta con su prima sin decirle nada a su padre y yo le dije que sí. Sabía que él no se enteraría, porque estaríamos en una fiesta con empresarios y políticos y no iba a mirar el móvil para controlar donde estaba ella. Yo... fue culpa mía. Yo le di permiso para ir y luego ella... desapareció.

La mujer comenzó a sollozar, un llanto contenido que intentó reprimir para que nadie la escuchase.

—No sufra por ello, usted no tuvo la culpa —dijo Roberto posando la

mano sobre su hombro.

—Ella... había conocido a alguien por internet —continuó logrando reponerse—. No me dijo su nombre, pero sí que había estado hablando por videoconferencia ese día con él. Ni siquiera se lo contó a su prima. Por algún motivo confió en mí y yo... yo no...

Esta vez el llanto se hizo más intenso, por eso Roberto tuvo que darle unos segundos para que se sobrepusiese.

—¿Le dijo cómo era ese chico? —preguntó cuando se calmó.

—Dijo que era muy guapo y que tenía el pelo largo y una cicatriz en la ceja, igual que un actor de cine que le gustaba.

Al escuchar eso, Roberto sintió que se le paraba el corazón.

—¿Ha dicho una cicatriz en la ceja?

—Sí, eso dijo.

—¿Y por qué no nos ha contado nada de esto antes?

La mujer se tomó unos segundos en responder. Lo hizo bajando la mirada al suelo, avergonzada.

—Yo la dejé ir a la fiesta... a espaldas de mi marido. Yo fui quien le dio permiso. Por mi culpa ella...

La mujer no pudo más y rompió a llorar, esta vez sin consuelo. Se tapó el rostro con las manos y se perdió sala adentro sin dar tiempo a Roberto a decirle nada que la aliviase de su dolor.

Sofía estaba sentada junto a su madre, pero al ver salir del interior de la casa a Roberto se puso en pie y le ofreció una taza.

—Espero que te guste el café con leche.

—Gracias, pero tengo que irme —dijo evitando dar explicaciones.

—Está bien, te llevo —dijo ella dejando la taza sobre la mesa.

Se despidió de su madre y, tras subir al coche, pusieron rumbo a la salida de la finca. Por un momento Roberto pensó que el vigilante no les dejaría pasar, dado que se situó delante del portón, pero en cuanto este se abrió se hizo a un lado.

—Tienes mala cara —comentó Sofía—. ¿La charla con mi padre no ha ido bien?

—Es un capullo.

—En eso estoy de acuerdo, y mi tío también lo es. Son tal para cual.

Roberto esperó a abandonar la finca antes de preguntar:

—¿Tú prima te habló del hombre con el que había quedado en la playa?

—¿En qué sentido? —replicó ella sin desviar la vista de la carretera.

—¿Viste una foto suya o te contó cómo era?

—No, solo sé lo que os conté.

—Intenta pensar, Sofía. Tal vez te contó algún detalle de él, como que tenía una cicatriz.

—Me dijo que se parecía al actor de una serie de televisión del que estaba enamorada.

—¿Qué serie?

—Una en la que se pelean por un trono de hierro. No sé cómo se llama porque nunca la he visto.

—¿Juego de tronos?

—Sí, creo que es esa.

—¿Y sabes cómo se llama el actor?

—Ella dijo que el chico se parecía a Drogo, pero no sé quién es ese.

Roberto realizó en su móvil una búsqueda del reparto de la serie. No le costó mucho encontrar el personaje que buscaba y ampliar la foto del actor. Todo encajaba. Pelo largo, barba y una cicatriz que le cruzaba la ceja izquierda.

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —preguntó Sofía alarmada—. ¿Lo has encontrado?

—Sí.

—¿Y cómo es?

Aprovechando que se habían parado en un cruce, Roberto le mostró la pantalla del móvil.

—Es muy guapo. Lástima que no sea real.

—Tal vez sí lo sea.

Roberto esperó a llegar al aparcamiento del supermercado antes de realizar la llamada que tenía en mente, aunque su teléfono móvil sonó antes.

—Hola, Eva —la saludó—. Precisamente estaba pensando en llamarte ahora.

—Estoy camino de Asturias. Llegaré en tres horas o así.

—Me alegra saberlo.

—Tenemos que hablar personalmente con los amigos de Sebas para ver si conocen al tal Julio. Hoy a primera hora nos dio por comprobar su DNI, el que nos enseñó cuando le interrogamos en la cafetería de Ribadesella, y resulta que es falso. No sé porque fui tan estúpida y no lo comprobé antes.

—Te dirán que no existe. El cabrón nos la ha jugado, Eva.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Julio es Cameron.

Poco antes del mediodía, Roberto y Eva quedaron en verse en la misma cafetería en la que se habían entrevistado con Julio. Dado que él llegó antes, decidió adelantar trabajo hablando con la camarera. Por suerte, era la misma que les había atendido unos días atrás

—Hola, ¿te acuerdas de mí? —la saludó.

—Me sueñas —respondió la camarera con timidez.

—Soy agente de la Guardia Civil. Estuve aquí el otro día con unos compañeros y te pregunté por las cámaras de seguridad.

—Sí, creo que lo recuerdo —dijo ella no muy convencida.

—¿Quería saber si podemos ver las grabaciones?

—¿De ese día?

—No, en realidad del martes siete de julio.

—Son muchas horas de grabación.

—Lo sé, pero es importante.

—Tendría que hablar con el dueño.

—Llámale y dile que es para la UCO, por favor. Traeremos una orden judicial para que todo sea legal.

—Ahora mismo le llamo.

Roberto asintió con la cabeza y se sentó hasta que llegase Eva. Su compañera no tardó más de un minuto en entrar, aunque lo hizo con gesto de evidente cabreo, tanto fue así que ni siquiera le saludó cuando se puso en pie para recibirla.

—Acaban de llamarme de Oviedo —dijo procurando no levantar demasiado la voz—. ¿Has estado hoy en casa de Pablo Jovellanos?

—Sí, me encontré con Sofía y me invitó a tomar un café en casa —trató de justificarse de manera atropellada.

—No me jodas, Rober —le reprendió a la vez que tomaba asiento—. Al

menos no me mientas.

—Te juro que fue así —aseguró él mientras se sentaba de nuevo—. Bueno, más o menos. Ayer estuve charlando con Sofia, aquí, en Ribadesella, y le pedí que me llevase hoy a su casa para comprobar si el Land Rover Discovery seguía dentro de la finca.

—¿Y lo estaba?

—No, había desaparecido. Luego ella me invitó a tomar un café y nos encontramos con sus padres y sus tíos.

—¿Estuviste interrogándolos?

—Les hice un par de preguntas, nada más. La verdad es que no querían hablar conmigo, y el capullo del padre de Sofia se puso bastante borde.

—Ese capullo llamó al Delegado del Gobierno hace una hora, este a mi jefe y mi jefe a mí. Quiere saber por qué presionamos a la familia como si fuesen sospechosos de la muerte de Inés.

—Yo no les presioné, Eva, te lo juro. Solo les hice un par de preguntas y me largué en cuanto me invitaron a irme.

—No puedes ir por ahí tú solo interrogando a la gente y menos sin mi permiso.

Por un momento, Roberto pensó que Eva iba a tirar de galones para ponerle en su sitio.

—Fue algo que surgió así, no fue premeditado —se defendió.

—Pues tu cagada me ha costado una buena bronca y quizás que me aparten de la investigación.

—¡No estarás hablando en serio!

—Veo que no eres consciente de las dimensiones que está tomando el caso. Pablo Jovellanos tiene mucho poder y no nos interesa meternos con él.

—¿Aunque ordenase que me sacasen de la carretera?

—¿Qué quieres decir?

—Ese capullo prácticamente me lo confesó a la cara, incluso me amenazó con que la próxima vez igual no tenía tanta suerte. —Roberto sacó su teléfono móvil y lo puso sobre la mesa—. Lo tengo todo grabado.

—Joder, Rober, ¿cómo se te ocurre grabarlo sin su consentimiento?

—Porque sé que sus hombres me sacaron de la carretera. El Discovery ya no está dentro de la finca. Imagino que Pablo Jovellanos iba dentro del Mercedes que salía ayer de la finca cuando pasé por delante, me vio y ordenó a sus hombres que se deshiciesen de él.

—Eso no puedes asegurarlo.

—Quizás no, pero tengo su confesión grabada, del mismo modo que grabé lo que me dijeron los padres de Inés.

—¿Sabes que eso es ilegal?

—Puede, aunque no te imaginas lo que me contaron. —Al ver que Eva no decía nada, prosiguió—. El padre de Inés es un capullo que prácticamente la tenía prisionera, tal y como nos contó Sofía. No se fiaba de su hija, por eso controlaba sus movimientos a través del móvil.

—Esa noche no lo hizo.

—Porque estaban en una fiesta. Su madre le dio permiso para ir a Cuevas porque sabía que su padre estaría entretenido y no se enteraría.

—¿Le dijo a su madre que iba a ir a la fiesta de la playa?

—Sí, y que allí esperaba encontrarse con un amigo que había conocido en internet y con el que había hablado por videoconferencia esa mañana.

—¿Te dijo quién?

—No, pero, según le contó luego a su prima, se parecía a un actor de la serie Juego de tronos, el que interpreta a Khal Drogo.

—¿No crees que exageró?

—Puede, pero a su madre le dio un detalle muy importante: tenía una cicatriz en la ceja izquierda.

—¡No me jodas! —exclamó Eva abriendo de forma exagerada los ojos—. Julio también tenía una.

—Lo sé. Tal y como yo lo veo, Julio es Cameron. El cabrón se dejó el pelo largo y barba hasta la noche del secuestro. Luego cambió de *look* y se presentó ante nosotros fingiendo ser amigo de Sebas.

—¿Y por qué lo haría?

—Lo he estado pensando de camino hacia aquí y solo he llegado a una conclusión: para despistarnos. Al contarnos que Cameron era un argentino que viajaba por el mundo se aseguraba de que desistiésemos de buscarle.

—¿Pero por qué arriesgarse a vernos?

—Para comprobar lo que sabíamos del caso y lo cerca que estábamos de atraparlo. Pero, sobre todo, para mantenernos alejados de él. Lo más fácil sería largarse, pero por algún motivo tiene que seguir aquí, en esta zona.

—¿Te refieres a Llanes?

—A Llanes, a Asturias... No sé. Algo me dice que quiso alejarnos de él porque necesita quedarse en este territorio, su territorio de caza.

—Hablas ya como un experto criminólogo —dijo Eva con una ligera sonrisa.

—Ojalá lo fuese. Tengo la sensación de que las piezas están ahí, esperando a que las junte, y soy incapaz.

—No te preocupes, lo lograremos.

La camarera se acercó a ellos en ese momento.

—He hablado con mi jefe y dice que no hace falta que pidas ninguna orden judicial, que puedes revisar las grabaciones cuando quieras.

—¿Puede ser ahora? —preguntó Roberto.

—Claro que sí. La oficina está al lado de la cocina.

—Vamos.

Les llevó más de una hora revisar las grabaciones de ese día. Lo hicieron a velocidad rápida, deteniéndose solo cuando había algún cambio de clientes en la cafetería, y al final llegaron a la conclusión de que el hombre que había dicho ser Julio no se había reunido allí con Sebas el día anterior a su muerte.

—Es muy probable que lo matase él —planteó Eva— y a Juanín también, teniendo en cuenta que las dos balas que les atravesaron la cabeza provenían del mismo arma.

—¿Crees que algo de lo que nos contó era cierto? Lo de las fiestas con prostitutas y drogas, lo de la gente de pasta que pagaba por ellas... Incluso cómo implicó a Juanín en el secuestro.

—Creo que solo lo de Juanín era cierto y nos lo contó para ganarse nuestra confianza. El resto no fue más que una historia que se inventó para despistarnos.

—¿Y cómo podía saber lo que nos había contado Juanín?

—Porque alguien le está pasando la información, alguien del cuartel —dijo Eva convencida—. Tenemos un topo.

Roberto dibujó una sonrisa.

—Precisamente acusé a Pablo Jovellanos de tener un topo en el cuartel de Llanes, que le pasaba la información que luego él filtraba a la prensa.

—¿Y qué te dijo?

—Me echó de su casa.

—O sea, que no ibas desencaminado.

—No lo creo.

—Hay una forma de averiguarlo —aseguró Eva—. Puedo pedir una orden para obtener un registro de las llamadas de Pablo Jovellanos desde que iniciamos la investigación.

—¿Crees que te la darán? Hablamos de un Consejero del Principado.

—Y de tres asesinatos, al menos hasta el momento. Tranquilo, conseguiré ese registro.

—De todas formas no creo que el topo informe a Pablo Jovellanos y a la vez al hombre que secuestró a su sobrina —reflexionó en voz alta Roberto—. No tendría mucha lógica.

—A no ser que Pablo Jovellanos esté implicado en su muerte.

—¿Lo dices en serio? —preguntó sorprendido Roberto.

—He visto cosas más raras, aunque lo cierto es que no, no lo creo —aseguró negando con la cabeza—. De todas formas, voy a pedir autorización para revisar el registro de las llamadas de todo el cuartel y del personal destinado en él. Sé que será como buscar una aguja en un pajar, pero tal vez tengamos suerte y demos con algo.

—Hay algo más de lo que tengo que hablarte. Anoche me reuní con Sofía y me contó algo muy interesante. Al parecer, una amiga suya conoce a una mujer que debió pasar por algo muy parecido a lo de Inés.

Acto seguido Roberto le relató todo lo que Sofía le había contado del caso.

—¿Y no tiene ni idea de dónde podemos encontrarla?

—No, solo sabe que se largó de Asturias. Ni siquiera sabe su nombre.

—Podría preguntarle a su amiga, o hablar nosotros con ella.

—Le preguntaré a Sofía a ver si es posible.

Eva se quedó unos segundos pensativa, hasta que finalmente preguntó:

—¿Estuviste anoche con Sofía?

—Sí.

—Y esta mañana estabas de nuevo con ella.

Roberto no entendió donde quería ir a parar, hasta queató cabos.

—No dormimos juntos, si es lo que preguntas.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas, puedo verlo en tu mirada.

—No es que me importe —aseguró sin mucha convicción—, pero liarle con una testigo no sería una buena idea.

—No voy a negarte que me lo propuso, pero te aseguro que ni se me pasa por la cabeza complicarme la vida con alguien veinte años menor que yo —aseguró Roberto convencido—. Es muy guapa, no te lo voy a negar, y cuando se arregla es una mujer impresionante. Sin embargo, ahora mismo en lo único que pienso es en ti y en averiguar qué ha pasado entre nosotros. Pasamos una noche maravillosa juntos y al día siguiente éramos como dos desconocidos.

¿Por qué?

Eva no fue capaz de sostenerle la mirada.

—Lo siento, pero no puedo responderte a eso ahora mismo.

—¿Hice algo mal? ¿Traspasé alguna línea prohibida?

—No eres tú. Todo esto es demasiado complicado.

—Al menos dime qué ocurrió para que reaccionases así.

Ella se tomó unos segundos, como si dudase las siguientes palabras, hasta que al final levantó la mirada hacia él.

—La mañana después de acostarnos recibí un mensaje de Marga, mi antigua novia. Quería arreglar las cosas.

—Entiendo —aseguró Roberto, imaginando el significado de esas palabras—. ¿Y tú quieres arreglar las cosas?

—No sé lo que quiero, Rober. Ahora mismo solo puedo pensar en este caso. No quiero saber nada de ella ni de ti. Que no te parezca mal, pero necesito espacio. Tengo demasiadas cosas en la cabeza ahora mismo.

Roberto vio claro que estaba agobiada, aunque eso no evitó que le ofendiese el comentario.

—Yo nunca te he presionado, Eva, y no quiero que interpretes lo que te he dicho hace un momento como un modo de lograrlo. Bien es cierto que los dos habíamos bebido esa noche y necesitábamos compañía, pero para mí significó algo —dijo tratando de imprimir a sus siguientes palabras una intensidad emocional que esperaba que ella captase—. Me gustas mucho, Eva. Eres una mujer fuerte, inteligente y con un atractivo mayor del que crees. Sin embargo, soy consciente de que ambos tenemos una vida complicada. Yo tengo un pasado que me lastra demasiado, tanto emocionalmente como... Bueno, ya sabes mi situación. Tengo un hijo que no conozco con una mujer a la que odio. Y en tu caso estás inmersa en una relación con una mujer con la que yo, seguramente, no podría competir. Esto nos ha pillado a los dos en un momento de nuestra vida demasiado complicado.

—En eso estoy de acuerdo contigo.

—Sí, pero...

Eva alzó la mano para que dejase de hablar, algo que Roberto hizo.

—Nunca he dejado que mis problemas personales influyan en mi trabajo.

—Yo tampoco.

—Solo necesito aparcar este asunto hasta que pueda aclararme con todo. No puedo prometerte nada, entre otras cosas porque no sé cuáles son mis verdaderos sentimientos hacia ti.

—Antes te has puesto celosa cuando he mencionado a Sofia —dijo esbozando una ligera sonrisa—. Eso puede significar algo.

Sus palabras lograron que ella también sonriese.

—Podría. Y ahora, ¿qué te parece si volvemos al trabajo?

—Claro. ¿Quieres que regresemos a Llanes?

—Sí, hoy es viernes y en dos días tengo que dejar el piso. Quiero ir recogiendo mis cosas.

—¿Dónde te vas a alojar luego?

—No lo he pensado todavía. Tenía la vana esperanza de resolver el caso antes.

—Lo conseguiremos. Por cierto, ¿Hinojosa sigue en Madrid?

—Sí, se quedó intentado llegar hasta la gente que está tras los grupos de *Facebook* como el de Avatar. Me dio un sobre cerrado para ti. Lo tengo en el coche.

—¿Y que hay dentro?

—No quiso decírmelo. Dijo algo así como que mejor no mirase si no quería ir a la cárcel. Espero que bromease

—Yo no —aseguró sin perder la sonrisa.

Roberto abrió el sobre y sacó el contenido, dejándolo sobre la cama. Era una copia de la autopsia de Luis Cuesta y otra del informe de Criminalística, junto con dos fotografías. En una de ellas podía verse al fallecido forzando sexualmente a una joven que parecía estar sufriendo un dolor extremo. La otra era un primer plano del rostro de ella.

Con el corazón a punto de salirle por la boca, abrió la carpeta en la que tenía el informe de la muerte de Adolfo Guillén, alcalde de Cangas de Onís. Sus peores temores se vieron confirmados cuando sacó la foto que había en ella y la comparó con la que tenía de Luis Cuesta.

—Joder... ¡Es la misma chavala! —A esta exclamación de sorpresa siguió una de intensa rabia—. ¡Hijos de puta!

No podía creerse que se tratase de la misma joven. Bueno, en realidad sí, precisamente por eso le había pedido a Hinojosa que se hiciese con la foto. Lo que no podía creerse es que ambos hubiesen sido tan bastardos como para violar a la misma adolescente. Porque de lo que no cabía duda es que no tenía más de quince años. Dieciséis como mucho.

Su primer instinto fue llamar a Eva, que en ese momento se encontraba en el piso de Llanes, dándose una ducha, pero prefirió revisar antes el resto del informe. Tenía que haber más coincidencias, aparte de esa. Revisó cada página del informe del forense, en el que se describía que el fallecido mostraba abrasiones en las yemas de los dedos, como si hubiese tratado de soltar la cuerda que apretaba su cuello. La conclusión del forense era que o bien se había arrepentido a última hora del suicidio o alguien le había colgado de la cuerda y había intentado soltarse mientras colgaba de ella. Los periodistas parecían haber utilizado esta última teoría para limpiar la imagen de alguien que en realidad era un ser despreciable que había recibido un castigo justo.

En el informe de Criminología no constaba ninguna prueba que pudiese llevar hasta un posible asesino. No había otras huellas dactilares en el despacho que las correspondientes a los habitantes de la casa ni tampoco ninguna puerta o ventana forzada. Si era cierto que la ventana del despacho estaba entreabierta, pero no había nada más que pudiese indicar que alguien se hubiese colado en la casa.

Fue al llegar a la descripción de los objetos que el fallecido portaba en el momento de su muerte cuando vio algo que hizo que se le acelerase el pulso. Luis Cuesta llevaba una medalla de plata en el cuello con una equis dentro. Otra coincidencia con el alcalde que no podía ser mera casualidad.

Dejó al lado el informe y se puso a buscar en internet alguna referencia a esa medalla, pero tras un cuarto de hora no dio con nada, por eso decidió que lo mejor era llamar a Eva y contarle todo lo que había averiguado. Antes decidió acercarse a la cocina y coger una cerveza de la nevera, para apagar la sed que sentía desde hacía rato.

Diego estaba preparándose algo para comer cuando entró.

—¿Tienes hambre? —preguntó al verle.

—No, gracias. Solo vengo a por una cerveza.

—¿Qué tal lleváis el caso de Inés?

—Sabes que no puedo contarte nada.

—Es verdad, lo siento —se disculpó Diego—. Dicen tantas teorías en la tele sobre el caso que uno ya no sabe a quién creer. Y ahora encima están atacando a la familia por los líos en los que están metidos.

—¿A qué líos te refieres?

—A los de su padre. Imagino que lo sabrás.

—No, ni idea.

—Al menos sabrás que es constructor.

—Sí, eso lo sé.

—Pues resulta que está metido en un lío gordo por unas obras en Perlora, un pueblo costero que está cerca de Candás.

—Lo conozco —aseguró Roberto.

—En Perlora hay una ciudad residencial perteneciente al Principado de Asturias, cuyas obras de remodelación le concedieron a él. Bueno, en realidad lo hizo su hermano gracias a su amistad con el Consejero de Urbanismo. El caso es que se han detectado irregularidades en los presupuestos y las obras se han paralizado mientras se investiga.

—No tenía ni idea de que estuviese metido en esos líos.

—Si quieres te doy el teléfono del periodista que lo investiga. Es un tío muy competente, un periodista de los de verdad. Está investigando los negocios de la familia por su cuenta para publicar un artículo.

—Pues igual sí que me interesa hablar con él.

—Espera, te paso el número —aseguró sacando su teléfono.

Roberto lo guardó en la memoria del suyo y luego regresó a la habitación cerveza en mano. Aunque esa información sobre la familia Jovellanos era interesante, lo más importante en ese momento era contarle a Eva la relación entre Luis Cuesta y Adolfo Guillén.

En cuanto regresó a su habitación, Roberto llamó a Eva por teléfono.

—¿Tienes un minuto?

—Me pillas haciendo las maletas —aseguró ella—. ¿Ocurre algo?

—Acabo de descubrir que existe relación entre la muerte de Adolfo Guillén, alcalde de Cangas de Onís, y Luis Cuesta, el político madrileño al que Hinojosa y yo íbamos a detener antes de incorporarnos a este caso.

—¿Qué clase de relación?

—En el lugar donde aparecieron sus cadáveres había unas fotos en las que se les veía violando a la misma menor.

—No termino de entenderlo.

—Luis Cuesta apareció ahorcado en su despacho. Desde el primer momento supusimos que lo había hecho para no entrar en la cárcel —le explicó Roberto—. En el caso de Adolfo Guillén apareció muerto en la bañera después de cortarse las venas. Ambas muertes parecen suicidios.

—¿Y no es así?

—Tal vez lo sean, pero hay una similitud en ambos casos que me desconcierta. Los dos tenían una caja fuerte en el lugar en el que encontraron sus cadáveres y los dos la tenían abierta. Esparcidas sobre una mesa estaban las fotos en las que se les veía violando a la misma cría, cuando eran jóvenes. ¿Recuerdas lo que nos dijo el criminólogo referente al pacto de compromiso?

—Sí. ¿Acaso piensas que los dos pertenecían a la misma secta o grupo?

—Podría ser. Las fotos serían la prueba.

—Lo que no entiendo es por qué iban a dejarlas a la vista.

—Se me ocurren dos motivos. O se arrepintieron de lo que habían hecho en el pasado y por eso se suicidaron, o alguien las dejó allí para que pensásemos que eso es lo que había ocurrido.

—¿No piensas que se suicidasen?

—Luis Cuesta mostraba abrasiones en la yema de los dedos, como si hubiese intentado liberarse de la cuerda cuando estaba colgando de ella. Y en el caso de Adolfo Guillén, tenía tanto alcohol y drogas en el cuerpo que no habría resultado difícil cortarle las venas sin que se resistiese.

—¿Insinúas que alguien se los cargó como venganza?

—O para cerrarles la boca para siempre.

—Lo que no entiendo es que tiene esto que ver con la muerte de Inés.

—¿No ves las similitudes? A ella también la violaron.

—Lo siento, pero no me convence.

—Adolfo Guillén era aficionado al sado, Sofía nos lo dijo. ¡Ah, y hay otra cosa! Los dos llevaban al cuello la misma medalla de plata con una equis dentro.

—¿Y eso qué significa?

—Podría ser el símbolo de la cruz de San Andrés, en la que torturaron a Inés. Quizás ese sea el símbolo de su secta.

—¿Quieres decir que los dos participaron en su muerte?

—En el caso de Luis Cuesta es imposible, estaba en Madrid, pero en el caso de Adolfo Guillén podría ser.

Se hizo el silencio durante unos segundos, como si Eva analizase sus palabras, hasta que al final dijo con voz firme:

—¿Te das cuentas de que nada de lo que has dicho tiene mucho sentido?

Roberto no esperaba esa reacción, por eso trató de convencerla.

—No puede ser casualidad que ambos violasen a la misma adolescente hace años, ni que hayan muerto con tan pocos días de diferencia. Quizás alguien está haciendo limpieza dentro de la secta, eliminando a cualquiera que nos pueda llevar hasta ellos, como Juanín y Sebas.

—¿Y no sería más acertado pensar que simplemente se suicidaron y que no tienen nada que ver con la muerte de Inés? Tal vez nos estamos empeñando en encontrar una secta que no existe y todo esto no es más que otro asesinato cometido por un psicópata que tortura y mata a las víctimas por simple placer.

—No lo creo —aseguró Roberto convencido—. Inés fue una víctima más de un grupo de depravados y pienso demostrarlo. Esa chica de la que me habló Sofía, la que casi matan a latigazos, sabe quién es esa gente, así que voy a encontrarla.

—Como quieras, pero creo que deberíamos centrarnos en encontrar a Cameron. Él es el verdadero asesino.

—¿Vendrías conmigo si encuentro a esa mujer?

—Sí, claro, aunque antes tengo que llevar mis cosas a Oviedo. Pasado mañana dejo el piso de alquiler de Llanes.

—¿Eso significa que te vas a quedar en Oviedo?

—Esa es la idea.

—¿Y piensas ir y venir todos los días a Llanes desde allí? —preguntó Roberto sorprendido.

—Sí.

—A Diego le queda todavía una habitación libre.

—Eso no sería una buena idea. Por cierto —dijo cambiando rápidamente de tema, sin dar más explicaciones—, Hinojosa acaba de llamarme desde Madrid. Ya sabe desde qué teléfono informan a Pablo Jovellanos de nuestros avances en la investigación.

—¿Desde cuál?

—Desde la extensión del despacho del teniente Ferrán.

—¡Joder, lo sabía! —exclamó con rabia Roberto—. Ese capullo me dio mala espina desde el principio. Primero nos mintió con lo de las desapariciones en Llanes. No dijo nada de la desaparición de Nadine y cuando lo descubrimos nos puso una disculpa de mierda. Y todavía seguimos esperando por la base de datos de embarcaciones del puerto de Llanes que prometió que iba a conseguirnos. Sé que esconde algo. ¿Recuerdas lo que dijo cuando descubrimos la casa en Nueva de Llanes?

—No.

—Lo primero que preguntó fue cómo la habíamos encontrado. Por su cara se notaba que estaba sorprendido.

—No sé si eres consciente de que, tal y como lo planteas, más bien parece que esté implicado en el asesinato de Inés y no que esté pasándole información a su tío.

—Es cierto. Habría que comprobar si Ferrán tiene un revólver del nueve Parabellum. Pudo matar a Juanín y a Sebas.

—Roberto —dijo Eva con voz suave para captar su atención—, estás diciendo cosas incongruentes. ¿Por qué motivo iba a matarles?

—Quizás por orden de Pablo Jovellanos, para vengar la muerte de su sobrina.

—No sabemos si Ferrán hizo esas llamadas. Alguien pudo usar su teléfono para implicarle, por si lo descubríamos.

—Tú no crees eso. Sospechas de Ferrán tanto como yo.

—Puede ser, pero hay que demostrarlo. Le he pedido a Hinojosa que siga

en Madrid y que investigue las cuentas de Ferrán, a ver si descubre algo. Hasta entonces no podemos tratarlo como a un sospechoso.

—Como quieras —protestó.

Eva se tomó unos segundos antes de replicarle.

—Roberto, agradezco mucho que te estés tomando tan en serio el caso, pero no podemos lanzar acusaciones sin pruebas. Deberías saberlo.

—Lo sé. El problema es que Inés no lo ve igual que tú y cada vez que me duermo me recuerda que tengo que encontrar a su asesino.

—Tal vez deberías tomarte unos días de descanso —sugirió ella.

—Eso sería lo peor que podría hacer. Tengo que seguir investigando.

—Al menos tómate el fin de semana libre. El lunes nos vemos en Llanes a primera hora. ¿De acuerdo?

Roberto iba a decir que no, pero lo cierto es que Eva era quien mandaba en el caso.

—De acuerdo —accedió de mala gana.

Nada más despedirse de ella, llamó a Sofía. Tenía todo el fin de semana para localizar a la única persona que podía llevarles hasta la secta.

DOMINGO 19 DE JULIO

El viaje hasta Salamanca se hizo menos pesado de lo esperado, en parte gracias al aire acondicionado del coche, que les protegió de los treinta grados de temperatura que sufrieron desde el momento en que abandonaron Asturias.

Habían pasado dos días ya desde su conversación con Eva, en la que le había asegurado que encontraría a la mujer que había estado a punto de morir igual que Inés. No fue fácil. Primero tuvo que convencer a Sofía para que le presentase a la compañera que le había contado aquella historia. Esta se negó en un primer momento a desvelar el nombre de su amiga, hasta que Roberto le explicó el modo en que había muerto Inés. No necesitó entrar en demasiados detalles, solo con contarle que no era la única mujer que había muerto así y que otras muchas podían seguir el mismo camino logró convencerla.

Lucía Sánchez Villalobos, que era como se llamaba su amiga, se había largado de Asturias con los diez mil euros que usaron para comprar su silencio los que a punto estuvieron de matarla. En dos años no le había revelado a nadie su paradero, aunque conocer su nombre completo fue suficiente para localizarla. Solo hizo falta que Hinojosa acudiese a la base de datos de Hacienda para conocer su paradero actual.

Lucía se ocultaba en un pequeño pueblo de Salamanca llamado La Fregeneda, que casi lindaba con Portugal. Vivía en una casa de alquiler dentro del pueblo y trabajaba en un bar situado en un muelle fluvial del río Duero.

Era cerca de la una del mediodía cuando llegaron a su destino. Hasta entonces, Eva y él no habían hablado mucho, solo para mantener una pequeña discusión, después de que ella le contase que había informado al capitán Montes y al teniente Ferrán del motivo de su viaje y de que Roberto la reprendiese por ello. No había sido una discusión acalorada ni mucho menos, pero suficiente para que durante la primera parte del viaje se limitasen a escuchar la radio y algo de música. Tras sobrepasar León, Roberto intentó

romper el hielo y charlar de algo, aunque lo hicieron de temas intrascendentes, evitando en todo momento hablar de la investigación. Roberto la notaba fría y distante con él, y, aunque había aceptado acompañarle en el viaje, no parecía que las cosas estuviesen bien entre ellos.

—Espero que quiera hablar con nosotros —dijo Eva mientras alcanzaban las primeras calles del pueblo.

—Eso espero yo también.

Aparcaron al llegar al centro de la población y caminaron hasta la casa en la que vivía Lucía, siguiendo las indicaciones del *Maps*. Llamaron varias veces a su puerta, sin obtener respuesta, hasta que una mujer que vivía al lado llamó su atención.

—¿Buscáis a Lucía?

—Sí —respondió Roberto.

—Está trabajando en el bar del muelle.

—¿En domingo?

—Aquí en verano no hay domingos, es cuando más turistas tenemos.

Se despidieron de ella y regresaron al coche para acercarse a la frontera. Les llevó casi un cuarto de hora llegar al muelle fluvial del que salían los barcos que recorrían el río Duero cargados de turistas. Había bastantes coches aparcados en el *parking* de la cafetería, señal de la buena afluencia que tenía el lugar en verano, tal y como había asegurado la vecina de Lucía.

—¿Qué tal se comerá aquí? —preguntó Roberto mientras entraban en el local.

—¿Tienes hambre?

—La verdad es que sí.

—Podemos comer algo después de hablar con Lucía.

—Ya veremos.

Nada más entrar se dirigieron a hablar con el camarero que estaba en la barra.

—Buenos días, buscamos a Lucía.

—Está preparando el comedor. Es ahí —dijo señalando la puerta situada al fondo.

Solo había una camarera en el comedor, que en ese momento les daba la espalda mientras colocaba los cubiertos de una mesa.

—¿Lucía Sánchez Villalobos? —preguntó Eva.

Ella se dio la vuelta al escuchar su nombre completo. Tenía una cicatriz en el lado derecho de la cara que le recorría media mejilla. Solo eso estropeaba

un rostro bastante hermoso, aunque su mirada era apagada.

—¿Quién lo pregunta?

—Soy la sargento Ruano, de la UCO, y este es el cabo Fuentes.

—¿Qué quieren? ¿He hecho algo?

—Solo queremos hablar contigo unos minutos.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que te ocurrió para que decidieses venir a vivir aquí.

—Lo siento, no tengo nada que contarles —dijo dándoles la espalda y continuando con su labor.

—El cadáver de Inés Jovellanos, de quince años, apareció en una playa de Llanes después de que la torturasen en una sala sado.

—Yo de eso no sé nada.

—Pero puedes evitar que vuelva a suceder. Creo que los que le hicieron eso a Inés también te lo hicieron a ti, solo que tú lograste sobrevivir.

Al escuchar eso se giró de nuevo y les miró con frialdad.

—Si lo han vuelto a hacer es porque nadie ha podido detenerles. ¿De qué valdría lo que yo pueda contaros?

—Te protegeremos, si eso es lo que te preocupa —aseguró Eva.

—No podéis protegerme, solo el silencio me protegerá.

—Nadie sabrá que has hablado con nosotros. Tienes mi palabra.

—¿Y eso de qué me sirve? Si ellos se enteran...

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—Lo siento, pero no...

Roberto, que hasta ese momento había dejado que Eva dirigiese el interrogatorio, intervino.

—Dos de ellos ya están muertos. Alguien se encargó de que pagasen por lo que hicieron a otras mujeres como tú.

Eso despertó el interés de la joven.

—¿Y cómo sabes que son ellos?

—Del mismo modo que hemos llegado hasta ti. Solo necesitamos que nos cuentes lo que ocurrió y te dejaremos en paz. No necesitamos que declares, solo que nos cuentes la verdad.

Roberto vio en la mirada de Eva que no estaba de acuerdo con su comentario, aunque no dijo nada.

—Necesito fumar fuera —dijo Lucía—. ¿Me acompañáis? No quiero que nadie nos escuche hablar.

Atravesaron el aparcamiento y caminaron junto al pequeño muro hasta llegar al final, donde había una pequeña caseta con una antena parabólica encima. Se notaba que Lucía estaba nerviosa. No dejaba de dar una calada tras otra a su cigarro mientras caminaban, lo que hizo que tuviese que encender otro antes de empezar a hablar.

—Eso que está en la otra orilla es Portugal —dijo señalando el inmenso río que atravesaba aquel territorio—. Al principio pensé en irme a vivir allí, pero no hablo portugués y supuse que no sería fácil encontrar trabajo sin conocer el idioma.

—¿Por qué decidiste quedarte aquí? —preguntó Eva.

—Vine una vez de cría, con mis padres, y ya entonces me pareció el lugar más apartado del mundo. Imaginé que nadie me encontraría aquí —respondió dando una calada a su cigarrillo—. Necesitaba un sitio así donde rehacer mi vida, aunque suene extraño. Tengo veintiún años y me siento como si ya tuviese treinta.

—¿Cuántos tenías cuando fuiste a esa fiesta privada? —preguntó Roberto.

—Diecinueve recién cumplidos. Entonces todavía pensaba que la vida era maravillosa, que era para disfrutarla y hacer lo que una quisiese. Mis padres me tuvieron siendo muy mayores y murieron cuando yo todavía era una niña, así que me crié con una tía demasiado mayor como para poner freno a mis excesos —dijo con evidente amargura—. La pobre lloró muchas noches por mí. Yo no hacía más que escaparme y vivir la vida como si cada día fuese el último, hasta que sucedió aquello.

—¿Cómo entraste en el mundo del sadomasoquismo?

Dio una profunda calada antes de responder.

—Probando cosas nuevas. Tuve un novio al que le gustaba ese rollo de dar azotes mientras practicábamos sexo, y descubrí que a mí también me gustaba.

Me excitaba muchísimo sentirme dominada, por eso busqué más de lo que él podía darme. Conocí un club privado cerca de Oviedo y decidí probar como esclava unas cuantas veces. Me gustó la experiencia —aseguró dibujando a continuación una mueca de asco—. Era demasiado estúpida para comprender donde me estaba metiendo.

—¿Cómo era la gente que iba a ese club? —preguntó Eva, retomando el mando del interrogatorio.

—Era gente normal, hombres reprimidos a quienes sus jefes maltrataban y que solo necesitaban desahogarse. Me insultaban, me daban un par de azotes y luego me penetraban hasta que llegaban al orgasmo a los pocos minutos. Lo bueno del club es que siempre había alguien conmigo dentro de la sala de sado, una persona que se encargaba de que ninguno de los clientes sobrepasase los límites y me causase excesivo dolor. Supongo que eso hizo que me confiase y que pensase que siempre habría alguien protegiéndome.

—¿Qué ocurrió después?

—Una noche me avisaron de que un grupo de clientes quería algo especial, algo así como una orgía en la que practicaría sexo tanto con hombres como con mujeres. Como digo, me gustaba experimentar, así que acepté. No fue una mala experiencia, más bien todo lo contrario. Disfruté muchísimo aquella noche. Eran parejas de distintas edades que, aparte de practicar sexo entre ellas, se fueron turnando para darme placer. No fue algo violento, sino más bien delicado. Me pellizcaban los pezones y me daban algún azote con la fusta, todo muy normal. Cuando terminó, uno de ellos se acercó para proponerme participar en una fiesta en la que me pagarían dos mil euros solo por hacer lo mismo que acababa de hacer. Eso era cuatro veces más de lo que acababa de ganar, así que acepté.

—¿Cómo era ese hombre?

—Calculo que tendría algo más de cuarenta años. Era calvo por la parte de arriba y tenía un fino bigote. No era muy atractivo, la verdad, pero supo convencerme. Me dijo que iba a ser algo muy similar a lo que acababa de hacer, pero en un ambiente más íntimo, y que me pagarían dos mil euros, aunque estaban dispuestos a pagar más si quedaban satisfechos con mi actuación. ¡Que grandísimo hijo de la gran puta! —exclamó con rabia.

—¿Qué ocurrió?

—Llegué al lugar en un taxi que me pagaron y que la verdad es que debió costar una pasta.

—¿Y eso?

—Me llevó de Oviedo a Arriondas, que es casi una hora de viaje. Era un piso con una habitación de sado, acolchada para que no se escuchasen los ruidos fuera de allí. —Mientras hablaba, Roberto sacó su teléfono móvil y realizó una búsqueda en el navegador—. Dentro me esperaban el que me había propuesto el encuentro y dos hombres, uno alto y de pelo negro, con muy buena presencia, y otro más pequeño, de mirada nerviosa. Nos tomamos una copa de *champagne* mientras me explicaban el ritual que querían hacer y luego me ofrecieron cocaína. En principio la rechacé, pero luego pensé que por un par de rayas de coca no pasaría nada. Creo que eso me salvó la vida.

—¿Por qué lo dices?

—Porque mitigó el dolor de lo que me hicieron. Si no la hubiese tomado seguramente habría muerto por los dolores.

—¿Tan salvaje fue?

—No voy a daros detalles de lo que me hicieron esos cerdos, solo que sufrí terribles desgarros en mis partes íntimas, y que desde entonces no puedo ponerme ni siquiera una camiseta de tirantes, para que no se me vean las cicatrices. —Al decir eso se levantó sin ningún pudor la camiseta, mostrando decenas de marcas de latigazos que recorrían su piel—. Esos putos sádicos se ensañaron conmigo y, de no aparecer un cuarto hombre, habría muerto seguro en aquella habitación.

—¿Qué hombre? ¿Podrías describirlo?

—No. Yo estaba ya medio inconsciente cuando entró él. Solo le escuché decir algo así como que él no había autorizado aquel ritual y que tenían que parar antes de que fuese demasiado tarde.

—¿A qué ritual te refieres?

—A una mierda religiosa que hicieron antes de empezar a torturarme. Los tres se desnudaron y se pusieron una túnica negra, parecida a la de los monjes, y comenzaron a rezar arrodillados en medio de la habitación, mientras yo estaba atada a una cruz de madera en forma de equis. Pedían a su santo que les diese su fuerza y purificase sus pecados a través del castigo. Cuando escuché eso pensé que se referían a flagelarse a sí mismos. Comprobé demasiado tarde que era a mí a quien iban a castigar.

—¿Recuerdas a que santo rezaban? —preguntó Roberto.

—San Andrés. No dejaban de repetir que eran siervos de San Andrés y que él les ayudaría a purificar sus almas. ¡Hijos de...! —Lucía dejó caer el cigarrillo y se tapó la cara con ambas manos rompiendo a llorar. No fueron lágrimas de dolor, sino de rabia.

—Tranquila —dijo Eva poniendo la mano sobre su hombro—, ahora estás a salvo de ellos.

La joven tardó un par de minutos en sobreponerse, tiempo durante el cual los dos agentes guardaron silencio.

—Lo siento —dijo Lucía secándose las lágrimas con un pañuelo que sacó del bolsillo—. Ni siquiera hoy soy capaz de acercarme a una iglesia. Me dan escalofríos solo con oír sus campanas.

—¿Qué ocurrió después de que llegase ese hombre?

—Apenas lo recuerdo. Solo sé que me soltaron de la cruz y me sacaron de allí. Por lo que sé, me encontraron a las afueras de Gijón, después de que alguien realizase una llamada al ciento doce.

—¿No volviste a verles?

—No, por suerte. Cuando salí del hospital tenía diez mil euros en mi cuenta y un mensaje en el móvil en el que me aconsejaban largarme de Asturias y no contarle a nadie lo ocurrido. Eso fue precisamente lo que hice.

—¿No hablaste con la Policía? ¿No investigaron lo ocurrido?

—Les dije que no recordaba nada de lo que me había pasado. Solo el día que me iban a dar el alta me visitó un guardia civil que estaba investigando casos parecidos al mío. Quería que le dijese quien me había hecho eso o que al menos le diese un nombre.

—¿Y lo hiciste?

—No quiero saber más de este asunto —dijo como única respuesta—. Ya os he dicho lo que sé.

—Por favor, Lucía —le pidió Roberto—, si reconociste a uno de ellos debes decirlo.

—¿Para qué? ¿No decís que ya están muertos?

—Dos de ellos, pero necesitamos identificar al resto.

Ella dudó unos segundos, y finalmente asintió con la cabeza.

—El día antes de que me visitase ese guardia civil vi la cara de uno de ellos en el periódico. Era un importante empresario que tenía negocios en México y Estados Unidos y al que iban a dar un premio de empresario del año o algo así.

—¿No sería Héctor Loyola? —preguntó Roberto de inmediato, a lo que Lucía asintió como única respuesta—. ¿Él era uno de los hombres que te torturó en el piso de Arriendas?

—Sí. Él fue quien me contrató.

De inmediato, le mostró la pantalla de su móvil.

—¿Y estaba también alguno de estos? —Ella miró las dos imágenes y palideció de manera evidente, a la vez que los ojos se le llenaban de nuevo de lágrimas—. Por favor, Lucía, dime si son ellos.

—Sí, esos son los cabrones que...

La joven no fue capaz de continuar y rompió a llorar. Eva la abrazó contra su pecho para consolarla, mientras miraba a Roberto desconcertada.

—Joder, no me lo puedo creer —dijo él con los ojos abiertos como platos—. Son Luis Cuesta y Adolfo Guillén.

Eva conducía el coche de regreso a Asturias mientras Roberto ponía al tanto a Hinojosa de lo que acababan de descubrir.

—Investiga sus vidas y sus negocios. Todo lo que encuentres —le pidió con voz nerviosa—. Hay que averiguar cómo se conocieron y desde cuando están haciendo esto.

—Dalo por hecho.

Cuando colgó observó que Eva seguía con el gesto descompuesto, horrorizada por lo que habían descubierto.

—No puedo creerlo —murmuró ella confirmando sus sospechas—. ¿Adolfo Guillén, Héctor Loyola y Luis Cuesta eran unos depravados?

—Eso parece. Lástima que Lucía no haya podido decirnos quien era el cuarto, ni siquiera darnos una descripción, aunque de su relato entiendo que era quien estaba al mando. Si no, no hubiese dicho eso de que él no había autorizado ese ritual.

—¿Quién podrá ser?

—Ni idea.

—Quizás los mató él para cubrirse las espaldas —reflexionó en voz alta Eva—, tal y como sospechabas.

—Así que no iba tan desencaminado, después de todo —replicó él con una sonrisa de satisfacción.

—Tiene que ser alguien que sepa muy bien lo que hace, o él o la persona a la que le encargó los asesinatos.

—¿Cameron?

—Podría ser. No es fácil fingir un suicidio. En el caso de Luis Cuesta y Adolfo Guillén no conozco los detalles de la investigación, pero Héctor Loyola es el empresario que te conté que murió después de ingerir un montón de pastillas.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos tres meses.

—Tres meses —murmuró Roberto en voz alta—. Y luego Luis Cuesta y el alcalde mueren con dos días de diferencia, el primero la mañana después de la muerte de Inés y el segundo un par de días después. No me encaja. Si el supuesto cuarto hombre quería acabar con ellos, ¿por qué esperar tanto a hacerlo? Tuvo dos años para quitarlos de en medio.

—Habría que preguntárselo cuando lo detengamos.

—¿Pero cómo lo encontramos?

—Investigando a los tres fallecidos, tal y como le has dicho a Hinojosa que haga. Así podemos encontrar tanto al líder como a cualquier otro miembro de la secta.

—¿Entonces crees que existe una secta y que está relacionada con la muerte de Inés?

—Lo que le hicieron a Lucía es lo mismo que le hicieron a Inés, con la única diferencia de que a ella no la mataron. Me preguntó por qué.

Tras unos segundos pensando, Roberto respondió a su pregunta.

—No era virgen.

—¿Cómo?

—Lucía no era virgen, eso es lo que la diferencia de Inés. Eso y la edad, claro —dijo convencido—. A ver, analicemos los hechos. Tu eres la experta, así que necesitaré que me corrijas si estoy equivocado.

—Adelante.

—Sabemos que en la casa de Nueva había muestras de pelo y sangre de tres personas distintas. Una de ellas está claro que es Inés y otra probablemente sea Nadine.

—Tendremos que pedirle una muestra de ADN al padre para compararlo.

—Supongamos que el resultado es positivo. Nos faltaría localizar a una tercera chavala, que podría ser la que desapareció en Zamora —planteó Roberto—. Por supuesto, hablo solo de la casa de Nueva. Seguro que en el piso que Adolfo Guillén tenía en Arriondas encontramos más muestras. Allí pudieron llevar a cabo muchos más rituales.

—Podría ser, aunque no lo creo probable. La casa de Nueva está apartada y es fácil sacar un cadáver de allí. Un piso es un lugar donde viven más vecinos y es mucho más complicado sacar de él un cadáver. Además, Adolfo Guillén se veía en el piso con otras mujeres. Dudo que se arriesgase a asesinar allí dentro.

—De acuerdo, supongamos entonces que tenemos tres víctimas en Nueva de Llanes, la primera de ellas hace cuatro años. ¿Por qué allí?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué en esa casa y por qué desde solo hace cuatro años? ¿Quién nos dice que no lo hicieron antes en otros lugares? —planteó Roberto—. Sabemos que cada año desaparecen decenas de mujeres en España sin dejar rastro y el ejemplo más claro es la hija de Diego.

—¿Insinúas que llevan años haciendo esto?

—Podría ser. Hinojosa dice que han desaparecido ocho chavalas de los grupos de Facebook, casi todas en lugares turísticos de la costa mediterránea. No puede ser casual. ¿Qué edad tenían los tres fallecidos?

—No tengo ni idea, la verdad.

Roberto realizó una búsqueda rápida y no tardó más de un minuto en encontrar lo que buscaba.

—El alcalde tenía cuarenta y seis recién cumplidos, y el empresario uno menos. Luis Cuesta también tenía cuarenta y cinco. Puede que se conociesen desde jóvenes. Quizás estudiaron juntos en el mismo colegio o coincidieron en la universidad.

—Es una posibilidad. Habrá que investigarlo.

Los dos se quedaron pensativos un rato, analizando los hechos, hasta que Roberto se dio cuenta de un detalle que se le había pasado por alto hasta el momento.

—Acabamos de decir que la primera muerte en Llanes podría haber sido la de Nadine.

—Así es —le confirmó Eva.

—¿Y sabes quién lleva destinado desde antes de eso en el cuartel de Llanes? El teniente Ferrán —dijo sin darle tiempo a responder.

—¿Otra vez sospechas de él?

—Piénsalo. Hablamos de un grupo de sádicos que se dedica a asesinar mujeres en sus rituales de mierda. Se van moviendo de un lugar a otro de España, hasta que hace cuatro años deciden instalarse en Asturias. ¿Por qué? Yo te lo diré. Ferrán está destinado en Llanes y conoce la zona. Sabe dónde se puede secuestrar a las chavalas y conoce un lugar apartado para sus rituales. Por eso se sorprendió de que encontrásemos la casa. Además, puede manipular la investigación llegado el caso, como cuando nos ocultó su desaparición o quedó en entregarnos una base de datos de embarcaciones que todavía no hemos visto. ¡Él es el líder de la secta!

—Me parece que estás dejándote llevar un poco por la imaginación. Ferrán es guardia civil. Entiendo que te caiga mal, pero eso no lo convierte en sospechoso. Puestos así, el capitán Montes también lo sería.

—No, él solo lleva destinado dos años en Llanes y es mayor que Ferrán. Andará por los cincuenta y pico años, no como el teniente que anda por los cuarenta y cinco.

—Es una teoría cogida con alfileres.

—Pero no me negarás que tiene lógica.

—No lo sé —dijo Eva negando con la cabeza—. No lo veo tan claro como tú.

—Pudo cargarse perfectamente a Juanín y a Sebas para cubrirse las espaldas.

—En el registro de armas no consta que tenga un revólver. Hinojosa lo confirmó ayer.

—Eso no quiere decir que no tenga uno. No es difícil conseguir un arma en el mercado negro.

—Es más difícil de lo que tú crees —aseguró Eva—. De todas formas creo que deberíamos hablar otra vez con el criminólogo de Oviedo. Puede que él conozca alguna secta relacionada con el culto a San Andrés. Eso podría llevarnos hasta...

De manera incomprensible la voz de Eva se cortó de golpe, a la vez que daba un brusco giro de volante para sacar el vehículo de la carretera. Roberto solo vio cómo el cristal se resquebraja delante de él, antes de saltar por encima de la cuneta y caer en un campo arado que frenó el vehículo a los pocos metros. Eso les salvó de volcar o de terminar estrellándose contra algún olivo, de los muchos que abundaban en la zona.

—¿Qué ha pasado? —preguntó desconcertado mirando a Eva.

Cuando vio que tenía el hombro lleno de sangre, se le paró el corazón.

LUNES 20 DE JULIO

Roberto llevaba un día entero sin salir del hospital de Salamanca. Solo cuando el médico le confirmó que la evolución tras la operación era buena y que Eva saldría de la UCI en pocas horas para trasladarla a una habitación, decidió ir a la comandancia de Salamanca para darse una ducha. Allí vivía un antiguo compañero de Academia que le ofreció una habitación en cuanto se enteró de lo ocurrido en la carretera que iba de La Fregeneda a Salamanca. No se entretuvo mucho, lo justo para una ducha rápida y regresar al hospital. Cuando llegó, Hinojosa estaba esperándole en la recepción.

—¿Cómo estás, Rober? —le saludó dándole un abrazo.

—Bien, gracias a ella. Nos sacó de la carretera cuando el tirador se puso a nuestra altura, antes de empezar a disparar. Yo ni siquiera me di cuenta de lo que ocurría hasta que el coche se paró fuera de la carretera.

—¿Pudiste identificar al que os atacó?

—No —respondió negando con la cabeza—. Cuando me bajé del coche ya no vi a nadie. Un testigo que iba a cierta distancia de nosotros vio lo que pasó. Al parecer, un todoterreno negro, cuya marca no fue capaz de decirnos, se puso a nuestra altura y nos disparó desde el asiento del conductor a través de la ventanilla del acompañante. Dice que vio varios fogonazos mientras nosotros nos salíamos de la carretera.

—O sea, que iba solo.

—Eso dijo. Eva recibió un disparo en el hombro, cerca del cuello, y dos impactos más se perdieron en el parabrisas delantero, donde habría estado mi cabeza de no ser... —Roberto necesitó tomar aire para dominar la angustia que sentía en ese momento—. Ella me salvó la vida.

—Y tú a ella. Por lo que sé, si no hubieses taponado su herida ahora estaría muerta.

—Por suerte una ambulancia que estaba de regreso a Salamanca se paró al

ver el accidente y los sanitarios se encargaron de estabilizarla hasta llegar al hospital. Ellos son quienes realmente le salvaron la vida.

—Lo importante es que está viva —dijo Hinojosa posando la mano sobre su hombro—. Siento no haber estado con vosotros.

—Estabas investigando desde Madrid.

—¿Sabes si van a mandar a alguien para que se haga cargo del caso en su lugar?

—No sé nada. Lo único que sé es que no voy a parar hasta coger al cabrón que le disparó —dijo con rabia—. Si pensaban que así nos iban a apartar del caso, la han cagado.

—Deberías dejar que otros se ocupen.

—No. Si quieren jugar a este juego yo también sé hacerlo, y mucho mejor que ellos —dijo sacando su móvil.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar al comandante Varela. Es hora de que la UCO demuestre lo que ocurre cuando nos ponen a prueba.

Roberto entró en la habitación justo cuando Eva abría los ojos. Durante unos segundos la vio mirar a su alrededor, desconcertada, así que se sentó a su lado y cogió su mano.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Qué ha pasado? —replicó ella centrando la mirada en él.

—Te dispararon cuando íbamos en coche.

—¿Y Lucía?

—Está aquí, en la comandancia de Salamanca —respondió sorprendido de que preguntase por ella—. El objetivo no era ella, sino nosotros.

—Nos... dispararon —murmuró confusa.

—Te hirieron en el hombro, pero gracias a ti estamos vivos los dos. Nos sacaste de la carretera.

—¿Quién nos atacó?

—No lo sabemos, pero pienso averiguarlo.

Ella cerró los ojos durante unos segundos, como si le costase mantenerse despierta.

—No quiero que te pongas en peligro —aseguró abriéndolos de nuevo.

—Tranquila, las cosas van a cambiar. He llamado a Madrid.

—¿Van a mandar gente... para hacerse cargo del caso? —preguntó con

dificultad.

—No exactamente. De momento nos mantienen en él, dado que somos quienes mejor lo conocemos, pero he hablado con el comandante Varela para que mueva hilos y nos manden un equipo operativo.

Roberto se dio cuenta de que a Eva se le cerraban los ojos de nuevo, por eso decidió no agobiarla con la investigación.

—Descansa, ya tendremos tiempo de hablar.

Esperó a que se quedase dormida y entonces salió de la habitación. Hinojosa le esperaba en el pasillo.

—¿Qué tal está?

—Bien, por fin se ha despertado, aunque ha vuelto a dormirse.

—¿Ha preguntado por mí? —dijo Hinojosa con una sonrisa burlona.

—No, pero casi. ¿Qué has averiguado en Madrid?

—¿Qué tal si te lo cuento delante de un café?

—Vayamos a la cafetería que hay abajo.

Los dos bajaron a la planta cero y, tras sacar un café de la máquina, se sentaron al fondo del amplio comedor, donde a esa hora apenas había gente.

—¿Investigaste a los tres fallecidos —preguntó Roberto—, Luis Cuesta, Adolfo Guillén y Héctor Loyola?

—Sí, aunque no tanto tiempo como me habría gustado. No hacían negocios juntos ni compartían empresas. Sobre el papel no parece que se conozcan de nada.

—¡Eso es imposible!

—Tranquilo, no te alteres. He dicho que parece, no que sea así.

—¿Entonces...?

—Los tres coincidieron en la misma universidad.

—¡Lo sabía!

—Estudiaron Ciencias Políticas en la Complutense de Madrid. Después de eso cada uno se fue por su lado. Me gustaría decirte que hicieron negocios juntos, pero de momento no he encontrado nada. Me llevaría mucho tiempo investigarlo.

—Sé de alguien que podría ayudarnos con eso —comentó Roberto.

—Lo sí he encontrado es algo curioso. Bueno, en realidad ya lo sabíamos, pero no nos habíamos fijado en este detalle. ¿Te acuerdas de la casa en la que mataron a Inés y que pertenece a una empresa de Madrid?

—Sí.

—Pues esa empresa es propiedad de Héctor Loyola.

—¡No me jodas!

—Como te lo cuento. La compró hace algo más de cuatro años.

—Antes de la primera desaparición, la de Nadine Corrales.

—Sí —corroboró Hinojosa.

Roberto se quedó pensativo unos segundos antes de decir:

—Si los tres estuvieron implicados en las desapariciones tienen que haberse reunido en algún momento. Deberían de haber coincidido aquí, en Asturias.

—Puedo investigar sus cuentas y gastos, reservas de hotel, billetes de avión o de tren, y demás. Pero me llevará un tiempo, sobre todo si lo hago desde Llanes. En Madrid trabajaría mucho más rápido.

—Lo sé, por eso creo que deberías volver allí, es donde mejor puedes ayudar a la investigación.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Investigar por mi cuenta hasta que Eva se recupere.

—Tal vez sería mejor que me quedase contigo —reflexionó en voz alta Hinojosa—. Ya han atentado dos veces contra tu vida. Me da que no es seguro que andes por ahí solo.

—Tranquilo, no voy a estar solo.

Eran las dos de la tarde cuando Roberto recibió la visita que llevaba esperando desde que el comandante Varela le había confirmado que recibiría la ayuda que necesitaba. Eva se encontraba despierta, incluso había mantenido una conversación con él sobre lo poco que le gustaban los hospitales y lo mala que solía ser la comida en ellos.

—Permiso —sonó una voz desde la puerta cuando esta se abrió.

Roberto se puso en pie de inmediato.

—Adelante.

El recién llegado rondaba los cuarenta años, y tenía un aspecto que infundía respeto. Cabeza rapada, barba espesa y musculatura bastante desarrollada en pecho y brazos. Al menos es lo que se deducía por la camiseta tan apretada que llevaba puesta.

—¿Cómo estás, Rober? —dijo acercándose y extendiendo la mano hacia él, a la vez que esbozada una ligera sonrisa.

—Bien, mi sargento —respondió estrechándosela—. Esta es la sargento Ruano.

—Mucho gusto —la saludó.

—Hola —correspondió ella con timidez.

—Este es el sargento Navas —le presentó Roberto—. A partir de ahora se encargará de tu seguridad. Bueno, de la tuya y de la mía.

—No entiendo —dijo Eva con gesto de desconcierto.

—Luego te lo explico. ¿Cuánta gente ha traído? —preguntó dirigiéndose al recién llegado.

—En principio dos equipos de seis hombres cada uno. Podría solicitar más si fuese necesario.

—Dos están bien, uno para que proteja a la sargento en todo momento, mientras esté en el hospital, y otro para que me acompañe en la investigación.

—Yo iré contigo con uno de los equipos.

—De acuerdo, mi sargento. Saldremos en breve.

—Mientras voy a organizar la seguridad —aseguró el sargento Navas, despidiéndose de Eva alzando la mano.

Cuando salió de la habitación, Eva no dudó en preguntar.

—¿Quién es ese tío con pinta de checheno?

—Un viejo amigo —respondió con una ligera carcajada—. Fue mi jefe en la Unidad Especial de Intervención, antes de que me marchase a la UCO.

—¿Y qué hace aquí la UEI?

—Asegurarse de que no vuelve a pasar lo de La Fregeneda. Su gente te protegerá mientras estás ingresada, por si al cabrón que quiso matarnos se le ocurre volver a intentarlo.

—Escucha, Rober, lo he estado pensando y... —Se tomó una breve pausa, como si en algunos momentos le costase hablar—. Creo que lo mejor es que dejes el caso.

—¿Estarás de broma! —dijo acercándose a la cama para sentarse a su lado.

—No. Yo te metí en esto y ahora quiero que salgas. No soportaría que por mi culpa te pasase algo.

—¿Por tu culpa? ¿Pero qué dices? A mí no me va a pasar nada.

—Está claro que nos enfrentamos a gente que no tiene ningún respeto por la vida humana. Lo mejor será que llame a Oviedo y pida que me releven del caso. Hay otra gente que podría encargarse de él.

—Pensé que no había nadie disponible.

—Lo habrá tarde o temprano.

—¿Y mientras tanto qué pasa con Inés y la gente que la mató, vamos a dejar que se salgan con la suya?

—No estoy diciendo eso.

—Escúchame, Eva —le pidió Roberto cogiendo una de sus manos entre las suyas—. Sabes tan bien como yo que somos los únicos que podemos resolver este caso y que cada vez estamos más cerca de conseguirlo, o no habrían ido a por nosotros.

—Sí, pero...

—Te aseguro que no voy a hacer ninguna locura. Solo voy reunirme con el criminólogo de Oviedo, para ver si ha averiguado algo sobre alguna secta relacionada con San Andrés, y luego hablaré con un periodista que conoce Diego y que está investigando los negocios de los Jovellanos. Nada más. Te

prometo que no voy a meterme en líos.

—¿Por qué será que no te creo?

—No te preocupes, tengo gente que me protege y no daré ningún otro paso sin tu permiso. Prometido.

Ella dibujó una ligera sonrisa, como si no tuviese otro remedio que dar por buenas sus palabras.

—Eso espero.

Roberto se incorporó y se inclinó sobre ella para darle un beso en la frente.

—No te preocupes por nada y recupérate. Vendré a recogerte cuando te den el alta.

Vio en la mirada de Eva que deseaba decirle algo más, pero, al ver que no lo hacía, se dirigió a la puerta.

—Ten cuidado —dijo finalmente cuando se disponía a salir.

—Lo tendré, tranquila.

Roberto se reunió con el criminólogo Esteban Reyes en su despacho de la calle Uría, en Oviedo, poco antes de las ocho de la tarde. Lo hizo solo, mientras un par de hombres de la UEI le esperaban fuera y el resto del equipo se acercaba a la comandancia para conseguir alojamiento para todos.

—Gracias por recibirme tan tarde —dijo Roberto a la vez que le estrechaba la mano.

—No pasa nada. En realidad hoy no tenía prisa. ¿Un café?

—No, gracias. ¿Ha averiguado algo sobre esa secta, como le pedí?

—Ya veo que quieres ir directo al grano.

—Así es.

—Bien, siéntate al menos —dijo señalando los mismos sofás en los que se habían sentado en la anterior visita—. ¿No viene contigo tu compañera?

—No ha podido —respondió sin dar más explicaciones.

—Bueno, pues si no quieres tomar nada comenzaré a explicarte lo que sé —dijo acercándose a su mesa a por una libreta y sentándose a continuación al lado suyo—. He buscado referencias sobre una secta similar a la que me explicaste por teléfono y no he encontrado nada.

—¿Nada? Pensé que...

—Espera, no te impacientes, estamos hablando de sectas. No hay sectas con ese perfil, sin embargo sí que he encontrado algo. —El hombre abrió la libreta y comenzó a leer—. En la Edad Media existió en España una institución llamada la Sagrada Hermandad de San Andrés, perteneciente a la Santa Inquisición. Era una institución que castigaba la herejía, pero de un modo diferente, aunque igual de cruel que otras instituciones. En el caso de esta Hermandad, ataban al hereje a una cruz de San Andrés, donde sufría terribles torturas durante tres días.

—¿Como el santo?

—Sí. Veo que conoces la historia.

—Leí que San Andrés fue uno de los primeros discípulos de Jesús y que murió atado a una cruz con forma de equis.

—La Hermandad creía que el único modo de purificar los pecados era a través de una penitencia en la que los acusados recibían cientos de latigazos, además de otras torturas como punciones, y a la que ninguno sobrevivía. Fue disuelta oficialmente a mediados de mil setecientos, aunque actuó en la sombra hasta principios de mil ochocientos, con la llegada de los franceses. Después de eso no se tiene ninguna referencia de la Hermandad.

—¿Cree posible que nunca desapareciese del todo? —preguntó Roberto.

—Quien sabe. En todo caso, lo que creo es que alguien ha rescatado esas creencias en su propio provecho.

—¿Para qué? ¿Qué objetivo puede tener torturar y matar a jóvenes inocentes?

—Quizás a ojos de ellos no lo fuesen.

—Inés era virgen, y por lo tanto pura a ojos de la Iglesia.

—Eso es cierto —reconoció Esteban Reyes—. Lo que sí está claro es que tratáis con psicópatas, con gente para quien la vida humana no tiene valor, que no sienten ningún tipo de empatía hacia otro ser humano.

—¿Podrían ser personas que en apariencia son normales, incluso personas con poder?

—¿A qué te refieres?

—A políticos o empresarios de éxito, gente con importantes cargos y una buena posición social —planteó Roberto sin querer dar nombres.

—Podría ser, no lo voy a negar. A veces personas así son las más reprimidas. Crean una imagen de sí mismos de cara a la sociedad, una fachada que construyen durante años y que oculta una mente perturbada que se siente atrapada, incapaz de llevar a cabo sus deseos más oscuros. Que personas así terminen juntándose y creen una hermandad o secta es posible, aunque poco probable en la sociedad actual.

—¿Y si le digo que tengo identificados a tres de los miembros de esa secta y que sé que se conocieron en la universidad?

—Te diría que encaja con el perfil. De ese modo pudieron entrar a formar parte del grupo. Si se conocieron y descubrieron que tenían las mismas ideas y deseos, es probable que decidiesen unirse.

—O que alguien les captase —propuso Roberto.

—También es probable. A veces ocurre que varias personas no se atreven

a cometer determinados actos hasta que encuentran a alguien que les hace ver que eso no es malo, y que es legítimo, al menos moralmente, llevarlos a cabo. Podría hablarte de decenas de asesinos que no se atrevieron nunca a asesinar hasta que encontraron a alguien como ellos, que compartía sus mismos deseos.

—¿Cuántos podría haber en esa Hermandad?

—Es difícil saberlo —respondió el criminólogo encogiéndose de hombros—. Si Inés no fue la única, tal y como me comentaste por teléfono, es probable que estemos ante un grupo numeroso, bien organizado y con los medios necesarios para ocultar hechos así. No sabría decirte un número, pero cuanto más tiempo lleven actuando más fácil es que estén bien arraigados en la sociedad, con los contactos necesarios para encubrir sus actos.

—Usted vio la autopsia de Inés. ¿Cree que disfrutaron torturándola así?

—No solo disfrutaron. Si le inyectaron epinefrina, como planteaba el forense en su informe, eso quiere decir que trataron de que su corazón no se parase y que alargaron la tortura todo lo que pudieron.

Roberto asintió con la cabeza. Por eso Inés repetía en sus sueños una y otra vez la frase «Déjame morir». Hasta ese momento no había entendido por qué se lo decía, pero ahora lo veía claro. No eran unas palabras elegidas al azar ni carentes de significado. Inés estaba diciéndole quien la había asesinado.

Se despidió de Esteban Reyes agradeciéndole su ayuda y llamó a Hinojosa nada más salir del despacho.

—¿Has llegado ya a Madrid?

—Me falta poco. ¿Por qué?

—Quiero que investigues más a fondo la relación entre los tres sospechosos y te remontes más atrás en el tiempo. Investiga si coincidieron en algún lugar con anterioridad a la desaparición de Nadine.

—Me llevará tiempo.

—Lo sé, y averigua si alguien más coincidía con ellos. Me da que esa persona es quien dirige la Hermandad y la que mató a Inés.

MARTES 21 DE JULIO

Esa mañana Roberto había quedado con el periodista del que le había hablado Diego, aunque antes pasó por el depósito de vehículos oficiales del Gobierno del Principado, en Oviedo. Le acompañaron cuatro hombres de la Unidad Especial de Intervención que, al igual que él, vestían de paisano.

Tras identificarse en la entrada ante el vigilante de seguridad como agente de la UCO, se reunió con el encargado del depósito, un funcionario pasado de kilos que estaba dando buena cuenta de una empanada y una botella de vino en la mesa de su pequeño despacho.

—Buenos días —farfulló mientras tragaba la comida que tenía en la boca y se limpiaba con una servilleta—. ¿Qué quieren?

—Soy el cabo Fuentes, de la UCO, y busco un vehículo dentro de su parque.

El hombre tosió, lo que le obligó a tomar un trago de vino antes de responder.

—Necesita una orden para eso.

—La tengo —respondió Roberto sacando una hoja del bolsillo y posándola sobre la mesa.

La llamada al comandante Varela no había sido solo para pedir refuerzos. El Departamento de Anticorrupción de la UCO disponía desde hacía dos años de todo el apoyo judicial necesario en sus investigaciones, una ayuda que Roberto solicitó para el caso de Inés, dados los últimos acontecimientos y la posible implicación de importantes cargos políticos, como Pablo Jovellanos. El comandante se encargó de conseguirle en menos de veinticuatro horas la ayuda judicial que necesitaba.

—¿Y qué es lo que quieren? —dijo el funcionario después de devolverle la hoja.

—Necesito localizar un vehículo oficial, un Land Rover Discovery gris

metalizado que estaba asignado al Consejero de Sanidad del Principado. ¿Puede mirar su base de datos y decirme si se encuentra en este parque?

—No hace falta que lo mire, sé que está aquí. Lo trajeron el viernes a primera hora y lo cambiaron por un Audi Q6 berlina, alegando que el Discovery era demasiado grande para moverse con él. ¿Se lo imaginan?

—¿Quién lo trajo?

—Uno de los *seguratas* del Consejero.

—¿Podemos verlo?

—Claro, les acompaño.

Salieron del pequeño edificio donde tenía el despacho el encargado y accedieron a una inmensa nave anexa donde había aparcados al menos medio centenar de vehículos.

—¿Y todo esto? —preguntó Roberto sorprendido.

—Hubo una época en la que hasta los alcaldes de los pueblos pequeños tenían vehículo oficial, pero eso se cortó hace unos años, con la crisis. El gasto de mantenimiento era muy costoso y con los recortes la mayoría de vehículos terminaron aquí. —Caminaron entre los coches, muchos de ellos con una espesa capa de polvo, aunque la mayoría tenían pinta de estar bastante nuevos—. El Principado quiere subastarlos, pero de momento la cosa está parada.

Tuvieron que atravesar la nave hasta llegar al portón de entrada situado en ese lado para encontrar el vehículo que buscaban.

—¿Es ese? —preguntó Roberto señalando el único Discovery que había en el lugar.

—Sí.

El vehículo estaba en perfecto estado, aunque se apreciaba una marca de pintura negra sobre el metal plateado de la defensa.

—Es el que buscaba —dijo mirando al funcionario—. Dos agentes van a quedarse aquí para custodiar el vehículo hasta que vengan a llevárselo.

—¿Quién se lo va a llevar?

—El laboratorio de Criminalística. Este vehículo está implicado en un hecho delictivo. El juez autoriza a que nos lo llevemos, como podrá ver en la orden —dijo entregándosela de nuevo.

—Lo entiendo, pero tendré que informar a mi jefe.

—Haga lo que sea necesario, pero a partir de este momento el vehículo está bajo custodia de la Guardia Civil.

La reunión con el periodista tuvo lugar en un bar situado en la ladera del Monte Naranco, a mitad de subida. El buen tiempo les animó a sentarse en la terraza exterior, desde la que podía verse la iglesia de Santa María del Naranco y un nutrido grupo de turistas rodeándola.

Javier del Campo tenía unos cuarenta años y una mirada que parecía analizarlo todo al detalle. Sus ojos, tras unas gafas de pasta negra, se veían cansados, aunque tenían un brillo especial. El brillo de alguien que tenía muy claro lo que quería.

—Antes de empezar quiero dejar clara mi postura —comenzó a decir el periodista una vez se presentaron. Los dos agentes que todavía acompañaban a Roberto se habían sentado en una mesa anexa—. Estoy dispuesto a ayudarte en lo que necesites, pero a cambio necesito una compensación.

—¿Qué tipo de compensación?

—Quiero ser el primero en publicar la noticia relacionada con lo que sea que le vaya a ocurrir a Pablo Jovellanos. Llevo años investigándole a él y a su hermano, y los negocios que hacen juntos. Si todo esto va a derivar en una detención quiero saberlo el primero para publicarlo en mi periódico.

—Solo con la condición de que no publiques nada hasta que yo te lo diga.

—Si soy el primero con el que hablas, no hay problema.

—Tranquilo, lo serás.

—Muy bien, ¿Qué quieres saber?

—¿En qué negocios están metidos los Jovellanos?

—El padre era constructor, uno de los más importantes de Asturias. Pisos, casas, urbanizaciones y demás. Al morir el padre hace diez años el hermano pequeño, Fernando, se hizo cargo del negocio familiar, dado que Pablo estaba metido en política. Curiosamente a partir de ese momento diversas obras del Gobierno del Principado cayeron en manos de su empresa, Construcciones Jovellanos, que cambió su nombre por el de Construcciones JV. Pablo tenía un cargo de asesor por entonces, dentro del Gobierno, aunque no tardó en ir subiendo puestos, hasta ser elegido Consejero de Sanidad hace tres años.

—Tengo entendido que está muy bien relacionado.

—Se codea con gente muy importante, y no solo en Asturias. Tiene una buena amistad con varios empresarios vascos y cántabros, y se habla de que en la próxima legislatura podría dar el salto a Madrid.

—¿Está metido en algún asunto turbio? —preguntó Roberto.

—¿De qué tipo?

—Cualquiera.

El periodista se recostó contra el respaldo de la silla antes de responder.

—Movié hilos para que le concediesen a la empresa de su hermano las obras de reparación de la ciudad de vacaciones de Perlora.

—Lo sé. Diego me contó que había irregularidades en los presupuestos y que han paralizado las obras.

—Así es. Nadie ha puesto todavía el punto de mira en Pablo Jovellanos, aunque no es el único asunto que le ha salido mal. A principios de año presentó un proyecto de construcción de un nuevo hospital universitario en Gijón, financiado por varios empresarios asturianos, pero la muerte hace tres meses de uno de ellos lo paralizó. Se rumoreaba que era una tapadera para lavar dinero negro y conseguir importantes rebajas fiscales.

—¿Ese empresario no sería Héctor Loyola?

—El mismo. Por lo que sé era buen amigo de Pablo.

«Amigos», repitió Roberto en su cabeza, a la vez que asentía. ¿Hasta dónde llegaría esa amistad, solo a los negocios o iría más allá? Aquello no podía ser casual.

—¿Si te diese dos nombres me sabrías decir si tenían también relación con Pablo Jovellanos?

El periodista sacó una pequeña libreta y un bolígrafo.

—Dime qué nombres.

—Luis Cuesta Montesinos y Adolfo Guillén López.

—En el caso de Adolfo te lo puedo decir ya. Supongo que te refieres al alcalde de Cangas de Onís, el que se suicidó hace un par de semanas.

—Sí.

—Apoyó a Pablo Jovellanos en su designación como Consejero de Sanidad y a cambio recibió una partida de medio millón de euros para la remodelación del Centro de Salud de Cangas de Onís, de la que de momento y después de tres años no se sabe nada.

—Veo que estás bien informado.

—Es mi trabajo. De Luis Cuesta... Montesinos —dijo revisando sus notas— no te puedo contar nada, pero lo averiguaré.

—Gracias.

—Aunque tendrás que decirme qué interés tiene la UCO en Pablo Jovellanos. Prometo que lo que me digas no saldrá de aquí.

—Quiero saber si está metido en algún negocio turbio que hubiese provocado la muerte de su sobrina.

Era una verdad a medias, pero la única información que estaba dispuesto a darle al periodista en ese momento.

—¿Un ajuste de cuentas?

—Podría ser.

—En ese caso habrían atentado contra su hija.

Estaba claro que el periodista no se iba a dejar engañar tan fácilmente.

—Tal vez fue por los negocios de su hermano.

—Está bien, no preguntaré más —aseguró el periodista—. Investigaré la relación con el tal Luis Cuesta y te llamaré, pero espero que entonces me expliques de manera más convincente lo que está pasando.

—Lo haré.

El periodista abandonó el bar y Roberto se quedó unos minutos sentado, analizando lo que acababan de hablar. Una teoría surgió en su mente, probablemente descabellada, pero que no desechó. ¿Y si Pablo Jovellanos formaba parte de la supuesta Hermandad, junto a Luis Cuesta, Adolfo Guillén y Héctor Loyola? ¿Y si había participado en la muerte de su sobrina?

No sería la primera vez que un perturbado asesinaba a alguien de su familia, aunque fuese la hija de su hermano. Esa teoría no encajaba con el hecho de que, tras su muerte, hubiese presionado a la Guardia Civil y acudido a la prensa para que se descubriese a su asesino, pero también podía haberlo hecho para alejar las sospechas de él.

También había otra posibilidad. Que no hubiese participado de ningún modo en su muerte, pero que tuviese conocimiento o sospechas de quién podía haberla secuestrado. De ahí que quisiese estar al tanto de la investigación y que estuviese dispuesto a ordenar que le sacasen de la carretera para que la UCO sumase más efectivos a la investigación.

De cualquier modo, lo que sí estaba claro era que la implicación de Pablo Jovellanos en la muerte de su sobrina era mayor de la que él daba a entender con su actitud arrogante.

Roberto se presentó en el cuartel de Llanes cerca de la una del mediodía y se reunió con el capitán Montes en su despacho. Le acompañaban el sargento Navas y dos hombres de su equipo. También se encontraba el teniente Ferrán.

—No sabes cuánto lamento lo ocurrido a la sargento Ruano —le dijo Montes saliendo de detrás de su mesa y estrechándole la mano—. ¿Cómo se encuentra?

—Fuera de peligro, mi capitán.

El teniente, que ocupaba una de las sillas situadas delante de la mesa, ni se dignó a levantarse.

—Veo que no vienes solo.

—Este es el sargento Navas, de la UEI. Van a apoyarnos a partir de ahora.

Al capitán pareció no agradecerle la visita.

—Si la UCO necesitaba apoyo podías habérmelo dicho y habría solicitado gente de la Unidad de Seguridad Ciudadana a la comandancia de Gijón.

—No se ofenda, mi capitán, pero la USECIC son un grupo de aficionados al lado de esta gente.

—Necesitaremos apoyo de instalaciones, principalmente alojamiento, mi capitán —pidió el sargento Navas.

—Lo siento, pero no disponemos de alojamiento —se apresuró a decir Ferrán—. Todos los apartamentos del cuartel están completos.

—El mío está libre —le contradijo Montes—. Tengo una casa en Barro, un pueblo cerca de aquí, así que apenas lo uso. Solo dormí en el piso en un par de ocasiones en que tuve que trabajar hasta tarde y luego no me apetecía conducir. Son tres habitaciones, dos de ellas con dos camas individuales, y hay un sofá cama en el salón.

—Nos arreglaremos con lo que nos deje, mi capitán. Muchas gracias.

—Estamos para ayudaros en todo lo que necesitéis, ya lo sabes —

concluyó mirando a Roberto.

—Con respecto a eso... —dijo el aludido tomándose unos segundos antes de continuar—. Me temo que alguien de este cuartel ha estado filtrando información al exterior desde que iniciamos la investigación.

—Eso no es posible —le replicó con expresión incrédula.

—No solo lo es, sino que sabemos quién lo ha hecho.

—¿Quién?

Roberto no respondió, se limitó a mirar al teniente Ferrán que en un principio no pareció darse por aludido. Solo cuando el capitán le miró también se puso en pie.

—¡Un momento! Yo no...

—Se realizaron una serie de llamadas desde el despacho del teniente Ferrán al móvil particular de Pablo Jovellanos, para informarle del progreso de la investigación.

—¡Eso es mentira! —replicó encolerizado el teniente—. ¡Yo jamás hice esas llamadas! Cualquiera pudo entrar en mi despacho y usar mi teléfono.

—Eso podría ser cierto, pero hay algo más. Mi compañero ha investigado desde Madrid sus cuentas y las de su familia. Tiene una hija en la universidad con una cuenta personal en la que recientemente ha recibido dos ingresos, uno de mil euros y otro de dos mil. Esos ingresos provienen de la empresa Construcciones JV, perteneciente a la familia Jovellanos. ¿Puede explicarlo?

El teniente palideció, incapaz de dar una respuesta.

—¿Es eso cierto? —insistió su capitán.

—No creo que aceptar una donación de estudios sea un delito.

—Una donación de alguien implicado en un delito sí puede serlo.

—¿De qué delito hablamos? —preguntó el capitán Montes.

—Pablo Jovellanos podría estar implicado en la muerte de su sobrina.

Su reacción fue negar con la cabeza.

—Eso no tiene sentido.

—Lo que no tiene sentido es que Juan Cuetos muriese horas después de ser puesto en libertad, y su amigo Sebas poco antes de que fuésemos a visitarle. Hay alguien siguiendo muy de cerca nuestra investigación y la prueba de ello es lo que nos ocurrió en Salamanca. Alguien de este cuartel está informando a quienes mataron a Inés para que vayan un paso por delante de nosotros.

—¿Y piensas que soy yo? —preguntó el teniente Ferrán, dibujando a continuación una mueca de odio—. ¡Tú estás loco!

—Y usted detenido.

—Entregue su arma —ordenó el sargento Navas, a la vez que los dos hombres que le acompañaban se acercaban a él.

—¿No lo dirás en serio?

Roberto sacó una hoja de papel del bolsillo y se la entregó al capitán.

—Es una orden de arresto preventivo contra el teniente. Vamos a encerrarle en un calabozo hasta decidir su traslado.

—¡Tiene que ser una broma! —dijo Ferrán con un gesto de incredulidad.

Uno de los dos agentes de la UEI le quitó el arma mientras el otro le agarraba del brazo.

—Espero que no sea necesario esposarle, mi teniente —dijo el sargento Navas—. Si colabora todo será más fácil.

El oficial fue incapaz de articular ninguna palabra más. Dejó que le guiasen fuera del despacho, mientras el capitán Montes le hacía un gesto a Roberto para que se quedase a solas con él.

—No puedo creer que Ferrán sea un traidor —aseguró cuando se quedaron solos.

—Lo averiguaremos pronto, pero ahora mismo es lo que parece.

—Cuando me hice cargo de esta compañía, mi antecesor me dijo que Ferrán era un oficial muy serio en su trabajo, y nada en estos dos años me ha hecho pensar que no fuese así.

—¿Sabe cuánto lleva el teniente aquí destinado? —preguntó Roberto.

—Casi cinco años.

—¿Y antes de llegar aquí?

—Estuvo en Madrid y en el sur, creo que Sevilla. ¿Por qué lo preguntas?

—Inés no es la única cría que ha desaparecido en los últimos años.

—Me imagino, todos los años desaparecen unas cuantas por todo el país, pero dudo que Ferrán haya estado implicado en ninguna desaparición.

—No hubo ninguna desaparición en esta zona hasta que llegó él.

—Eso no es una prueba.

—Tal vez, pero no voy a volver a arriesgar mi vida o la de mis compañeros. El teniente Ferrán estará custodiado aquí hasta que descubramos su implicación.

—Tendré que informar al Teniente Coronel Jefe de la Comandancia de Gijón.

—Hágalo, aunque es probable que ya le hayan llamado de Madrid para ordenarle que preste a esta investigación toda la ayuda necesaria. Siento que las cosas sean así, mi capitán, pero la UCO está decidida a resolver el caso.

—Lo entiendo, pero me gustaría seguir estando informado. No me gusta enterarme de este modo de que uno de mis hombres va a ser arrestado.

—Me temo que eso ya no va a ser posible —dijo Roberto a modo de despedida.

Cuando salió del despacho lo hizo convencido de que iba a tener que darse prisa en resolver el caso, antes de que todo se volviese en su contra.

MIERCOLES 22 DE JULIO

Esa mañana Roberto estaba de muy buen humor cuando se encontró con Diego en la cocina. La llamada que había realizado al hospital de Salamanca antes de salir de la habitación le confirmó que Eva estaba bastante mejor y que le darían el alta antes de lo previsto. *Es una mujer fuerte y con ganas de vivir*, le había dicho el médico, aunque eso era algo que él ya sabía.

Por primera vez en días no había soñado con Inés, como si la investigación ya fuese por el buen camino y ella hubiese decidido darle un respiro. Estaba convencido de la implicación del teniente Ferrán, como uno de los integrantes de lo que había decidido denominar como «la Hermandad», aunque necesitaba la confirmación de Hinojosa, que ya se encontraba trabajando en ello desde Madrid.

—¿Has hablado con el hospital? —le preguntó Diego ofreciéndole una taza de café—. ¿Qué tal está Eva?

—Mejor. Se pondrá bien muy pronto.

—Espero que cojas al cabrón que le hizo eso y le pegues un tiro en la cabeza.

—Cuando le pille te aseguro que se va a pasar una buena temporada en la cárcel.

—Eres demasiado indulgente con los delincuentes. Yo no podría.

—Por ganas le pegaría un tiro en la cabeza, te lo aseguro, pero debo pensar en Inés y en atrapar a los que la asesinaron —aseguró convencido.

Diego asintió con la cabeza antes de decir:

—Voy a dar una vuelta hasta la playa de Barro. ¿Te apetece venir? Hoy hace un día muy bueno.

—No, gracias, tengo trabajo. Por desgracia, algunos no estamos de vacaciones.

—Yo tampoco estoy de vacaciones. Estoy jubilado, que es mejor —dijo

Diego soltando una ligera carcajada—. Hasta luego.

Roberto se despidió de él alzando la mano y, cuando se quedó a solas, le mandó un mensaje al sargento Navas para avisarle de que ya podían pasar a recogerle. La idea para ese día era interrogar de nuevo a Ferrán, con la esperanza de que una noche durmiendo en una celda hubiese despertado sus ganas de hablar. Si no lo hacía por ese motivo, tal vez la información que Hinojosa estaba buscando lo lograra.

Estaba apurando el café cuando su compañero le llamó al teléfono.

—Buenos días —le saludó dejando a un lado la taza—. Espero que tengas buenas noticias.

—Yo también lo espero —dijo con voz cansada Hinojosa al otro lado de la línea—. He investigado a Luis Cuesta, Adolfo Guillén y Héctor Loyola, tal y como me pediste, y algo pasó el último año de su carrera en la universidad.

—¿Qué quieres decir?

—Una joven de primer año murió tras ser violada y golpeada. Encontré una noticia en prensa al respecto, aunque luego el caso quedó sin resolver. Había cientos de estudiantes en la universidad, muchos de ellos pertenecientes a familias con mucho poder, y no se llevó a cabo ninguna detención.

—Quizás eso fue el inicio de todo.

—Podría. Los siguientes siete años no logré encontrar nada que los vincule. Solo sé que Luis Cuesta se fue a trabajar a Bruselas y luego a Londres; Adolfo Guillén estuvo haciendo carrera política en Madrid durante cinco años, hasta que decidió regresar a Asturias, su tierra natal; y Héctor Loyola se fue a Estados Unidos para hacerse cargo de una de las empresas que su familia tiene allí. Ni rastro de relación entre ellos, hasta que hace doce años, en dos mil ocho, Adolfo Guillén publicó en su *Facebook* una foto con sus dos amigos en una fiesta en Ibiza. Aunque para entonces los tres ya estaban casados, sus mujeres no aparecen en la foto, lo que me hace pensar que fueron solos. La foto es de la primera semana de agosto, precisamente en las fechas en las que desapareció una turista alemana de dieciséis años cuyo cadáver apareció meses después despeñado por un barranco de la isla.

—¿Fueron sospechosos?

—No. Ya sabes que Ibiza en verano es una locura, se pone de gente hasta la bandera. Hay altercados, robos, violaciones y algún que otro crimen. Muchos quedan sin resolver porque es imposible encontrar siquiera un sospechoso.

—Un buen territorio de caza.

—Sí, eso mismo pensé yo, aunque no sé si volvieron a juntarse el verano siguiente. Al menos Adolfo Guillén no publicó ninguna otra foto en la isla ese año. Lo que sí sé es que a partir del verano de dos mil diez empezaron a reunirse en vacaciones, esta vez ya con sus mujeres. Mi opinión, después de analizar todos los datos, es que lo usaron como tapadera. Solían juntarse durante dos veranos en un mismo lugar y luego cambiaban la zona de vacaciones. Estuvieron en distintos pueblos turísticos de Valencia, Alicante, Almería y Málaga, curiosamente cerca de los lugares donde sabemos que desaparecieron las crías que frecuentaban Avatar y los otros grupos similares de Facebook.

—¿Me estás diciendo que desde hace diez años siempre ha desaparecido alguna chavala donde iban de vacaciones con sus mujeres?

—Sí.

—¿Podría ser casualidad?

—Demasiada casualidad, ¿no te parece? —sugirió Hinojosa.

—¿Y cómo averiguaste donde estuvieron?

—Por sus mujeres, son aficionadas a publicarlo todo en sus redes sociales. Donde van de vacaciones, lo que hacen, lo que comen. ¡Todo! Son una fuente inagotable de información, aunque la última vez que coincidieron de vacaciones fue hace cuatro años, en Llanes. Después de eso no volvieron a juntarse.

—Es extraño —reflexionó Roberto en voz alta.

—Sí, algo les debió ocurrir. Quizás se enfadaron.

—No lo creo. Tienes que investigarlo, a ver si averiguas algo.

—No hay problema. Tengo un equipo de gente cojonudo ayudándome en esto. La llamada que le hiciste al comandante Varela funcionó.

—Me alegro.

—Rober, ¿tú cómo lo llevas?

—Hemos detenido a Ferrán, aunque de momento no ha abierto la boca. Ahora me acercaré a verle. Puede que una noche en el calabozo le haya hecho reflexionar. Por cierto, ¿podrías averiguar en qué destinos estuvo antes de aquí? Quizás haya suerte y coincidiese con Luis Cuesta y sus dos amigos durante sus andanzas de cada verano.

—¿Crees que Ferrán forma parte de ese grupo?

—De lo que estoy convencido es que no eran ellos tres solos. Cuando secuestraron a Inés, Luis Cuesta estaba en Madrid y Héctor Loyola muerto. Dudo que Adolfo Guillén se encargase él solo de secuestrarla y asesinarla.

Además, Guillén murió un día después que ella. Si fuese el único culpable que quedaba no habrían matado a Juanín y Sebas para borrar el rastro. Incluso el tal Cameron intentó despistarnos cuando se hizo pasar por amigo de Sebas. Estoy seguro de que hay más gente implicada, y Ferrán tiene todas las papeletas para ser uno de ellos: acceso a la investigación, ocultación de información... ¡Y encima las desapariciones comenzaron en Llanes cuando llegó destinado!

—Lo averiguaré y te mandaré un mensaje al móvil.

—Gracias.

Roberto cortó la llamada y se preparó para ir al cuartel de Llanes. Estaba decidido a arrancarle la verdad a Ferrán del modo que fuese necesario.

El rostro del teniente Ferrán era una mezcla entre cabreo y arrogancia. No parecía que pasar una noche en un calabozo le hubiese domado el carácter. Más bien se mostró hostil desde el preciso instante en que Roberto se sentó al otro lado de la mesa de la pequeña sala de interrogatorios. Quizás que estuviesen ellos dos solos le animó a venirse arriba.

—Te voy a hundir la puta carrera. En cuanto hable con mi abogado te voy a denunciar.

—Me parece muy bien —dijo Roberto sin alterarse—, pero ahora quiero que me responda a varias preguntas.

—No pienso abrir la boca hasta hablar con mi abogado.

—Al menos podrá escuchar, ¿no? —Al ver que no respondía, sacó su teléfono móvil y encendió la pantalla para poder leer el mensaje que había recibido de Hinojosa justo al llegar al cuartel de Llanes, y que había motivado que tuviese que retrasar el interrogatorio casi una hora—. Por lo que veo ha cambiado bastante de destino. Palencia, San Vicente de la Barquera, Ribadeo, Reinosa, Castro Urdiales, Pontevedra y Llanes. Me llamó la atención que excepto dos de ellos el resto son pueblos con costa, así que recordé algo, un hilo de la investigación que teníamos pendiente, y antes de venir a verle me acerqué al puerto de Llanes. No me costó mucho encontrar lo que buscaba. Es usted dueño de una embarcación semirrígida de siete metros de eslora y motor fuera borda de setenta y cinco caballos.

—¿Y qué problema hay? Me gusta salir a pescar.

—El problema es que, además de no conseguirnos el listado de embarcaciones del puerto que nos había prometido, tampoco mencionó que usted tenía una. A eso hay que sumar que se olvidase de hablarnos de la desaparición de Nadine Corrales hace cuatro años, a pesar del revuelo mediático que se produjo, y que estuviese al tanto de todos nuestros avances

en la investigación. Usted sabía que Juanín había sido puesto en libertad y que Sebas tenía la casa en ese pueblo cerca de Ribadesella. Incluso estaba usted con el capitán Montes cuando Eva le comunicó que íbamos a Salamanca a entrevistar a una testigo.

—¿Y qué pretendes insinuar con todo eso?

—Mi abuela solía decir: ¿Blanco y en botella? ¡La leche!

—¿Gilipolleces!

—¿Cuándo conoció a los miembros de la Hermandad?

—¿Qué hermandad? —dijo Ferrán mirándole extrañado.

—¿Fue en Madrid, cuando estaban en la universidad o tal vez en Ibiza?

—No he estado en Ibiza en mi vida y no tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—Sus amigos no van a poder salvarle esta vez.

Por primera vez la actitud del oficial cambió y pareció más dispuesto a hablar.

—Escucha, reconozco que le pasé información a Pablo Jovellanos. Mi hija se empeñó en estudiar medicina en Oviedo y nos estamos ahogando. —Su voz era nerviosa y hablaba algo atropellado, como si tuviese prisa por justificarse—. Se acercó a mí después de desaparecer su sobrina y dijo que me pagaría bien por cualquier información sobre la investigación que le transmitiese, así que decidí aprovechar la oportunidad.

—¿Le habló de la liberación de Juan Cuetos?

—Sí, pero le dije que ya no era sospechoso y que por eso le dejaban libre.

—¿Y de Sebas?

—No, nunca le hablé de él. Es más, no supe quién era ese tío hasta que el capitán Montes me habló de su asesinato. Y tampoco me enteré de que estabais en Salamanca hasta que supimos lo de vuestro accidente.

—Intento de asesinato.

—Lo que sea. No me enteré de nada de eso.

—Pero usted sabía que Pablo Jovellanos tenía un Discovery.

El teniente tardó unos segundos en responder.

—Sí, lo vi en su casa cuando le visité para ponerle al tanto de la investigación, después de tu accidente. Me dijo que me pagaría dos mil euros más si mantenía la boca cerrada.

—¿Por qué me sacó de la carretera?

—Para que enviasen a más gente de la UCO a investigar en el caso.

—Eso no tiene sentido —dijo Roberto negando con la cabeza—. ¿Por qué

iba a querer más gente aquí si él está implicado?

—¿Implicado? —preguntó Ferrán mirándole extrañado—. ¿En la muerte de su sobrina? ¡Eso es imposible! La noche que la secuestraron estuvo en una fiesta toda la noche, hasta las cinco de la mañana.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque estuve allí con él. Era una fiesta protocolaria en un restaurante de Colombres, a veinte minutos de Llanes, en la que estaban la mayoría de alcaldes de la zona. Habían invitado al capitán Montes como representante de la Guardia Civil, pero no se encontraba bien y tuve que ir en su lugar, con mi mujer. La cena empezó a eso de las nueve y luego hubo un baile desde la una hasta las cuatro de la mañana. La última hora la pasé hablando en una mesa con Pablo Jovellanos y algunas personas más. Mi mujer y yo nos fuimos a las cinco, pero ellos se quedaron allí hasta que amaneció. Lo sé porque una patrulla le vio salir a esa hora del hotel y me comentaron que iba bastante tocado. Doy fe de ello porque le vi beber mucho esa noche. —El teniente Ferrán dibujó una ligera sonrisa—. Y horas después le vi salir en televisión como si nada, fresco como una rosa.

—No tiene sentido —reflexionó Roberto. Aquella declaración acababa de descuadrarle su teoría, suponiendo, claro está, que todo fuese cierto.

—Escucha, sé que estás haciendo tu trabajo. —De pronto el tono de voz del oficial ya no era agresivo, sino cordial—. Aceptaré una sanción por pasar información del caso, pero te aseguro que yo no tengo nada que ver con la desaparición de Inés ni de cualquier otra chavala.

Roberto tuvo claro en ese momento que no iba a soltarle solo por lo que había dicho, aunque de algún modo intuía que no estaba mintiendo. De lo que no estaba tan seguro era de que Pablo Jovellanos fuese tan inocente como él daba a entender.

Nada más salir de la sala, Roberto llamó a Javier del Campo, el periodista con el que había contactado el día anterior. Tuvo que esperar varios tonos hasta que contestó.

—Soy el cabo Fuentes.

—Buenos días. ¿Tienes ya información para mí que pueda publicar?

—De momento solo preguntas.

—Por suerte yo tengo alguna respuesta para ti, referente a lo que me preguntaste de ese tal Luis Cuesta.

—¿Has averiguado si tenía relación con Pablo Jovellanos?

—Creo que una relación bastante estrecha, por lo menos a nivel político. ¿Recuerdas que ayer te dije que el mayor de los Jovellanos iba a dar el salto en política a Madrid?

—Sí.

—Pues Luis Cuesta iba a avalar ese salto, al menos esa intención tenía antes de suicidarse. O de que le asesinaran, según la prensa de Madrid.

Aquello confirmaba una teoría que le costaba creer, pero que ahora veía muy clara: Pablo Jovellanos pertenecía a la Hermandad. La pregunta era saber desde cuándo y si era él quien la dirigía ahora.

—Gracias por la información.

—Espero que tengas algo para mí.

—Lo tendré muy pronto. Antes debo conformar varios detalles.

—¿Algo jugoso?

—La probable detención de Pablo Jovellanos, aunque no quiero adelantarme.

—Me gustaría ser el primer medio de comunicación en el lugar en el momento de su detención —dijo el periodista con voz grave.

—No creo que sea posible que estés presente durante la operación, pero te

avisaré en cuanto le detengamos y serás el primero en llegar.

Si la decisión le disgustó, no lo demostró, al menos por teléfono. El periodista se despidió de manera cordial y Roberto caminó al encuentro del sargento Varela, que le esperaba en el pasillo.

—¿He oído «detención»?

—Sí —confirmó Roberto—, pero antes hay que atar varios cabos sueltos. No quiero meter la pata.

—Avísame con tiempo, por si hay que pedir apoyo.

—De acuerdo.

Roberto caminó hasta el exterior del edificio, para llamar desde allí a Eva. Prefería que no hubiese oídos indiscretos, así que salió al aparcamiento y comenzó a rodear el edificio mientras marcaba su número de móvil. Al ver que estaba apagado, decidió llamar al hospital para que le pasasen con su habitación, aunque tuvo que esperar más de dos minutos hasta escuchar su voz.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien —respondió ella con voz risueña—. Me alegro de escuchar tu voz.

—No quería molestarte en tu recuperación, pero creo que tenemos un claro sospechoso de la muerte de Inés. Eso sí, antes de mover nada quería hablar contigo y que tú me dijese los pasos a seguir.

—¿Cuéntame, quién es el sospechoso?

—Pablo Jovellanos.

—¿El tío de Inés?

—Sí.

—¿Estás seguro de eso?

—Sabemos que tenía relación con los tres integrantes de la Hermandad que están muertos. Adolfo Guillén le apoyó en su día para el puesto de Consejero del Principado de Asturias, a cambio de una subvención que todavía no se sabe dónde fue a parar. Luis Cuesta, al parecer, le estaba avalando para dar el salto en política a Madrid en la próxima legislatura. Y de Héctor Loyola sabemos que eran buenos amigos —dijo Roberto dando a sus palabras la debida entonación para convencerla de la importancia de esos datos—. Recuerda lo que nos dijo el criminólogo sobre el funcionamiento de este tipo de sectas o de sociedades. Captan personas influyentes para poder ascender social y laboralmente, y en el caso de estos cuatro creo que han estado ayudándose desde el principio.

—Entiendo lo que dices —aseguró Eva—, pero que fuesen amigos no es prueba suficiente de que sea culpable.

—Seguro que se desmorona en el interrogatorio —replicó Roberto convencido.

—Las cosas no funcionan así, Rober. No puedes detener a alguien sin pruebas tangibles y, en este caso en concreto, sin algo o alguien que les relacione directamente con el secuestro y muerte de Inés. Hacen falta pruebas.

—Sabes tan bien como yo que en el escenario del crimen no se encontró nada que nos pueda llevar hasta un sospechoso. Solo las huellas de los neumáticos en el camino y las muestras de sangre y cabello dentro de la casa.

—Pues hay que encontrarlas antes de acusarle.

—¿Y si te dijese que he encontrado el Land Rover Discovery que me sacó de la carretera?

—¿Dónde?

—En un parque de vehículos del Gobierno del Principado que está en Oviedo. El coche estaba asignado a Pablo Jovellanos.

—Esa es una buena noticia, aunque habría que comparar los neumáticos con las huellas encontradas cerca de la casa.

—Ya lo están haciendo los de Criminalística.

Tras una breve pausa, Eva aseguró:

—Ya veo que no me necesitas, te desenvuelves muy bien solo.

—Si fuese así no te habría llamado. Me encantaría que estuvieses aquí conmigo.

—A mí también. —Eva guardó silencio un par de segundos antes de pronunciar las siguientes palabras—. Te echo de menos.

Roberto no supo cómo interpretarlas y tampoco fue capaz de corresponderle como debía.

—Cuídate y recupérate pronto —acertó a decir.

—Lo haré. Gracias por llamar.

La llamada se cortó y Roberto se quedó con la sensación de que Eva no había recibido la respuesta que esperaba oír. De cualquier modo, era la única que podía darle en ese momento. Toda su concentración en ese momento estaba en el caso y cómo justificar la detención de Pablo Jovellanos.

Iba a guardar el teléfono cuando recibió una llamada de un número que no conocía.

—¿Sí, dígame?

—¿Cabo Fuentes de la UCO? —escuchó una voz al otro lado.

—Sí, soy yo.

—Soy el teniente Castillo, de la comandancia de Salamanca. Te llamo

referente al vehículo que usaron para atentar contra ti y la sargento Ruano.

—¿Lo han localizado?

—Sí. Bueno, eso creemos.

Roberto tuvo que contener un grito de alegría.

—Es una gran noticia —se limitó a decir para mantener las formas.

—Un kilómetro más adelante de donde sufristeis el tiroteo un radar de tráfico cazó a un todoterreno negro por exceso de velocidad. El problema fue que al comprobar la matrícula resultó ser falsa, no se correspondía con ese vehículo.

—¡Mierda! —exclamó decepcionado.

—Sin embargo, un todoterreno con esas mismas características fue grabado una hora después en una gasolinera de Salamanca, aunque con otra matrícula. Estamos casi seguros de que se trataba del mismo, por lo que suponemos que la cambió antes de llegar al lugar. Hemos cotejado esa matrícula y nos ha dado un nombre: Marcos Molina Álvarez, que actualmente vive en Asturias. Incluso tenemos una imagen suya mientras echaba combustible, que igual os sirve para identificarlo.

Roberto sintió cómo se le aceleraban las pulsaciones.

—Necesitaré que me mande esa imagen. No, mejor —corrigió de inmediato—, le diré a mi compañero, el cabo Hinojosa, que se ponga en contacto con usted. ¿Le puede llamar a este mismo número?

—Sí, no hay problema.

Roberto se despidió de él agradeciéndole el trabajo y sonrió de oreja a oreja. Parecía que por fin la suerte estaba de su parte.

Marcos Molina Álvarez. Treinta y tres años. Natural de Alicante. Delincuente habitual desde los quince a los veinte años. A partir de ese momento ya no hay constancia de ninguna detención. Detenido por atraco con arma blanca, intento de violación de una menor —cuando tenía diecisiete años— y asalto a varias viviendas.

Por más que Roberto leía esa parte del informe no terminaba de entender cómo una persona con esos antecedentes había dejado de delinquir de repente. No era lo habitual. Cuando alguien empezaba tan joven a cometer delitos ya no paraba.

Lo más llamativo, no obstante, era que hubiese cambiado de domicilio de forma tan habitual desde los veinte años, cada año en un pueblo distinto. Fue al cotejar los lugares cuando todas las alarmas saltaron. Marcos Molina había vivido muy cerca de los lugares en los que había desaparecido alguna de las jóvenes que frecuentaban los grupos de Facebook —Gandía, Denia, Benalmádena, Fuengirola, Mojácar y Torremolinos—, además de haber residido los dos primeros años en Ibiza.

Hasta que cuatro años atrás se había instalado definitivamente en el pueblo de Llames de Pría, situado a veinte kilómetros de Llanes, y lo había hecho varios meses antes de la desaparición de Nadine Corrales, la joven belga.

Toda esa información la conocía Roberto gracias al gran trabajo que había realizado desde Madrid Hinojosa, aunque de nada les serviría si no lograban detener a Marcos Molina y, sobre todo, hacerle confesar. Una operación al mando de la cual estaba ya el sargento Navas con sus hombres, aunque dada la ubicación de la casa del sospechoso se vieron obligados a pedir apoyo al capitán Montes. Por ese motivo Roberto y el sargento Varela fueron a visitarle a su casa.

Montes vivía con su mujer en una preciosa casa situada en el pueblo de

Barro. Era una vivienda de una sola planta con una espaciosa finca alrededor y unas vistas inmejorables de la costa, gracias a que estaba situada sobre una pequeña elevación. En la puerta les recibió su mujer, bastante agradable en el trato y con un simpático moño en el pelo adornado con una enorme flor.

—Mi marido está en la parte de atrás, en el hórreo, seguro que fumando un *Farias* a escondidas —dijo después de que ellos se presentasen—. Os acompañaría, pero tengo la comida en el fuego. Es cruzando el salón, al fondo. ¿Queréis tomar algo?

—No, gracias —respondió Roberto mientras accedían al interior de la vivienda—. Bonita casa —comentó al ver el buen gusto con el que estaba decorado el interior.

—Es la ventaja de no tener hijos, nadie te mueve las cosas de sitio.

—¿Hace mucho que viven aquí?

—Algo más de cuatro años. Después de deambular por media España, ya teníamos ganas de regresar a nuestra tierra y comprarnos esta *casina*.

—¿Son asturianos los dos?

—Sí, yo de Oviedo y Sergio de Gijón. ¡Para que luego digan que los de Oviedo y los de Gijón no nos llevamos bien! —dijo soltando a continuación una carcajada—. ¿Seguro que no queréis tomar nada?

—Seguro.

—Por esa puerta se sale al jardín —dijo señalando la que estaba situada al fondo de la sala—. Pegarle una voz para que os oiga. Cuando se mete en el hórreo se aísla del mundo.

Los dos se dirigieron al fondo de la sala, donde encontraron una puerta corredera de cristal abierta que daba acceso al jardín. El césped estaba muy bien cuidado, adornado en los bordes con coloridas hortensias y otras flores de vivos colores. Al fondo de la finca se elevaba un precioso hórreo de madera, con aspecto de no tener demasiados años. Antes de que llegasen, el capitán Montes salió del interior y les saludó alzando la mano. Vestía un pantalón corto y una camiseta, y en los labios llevaba un *Farias*.

—No esperaba visita —dijo sonriendo.

—En el cuartel me dijeron que podía localizarle aquí —dijo Roberto—. Perdón por molestarle tan tarde, pero necesitábamos verle.

—No pasa nada —dijo bajando las escaleras de piedra para reunirse con ellos.

—Bonito hórreo.

—Es mi refugio. Ahí tengo un pequeño taller para hacer mis chapucillas y

fumar sin que me vea mi mujer —dijo con una risa nerviosa mirando hacia la casa—. ¿Queréis tomar algo?

—No, gracias —reiteró Roberto—. Sentimos molestarle, pero venimos a pedirle ayuda.

—¿Para qué?

—Tenemos en marcha una operación de vigilancia de un sospechoso —comenzó a explicarle el sargento Navas—, pero para su detención necesitaremos apoyo de varias patrullas que deberán cortar las posibles vías de escape.

—¿Cuándo y dónde se realizará esa detención?

—En Llames de Pría, esta noche —dijo el sargento mirando su reloj—. Ahora son las ocho y media de la tarde, así que asaltaremos la casa en cuanto oscurezca, para que no nos vea aproximarnos. Calculo que en una hora y media, más o menos.

—¿No es un poco precipitado? Podría llamar a Gijón para que nos manden personal de USECIC.

—No podemos esperar, mi capitán —aseguró Roberto.

—Con que varias patrullas bloqueen las carreteras hacia Cuerres, Piñeres y Villanueva de Pría será suficiente —le explicó el sargento Navas—. Necesito que corten el paso a cualquier vehículo hasta que termine la operación.

—¿Y a quién vamos a detener?

—Al hombre que creemos que secuestró a Inés Jovellanos —respondió Roberto.

—Esa es una excelente noticia —aseguró el oficial con alegría contenida—. Daré las órdenes oportunas para que las patrullas se pongan a las órdenes de la UEI.

—Hay una cosa más, mi capitán —prosiguió Roberto—. El revuelo mediático será importante si la noticia salta a la prensa. Tenemos que evitar en la medida de lo posible que se enteren de nada, al menos hasta que hayamos interrogado al sospechoso.

—Claro, no hay problema —aseguró fijando a continuación la mirada en el sargento—. ¿Y dices que ya estáis vigilando al sospechoso ahora?

—Sí.

—Espero que no escape.

—No lo hará, se lo aseguro.

—Está bien, llamaré al sargento Romero a Llanes para que organice las

patrullas que necesitáis.

—Dígale que me espere en el cuartel con las patrullas preparadas. Saldremos en cuanto nos equipemos.

—Muy bien.

El capitán Montes se alejó unos metros mientras sacaba su teléfono móvil, justo a la vez que sonaba el de Roberto. Era Eva.

—¿Cómo va todo, Rober?

—Bien, precisamente iba a llamarte ahora.

—Mañana me dan el alta —dijo ella de manera atropellada sin dejarle continuar.

—¿En serio? Eso es estupendo.

—Tengo que descansar unos días, pero ya he hablado con Diego para que me acoja en su casa. Espero que no te importe. No me apetecía quedarme sola en Oviedo.

—¿Y por qué iba a importarme? —dijo sorprendido de que hubiese cambiado de opinión—. Además, así podré cuidar de ti.

—Y yo ayudarte con el caso.

—Con un poco de suerte dentro de poco podremos darlo por resuelto.

—¿En serio?

—Eso espero. Puede que en poco más de una hora hayamos detenido al secuestrador de Inés.

La puso al día sin extenderse mucho en los detalles, pero provocando una exclamación de alegría en Eva.

—¡Genial! Espero que todo salga bien esta noche.

—Saldrá, no te preocupes. Mañana te lo contaré todo.

—Muy bien.

Cuando cortó la llamada, Roberto dibujó una sonrisa. Si nada fallaba, en pocas horas el caso podría estar resuelto y los asesinos de Inés detenidos.

La casa de alquiler en la que vivía Marcos Molina estaba situada al final del pueblo de Llamas de Pría, en la carretera que iba hasta Cuerres. Era una vivienda de dos plantas, estrecha, con un muro de piedra de poco más de un metro de altura alrededor de toda la finca. Estaba medio escondida entre varios árboles que apenas dejaban apreciar la fachada, con un pequeño bosque a un lado de la finca y una explanada al otro lado que servía como aparcamiento para los vehículos. Precisamente ahí estaba aparcado el coche de los dos hombres del sargento Varela que vigilaban los movimientos del sospechoso, mientras el resto esperaban la orden para el asalto.

Sabían que Marcos estaba en el interior de la casa, ya que le habían visto llegar al mediodía con su Toyota Land Cruiser negro y aparcarlo dentro de la finca. Desde entonces no se había movido de ella y el hecho de que varias luces interiores de la casa se encendiesen al caer la noche lo confirmaba.

Roberto se encargó de coordinar las patrullas de la Guardia Civil de Llanes, mientras el sargento Varela preparaba el asalto de la vivienda con los hombres de la Unidad Especial de Intervención. Estos ya no vestían de civil, sino con uniforme verde oscuro e iban equipados con chaleco antibalas, casco con gafas de visión nocturna, pistola y subfusil de asalto. Viéndoles, Roberto añoró sus días en la Unidad, años atrás; incluso estuvo tentado de pedirles que le dejaran participar, sobre todo por su deseo de detener en persona al sospechoso, pero comprendió que esa no era su misión.

El asalto se inició pasadas las once de la noche. Dos coches de la UEI bloquearon la carretera cincuenta metros antes y después de la casa, y sus ocupantes rodearon la finca por los cuatro costados, aunque Roberto no pudo verlo *in situ*. Tuvo que mantenerse unas decenas de metros por detrás, junto a una de las patrullas, para que ningún vehículo pudiese acceder al lugar, aunque sí pudo seguir lo que sucedía a través de la radio que le entregó el sargento

Varela.

En un principio todo fue bien. Rodearon la casa, reventaron la cerradura de la puerta principal y accedieron al interior. No hubo disparos, buena señal, hasta que una voz por radio confirmó que no era así.

—No hay nadie, la casa está vacía.

—No puede ser, no hace ni media hora que le vimos dentro de la casa — dijo otra voz, que Roberto supuso pertenecía a uno de los hombres que había realizado la vigilancia exterior.

—Pues aquí no hay nadie. Ha escapado.

—¿Cómo?

Roberto cogió la otra radio, la que enlazaba con las patrullas de control repartidas por distintas carreteras de la zona, y les avisó de lo ocurrido.

—Todo el mundo atento, no dejéis pasar ningún vehículo sin identificar antes. El sospechoso ha escapado.

Visto que ya no había problema por acercarse a la casa, salió del vehículo y caminó hacia ella con paso apresurado para comprobar por sí mismo que el sospechoso no estaba en el interior. No podía creerse que se hubiese esfumado.

Apenas había recorrido unos metros cuando el conductor del Nissan del que acababa de bajarse llamó su atención.

—¡Una moto de motocross acaba de saltarse un control!

Eso hizo que Roberto regresase a él a la carrera.

—¿Dónde?

—En el Palacio de Garaña.

—Joder, eso está aquí al lado. Avisa al control que dejamos en el cruce de Villanueva para que la detengan.

Si se había saltado el control de Garaña, solo podía tomar una carretera, a no ser que se desviase antes hacia el pueblo de La Pesa. De cualquier modo había controles en todas las carreteras de huida de la zona, así que era imposible que escapase.

—Sargento, han visto a alguien con una moto que se ha saltado un control cerca de aquí —le informó por radio.

La respuesta no se hizo esperar.

—Vamos a tu posición con los vehículos para que nos guíes hasta allí.

Un par de minutos después recorrían las estrechas carreteras a toda velocidad, con las luces y las sirenas encendidas. El conductor que manejaba el Nissan Patrol en el que viajaba Roberto demostró ser muy bueno y llegaron

a Garaña casi en un abrir y cerrar de ojos. Cruzaron el pueblo hasta llegar al cruce que llevaba al pueblo de Villanueva, donde la patrulla que cortaba la carretera les hizo señales para que se detuviesen. Roberto saltó del vehículo casi antes de que se detuviese, mosqueado al no ver ni rastro de la moto.

—¿Dónde está?

—Por aquí no ha pasado.

—¿Cómo que no ha pasado?

—Escuchamos una moto, pero no llegó aquí.

—¿Y dónde coño...?

Roberto no llegó a terminar la frase. Sacó su teléfono móvil y abrió el *Maps* para obtener una imagen satélite. Los pueblos de esa zona estaban pegados unos a otros, de tal manera que casi parecían el mismo. Había numerosas carreteras y calles en el interior, aunque eran muy pocas las que permitían abandonarla y todas estaban vigiladas por alguna patrulla. Con un coche era imposible escapar del cerco que habían montado, sin embargo, con una moto la cosa cambiaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó el sargento Varela llegando a su altura, con la cara cubierta todavía por el pasamontañas negro.

—Con una moto ese cabrón puede ir por cualquier camino —respondió mientras deslizaba el dedo por la pantalla para mover el mapa—. Tiene que haber tirado por esta carretera que sale medio kilómetro antes de aquí y haber cogido luego el camino que lleva hasta Villanueva, pasando por el Otero. Es una pequeña población situada en un alto. De ahí solo se puede bajar a Villanueva.

Mientras hablaba, Roberto fue señalando el recorrido.

—¿No hay nadie en Villanueva?

—Sí, dejé una patrulla a la entrada el pueblo, justo donde se hace la fiesta de la Magdalena, pero si la moto va por los caminos no la verán. Hay caminos de tractores que rodean el pueblo y también senderos de pescadores que recorren la costa.

—Una moto de noche no puede pasar desapercibida.

—Eso es cierto.

—¿Podría ir en la dirección contraria, hacia el oeste?

—Sí, pero solo hasta la playa de Llames. Ahí se vería obligado a volver a la carretera y al lugar en el que está su casa. Si quiere escapar la única opción es ir hacia el este y tratar de llegar a Nueva.

—No sería malo de todas formas mantener las patrullas en esta zona, por

si vuelve y trata de huir por aquí. Nosotros seguiremos en dirección este. Eso sí, hay que apagar las sirenas y los rotativos para que no nos detecte de lejos.

—Muy bien, yo os guío.

Regresaron a los coches y tomaron la carretera que llevaba a Villanueva de Pría, a la vez que Roberto se comunicaba por radio con la patrulla que se encontraba allí.

—No hemos visto a nadie de momento —fue la respuesta de uno de los guardias cuando les avisó de la situación.

Antes de encontrarse con ellos, Roberto ya había calculado todas las posibles vías de escape y cómo cubrirlas con su coche y los tres del sargento Varela.

—Deberíamos dejar un vehículo en la carretera principal de Villanueva —informó al sargento por radio—, en el cruce de la carretera que sube al alto de Madriñanes; otro dos kilómetros más abajo, en el cruce de la carretera que lleva a Nueva y a la playa de Cuevas; y el último vehículo debería ir a la propia playa de Cuevas, por si el sospechoso logra llegar hasta ella siguiendo los caminos de la costa. Yo podría atravesar el pueblo de Villanueva y acercarme a la costa. Si la moto viene por ahí podría avisaros e indicaros donde salirle al paso. Conozco bien la zona.

—De acuerdo, lo estoy viendo en la *tablet* del coche y me parece buena idea —respondió el sargento—, aunque no localizo ese alto que me dices.

—Se lo enseñaré en el mapa en cuanto lleguemos al pueblo.

No tardaron ni treinta segundos en alcanzar el lugar en el que se encontraba el otro coche patrulla. Roberto les indicó a los guardias que se adelantasen un poco más, hasta el cruce de la carretera que llevaba al alto del Otero, y coordinó con el sargento Varela la colocación del resto de vehículos.

Con un poco de suerte, el sospechoso no podría huir, por mucho que fuese en moto.

Hacía ya media hora que Roberto observaba la costa apoyado en el morro del Nissan Patrol, en busca de una luz o un sonido de motor que no se produjo. Estaban detenidos después de la última casa de Villanueva de Pría, en el camino que llevaba a la playa de Canal. El guardia que conducía el vehículo se bajó y le ofreció un cigarro.

—No, gracias —lo rechazó—, no fumo.

—Yo quiero dejarlo, pero son tantas horas a la semana haciendo patrullas que me aburro.

El guardia aparentaba poco más de veinte años.

—¿Cuánto tiempo llevas en la Guardia Civil? —le preguntó Roberto para distraerse un poco.

—Cuatro años ya. Ingresé a los dieciocho.

—Muy joven.

—Sí. Soy hijo y nieto de guardias civiles, así que lo llevo en la sangre —aseguró mientras encendía el cigarro—. ¿Qué habría que hacer para entrar en la UEI? Me encantaría ser de esa unidad. Dicen que son como los GEOS, pero mejores.

—Hay que pasar unas pruebas físicas bastante duras. Correr, nadar, flexiones de suelo y de barra... Y luego superar un curso de formación de seis meses.

—Estoy por intentarlo el año que viene.

—Antes deberías dejar de fumar —dijo Roberto, sin comentar nada de su pasado en la Unidad. Como todo cuerpo de élite, el listón para entrar en la UEI estaba bastante alto, y a simple vista el guardia no parecía que diese el perfil para poder superarlo.

—Tendré que ponerme en forma otra vez. Cuando salí de la Academia, hace cuatro años, estaba como un toro —aseguró—. Mi primer destino fue en

Ribadesella y me iba todas las mañanas a nadar a la playa. Puedes preguntarle al capitán Montes, más de una vez fuimos juntos.

Un sonido lejano hizo que Roberto se desconectase de la conversación y se centrara en él. Todavía se escuchaba lejos, pero parecía el sonido de una moto. De inmediato llamó por radio al sargento Varela y le informó.

—Nosotros estamos antes de llegar al cruce del Alto de Madriñanes. Desde aquí se ve la costa, pero no se distingue ninguna luz —respondió al otro lado de la radio—. La debe llevar apagada.

—Desde aquí tampoco se ve ninguna luz, pero sí se escucha el sonido del motor cerca de la costa.

—¿Hay algún camino ahí?

Roberto revisó su teléfono antes de responder.

—En el *Maps* no se ve ningún camino como tal, aunque sí veo senderos que cruzan las fincas, y recuerdo haber recorrido la costa en bici por ellos cuando era crío.

El sonido se hizo cada vez más cercano, hasta que pareció detenerse.

—¿Dónde está? —preguntó el guardia que le acompañaba.

—Creo que se ha parado. Debe de estar intentando avanzar y no encuentra ningún camino por el que seguir.

Sus sospechas se vieron confirmadas cuando escuchó la moto acercarse y detenerse de nuevo.

—Sargento, viene hacia aquí —aseguró Roberto por radio—. Creo que quiere acceder al camino de la playa.

—Vamos hacia tu posición.

—Hay dos caminos paralelos que van a la playa y que se juntan allí. Yo estoy en el de abajo, el que está más pegado a la costa.

—De acuerdo, nosotros iremos por el otro.

Roberto sabía que tardarían unos minutos en llegar, por eso desenfundó su pistola, a la vez que le decía al guardia que se quedase dentro del coche, para encender los rotativos azules y los faros delanteros en cuanto se lo indicase. No esperaba tener que usar el arma, sobre todo porque Marcos Molina era la única persona que podía llevarle hasta el asesino de Inés, pero tampoco iba a dejar que se escapase.

No tardó en escuchar cómo la moto se acercaba, aunque sin llegar a distinguir su luz, desplazándose paralela al camino en el que se encontraba. Fue al sobrepasar su posición cuando por fin la distinguió, zigzagueando en una finca a unos cien metros de distancia, como si buscara el camino para salir

de ella.

—Arranca —le dijo al conductor mientras se sentaba en el asiento del acompañante—, pero no enciendas ninguna luz.

La luminosidad de la luna era suficiente para que pudiesen ver el camino a la playa, por eso le animó a que acelerase un poco más. No obstante no fueron lo suficientemente rápidos. Tras un par de curvas a izquierda y derecha vieron cómo la moto accedía por fin a la pista, unos cincuenta metros más adelante.

—¡Lo tenemos! —exclamó convencido.

Por un momento creyó que era así. La anchura del camino solo permitía pasar un vehículo y si iba de frente a ellos podrían bloquearle el paso con facilidad, pero lo que hizo la moto fue continuar en dirección a la playa para alejarse de ellos.

—¡Acelera y enciende todas las luces y la sirena!

El conductor obedeció de inmediato y comenzaron una persecución en la que no tardó en demostrarse que la moto era más rápida que ellos. A Roberto no le preocupó. Contaba con que el sargento le cerrase el paso por el otro camino antes de que se les escapase.

Al llegar al acceso de la playa la moto continuó por la pista de regreso al pueblo de Villanueva, logrando dejarles atrás. Por mucho que el conductor del Nissan trataba de no perder distancia, estaba claro que la moto era más rápida en aquel terreno, aunque antes de llegar a las primeras casas de ese lado del pueblo vieron las luces del coche del sargento Varela.

Por un momento temió que Marcos hubiese logrado esquivarles, pero al llegar comprobó que la moto se había estrellado contra el lateral del vehículo, que permanecía atravesado en el camino. Los agentes de la UEI estaban esposando al sospechoso, tendido en el suelo con una herida en la cabeza.

Roberto saltó del Nissan en cuanto el conductor se detuvo y acudió al encuentro de los hombres de la UEI. Mientras dos agentes detenían al sospechoso, el sargento Varela le apuntaba con su subfusil.

—Hemos llegado justo a tiempo —comentó cuando Roberto se acercó a él.

—Ya lo veo. Lo importante es que ya lo tenemos.

—¿Es el hombre que buscábamos? —preguntó alumbrándole con la linterna de su arma.

Roberto observó a Marcos y asintió con la cabeza.

—Sí, es él. Es la persona que trató de engañarnos en Ribadesella.

—¿Lo llevamos a Llanes?

—De momento, sí. Quiero interrogarle en cuanto sea posible.

—Si necesitas ayuda con el interrogatorio, solo tienes que decírmelo. Me encanta exprimir a estos tíos —aseguró Varela.

—Espero que no sea necesario y que confiese por propia voluntad.

JUEVES 23 DE JULIO

Roberto entró en la sala de interrogatorios y observó unos instantes a Marcos Molina. Estaba sentado tras la mesa, con las manos esposadas y la mirada perdida en el techo. Tenía una venda que le cubría la frente y un rasponazo en la cara que apenas le restaba parte de su atractivo. Viéndole allí sentado, entendió cómo una joven adolescente como Inés Jovellanos había caído bajo su encanto, y supuso que no había sido la única.

Antes de sentarse, Roberto echó una mirada al espejo situado en la pared de la derecha y luego posó sobre la mesa la carpeta que llevaba consigo.

—Hola, Julio —dijo sentándose y abriéndola—. Perdón, Marcos. Ese es tu verdadero nombre, ¿verdad? Marcos Molina Álvarez, natural de Alicante, delincuente común desde los quince hasta los veinte años de edad.

—No tengo nada que decirte, *picoletto*.

—Espero que hayas descansado bien esta noche. Queríamos esperar hasta la mañana para que así tuvieses la mente despejada.

El detenido se limitó a mirarle y a dibujar una falsa sonrisa.

—Saldré de aquí enseguida.

—No lo creo. ¿Por dónde empezamos? Veamos... El equipo de Criminalística está registrando tu casa desde anoche y ya han encontrado algunas cosas muy interesantes —comenzó a explicarle a la vez que leía una hoja escrita a mano que contenía la carpeta—. Para empezar, el portátil que imagino usabas para conectarte a los distintos grupos de *Facebook*, como Avatar o SOS Adolescente, y captar así a las jóvenes que luego secuestrabas. También encontraron un contrato de compra de una embarcación semirrígida que está amarrada en el puerto de Llanes. No obstante, lo más interesante resultó ser tu Toyota Land Cruiser. Hemos encontrado restos de pólvora en el asiento y la puerta del acompañante, y dentro de la guantera había un revólver de cuatro pulgadas, del calibre nueve milímetros Parabellum. Ahora mismo lo

están analizando para ver si es el mismo arma que disparó la bala que mató a Juan Cuetos y a Sebastián Suárez Cuervo, y la que estaba incrustada en el salpicadero de nuestro coche, después de atravesar el hombro de la sargento Ruano. ¿Quién te ordenó matarlos y por qué intentaste matarnos a nosotros también?

—No voy a contestar a ninguna pregunta —dijo con gesto de soberbia.

—El silencio no va a ayudarte. Te vas a pudrir en la cárcel, Marcos —le replicó con gesto de cabreo—. Si crees que tus amigos poderosos van a cubrirte, estás bien jodido. Tú serás el cabeza de turco, mientras ellos continúan con sus vidas. Te pudrirás en la cárcel y ellos lo celebrarán a lo grande con una fiesta de las suyas. —Dado que el detenido no decía nada, decidió insistir—. ¿Cómo conociste a Pablo Jovellanos? ¿Fue cuando saliste de la cárcel la última vez? Imagino que empezaste a trabajar para él a partir de ese día, cazando una cría cada verano para sus depravados rituales.

—Pierdes el tiempo.

—Tenemos tu móvil y vamos a rastrear todo: tus llamadas, tus posicionamientos, tus mensajes... ¡Todo! —exclamó Roberto mirándole con rabia—. Si quieres contarme algo, ahora es la oportunidad. Mañana no habrá tratos.

—¿Vas a ofrecerme un trato? —preguntó soltando una carcajada a continuación, como si la situación le divirtiese.

—Si nos ayudas a esclarecer el crimen de Inés Jovellanos el juez lo tendrá en cuenta a la hora de emitir la sentencia. Te lo garantizo.

Marcos se inclinó hacia adelante y dibujó una sonrisa sarcástica.

—Puedes decirle al juez que me bese el culo.

Roberto apretó los dientes y contuvo las ganas que sintió en ese momento de estrellar su cabeza contra la mesa.

—Cómo quieras —dijo recogiendo la carpeta y poniéndose en pie—. Te aseguro que mañana traeré los clavos con los que pienso cerrar la tapa de tu ataúd.

Abandonó la sala de interrogatorios y entró en la sala anexa, donde se encontraban el capitán Montes, el sargento Varela, Hinojosa y Eva.

—No parece dispuesto a hablar —comentó Montes.

—Lo hará tarde o temprano —le contradijo ella, mirando a continuación a Roberto—. Lo has hecho bien.

La sargento llevaba el brazo en cabestrillo y presentaba unas profundas y oscuras ojeras, aunque parecía encontrarse mejor.

—No he hecho nada —protestó Roberto—. No he conseguido que me contase nada.

—Es el primer interrogatorio. Mañana tendremos los primeros informes de Criminalística y podremos apretarle más.

—Es mejor que lo hagas tú, Eva. Tienes más experiencia.

—Me siento débil y con la mente cansada.

—Aun así eres mejor que yo —insistió Roberto—. Mañana deberías entrar tú a interrogarle.

—Ya veremos. Ahora me siento cansada del viaje y necesito descansar.

—Te llevaré a casa —se ofreció Hinojosa.

—Os acompaño —aseguró Roberto. Desde que Eva había llegado de Salamanca una hora antes solo había podido ponerla al día del caso y planificar el interrogatorio de Marcos.

—Un momento, ¿qué pasa con el detenido? —preguntó el capitán—. ¿Qué hacemos con él?

—La UEI se encargará de devolverlo a la celda y custodiarlo —respondió Eva, a lo que el sargento Varela respondió asintiendo con la cabeza, conforme—. Mañana volveremos a interrogarle, en cuanto recibamos el informe de Criminología.

Sin cruzar más palabras con él, salieron de la sala y se encaminaron al aparcamiento. Más allá de la valla había un aluvión de periodistas, esperando ansiosos información sobre la operación llevada a cabo la noche anterior en Llamas de Pría. Algún vecino les había avisado de lo ocurrido y desde primera hora de la mañana esperaban poder hablar con alguien que les explicase lo ocurrido.

Los tres subieron al coche, sentándose Roberto en el asiento de atrás. Quería revisar el informe y encontrar entre sus páginas un modo de hacer hablar al detenido, aunque Eva captó su atención.

—¿Sigues pensando que Marcos trabaja para Pablo Jovellanos?

—¿Tú no?

—Después de ver su rostro cuando lo mencionaste, tengo mis dudas. Algo no me encaja.

—¿El qué?

—¿Habéis investigado a Pablo Jovellanos?

—Sí —respondió Hinojosa.

—¿Y qué relación tiene con los tres fallecidos?

—Lo que te contó Rober. Adolfo Guillén le apoyó para que fuese

Consejero del Principado y Luis Cuesta iba a apoyarle para hacer el salto a la política en Madrid. A Héctor Loyola solo le unía una relación de amistad, que sepamos de momento.

—No son pruebas de peso.

—Lo curioso es que no he encontrado ninguna relación fuera de eso entre ellos —prosiguió Hinojosa—. No hay fotos de Pablo Jovellanos con los otros tres ni constancia de que hayan estado juntos de vacaciones. A mí tampoco me encaja que pertenezca a la Hermandad.

—¿Y entonces quién la dirige? —preguntó cabreado Roberto al ver que no le daban la razón—. ¿Si no es él, quién le daba las órdenes a Marcos?

—Mañana lo averiguaremos.

VIERNES 24 DE JULIO

Inés caminaba por el mismo bosque rodeado de bruma, dándole la espalda, hasta que algo hizo que se detuviese. Roberto tuvo la sensación de que intentaba avanzar, pero era como si un muro invisible le impidiese llegar hasta la luz que se veía al fondo. Como si algo la retuviese en aquel punto del bosque.

Entonces se volvió y le miró. Ya no había odio en su mirada ni aquella rabia de veces anteriores. Lo que había era tristeza y dolor. Tampoco iba desnuda. Vestía un vestido largo y blanco, cuyas mangas se subió antes de alargar los brazos hacia él para mostrarle varias quemaduras en su piel.

—Déjame morir —dijo con voz profunda.

—¿Quién quieres que te deje morir? —le rogó Roberto—. ¿Quién te ha hecho esto?

Ella se limitó a repetir:

—Déjame morir.

Y acto seguido todo se oscureció.

Roberto abrió los ojos y miró a su alrededor. Ya no estaba en el bosque, sino en la cama, en casa de Diego.

¿Por qué Inés seguía visitándole en sus sueños? ¿Acaso Pablo Jovellanos no era su asesino? Y, si no era él, ¿entonces quién? ¿Quién dirigía la Hermandad, actuando en la sombra?

Mientras se vestía para ir a la cocina a tomar un café, se dijo a sí mismo que esos sueños tenían que significar algo. Inés intentaba llegar a una luz al final del bosque, quizás al descanso eterno, pero había algo que se lo impedía. ¿Sería el hecho de que su asesino estuviese todavía libre? ¿Podría ser la misma persona que había quemado sus brazos?

—Tienes mala cara —escuchó la voz de Eva cuando entró en la cocina—.
¿Una mala noche?

—He dormido solo —respondió con ironía—. ¿Pudo ser peor?

—Podrías no haber pegado ojo por culpa de los dolores en el hombro, como yo —dijo ella con una mueca de disgusto.

—Lo siento, deberías haberme avisado.

—¿Y qué habrías hecho?

—Acompañarte, al menos.

—Uno de los dos debe estar fresco para interrogar otra vez a Marcos.

—No es al único que deberíamos interrogar hoy.

—¿Y a quién más?

—A Pablo Jovellanos. Creo que deberíamos detenerle —dijo Roberto convencido.

—¿Bajo qué acusación?

—Agresión a un agente de la autoridad. Sus hombres me sacaron de la carretera por orden suya. Tenemos el vehículo, así que podemos demostrarlo.

—¿Y qué ganaríamos con ello? —preguntó Eva, cada vez más escéptica.

—Hacerle hablar. Anoche, antes de dormirme, se me ocurrió un plan. No sé si será muy ortodoxo, pero creo que serviría para que abriese la boca y nos contase de una vez lo que le une a la Hermandad.

—Estaré encantada de escucharlo.

—Antes quiero darme una ducha. ¿Te parece que desayunemos luego juntos y así te lo cuento?

—Claro.

Roberto entró en el baño y un minuto después estaba bajo la ducha, dándole vueltas al caso de nuevo. Repasó pistas, lugares, entrevistas, pruebas y todo lo que se le ocurrió relacionado con él. No estaba acostumbrado a analizar una investigación desde el mismo punto de vista que lo hacía ahora. En su Departamento, el de Anticorrupción, buscaban las pruebas necesarias para demostrar que un político o cargo público había cometido una serie de delitos. Prevaricación, desfalco, fraude fiscal, blanqueo de dinero, alzamiento de bienes, sobornos y un largo etcétera eran el día a día de su trabajo.

Investigar un asesinato era muy diferente.

En un asesinato había que encontrar las pruebas que llevaban hasta el asesino y los posibles implicados. Había que analizar cada pista, cada muestra tomada en el lugar del crimen, cada prueba circunstancial y cualquier línea de investigación que llevase hasta un sospechoso. Había que averiguar el dónde,

cómo, cuándo y por qué. Todo lo contrario que en Anticorrupción, donde se partía de un acusado y la investigación trataba de encontrar las pruebas que lo incriminaban.

Quizás ese había sido el gran problema en el caso de Inés. La mayor parte de la investigación de su asesinato se había basado en tratar de averiguar quién la había asesinado, en base a las pruebas. ¿Y si, una vez identificados a los culpables, no se dedicaban a encontrar las pruebas que los incriminaban?

Tenían detenido a Marcos Molina, que caería por el peso de las pruebas en cuanto llegasen los resultados de Criminalística. Y estaba Pablo Jovellanos, de quien Roberto sospechaba que pertenecía a la Hermandad, aunque no podía demostrarlo todavía. ¡Ese sería su siguiente paso!

Terminó de ducharse, se vistió en su cuarto y se reunió con Eva e Hinojosa en la cocina. Ambos estaban charlando de forma relajada con Diego, sentados a la mesa mientras tomaban un café.

—Necesito hablar con vosotros del caso —dijo sin dar siquiera los buenos días—. A solas, por favor.

Diego le miró extrañado, pero tras unos segundos de duda, sonrió.

—Claro. Yo tengo que ir al cobertizo de atrás a recoger unas cosas.

Cuando salió de la cocina, Roberto miró a sus compañeros, sin llegar a sentarse con ellos.

—Hay algo que quería preguntaros.

—Tú dirás.

—¿Y si estamos enfocando mal el caso?

—¿Qué quieres decir?

—Estamos buscando pruebas que nos lleven al asesino de Inés y a los implicados en su muerte.

—Sí, claro —dijo Eva encogiéndose ligeramente de hombros.

—¿Por qué no damos por hecho que Pablo Jovellanos es culpable del asesinato de su sobrina y buscamos el modo de demostrarlo?

—Porque si no lo es habremos perdido un tiempo valioso, Rober. Te lo digo por experiencia —aseguró Eva.

—Analicemos los hechos —insistió él—. La noche de la desaparición de su sobrina, Pablo Jovellanos estaba en una cena con un montón de gente y, si el teniente Ferrán no nos ha mentado, no se fue de allí hasta que amaneció.

—¿Ahora crees a Ferrán? —intervino Hinojosa.

—Voy a suponer que sí y que no está implicado en nada. Si no me mintió, esa noche Pablo Jovellanos no estuvo en la casa de Nueva, pero eso no indica

que no estuviese las dos siguientes. Es más, la noche siguiente fue cuando un testigo vio varios coches de alta gama aparcados en el restaurante que hay cerca de la casa. ¿Cómo se llama el restaurante ese?

—«El placer del chef» —le recordó Eva—, pero eso no quiere decir nada. El dueño del restaurante nos dijo que solía ir gente importante.

—Ya, pero no quiso decirnos quien. El dueño sabe de sobra si Pablo Jovellanos estuvo cenando allí la noche después del asesinato y quienes le acompañaban.

—¿Y eso qué importancia tiene? —preguntó Hinojosa.

—Pensarlo bien. La Hermandad es un modo de llevar a cabo sus deseos más depravados, pero también de obtener un beneficio. El criminólogo de Oviedo nos los dijo. Atraen a gente poderosa para luego obtener de ellos lo que necesitan. A través de un ritual determinado logran un compromiso de por vida con la secta, la sociedad o como queráis llamarla, que luego repercute en el resto de miembros. Mirad sino en el caso de los tres fallecidos. Dos eran políticos de cierto éxito, sobre todo Luis Cuesta, y el otro era un empresario importante. ¿Quién conocemos que tenga un cargo político igual de importante aquí en Asturias?

—Pablo Jovellanos, pero no es el único político de Asturias que lo tiene —le aclaró Eva.

—No, pero es el único relacionado con el caso.

—¿Y qué pretendes hacer?

—Encontrar una prueba que lo sitúe en el lugar del crimen. Y luego detenerle.

Los tres vehículos llegaron a la explanada situada delante del restaurante y la ocuparon sin ningún miramiento, tal y como Roberto había planeado. Tres hombres de la UEI bajaron del interior de uno de ellos con todo su equipamiento y la cara cubierta por un pasamontañas, y se situaron de forma que nadie más pudiese aparcar en el lugar.

Del segundo de los coches bajaron Roberto e Hinojosa, con el chaleco amarillo de la UCO puesto, y del tercero el sargento Navas y dos más de sus hombres. El camarero que vigilaba la puerta se hizo a un lado con cara de desconcierto al ver a los cinco acercarse y no les puso ningún impedimento para que accediesen al interior del local. No necesitaron preguntar por el dueño. Estaba sentado en un taburete junto a la barra, revisando varios papeles que tenía sobre ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó con cara de desconcierto al verles.

—Soy el cabo Fuentes de la UCO y tiene que acompañarnos al cuartel.

—¿Estoy detenido?

—Si viene por su propio pie no será necesario.

En ese momento los dos agentes se acercaron a él, lo que hizo que el hombre se bajase del taburete.

—No entiendo lo que ocurre.

—La noche del miércoles uno de julio estuvieron cenando aquí una serie de personas. Una de ellas era Pablo Jovellanos.

—Ya le dije que no puedo desvelar...

—Y yo ya le he dicho que voy a detenerle si obstruye la investigación. — El gesto de cabreo de Roberto pareció impresionar al dueño que forzó una tímida sonrisa.

—No es necesario que...

—Pablo Jovellanos estuvo aquí con varias personas cenando esa noche.

¿Sí o no?

—Sí —respondió finalmente.

—¿Hasta qué hora?

—Pues... no sé, hasta la una o una y media.

—¿Se fueron de aquí antes de que usted cerrase?

—Sí.

—Pero dejaron los coches aparcados fuera.

—Ya le dije que yo no...

—¡No me toque los cojones! —le interrumpió Roberto, cada vez más cabreado—. Un testigo vio los coches de madrugada y usted también tuvo que verlos al cerrar el local.

El hombre bajó la mirada al suelo antes de responder.

—Sí, los vi. Cuando cerramos a las dos y nos fuimos a casa los coches seguían aquí.

—¿Cuántos?

—Cuatro, el del señor Jovellanos y los de las otras tres personas que le acompañaban.

—¿Y la noche siguiente?

—¿Cómo?

—¿La noche siguiente Pablo Jovellanos o alguno de sus amigos estuvo aquí o dejó aparcado su coche fuera?

—No.

—¿Está seguro?

—Sí. Esa noche fui el último en irme y el *parking* estaba vacío.

—Voy a necesitar los nombres de las personas que acompañaban a Pablo Jovellanos esa noche.

—No sabría decirle. No me los presentó y yo tampoco los conocía.

Roberto dudó si le estaba mintiendo.

—¿Quién pagó la comida?

—Uno de ellos, con su tarjeta.

—Y supongo que guardará el recibo.

—Sí, claro, pero ahí no consta su nombre. Era una tarjeta *black*, de esas.

—Hinojosa, ocúpate —dijo mirando a su compañero—. Quiero un nombre.

—¿Entonces no me van a detener? —preguntó el dueño con voz nerviosa.

—Si le muestra a mi compañero el recibo del pago de esa cena no creo que sea necesario.

Minutos después Hinojosa tenía un nombre que investigar: Joaquín Bustos, Senador por Asturias en Madrid.

—Me encanta la arrogancia de ciertos políticos —comentó Roberto cuando regresaban al coche—. Que se crean intocables es lo mejor de este trabajo.

Esa tarde se produjo en Pancar un despliegue sin precedentes. Mientras media docena de vehículos patrulla bloqueaban las carreteras de acceso al pueblo, los miembros de la UEI accedieron al interior de la finca de Pablo Jovellanos y lo detuvieron, ante la incredulidad de su familia. No fue el único. Sus dos escoltas también fueron detenidos, acusados de atentar contra la vida de un agente de la UCO.

Antes de que Pablo Jovellanos subiese esposado al coche, Javier del Campo, único periodista en el lugar, le abordó con su grabadora.

—Señor Jovellanos, se le acusa de asesinar a su sobrina. ¿Qué puede decirnos al respecto?

El aludido entró en el interior del coche con la cara desencajada y los ojos llenos de lágrimas.

Las primeras horas de la detención eran vitales para obtener una declaración, por eso Eva y Roberto se centraron en sacar la mayor información posible a Pablo Jovellanos. La espectacular operación de detención había surtido efecto y el sospechoso estaba totalmente fuera de juego. Esposado con las manos delante y sentado en la incómoda silla de la sala de interrogatorios, la prepotencia con que había tratado a Roberto en su anterior encuentro había desaparecido. Lo que había en su mirada era miedo, aunque el orgullo parecía mantenerle entero todavía.

—Yo no he hecho nada, Quiero hablar con mi abogado.

—Lo hará una vez sepa de qué se le acusa, señor Jovellanos —dijo Eva tomando asiento, mientras Roberto permanecía a su lado, de pie—. ¿Puede decirnos lo que hizo la noche del uno de julio?

—¿Cómo?

Eva abrió la pequeña libreta que llevaba en la mano y comenzó a leer.

—Esa noche estuvo usted cenando en el restaurante «El placer del chef», en Nueva de Llanes, acompañado por Joaquín Bustos y dos personas más.

—Fue una cena de negocios.

—Es posible, pero una vez terminaron la cena los tres dejaron los coches en el aparcamiento y caminaron hasta una casa situada a unos doscientos metros. Allí participaron en un ritual privado, en el que abusaron sexualmente y torturaron a una menor de edad.

—¡Eso es mentira! —respondió el hombre exaltado.

—Tenemos las fotos, capullo —intervino Roberto sin alterar el tono de su voz—. Estaban en el móvil de Marcos Molina. Hace una hora que los de Criminalística lograron desbloquear su teléfono y nos las enviaron.

La cara del detenido se descompuso en una mueca de horror y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Señor Jovellanos —prosiguió Eva—, su sobrina fue violada, golpeada y flagelada hasta la muerte. Fue sometida a todo tipo de depravaciones y de vejaciones. Quemaron su piel y la desgarraron con un látigo con cuchillas en los extremos. Finalmente murió de un paro cardíaco, debido al dolor extremo que sufrió durante tres días.

—¿Cómo se puede ser tan despreciable? —preguntó Roberto apoyando las manos en la mesa e inclinándose hacia él—. ¿Cómo alguien puede asesinar a su sobrina solo para hacerse más poderoso?

—Yo no la maté —murmuró bajando la mirada, avergonzado.

—Pero estuvo allí mientras la asesinaban. Es tan culpable como los que lo hicieron.

—Ni siquiera sabía que era ella —dijo mirándole con ojos llorosos—. No lo supe hasta que apareció su cadáver.

—¿Y quién pensaba que era?

—Nadie... no sé.

—Una pobre cría que no le importaba a nadie, ¿verdad?

El detenido no dijo nada, solo se limitó a negar con la cabeza.

—Creo que nos está mintiendo, señor Jovellanos —dijo Eva—. Usted sabía de sobra que era su sobrina y estaba dispuesto a sacrificarla con tal de obtener el poder que tanto desea. Usted dirige la secta y esa medalla de plata que lleva al cuello con la cruz de San Andrés lo demuestra. —La medalla colgaba en ese momento de su cuello, por fuera de la camisa—. Esa noche montó usted un ritual para acoger a tres nuevos miembros y que pudiesen llevar a cabo sus deseos más enfermizos a cambio de obtener de ellos más poder. Joaquín Bustos iba a ser su valedor en el Senado, abriéndole el camino a la política nacional.

—Yo no dirijo nada.

—No nos mienta, señor Jovellanos. Hemos detenido a Joaquín Bustos en Madrid y pronto hablaremos con él.

—Estoy diciendo la verdad. Ese ritual es una iniciación que todos los nuevos miembros debemos de pasar. Yo ni siquiera quería participar, pero era el único modo de entrar en la Sagrada Hermandad de San Andrés. Hay gente muy influyente y yo quería formar parte de ella. No lo voy a negar, pero yo no sabía que era mi sobrina —repitió con voz desesperada—. La casa estaba oscura y ella tenía una correa con una bola que le tapaba la boca. La forcé, sí, pero ni siquiera la miré a la cara.

—Tuvo que ser muy duro para ella ver cómo su tío la castigaba de forma

cruel —aseguró Eva.

—Yo no la golpee —acertó a decir sin mucho convencimiento—. Bueno, tal vez le di un par de latigazos cuando estaba atada a esa cruz, de espaldas a nosotros, para que no pensasen que no era capaz de hacerlo, pero quienes verdaderamente se ensañaron con ella fueron los demás. Estaban como fuera de sí. Con cada golpe aumentaba su excitación y le decían todo tipo de cosas desagradables, como que la iban a violar hasta matarla, y cosas así. No lo soporté y me fui.

—¿Se fue? —preguntó Roberto con gesto escéptico.

—Pedí permiso al Monje Supremo y abandoné el lugar. Ya tenían lo que querían, mi foto violando a la chica, con lo que sabían que ya nunca les traicionaría. No hacía falta que me quedase y participase en aquello.

—¿Qué Monje Supremo? —preguntó Eva.

—Es quien dirige la Hermandad, no yo —aseguró mirando a Roberto—. Él es quien manda sobre todos.

—¿Y quién es?

—No lo sé, nunca le he visto la cara.

—¡Venga ya! —exclamó Roberto—. ¿Ahora va a decirnos que llevaba una máscara?

—Sí. Llevaba un hábito de monje con una capucha y una especie de máscara veneciana de color negro.

—¡Chorradas!

—No estoy mintiendo, nadie sabe quién es. Incluso lo comentaron en la cena, antes de mi ceremonia de iniciación.

—Vamos a ver si me aclaro —dijo Roberto desconcertado—. ¿Me está diciendo que era la primera vez que participaba en un ritual de la Hermandad?

—Sí.

—Creo que lo mejor es que nos lo cuente todo desde el principio —le pidió Eva.

—Sería muy largo de contar.

—No se preocupe, tenemos mucho tiempo.

—Está bien —accedió Pablo Jovellanos intentando acomodarse en la silla—. Todo comenzó hace diez años, cuando me presenté por primera vez a las elecciones en Asturias. Iba bastante abajo en la lista del partido, pero alguien se acercó a mí para ayudarme a escalar posiciones y obtener un pequeño puesto en el Gobierno del Principado tras esas elecciones. Me dijo que veía mucho potencial en mí y que por eso me ayudaba.

—¿Quién era esa persona? —preguntó Eva.

—Adolfo Guillén, alcalde de Cangas de Onís. Falleció hace un par de semanas.

—Sabemos quién es.

—Él me presentó a gente importante en el Principado, algunas personas con puestos claves y me dijo que tenía contactos en Madrid si alguna vez quería dar el salto a la política nacional.

—¿Fue él quien le habló de la Hermandad?

—Sí, aunque eso fue mucho más adelante. En ese momento yo solo sabía que era una persona con buenos contactos que me podía ayudar, por eso cuando hace cuatro años se ofreció a ayudarme a alcanzar el puesto de Consejero de Sanidad no dudé de él.

—A cambio de una importante cantidad de dinero —apuntó Roberto.

—Sí, una subvención para reformar el Centro Médico de Cangas de Onís. Luego supe que ese dinero nunca había llegado a su destino, al menos la mayor parte de él. Es lo bueno que tiene este país —dijo con ironía—, concedes una subvención por algo y luego nadie va a comprobar si el dinero se ha usado para eso o no.

—Hasta que la prensa se enteró.

Pablo Jovellanos se encogió de hombros antes de continuar.

—Hace unos meses vi claro que el futuro de la política estaba en Madrid,

así que hablé con Adolfo para retomar aquella propuesta que me había hecho años atrás. Me dijo que sí, pero que debía firmar un compromiso de por vida y poner mi futuro en manos de ellos. Me habló de una sociedad secreta con varios siglos de antigüedad que manejaba los hilos de la política y la economía del país en secreto, y a la que solo pertenecían un puñado de elegidos, la élite de la sociedad española.

Roberto se mordió la lengua y se quedó con las ganas de decirle que le habían tomado el pelo. Ni era tan antigua ni estaba en ella la élite de la sociedad española.

—¿Y qué pasó después? —le animó Eva a continuar.

—Me presentó a un político muy importante de Madrid y a un empresario asturiano que tenía negocios por todo el mundo.

—Luis Cuesta y Héctor Loyola —dijo Roberto.

—¿Cómo lo saben?

—Sabemos hacer nuestro trabajo.

—¿De qué hablaron en ese encuentro? —prosiguió Eva para no perder el hilo de la conversación.

—Me dijeron que para formar parte de la Hermandad tenía que realizar un ritual de inicio, en el cual debía sellar un pacto de compromiso.

—Imagino que consistía en ser grabado o fotografiado violando a una menor —apuntó Roberto.

—Nunca dijeron que fuese una menor, solo que sería una virgen.

—¿Y aceptó?

—Iban a aportar una importante cantidad de dinero para mi campaña y luego me presentarían a otros miembros de la Hermandad que me ayudarían en mi camino.

—Como Joaquín Bustos.

—No, Joaquín iba a ingresar esa noche, al igual que yo.

—Cuénteme cómo fue ese ritual —le pidió Eva.

—Quedamos en un restaurante de Nueva de Llanes, muy discreto y exclusivo, llamado «El placer del chef». Allí dos miembros de la Hermandad nos explicaron a Joaquín y a mí los planes que tenían para nosotros una vez entrásemos a formar parte de la Hermandad.

—Pero usted ya sabía que su sobrina había desaparecido.

—Sí, pero, sinceramente, pensaba que se habría escapado con algún amigo y que no tardaría en aparecer.

—¿Qué pasó después de la cena?

—Fuimos caminando hasta una casa escondida, que estaba cerca de la carretera. Allí había aparcado un coche.

—¿Un Toyota Land Cruiser negro? —preguntó Roberto.

—Creo que sí. Dentro había dos hombres, el Monje Supremo y un joven de unos treinta años, con el pelo largo y barba, además de... la víctima —dijo incapaz de pronunciar el nombre de su sobrina—. Estaba atada a la cama, desnuda, con la cabeza cubierta con una capucha.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Le quitaron la capucha y me obligaron a forzarla sexualmente, mientras el de la melena me hacía varias fotos. Se supone que unos días más tarde me entregarían una copia de ellas para que las custodiase dentro de una caja fuerte, en mi casa, y el Monje Supremo se quedaría otra copia como seguro de mi compromiso de no traicionar nunca a la Hermandad.

—¿Y no se dio cuenta de que era su sobrina?

—Ya digo que ni siquiera la miré a la cara. Cuando le quitaron la capucha me limité a ponerme encima de ella y hacer lo que me pidieron. Ella llevaba puesta una mordaza, así que sus gritos apenas se escucharon.

Roberto sintió en ese momento una enorme repulsión, tanto que tuvo que darle la espalda para no terminar estrangulándole mientras hablaba.

—¿Qué pasó luego?

—Luego le tocó el turno a Joaquín Bustos, que al igual que yo entró a formar parte de la Hermandad esa noche. Después abusaron de ella los otros dos miembros con los que habíamos cenado y, cuando ellos terminaron, el de la melena la subió a la planta de arriba y la ató a una cruz de madera, donde esos dos sádicos hijos de puta comenzaron a darle latigazos.

—¿Quiénes eran los dos miembros que les acompañaban?

—Luis Cuesta y Adolfo Guillén.

—¡No puede ser! —exclamó Roberto—. Detuvimos a Luis Cuesta al día siguiente.

—Por lo que sé, tenía un avión privado en Avilés esperándole para despegar a las seis de la mañana y regresar a Madrid.

Roberto apretó los dientes en señal de rabia. ¿Cómo se le podía haber pasado ese detalle? Sabía que el día de la detención de Luis Cuesta, este había regresado de viaje temprano por la mañana, pero en todo el tiempo transcurrido desde entonces no se le había ocurrido comprobar cuál había sido su destino. Había dado por sentado que nunca había estado en Asturias durante el secuestro de Inés, un grave fallo del que ahora solo podía lamentarse.

—¿Y dice que los dos se ensañaron con Inés? —preguntó Eva.

—No era la primera vez que hacían aquello, se notaba, pero yo no pude verlo y le pedí al Monje Supremo que me dejase marchar.

—¿Lo hizo?

—Sí, aunque antes me entregó la medalla con la cruz de San Andrés para que la llevase conmigo siempre y me recordó que si traicionaba en algún momento a la Hermandad las fotos que me habían hecho saldrían a la luz pública. Regresé a mi coche solo y me fui a casa.

—¿Y en ningún momento asoció lo ocurrido en esa casa con la desaparición de su sobrina? —insistió de nuevo Roberto.

—No hasta que apareció su cadáver y le hicieron la autopsia. Cuando mi hermano me contó cómo había muerto supe que era ella.

—¿Y qué hizo?

—Nada.

—¿Nada?

—Sabía que la Hermandad iría a por mí y arruinaría todo lo que me ha costado tanto construir.

—Supongo que confiaba en que no llegásemos hasta usted.

—Antes de ir al ritual Adolfo me aseguró que nadie podría llegar hasta mí; que ya lo habían hecho muchas veces y que jamás nadie había descubierto nada. Confiaba en que sería así.

—¿Y por qué entonces sus hombres me sacaron de la carretera?

—Eso no fue cosa mía.

—¿Entonces de quién?

—De mi hermano. Estaba desesperado viendo que no aparecía el asesino de su hija. No paraba de decir que la Guardia Civil no se estaba tomando el caso en serio y que hacía falta mucha más gente investigando. Habló con mis hombres a mis espaldas y les pagó para que te diesen un susto.

—¿Y cómo supo que lo había organizado él?

—Al día siguiente me dijo que esperaba que la Guardia Civil hubiese captado el mensaje y me confesó lo ocurrido.

—Imagino que cuando la semana pasada me vio merodear por su finca decidió deshacerse del Discovery —intuyó Roberto.

—Sí.

—No termino de entender por qué nos presionó tanto ante la prensa, teniendo en cuenta su implicación en la muerte de su sobrina.

—Por la presión que recibí de la familia, sobre todo por parte de mi

hermano, y porque pensé que de ese modo alejaría las sospechas de mí.

—Pues se equivocó —afirmó Roberto tomando asiento al lado de Eva.

—¿Quién nos atacó en Salamanca? —preguntó ella con gesto serio.

—Yo ni siquiera sabía que estaban en Salamanca —se defendió Pablo Jovellanos—. No tengo nada que ver con eso. Ni siquiera he salido de la finca estos últimos días.

—Tiene dinero suficiente para pagar a alguien como Marcos Molina.

—No sé ni quién es ese. No le conozco.

—Creemos que es quien secuestró a su sobrina.

—El tío de melena y barba que estaba en la casa esa noche —intervino Roberto.

—No tengo ni idea de quién es, de verdad. Jamás lo había visto antes de esa noche y no he vuelto a verlo desde entonces —aseguró Pablo con la voz rota—. Yo no quería que esto pasase, no quería que mi sobrina muriese. Tenéis que creerme.

—Entonces ayúdenos a encontrar a quien la mató.

—Yo... no sé. No sé cómo pude...

El hombre se cubrió las manos con la cara y comenzó a llorar como un niño pequeño, lo que aprovechó Eva para hacerle una señal con la cabeza a Roberto.

—Le dejaremos solo unos minutos para que se desahogue, señor Jovellanos.

Los dos agentes salieron de la sala y cerraron la puerta.

—¿Qué opinas? —preguntó ella.

—No lo sé, juraría que dice la verdad, pero alguien capaz de violar a su propia sobrina también es capaz de mentir de forma convincente. ¿No crees?

—Será fácil comprobar su historia, en cuanto Hinojosa analice el posicionamiento de su teléfono móvil y del navegador del coche que usó esa noche.

—Hasta ahora estaba convencido de que era el propio Pablo Jovellanos quien dirigía la Hermandad —reflexionó en voz alta Roberto—, pero creo que me equivoqué. Hay alguien más metido en este asunto, alguien que hemos pasado por alto.

—Si ese supuesto Monje Supremo siempre llevaba puesta una máscara durante los rituales, va a ser difícil encontrar a alguien que conozca su verdadera identidad. Y más teniendo en cuenta que las tres personas que la fundaron, Luis Cuesta, Adolfo Guillén y Héctor Loyola están muertas.

—Todavía nos queda una: Marcos Molina. Él conoce la verdadera identidad del Monje Supremo.

Eva asintió con la cabeza, conforme con su afirmación.

—Tendremos que hablar de nuevo con él. Tal vez hoy esté más dispuesto a colaborar.

SÁBADO 25 DE JULIO

Déjame morir.

Roberto se levantó de la cama con gesto de hastío.

—¡Lo sé, joder! ¡Lo sé! —dijo incapaz de contener su rabia.

Empezaba a desesperarle que Inés no entendiese que estaba haciendo todo lo posible para encontrar a su asesino. ¿Qué pretendía atormentándole cada noche en sus sueños? El día anterior habían detenido a su tío y a Joaquín Bustos, dos de las personas que habían abusado de ella aquella noche, y las otras dos estaban muertas, por lo que no entendía qué más quería de él.

Salió de la habitación para dirigirse al baño y casi chocó de frente con Eva, que se encontraba en el pasillo.

—¿Estás bien? —le preguntó con gesto de preocupación.

Llevaba puesta solo una camiseta que le llegaba hasta mitad de los muslos y sujetaba el brazo derecho con la otra mano, pegado al pecho. Eso y su expresión le dieron a entender que se había levantado de la cama al escuchar sus gritos.

—Sí, tranquila, estoy bien.

Entró en el baño y cerró la puerta antes de que ella le dijese nada más. En ese momento necesitaba estar solo.

—No sé cómo ayudarte, no sé quién te mató —murmuró entre dientes mirando al espejo, como si Inés estuviese al otro lado y pudiese escucharle—. Marcos Molina sigue sin querer hablar con nosotros, a pesar de que sabemos que él te secuestró, y no hay nadie más que nos pueda decir quien dirige la Hermandad. Sé que te violaron, que te torturaron, que te taparon la boca para que no pudieses gritar, que te quemaron la piel y que moriste porque tu joven corazón no lo soportó más, pero no sé cómo encontrar a...

En ese momento Roberto se quedó paralizado. Una idea empezó a tomar forma en su mente y unos segundos después comenzó a atar cabos y a asociar

unos detalles con otros. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Inés se lo había mostrado en sus sueños varias veces y él no se había dado cuenta. Lo tenía ahí, delante de sus narices, y había sido incapaz de verlo hasta ese momento.

Los sueños, los mensajes, las imágenes. Todo tenía un significado que al fin veía con claridad.

Salió del baño y volvió a su habitación decidido a vestirse. Eva le estaba esperando sentada en la cama.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó a la vez que se ponía en pie.

—Sí, tranquila. He vuelto a soñar con Inés, pero ya estoy bien.

—Quizás deberías tomarte un descanso. Llevas unos días de mucho estrés, cargando tú solo con la investigación, y te mereces un descanso.

—Estoy bien, de verdad.

Ella se acercó a él, hasta casi tocarle con su cuerpo.

—Cuando estuve en el hospital tuve mucho tiempo para pensar —comenzó a decir con voz suave—. Creo que cometí un error apartándote de mi lado.

—No me has apartado, sigo aquí.

—Ya sabes a lo que me refiero. Fui injusta contigo. Solo pensé en mí y no me paré a pensar en lo que tú sentías.

Roberto intentaba concentrarse en lo que ella le decía, pero no dejaba de pensar en Inés y en la persona que había acabado con su vida.

—No era una situación fácil para ninguno de los dos, sobre todo para ti.

—Creo que es momento de hablar de ello, de lo que ocurrió y de lo que deseo hacer.

—Eva, yo no... No quiero que pienses que te rechazo —comenzó a decir nervioso—, pero este no es el momento más oportuno.

Ella dio un paso atrás y le miró como si acabase de meter la pata hasta el fondo.

—Lo siento, no pretendía molestarte.

—No es eso, es que creo que ya sé quién mató a Inés.

—¿Cómo dices?

—Tengo una corazonada, pero necesito a Hinojosa para confirmarla. Ahora mismo iba a vestirme para hablar con él.

—Claro, no hay problema —dijo ella forzando una sonrisa—. El caso es lo más importante ahora mismo.

Eva salió de manera apresurada de la habitación y Roberto se quedó con la sensación de que no había interpretado de manera correcta sus palabras.

De todas formas, ya tendrían tiempo de hablar tranquilamente cuando todo

aquello acabase.

Eva y Roberto se reunieron con el capitán Montes en su despacho. Eran las doce y media de la mañana y el aluvión de periodistas que rodeaba la valla del cuartel se había triplicado. La noticia de la detención de Pablo Jovellanos había corrido como la pólvora por todos los medios de comunicación, tanto locales como nacionales. Solo Javier del Campo daba una visión objetiva del suceso, mientras los demás periodistas se debatían entre la especulación y la descalificación hacia los Cuerpos de Seguridad del Estado, azuzados en su mayor parte por todos los amigos que el detenido tenía en la política.

Roberto supuso que todos se habían unido en la defensa a Pablo Jovellanos porque en el fondo veían que algún día les podría pasar a ellos lo mismo, y poner a parte de la prensa en contra de los investigadores era el mejor modo de combatirlo. Hablaban de manipulación de pruebas, de falsas acusaciones y de persecución, entre otras lindezas.

Quizás por eso el capitán Montes parecía estar de tan mal humor.

—Os había pedido que me tuvieseis al tanto de todo para poder ir un paso por delante de la prensa —dijo con rabia, de pie detrás de su mesa.

—Lo sé, por eso hemos venido a verle —le replicó Eva—. Queremos ponerle al día de la investigación para que nos ayude.

—Un poco tarde, ¿no os parece? ¿Habéis visto cómo están las cosas ahí fuera? Tengo un aluvión de periodistas deseando saltar la valla.

—No se preocupe, pronto nos llevaremos a los detenidos a Oviedo.

—No es eso lo que me preocupa, solo saber lo que está ocurriendo. ¿Lo hizo él, su tío la mató?

—Pablo Jovellanos la violó, eso es seguro —le confirmó Eva—, pero él no la mató.

—¿Entonces quién lo hizo?

—Creemos que es alguien que lleva años actuando en la sombra, la

persona que creó la Hermandad y que la ha estado dirigiendo todo este tiempo.

—¿La Hermandad?

—Una sociedad secreta —intervino Roberto— en la cual sus miembros dan rienda suelta a sus peores perversiones, además de obtener un gran poder.

—¿Y Pablo Jovellanos pertenece a ella?

—No solo él —le aclaró Eva—. De momento conocemos a tres de los fundadores: Luis Cuesta, Adolfo Guillén y Héctor Loyola, pero en los próximos días esperamos identificar al resto de miembros. De momento ya hemos detenido en Madrid a Joaquín Bustos y tenemos gente buscando conexiones y pruebas que incriminen al resto de miembros de la Hermandad.

—Es una buena noticia —admitió Montes con el semblante más relajado.

—El problema ahora es encontrar al líder de esa sociedad, aunque puede que tengamos suerte —aseguró Roberto—. Tenemos un sospechoso y la gente de Criminalística está registrando ahora mismo su casa. No tardarán mucho en encontrar algo.

—De momento ya sabemos cómo lo hacían —prosiguió Eva—. Marcos Molina, el hombre que está en uno de sus calabozos, era el cebo. Bueno, más bien era el cazador. Él se encargaba de contactar con las chicas por internet y quedar con ellas para secuestrarlas. Luego las llevaba a un lugar acordado donde se realizaba un rito sagrado.

—¿Qué tipo de rito?

—Uno religioso. Suponemos que ese líder debió de estudiar en un colegio privado, alguno en el que la religión tenía un peso muy importante, y eso desvirtuó su visión de la realidad. Imaginamos que su mente enfermiza se obsesionó con las mujeres y comenzó a verlas como algo impuro, algo que debía ser sacrificado como ofrenda al santo San Andrés.

—Suena muy enrevesado y enfermizo, la verdad.

—Lo es, aunque por suerte para él conoció a tres personas que compartían su misma enfermedad, y decidieron crear una sociedad secreta con la que dar rienda suelta a sus deseos una vez al año.

El capitán Montes les hizo un gesto con las manos para que se sentasen, a la vez que él hacía lo mismo.

—¿Por qué una vez al año? —preguntó.

—Porque era cuando podían coincidir, durante las vacaciones de verano —respondió Eva tomando asiento—. No les importaba que sus familias estuviesen con ellos. Marcos se encargaba de estudiar la zona con la suficiente antelación y de secuestrar a las jóvenes para poder llevar a cabo el sacrificio.

Cada año actuaban en un lugar distinto, para que de ese modo no pudiesen seguirles la pista. Elegían jóvenes de entre quince y diecisiete años, todas con problemas de adaptación o con problemas familiares. Chicas reprimidas y sometidas por sus padres que deseaban escapar de la prisión en la que vivían y que caían rendidas ante un joven tan apuesto como Marcos. La verdad es que yo también habría caído. Sabía cómo tratarlas y qué decirles para atraerlas.

—Me cuesta creer que alguien sea capaz de todo eso —comentó Montes, que parecía bastante sorprendido por todo lo que estaba escuchando.

—El detalle más importante de todo es cuándo empezó Marcos su relación con ellos. Creemos que fue al salir por última vez de la cárcel, con veinte años. Debieron contactar con él y ofrecerle mucho dinero a cambio de trabajar para la Hermandad. Aunque hasta el momento no ha querido confesarlo, conocemos los lugares en los que se establecía para secuestrar a las víctimas de esos rituales. Hemos seguido su recorrido por media España, hasta llegar aquí, a Llanes. Lo sabemos todo. Bueno, todo menos dónde escondieron los cadáveres.

—Menos el de Inés —puntualizó Roberto.

—Sí, es cierto. Es el único fallo que cometieron después de tantos años.

—Por suerte para nosotros —dijo Montes con una leve sonrisa—. ¿Y por qué aquí, en Llanes?

—Tengo una teoría —aseguró Eva—. Creo que el líder de la secta... ¿cómo lo llaman?

—Monje Supremo —respondió Roberto.

—¡Eso! Yo creo que el Monje Supremo quería instalarse en un lugar definitivo y dejar de deambular de un lado para otro como llevaba haciendo los últimos años. No sé, tal vez consideró que la Hermandad ya tenía suficientes miembros, o estaba tan seguro de que nadie podría descubrir sus actividades que podía establecerse en un lugar sin peligro a ser descubierto. Lo que está claro es que siguieron con sus actividades, porque la primera en caer en sus redes, hace cuatro años, fue Nadine Corrales.

—¿No es esa la joven belga que desapareció dos años antes de que yo llegase destinado a Llanes? —preguntó el capitán—. Esa de la que no os habló el teniente Ferrán.

—Sí. Creemos que su secuestro no salió como ellos habían planeado.

—¿Por qué lo dices?

—Por el revuelo mediático que se montó. Seguro que eso no fue lo más adecuado para sus actividades y por eso tuvieron que cancelarlas.

—¿Durante cuatro años?

Roberto fue quien respondió a su pregunta.

—En realidad, solo durante dos. Tres miembros de la Hermandad decidieron actuar por su cuenta hace dos años y a punto estuvieron de acabar con la vida de una joven. De no aparecer a tiempo el Monje Supremo para detenerles, Lucía habría muerto aquella noche. Por suerte para ella sobrevivió y recibió una cantidad importante de dinero para empezar una nueva vida lejos de Asturias.

—Imagino que te refieres a la joven que fuisteis a visitar a Salamanca.

—Así es.

—El año pasado desapareció una adolescente en Zamora —continuó Eva—. Creemos que ella e Inés han sido las dos últimas víctimas de la Hermandad, en el caso de Inés cuando Pablo Jovellanos decidió entrar a formar parte de la Hermandad, junto con Joaquín Bustos.

—No entiendo cómo alguien puede hacerle algo tan despreciable a su propia sobrina —comentó Montes con claro pesar.

—Porque él no sabía que era ella. Todo se preparó para que fuese así.

—Sigo sin entender por qué.

—Es un pacto de compromiso —le aclaró Eva—. Para poder formar parte de la Hermandad, los aspirantes deben realizar un acto que, de salir a la luz, arruinaría sus vidas y las de sus familias.

—¿Como la violación de una menor?

—¡Exacto! Unas simples fotos son un seguro de vida para que ningún miembro se atreva jamás a traicionar a la Hermandad.

—¿Y cómo es que nunca les habían pillado hasta ahora? Si llevan tantos años asesinando en algún momento tenían que haberles cogido.

El capitán Montes se arrepintió de haber hecho esa pregunta en cuanto Roberto respondió.

—Porque usted estaba ahí para protegerles.

La primera reacción de Montes fue sacudir la cabeza como si no entendiese nada.

—¿Qué quieres decir?

Eva sacó una pequeña libreta del bolsillo trasero de su vaquero y la abrió sobre la mesa.

—Verá, mi capitán, tengo un listado de todos sus destinos desde que salió de la Academia —comenzó a decir—. Ibiza, Valencia, Málaga y Almería, las provincias donde la Hermandad cometió cada uno de sus rituales. Por supuesto, nunca estuvo destinado en los pueblos donde desaparecían las jóvenes, pero estoy segura de que usted supervisaba a Marcos antes de cada secuestro y se aseguraba luego de que nadie pudiese seguirle la pista.

—¿Esto es una broma?

—Para nada —respondió Roberto, que llevaba minutos deseando poder decirle a la cara todas las pistas que le habían llevado hasta él—. Fui tonto al descartarle tan rápido, después de saber que solo llevaba dos años destinado aquí, en Llanes. Eso le descartaba como sospechoso de la primera desaparición, la de Nadine, e hizo que mis sospechas fuesen dirigidas al teniente Ferrán, hasta que recordé lo que el conductor del Nissan me comentó durante la persecución de Marcos Molina en Villanueva. Me dijo que había coincidido con usted hace cuatro años, en Ribadesella. Eso hizo que revisásemos sus destinos, aunque lo cierto es que su mujer ya me lo había confirmado cuando fui a su casa. Ella me dijo que llevaban cuatro años viviendo en la casa de Barro.

Montes torció el gesto, pero se sobrepuso de inmediato.

—Que mis destinos hayan coincidido con las desapariciones no es prueba suficiente, solo es fruto de la casualidad.

—Es cierto, podría ser —reconoció Eva—, pero despertaron nuestra

curiosidad y la del equipo de Criminalística, que en este momento está registrando su casa.

Montes empezó a palidecer.

—¿Con qué autoridad?

—Eso es lo que menos debería preocuparle ahora. Lo importante es que antes de entrar en este despacho para hablar con usted ya nos habían enviado una foto con una de las pruebas que encontraron. —Mientras hablaban, Eva sacó su teléfono móvil y le mostró una imagen en la pantalla—. Siempre me resultó curioso que encontrásemos en la casa de Nueva de Llanes la ropa de Inés, pero no sus zapatos. No entendía por qué, hasta que el brigada Padilla me envió esta foto. En ella puede ver los zapatos de Inés y, si pasa la foto —dijo deslizando el dedo por la pantalla—, podrá ver otros once pares de zapatos o zapatillas, imagino que tantos como mujeres ha sacrificado la Hermandad hasta el momento.

—¡Eso es absurdo! —exclamó revolviéndose en su asiento—. Cualquiera pudo dejarlos en mi casa.

—No estaban en su casa, sino dentro de un baúl, en su hórreo —le aclaró Roberto—, su pequeño refugio, ese lugar en el que no entra su mujer y en el que no quiero imaginarme lo que hace mientras acaricia esos zapatos.

—¡Yo no maté a esas crías!

—Eso es mentira y lo sé porque Inés me lo dijo.

—¿Inés? —repitió Montes incrédulo—. ¿Qué tontería estás diciendo?

—Ella me lo dijo en sueños, aunque tardé tiempo en darme cuenta del significado de sus palabras. Cuando me dijo «Déjame morir» quería decir que solo una persona estaba con ella cuando murió la última noche. Imagino que la primera noche solo estuvo retenida en la casa, porque cuando Pablo Jovellanos acudió la noche siguiente para el ritual no mencionó que su cuerpo estuviese lleno de heridas. Hasta ese momento nadie la había torturado y no fue hasta después de su violación que la subieron al piso superior y allí comenzaron a hacer con ella todo tipo de barbaridades.

—La matarían en ese momento.

—No, Inés seguía viva después de esa segunda noche de secuestro. Fue la tercera noche cuando murió, cuando usted disfrutó a solas con ella, la torturó e incluso quemó su piel con un cigarro. Sí, no me mire así —dijo al ver el gesto de incredulidad que ponía el capitán—. Inés tenía quemaduras en los brazos, realizadas con uno de los *Farias* que tanto le gusta fumar. Ese fue el olor que capté al entrar en la casa, no el de velas quemadas, y que me resultó tan

familiar cuando le visité en su casa. Debí darme cuenta en ese momento, pero estaba tan convencido de que Pablo Jovellanos y el teniente Ferrán eran los culpables que no caí en la cuenta.

—Yo no maté a Inés —reiteró Montes.

—Sí lo hizo. Incluso ella se lo pidió, después de que le inyectase epinefrina en dos ocasiones para que su corazón no fallase hasta que usted decidiese que podía morir. ¿Acaso va a negarlo?

—No voy a responder a ninguna pregunta.

—No hace falta, pronto tendremos las pruebas que necesitamos. Imagino que debajo de ese uniforme, colgando de su cuello, hay una medalla de plata con una cruz de San Andrés en el interior.

El capitán Montes no movió ni un solo músculo. Parecía estar calibrando todas las pruebas que había en contra de él, bastante claras como para ignorarlas, aunque mantuvo la compostura.

—Llevo muchos años sirviendo en la Guardia Civil y jamás le he hecho daño a nadie.

—Eso se determinará en el juicio —aseguró Eva

—Así como su implicación en la muerte de Luis Cuesta, Adolfo Guillén y Héctor Loyola —aseguró Roberto.

—¿Ahora también me acusan de esas muertes? —preguntó con una sonrisa irónica en el rostro—. No sé ni quienes son esas personas.

—Los fundadores de la Hermandad, junto a usted, que han pagado con su muerte el silencio que necesitaba para seguir con sus actividades.

—Bueno, creo que ya es hora de que llame a mi abogado. Estoy harto de esta farsa.

La prepotencia con que lo dijo, hizo que Roberto estallase.

—¿Usted está harto? ¿Por qué no les preguntamos a los padres de todas esas crías que de pronto desaparecieron y de las que no se volvió a saber nada, a ver qué opinan ellos? —aseguró con rabia poniéndose en pie—. Me da asco. Por ganas le arrancaría la verdad a hostias ahora mismo.

—Tranquilo, Rober —dijo Eva levantándose y situando su brazo sano delante de su pecho—. Esto no es necesario.

—¿Por qué no lo haces? —le retó el capitán.

—No entiendo como alguien puede ser tan despreciable como para arrancar así una vida humana. Es usted un loco depravado y solo mirarle me produce escalofríos. Ahí sentado, como si nada de lo que le hemos dicho le importase.

Por primera vez vio asomar en sus ojos la frialdad de un asesino calculador, que creía tenerlo todo bajo control.

—En realidad, no me importa. Vivimos en una sociedad en la que la vida humana cada vez tiene menos valor. No soy yo quien ha hecho el mundo así.

—Capitán Montes, ponga las manos a la espalda, está usted detenido —se apresuró a decir Eva antes de que aquello fuese a más.

—Como queráis, pero saldré en libertad dentro de poco.

—Lo dudo —dijo Roberto mientras ayudaba a su compañera a esposarle —, le aseguro que va a pasar el resto de su vida en la cárcel.

DOMINGO 26 DE JULIO

Esa mañana Roberto decidió salir a dar un paseo, animado por la buena temperatura y un cielo despejado que confirmaba lo anunciado en las noticias: el buen tiempo iba a tardar en abandonar Llanes. También le animó el hecho de no soñar con Inés esa noche, que parecía haberse calmado tras lo sucedido las últimas veinticuatro horas.

El capitán Montes y Marcos Molina seguían detenidos en el cuartel de Llanes, una vez realizadas las diligencias previas por la jueza de Llanes, mientras que Pablo Jovellanos ya había sido trasladado al Centro Penitenciario de Villabona. De ese modo se quitaban una buena parte de la prensa de encima.

Pese a su negativa a hablar, la culpabilidad de Marcos Molina estaba más que demostrada, y no solo en el secuestro de Inés Jovellanos. Gracias a su portátil se pudo demostrar cómo había contactado en las redes sociales con todas y cada una de las diez menores que habían desaparecido, desde que lo hiciese la joven alemana en Ibiza en el año dos mil ocho. También se conocían las identidades falsas que había usado en los grupos de *Facebook* e incluso muchas de las conversaciones que había mantenido con ellas, gracias a que le gustaba guardar capturas de pantalla de todo lo que hablaba.

Solo les faltaba identificar a dos víctimas más, suponiendo que cada uno de los doce pares de calzado encontrados en casa del capitán Montes perteneciese a una víctima.

El teléfono móvil de Marcos se convirtió en otra prueba definitiva para acusarle. El posicionamiento le situaba tanto en la playa de Cuevas del Mar la noche del secuestro como en la casa de Nueva donde había sido torturada Inés, así como en el puerto de Llanes la madrugada antes de que apareciese su cadáver en la playa de San Martín. Además, el dispositivo contenía las conversaciones que había mantenido con Inés y las fotos tomadas mientras era

violada por su tío y por Joaquín Bustos.

El registro de llamadas reflejaba varias realizadas a un teléfono prepago, en especial durante los tres días que había durado el secuestro. También había recibido varias llamadas desde ese mismo móvil prepago, la última de ellas minutos después de que Roberto y el sargento Varela le comunicasen al capitán Montes que iban a asaltar la casa de Llamas de Pría.

Todas ellas eran pruebas que, en un momento dado, un abogado defensor podía rebatir, pero no las otras que el equipo de Criminalística había encontrado.

Una sudadera y un pantalón habían aparecido dentro de una bolsa de basura en el cobertizo situado a trescientos metros de la casa de Llamas de Pría, donde Marcos tenía escondida la moto con la que había intentado huir. La ropa contenía varias manchas de sangre que coincidían con el grupo sanguíneo de Inés. También allí habían encontrado un frasco de cloroformo, que ya estaba en los laboratorios de Criminalística para compararlo con los restos que presentaba el cadáver de Inés en boca y nariz.

Por otro lado, varios mechones de pelo y más muestras de sangre fueron encontradas en la embarcación que Marcos tenía amarrada en el puerto de Llanes. Solo faltaba que los análisis del ADN confirmasen definitivamente que todas pertenecían a Inés, demostrando así su total y completa implicación en su muerte.

En cuanto al capitán Montes, las pruebas contra él eran de momento circunstanciales. Los pares de calzado encontrados en el hórreo, en el interior de un baúl, indicaban la mente enfermiza de un depravado que los guardaba como trofeo, aunque serían necesarios los análisis de ADN pertinentes para demostrar a quienes pertenecían. El hecho de que hubiese aparecido un paquete de guantes de latex en una estantería, hacía intuir que no encontrarían las huellas de Montes en ellos, aunque habían encontrado otros objetos que le implicaban.

Para empezar, escondido dentro de un bote estaba el móvil prepago con el que se comunicaba con Marcos Molina. El posicionamiento de ese teléfono lo situaba en la casa de Nueva la segunda y tercera noche del secuestro de Inés. También habían encontrado, escondido en el doble fondo de otro baúl, un hábito de monje y una máscara veneciana negra.

Roberto tenía claro que Montes estaba implicado en la muerte de Inés, pero el hecho de que no hubiese ninguna prueba directa que le relacionase con ella, como sangre en su ropa o muestras de ADN de la víctima en algún objeto

con sus huellas, hacía que las pruebas fuesen meramente circunstanciales. Eva le había asegurado que un abogado medianamente espabilado sería capaz de crear una duda razonable que librara a Montes de la cárcel. Bastaba con demostrar que alguien podía haber colocado esas pruebas en su casa para inculparle, y cualquier juez le declararía inocente al terminar el juicio.

Eso era algo que Roberto no podía aceptar. Estaba seguro de la culpabilidad del capitán, y ya no solo por las pruebas. Bajo esa apariencia de buena persona se escondía un asesino frío y calculador, capaz de arrebatar la vida a unas pobres e indefensas crías sin el menor remordimiento. Lo había visto en sus ojos, en esa mirada que le había lanzado antes de esposarle y que le había congelado hasta el alma. Jamás se había enfrentado cara a cara con un psicópata como él, por eso tenía claro que no podían dejar que quedase libre.

Mientras paseaba por la costa en dirección a la playa de San Martín, intentó repasar en su mente todo lo ocurrido desde que había llegado a Llanes tres semanas atrás. Tenía que haber algo más que les ayudase a condenar al capitán Montes, algún detalle que se les hubiese escapado y que demostrase su culpabilidad sin ningún género de duda.

Apenas había recorrido la mitad de distancia hasta la playa cuando recibió una llamada en su teléfono.

—¿Dónde estás? —le preguntó Eva.

—Dando un paseo. Me apetecía despejar un poco la mente.

—Tengo malas noticias.

—¿Montes se ha suicidado? —dijo con cierta ironía.

—No, peor. La jueza de Llanes le ha puesto en libertad sin fianza.

—¡Estás de coña! —exclamó cabreado—. ¿Lo dices en serio?

—Dijo que era un agente de la autoridad y una figura muy respetada en Llanes, que todas las pruebas contra él eran circunstanciales y que no existe riesgo de fuga, así que decidió mandarle a su casa sin fianza hasta la celebración del juicio. Acaban de decírmelo mientras estaba desayunando con Diego.

—¡Vamos, no me jodas! ¿Figura respetada? ¡Pero sí es un puto psicópata!

—Si no podemos demostrarlo, da igual.

—Pues yo voy a demostrarlo. ¡Joder, que si voy a hacerlo! —exclamó casi fuera de sí.

—No hagas ninguna tontería, Rober. No vayas a echar por tierra todo lo que hemos conseguido hasta ahora.

—No voy a dejar que se salga con la suya, Eva. Ese tío es un asesino, lo

he visto en sus ojos.

—Yo también, pero hay que hacer las cosas bien.

—¿Y qué propones, vamos a dejar que se escape?

—No es el único eslabón de esta cadena, y hay otro al que podemos presionar hasta que se rompa.

—¿A qué te refieres? ¿De qué hablas?

—De Marcos Molina. Participó en cada uno de los secuestros y sabe mucho más de lo que nos ha dicho.

—En realidad, no nos ha dicho nada.

—Quizás lo haga ahora cuando sepa que su líder está en la calle y que él se va a comer todo el marrón. ¿Te gustaría acompañarme mientras le vuelvo a interrogar?

—¿Cuándo?

—Pues en cuanto llegues.

—Tardaré cinco minutos —aseguró mientras apretaba el paso para regresar a casa de Diego.

Marcos estaba sentado en la sala de interrogatorios con el gesto serio y la mirada perdida, hasta que Roberto y Eva entraron por la puerta.

—No tengo nada que declarar —dijo mirándoles con gesto de hastío.

—No hace falta que digas nada, las pruebas ya hablan por ti —le replicó Eva mientras se sentaban frente a él, al igual que Roberto—. Acabamos de recibir los resultados de las muestras de ADN que Criminalística encontró en tu embarcación y pertenecen a Inés Jovellanos, al igual que la sangre de la ropa que apareció en el cobertizo. También tenemos tus huellas en el revólver con el que asesinaron a Juan Cuetos y Sebastián Suárez.

—Estás bien jodido —dijo Roberto con sorna—. Tenemos pruebas suficientes para acusarte de su asesinato y que te pudras en la cárcel el resto de tu vida.

—No voy a decir nada.

—¡Hay que ser capullo! —se jactó mirando a Eva—. Su jefe ya está en libertad y él todavía no comprende que se va a comer todo el marrón. Sí, capullo, así es —apuntilló al ver un velo de sorpresa en su mirada—. Montes está en la calle. Todas las pruebas contra él son circunstanciales y su abogado ya nos ha dicho que te acusará a ti de haberlas colocado en su casa.

—¡Eso es falso! —exclamó perdiendo la compostura—. Yo no he colocado nada en su casa.

—Será su palabra contra la tuya, aunque tengo la sensación de que Montes ha sabido cubrirse bien las espaldas para que sus huellas dactilares no apareciesen en ninguno de los objetos incriminatorios que encontramos en su casa. Imagino que las tuyas sí las encontraremos.

Marcos apretó los labios en un gesto de rabia y desvió la mirada al otro lado de la sala, como si no quisiese hablar con ellos.

—Sabemos que tú no mataste a Inés —intervino Eva—. El

posicionamiento de tu teléfono móvil indica que la noche de su muerte llegaste a la casa de Nueva alrededor de la una de la madrugada y luego te fuiste para no regresar hasta tres horas después. El problema es que no podemos demostrar que tú llevases el móvil encima en ese momento y el resto de pruebas en tu contra son abrumadoras. Si Montes, además, declara en contra tuya como tiene pensado hacer te aseguro que van a condenarte y que pagarás por lo que él hizo.

—No dejes que quede libre —dijo Roberto suavizando el tono de su voz—. Esos capullos con pasta se han servido de ti durante todos estos años para llevar a cabo sus enfermizos rituales. Te han utilizado y ahora tú vas a pagar por lo que hicieron ellos. ¿Acaso crees que a Montes le preocupa lo que te pase? No podemos demostrar que mató a Inés y él lo sabe. Te lo va a cargar a ti y seguirá disfrutando de su vida mientras tú te pudres en la cárcel.

—No les debes nada —le apoyó Eva, al ver la duda asomar en los ojos del detenido—. Son gente con dinero y sin escrúpulos. Tienen abogados que les ayudarán a esquivar a la Justicia y a que sus actos queden impunes.

—No te hundas con ellos, Marcos.

El aludido seguía con la mirada perdida en el otro extremo de la habitación, por eso Eva le hizo un gesto con la cabeza a Roberto para que se levantase de la silla.

—Lo hemos intentado, te hemos dado la oportunidad de hablar —dijo ella mientras se ponían en pie a la vez—. La siguiente vez que nos veamos será en el juicio y ahí ya no podré hacer nada por ti.

Estaban en la puerta cuando Marcos llamó su atención.

—¿Qué queréis saber?

Los dos se giraron hacia él, aunque fue Eva la que respondió.

—Todo, desde el principio.

—Está bien —dijo asintiendo con la cabeza.

Volvieron a sentarse en las sillas y Eva sacó una grabadora y su libreta, donde tenía anotadas una serie de preguntas.

—¿Cómo empezaste a trabajar para ellos? —preguntó tras iniciar la grabación—. ¿Fue cuando saliste de la cárcel con veinte años?

—Sí. Sergio estaba destinado en Alicante —dijo refiriéndose al capitán Montes— y me echó una mano para que me soltasen. Le dijo al juez que solía colaborar con la Guardia Civil pasando información y eso ayudó a que me soltasen mucho antes de tiempo.

—¿Fue entonces cuando te propuso que trabajases para él?

—Sí. Me dijo que conocía gente con mucha pasta que me pagarían muy bien por mis servicios y que me resolverían la vida si sabía mantener la boca cerrada y hacía lo que me pedían. Al principio creí que eran maricones o algo así, pero no tardé en descubrir que sus gustos iban por otro lado.

—¿Qué pasó?

—Ese verano me pidieron que secuestrase a una menor en alguna discoteca de Alicante. Allí me conocía mucha gente, por eso decidí subir a Benidorm, donde podía pasar desapercibido y las discotecas estaban hasta arriba de adolescentes. Elegí a una que tenía el perfil que ellos querían, me la camelé y la secuestré. La dormí usando el cloroformo que Sergio me consiguió y la llevé a una casa abandonada en uno de los pueblos cercanos. Me pagaron mil euros por aquello.

—¿En qué año fue eso?

—En dos mil siete.

Eva palideció ligeramente y miró a Roberto, que comprendió de inmediato lo que sucedía.

—¿Cómo se llamaba la chavala? —preguntó él.

—No lo sé, ni siquiera sé cuantos años tenía, andaría por los quince o dieciséis, como mucho. Después de eso me pidieron que me trasladase a Ibiza, donde me alquilaron una casa y me buscaron un curro para que controlase la zona sagrada.

—¿Zona sagrada? —repitió Eva como si no entendiese a qué se refería.

—Así llamaban ellos al lugar en el que cada año debía secuestrar a una adolescente para sus rituales.

—¿Quieres decir que desde dos mil siete han estado asesinando a una joven cada año?

Marcos se tomó unos segundos para responder.

—Sí —dijo sin ningún rastro de culpabilidad—. Contactaba con ellas por las redes sociales, buscando siempre a las que tenían problemas personales en casa o de socialización con la gente. Eso las convertía en vulnerables y fáciles de engañar —dijo con un orgullo que desapareció en cuanto vio el modo en que le miraban los agentes—. Siempre lograba encontrar una candidata idónea, alguna chavala que viviese o veranease en lugares turísticos donde su desaparición llamase menos la atención, o que estuviese dispuesta a escaparse de casa y presentarse allí para encontrarse conmigo. Como digo, era fácil engañarlas. Unos meses antes de eso me trasladaba allí y reconocía la zona para estudiar el mejor modo de llevar a cabo el secuestro y seleccionar el

lugar en el que realizar el ritual.

—Imagino que siendo adolescentes eran fáciles de manipular —sugirió Eva.

—La verdad es que sí, aunque Sergio siempre me ayudaba a seleccionar a la candidata más idónea. Incluso intervenía en los foros de vez en cuando para animarlas a escaparse de casa.

—¿Y nunca os falló ninguna?

—Desde que usamos esa táctica de caza, no. La primera vez en Benidorm fue bastante improvisado, y los dos siguientes años en Ibiza más o menos, aunque allí resultaba bastante sencillo encontrar a una candidata ideal. En verano hay tanto desmadre que es fácil camelar a cualquier adolescente medio borracha para que te acompañe a un lugar apartado —dijo con una ligera sonrisa—. Finalmente Sergio decidió que era demasiado arriesgado para los miembros de la Hermandad, así que ideó el asunto de los grupos de Facebook.

—Antes de seguir, me gustaría que me hables de la Hermandad —le pidió Eva—. ¿Quién la creó? ¿Cómo entraron a formar parte de ella Luis Cuesta, Adolfo Guillén, Héctor Loyola y Sergio Montes?

Marcos la miró con un gesto de sorpresa.

—Veo que estáis bien informados.

—Lo sabemos casi todo, solo nos falta unir algunas piezas.

—Por lo que yo sé, Adolfo, Luis y Héctor se conocieron en la universidad.

—En la Complutense de Madrid —confirmó ella—. Estudiaron juntos Ciencias Políticas.

—Sí. Imagino que los tres se conocieron y descubrieron que tenían la misma mente enfermiza. Tanto fue así que se atrevieron a cometer su primer asesinato el último año de carrera, aunque carecían de la pericia suficiente para cubrir sus huellas. La Policía Nacional pidió ayuda a la Guardia Civil para interrogar a todos los estudiantes y Sergio fue uno de los designados. Él habló con los tres sospechosos y descubrió lo que habían hecho, aunque no lo comunicó a sus superiores.

—¿Por qué?

—Está claro, ¿no? Era igual que ellos. Los encubrió y a partir de ese momento se creó un vínculo que les unió durante años.

—Y ese fue el inicio de la Hermandad —intuyó Eva.

—Sergio fue su artífice, quien fundó la Sagrada Hermandad de San Andrés y quien la dirige desde entonces, aunque no lo hizo en ese momento. Tuvieron que pasar siete años hasta que decidiese crearla. Para entonces todos tenían ya

una buena posición social y pensó que era el momento de usarla para beneficiar al resto del grupo. En verano de dos mil siete les reunió en Benidorm para llevar a cabo un ritual de iniciación, en el que todos se comprometieron a no traicionar jamás a la Hermandad.

—Imagino que hicieron fotos violando a esa menor que mencionaste al principio —intervino Roberto.

—Así es. Después de eso acordaron juntarse cada verano para llevar a cabo un ritual de purificación del alma, basado en las prácticas de una antigua sociedad que había existido en la Edad Media. Así fue durante los dos siguientes años, hasta que Sergio decidió que era el momento de realizar un ritual anual para admitir a nuevos integrantes en la Hermandad.

—¿Cómo los seleccionaban?

—Adolfo, Héctor y Luis contactaban con ellos y Sergio decidía quienes resultaban más útiles para los fines de la Hermandad. No podéis imaginaros cuantos depravados hay en la alta sociedad española.

—¿Y todo eso surgió de la mente de Sergio Montes?

Marcos dibujó una sonrisa antes de responder.

—Él es el más depravado de todos, aunque no lo parezca, porque en su caso no lo hace para ascender socialmente o beneficiarse económicamente. Sergio disfruta matando a esas adolescentes.

Roberto se dio cuenta de que la afirmación de Marcos había sorprendido a Eva, hasta el punto que necesitó unos segundos para seguir con el interrogatorio.

—¿Acaso el resto de miembros de la Hermandad no disfrutaba también con ello? —acertó a preguntar.

—Por supuesto que disfrutaban torturando a esas crías y llevando a cabo actos con ellas a los que nunca quise asistir, a pesar de que veía el resultado cuando luego me deshacía de los cuerpos. Pero ninguno de ellos es comparable a Sergio.

Por un momento Roberto dudó si Marcos decía todo aquello para inculparle y así parecer él menos culpable, aunque llegó a la conclusión de que era el mejor modo de conocer lo ocurrido.

—Nadie lo diría, viéndole —dijo para animarle a seguir hablando.

—Es un hombre muy peligroso, os lo aseguro. Bajo esa fachada de persona afable y tranquila se esconde un verdadero psicópata. Cuando empezamos a actuar en Ibiza, el primer año secuestre a una turista alemana. Todo fue según lo planeado, sin problemas, pero al llegar el momento de deshacerme del cadáver me entraron las dudas. En Alicante había enterrado el cuerpo de aquella cría en un monte cercano, aunque a ellos les dije que la había arrojado al mar, así que en esta ocasión decidí tirarla por un barranco, pensando que allí no la encontraría nadie, y que si lo hacían pensarían que había sido una muerte accidental. Me equivoqué. Alguien encontró el cadáver y la Policía y la Guardia Civil estuvieron investigando la muerte durante semanas. Gracias a que Sergio estaba allí destinado y a que participó en la investigación, no llegaron hasta nosotros, pero, aun así, me castigó por ello. ¿Sabéis lo que me hizo? —preguntó con un gesto de rabia en el rostro—. ¡Esto!

Marcos mostró su mano izquierda, en la que faltaba el dedo meñique.

—¿Te cortó un dedo? —preguntó Eva sorprendida.

—A partir de entonces no volví a cometer el mismo error. Arrojé a todas y cada una de las chicas al mar, con un peso bien amarrado a su cuerpo para que jamás saliesen a la superficie.

—Excepto con Inés —apuntó Roberto.

—Sí. Las prisas al saber que la Guardia Civil la estaba buscando hicieron que me equivocase y la atase con una vieja cuerda que tenía en la embarcación y que terminó rompiéndose, imagino que a las pocas horas de lanzarla al mar.

—Sin embargo, a pesar de que casi os pillan en Ibiza —dijo Eva revisando las notas que había tomado hasta el momento—, te quedaste un año más en la isla. ¿Lo he entendido bien?

—Sí. Sergio seguía allí destinado y pensó que era el mejor modo de que nunca nos pillasen.

—Nosotros no tenemos constancia de ninguna desaparición en la isla ese año.

—Porque esta vez elegí muy bien a la víctima —dijo con una ligera sonrisa—. Se trataba de una francesa de diecisiete años que se había escapado de casa y que nadie sabía que estaba en Ibiza. Después de eso Sergio decidió que era peligroso actuar más de un año seguido en el mismo lugar, así que pidió destino a la península y organizó los secuestros por zonas, tal y como os he contado.

Eva asintió y lo anotó en su libreta.

—Antes dijiste que cada año la Hermandad aceptaba a un nuevo miembro.

—Sí, a veces a uno y a veces a varios, según ellos consideraban. El principal objetivo de la Hermandad siempre fue que sus miembros ganasen poder, influencia y dinero, y lo lograban a través de una ceremonia de compromiso que luego ninguno de los miembros se atrevía a romper.

—Imagino que ese pacto consistía en fotografiarles violando a una menor de edad —señaló Eva.

—Así es.

—Como las fotos de la violación de Inés que había en tu móvil —apuntó Roberto.

—Exacto.

—¿Y qué hacías luego con esas fotos?

—Hacía dos copias de ellas y se las daba a Sergio, que le entregaba una al nuevo miembro para que la custodiase en su propia caja fuerte y se quedaba la

otra para usarla contra él si se le ocurría incumplir el pacto.

—¿Dónde tiene Montes esas fotos? —preguntó de inmediato Roberto.

—No lo sé. Jamás me lo dijo, pero imagino que en alguna caja fuerte o de seguridad. En un banco, tal vez.

Eva miró primero a Roberto, para que este la dejase hablar, y luego se dirigió al detenido.

—Bien, entonces desde dos mil siete secuestraste a adolescentes de manera ininterrumpida para ellos, hasta llegar aquí a Llanes, —Al ver que Marcos asentía, Eva prosiguió—. Quiero que me cuentes lo que ocurrió desde que tanto tú como Montes os trasladasteis aquí.

—Sergio quería establecerse en un lugar definitivo y eligió Llanes, aunque los dos primeros años estuvo destinado en Ribadesella, a pesar de vivir en la casa que compró en Barro. Nada más llegar encontré una víctima perfecta en las redes sociales, una chavala que vivía en Bélgica y veraneaba en Nueva de Llanes. Su padre y su madre tenían continuas peleas y parecía necesitada de cariño y atención. Pensamos que sus padres creerían que se había escapado, pero no fue así. Su desaparición tuvo una repercusión mediática con la que no contábamos, hasta el punto que la prensa inundó Nueva de Llanes. Sergio temió que terminasen descubriéndolo todo, así que decidió detener los rituales por un tiempo.

—Antes de seguir —le interrumpió Roberto, mirando de reojo a Eva—, ¿puedes decirnos qué hiciste con el cadáver de Nadine?

—Lo arrojé al mar, en algún lugar entre Llanes y Ribadesella que no sabría decirnos.

Su respuesta hizo que torciese el gesto. Había tenido la esperanza de poder entregar a Toni el cuerpo de su hija para enterrarlo como es debido.

—¿Qué pasó después de eso? —preguntó Eva.

—La relación entre los fundadores de la Hermandad se volvió bastante tensa, sobre todo entre Adolfo y Sergio. Adolfo era un enfermo hijo de puta, un sádico psicópata al que saber que al menos una vez al año podía hacer lo que quisiese con una joven era lo que le mantenía controlado. En su vida privada disfrutaba de actos sadomasoquistas, pero ni por asomo tan brutales como en los ritos sagrados de la Hermandad. El año después de la muerte de la belga Sergio decidió que no hubiese ritual, por seguridad para todos. En principio Adolfo obedeció, pero, cuando un año después Sergio les dijo que todavía era pronto y que tampoco ese año lo habría, algo se descontroló dentro de su mente. Convenció a Luis y a Héctor para montar su propio ritual en el piso que

tenía en Arriendas, a espaldas de Sergio. Por suerte me enteré de ello a tiempo y se presentó allí antes de que fuese demasiado tarde. —Marcos hizo una pequeña pausa y se acomodó contra el respaldo de su silla—. Después de aquello ya nada volvió a ser lo mismo, al menos durante los siguientes meses. Apenas hablaron entre ellos y no volvieron a verse hasta el verano siguiente, cuando Sergio decidió que era el momento de arreglar las cosas. Secuestré a una joven de Zamora y realizaron con ella un ritual de hermanamiento que puso las cosas de nuevo en su sitio.

Roberto no podía evitar sentirse asqueado por la frialdad y total falta de empatía que mostraba Marcos hacia las mujeres que había secuestrado. Estaba claro que para él no eran más que objetos de los que servirse. No las veía como seres humanos.

—Entiendo que a partir de entonces sus diferencias se solucionaron.

—Sí. Solo la muerte de Héctor fue un revés para todos, aunque eso no impidió que siguiesen adelante con el ritual de este año, en el que dos nuevos aspirantes entrarían a formar parte de la Hermandad.

—¿Por qué elegisteis a Inés? —preguntó Eva—. ¿Acaso no sabías que era la sobrina de uno de esos aspirantes?

—¿Cómo iba a saberlo? La puñetera cría logró engañarme. Era más lista de lo que yo pensaba —respondió con evidente rabia—. Su perfil era falso y no supimos quién era su padre hasta que fue demasiado tarde. De haberlo sabido jamás la habríamos elegido.

—Cuéntame cómo la secuestraste.

—Como había hecho en otras ocasiones. Contacté con ella por *Snapchat*, y cuando me contó que iría de noche a esa fiesta en Cuevas, lo organicé todo. Se lo dije a Sergio para que avisase a los aspirantes y luego contacté con Sebas. Necesitaba un cabeza de turco, alguien a quien la Guardia Civil pudiese acusar si algo salía mal. Lo que os dije sobre que me pasaba droga y me conseguía chicas para ciertas fiestas era cierto. A los miembros de la Hermandad les gusta de vez en cuando organizar alguna orgía sin sexo demasiado duro y yo les proporciono lo que necesitaban. Solo mentí al decirlos que había estado con él el día antes de su muerte.

—Lo sabemos. ¿Lo mataste tú?

No le costó mucho responder.

—Sí.

—¿Y a Juanín? —preguntó Roberto.

—También. Después de saber quién era Inés y el revuelo que se montó,

Sergio no quiso que dejase cabos sueltos.

—¿Qué pasó la noche del secuestro después de que hablastes con Sebas?
—intervino Eva.

—Me dijo que había un yonki que le debía pasta y que esa noche iba a estar en Nueva, así que era perfecto. Sergio me bajó en coche a Cuevas y luego regresó a Llanes, mientras yo lo preparaba todo para mi encuentro con Inés. La observé buena parte de la noche, sin que ella se diese cuenta, y cuando vi que estaba sola le mandé un mensaje diciéndole que la esperaba a la entrada de la playa, a solas. Después de saludarnos le ofrecí un trago de la lata de cerveza que llevaba conmigo y de la que bebió confiada, sin saber que dentro había una pastilla de ácido que me permitió subirla al coche del yonki sin que opusiese resistencia. Este nos llevó de vuelta a Nueva y nos dejó cerca del acceso a la casa.

—Supongo que tú mandaste el mensaje a su prima para decirle que se iba a Naves y luego arrojaste el móvil dentro del coche de Juanín.

—Así es. Usé unos guantes para no dejar huellas en él.

—¿Qué hiciste luego con Inés?

—La llevé dentro de la casa y una vez allí la dormí tapándole la cara con un trapo con cloroformo. Luego la desnudé y la até a la cama, donde permaneció hasta la noche siguiente, cuando tuvo lugar el ritual.

—¿Y por qué no la misma noche del secuestro?

—Porque Sergio no quiere correr riesgos. Prefiere hacer las cosas con tranquilidad. Normalmente secuestro a la chica y esperamos veinticuatro horas para ver si alguien ha descubierto algo. Si no es así, la noche siguiente se lleva a cabo el ritual.

—¿Acaso no sabíais ya que Inés era sobrina de Pablo Jovellanos?

—Yo no. Me quedé con ella en la casa hasta la noche siguiente.

—Pero Montes sí lo sabía —intuyó Roberto— y, a pesar de todo, siguió adelante.

—Ya te he dicho el tipo de persona que es.

—¿Qué pasó la segunda noche? —preguntó Eva—. Sabemos que los dos aspirantes cenaron con Adolfo y Luis en el restaurante que hay cerca de la casa.

—Sí, ellos eran los encargados de acompañarles al ritual.

—Pablo Jovellanos declaró que no reconoció a Sergio Montes porque llevaba puesta una máscara negra.

—Es cierto. Siempre usa un hábito de monje y cubre su rostro con una

máscara para que nadie le reconozca. Solo los tres fundadores y yo conocemos su verdadera identidad.

—¿Cómo es ese ritual de compromiso para los que quieren ingresar en la Hermandad? —preguntó Eva.

—Está dividida en dos fases. Antes de que lleguen el resto de miembros Sergio siempre realiza la preparación y purificación de la joven que va a ser sacrificada. Reza una serie de oraciones y lava su cuerpo desnudo con agua bendita para purificarlo. La segunda fase es la del perdón de los pecados y la liberación del alma, que se alcanza a través de la profanación de su cuerpo. Primero los aspirantes deben violarla, mientras yo tomo las fotos que luego aseguran su fidelidad a la Hermandad, y a continuación la subo a la sala de tortura donde su cuerpo es castigado para el perdón de los pecados de los presentes. En esa parte yo ya no estoy presente. Me voy siempre antes de que empiecen y regreso cuando han terminado, que suele ser poco antes del amanecer. Entonces debo cuidar de ella y asegurarme de que al menos llegue viva a la última noche.

Roberto dudó si preguntarlo, aunque Eva no dudó. La fortaleza que estaba demostrando durante todo el interrogatorio, manteniendo siempre una posición neutra, le dejó claro por qué era tan buena en su trabajo. Él ya hacía rato que deseaba arrancarle la cabeza a Marcos.

—¿Qué suele ocurrir esa última noche?

—Solo está presente Sergio y cuando acaba la joven está muerta. Así ha sido desde la primera vez.

—¿Y qué hace con ellas? —Sergio se encogió de hombros como si no supiese la respuesta—. Vamos, Marcos, acabas de decir que tú cuidas de ellas después del ritual. Tienes que saber lo que les ha hecho cuando recoges sus cadáveres.

—Ya os he dicho que es el peor de todos.

—Las quema con su cigarro, ¿verdad? —dijo Roberto animándole a continuar.

—Solo puedo decir que las somete a un castigo brutal y que luego las asfixia.

—Muy bien. Dinos que sucede luego —continuó Eva dando por suficiente su explicación.

—Me llama para que me deshaga de los cadáveres, como ya he dicho. En el caso de Inés, la cargué en mi barca y la arrojé al mar atada a un peso, no muy lejos de la costa de Poo. De no ser porque la cuerda se rompió jamás

habríaís encontrado su cuerpo.

—¿Y cómo puede ser eso? —preguntó Roberto con una mezcla de rabia y de incredulidad reflejada en el rostro—. ¿Cómo puede ser que en todos estos años jamás os haya investigado nadie?

—Porque la Hermandad no son solo los cuatro fundadores. Son casi treinta miembros más, todos ellos personas influyentes y con un alto nivel económico, para quienes resulta fácil encubrir una desaparición.

—¿Y entonces por qué iban Adolfo, Luis y Héctor a suicidarse?

—No tengo ni idea de por qué lo hicieron.

—¡Vamos, tú les conocías! —dijo Eva alzando la voz por primera vez—. ¿En serio crees que murieron por propia voluntad?

—Imagino que cada uno tendría sus motivos —respondió Marcos encogiéndose de hombros—. Luis estaba a punto de ser detenido, según pude ver en la tele, y Adolfo era una persona enferma, mentalmente inestable. En cuanto a Héctor, imagino que sus empresas no iban tan bien como él decía.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —le atacó Roberto—. Montes te encargó a ti que te ocupases de ellos, ¿verdad?

—¿Cómo?

—No te hagas el sorprendido. Esos suicidios fueron fingidos y hubo una mano ejecutora tras ellos.

—¿Insinúas que yo les maté?

—Es exactamente lo que estoy diciendo.

Marcos se inclinó hacia delante y apoyó las manos esposadas sobre la mesa.

—Sergio jamás me pidió que hiciese nada semejante. Es más, apreciaba a sus amigos, a pesar de lo ocurrido hace dos años. Si hubiese querido matarles lo habría hecho cuando estuviesen todos juntos, ¿no te parece?

Roberto tuvo que reconocer que lo que acababa de decir tenía cierta lógica, aunque seguía convencido de que Montes estaba implicado de algún modo en la muerte de sus amigos. Quizás incluso él mismo los había matado.

—¿Hay algo más que quieras decir? —preguntó Eva.

—No —respondió a la vez que negaba con la cabeza—. Espero que en el juicio se tenga en cuenta mi colaboración. No quiero pasarme el resto de mi vida en la cárcel.

Roberto tuvo que morderse la lengua para no decirle a la cara que eso precisamente era lo que iba a ocurrir.

—La tendremos muy en cuenta —aseguro ella.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Vamos a detener a Montes, por segunda vez, aunque esta vez tu testimonio servirá para que la jueza no pueda volver a ponerle en libertad. Solo espero que, llegado el momento, no te retractes de todo lo que has dicho en esta declaración.

—¿Cómo voy a hacerlo? Está todo grabado.

—Te pasaremos una transcripción de texto para que la firmes.

Marcos dibujó una ligera sonrisa y asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Eva y Roberto se pusieron en pie y abandonaron la sala sin despedirse de él.

—Ahora sí que le tenemos, ¿no? —preguntó Roberto cuando estaban en el pasillo.

—Sí, pero antes voy a llamar a Madrid. No voy a permitir que la jueza de Llanes le vuelva a soltar. Esta vez te garantizo que se pudrirá en la cárcel.

Roberto detuvo el vehículo justo delante de la casa del capitán Montes y se bajó al mismo tiempo que lo hacían Eva e Hinojosa. Los tres atravesaron la pequeña portilla de forja y recorrieron el camino de piedra de apenas diez metros que llevaba hasta la puerta de la vivienda.

—Yo hablaré con él —les pidió Eva—. Quiero que nos acompañe por su propio pie.

—Pues yo preferiría que opusiese resistencia —aseguró Roberto apretando los dientes—. Es más, lo estoy deseando.

—Tenemos a la gente de la UEI rodeando la zona y listos para intervenir si fuese necesario. Si opone alguna resistencia los avisaré, tal y como habíamos acordado.

—Está bien.

Eva llamó al timbre que había al lado de la puerta y esperó. Pasaron los segundos sin que nadie abriese la puerta. Una segunda llamada consiguió el mismo resultado.

—¿Crees que se ha fugado? —preguntó Hinojosa.

—Le soltaron a primera hora de la mañana, a las nueve —respondió ella mirando su reloj—, y son casi las doce. Le habría dado tiempo, pero no creo que lo hiciese. Estaba demasiado seguro de que no entraría en la cárcel y huir le convertiría en culpable.

—Entonces rodeemos la casa —propuso Roberto—, tal vez esté en la parte de atrás de la finca, con su mujer, y ninguno de los dos escucha el timbre.

—Probemos.

Rodearon la casa, saltando un pequeño seto, y accedieron al jardín trasero donde no parecía haber nadie.

—Probemos en el hórreo —propuso Roberto.

—La puerta corredera que da al interior de la casa está abierta —dijo

Hinojosa señalándola con el dedo.

—Antes iremos al hórreo —ordenó Eva.

Roberto subió las escaleras de piedra y levantó la cinta que los de Criminalística habían puesto para que nadie accediese al interior.

—Capitán Montes, ¿está dentro? —preguntó golpeando con los nudillos la puerta.

Al no escuchar respuesta giró la manilla y, al ver que cedía, entró.

—¿Capitán?

Un rápido vistazo le bastó para comprobar que no estaba dentro, así que salió al exterior y se reunió con sus compañeros, que le esperaban al pie de la escalera.

—No está aquí. Será mejor mirar dentro de la casa.

Poco después entraron en la vivienda y recorrieron el salón hasta llegar a la cocina.

—¿Hola?

—Tal vez se hayan ido los dos —sugirió Eva—. Hinojosa, registra el resto de la planta. Yo voy a mirar en el piso de arriba.

—Te acompaño —dijo Roberto.

Ambos subieron las escaleras que conducían al piso de arriba, donde se encontraron con cuatro puertas, las dos primeras pertenecientes a habitaciones individuales y la otra a un aseo. En la última de ellas se encontraron una habitación amplia con una cama de matrimonio frente a la puerta.

—¡Joder! —exclamó Roberto al volver la mirada hacia el lado contrario de la habitación.

Tumbado en el suelo, boca arriba, estaba el cuerpo del capitán Montes, con un charco de sangre rodeando su cabeza. Metro y medio por encima de él, en la pared, podía verse una caja fuerte con la puerta abierta.

—Se ha pegado un tiro en la sien —dijo Eva señalando el cuerpo. Junto a la mano derecha de Montes, enfundada en un guante de cuero negro, había un revólver.

Roberto caminó hacia el cuerpo desoyendo las palabras de Eva para que no alterase la escena.

—No podemos tocar nada hasta que vengan los de Criminalística.

—Solo quiero asegurarme de que está muerto —dijo Roberto deteniéndose a unos pasos del cadáver.

Los ojos inertes daban a entender que Montes había fallecido, por eso, mientras Eva llamaba para pedir ayuda, Roberto intentó ver lo que había en la

caja fuerte. En cuanto dio un par de pasos más distinguió algo en el suelo que llamó su atención, entre el cadáver y la pared. Era un pequeño álbum de fotos abierto y lo que vio en su interior le dejó sin habla. Dio un paso más para pasar por encima del cadáver, se agachó y con la ayuda de la llave del coche fue pasando las hojas de atrás a delante, para ver la única foto que había en la cara de cada hoja. En todas aparecía un hombre distinto abusando sexualmente de una menor. En algunas fotos la joven era la misma y en otras cambiaba.

—¿Qué es eso? —le preguntó Eva sin aproximarse.

—Lo que Marcos nos contó, la prueba que Montes guardaba para que ningún miembro se atreviese a traicionar a la Hermandad. Son las fotos de todas y cada una de las violaciones —dijo mientras seguía pasando las páginas—. Marcos se quedó corto. Aquí hay al menos medio centenar de fotos.

Entonces llegó a las primeras páginas, en cada una de las cuales pudo ver a Luis Cuesta, Adolfo Guillén y Héctor Loyola abusando de la misma joven. En la primera foto del álbum podía verse al propio Sergio Montes encima de ella.

—Por favor, Eva, necesito que te acerques y me digas si sabes quién es esta chavala.

—No puedo moverme de aquí. Bastante has alterado ya la escena.

—Por favor, es importante.

Ella percibió la urgencia en su mirada y se acercó.

—Dime si la conoces —reiteró Roberto cuando se agachó a su lado.

—¡Dios mío! —exclamó horrorizada—. ¡Es Ana, la hija de Diego!

—Lo imaginé cuando Marcos dijo que cazó a su primera víctima en Benidorm. Esos cabrones secuestraron a la hija de Diego para su primer ritual, el que les sirvió a los cuatro para comprometerse con la Hermandad.

—Habría sido demasiada casualidad que hubiesen secuestrado a otra chica el mismo verano y en el mismo sitio que a Ana —se lamentó Eva—, pero al decir Marcos que no recordaba su nombre pensé que quizás se trataba de otra. En realidad esperaba que no fuese ella.

—Habrá que decírselo a Diego.

—Lo haré yo, pero antes hay que abandonar la casa y avisar a los de Criminología. Dejaremos que ellos se encarguen de decirnos lo que ha ocurrido aquí.

MARTES 28 DE JULIO

Inés caminaba entre los árboles, siguiendo el camino que le llevaba hasta la luz que se veía al fondo. Aunque era el mismo bosque, algo había cambiado en el ambiente. Roberto ya no sentía frío, como en anteriores ocasiones, sino una agradable sensación de calor que le reconfortó. Tampoco hubo nada que la impidiese a ella avanzar. Se alejó poco a poco de su posición, internándose en aquel bosque que ya no le parecía tan tétrico.

Solo cuando estaba cerca de alcanzar la luz, se detuvo y se volvió para mirarle. Su expresión era de completa felicidad y le dedicó una sonrisa que le calentó el alma.

—Gracias, Rober —murmuró antes de darse la vuelta y continuar su camino hasta desaparecer dentro de la luz.

Roberto abrió los ojos y sintió el calor del cuerpo de Eva pegado al suyo. Era la primera noche que dormían juntos y la última que iban a pasar en casa de Diego. Tras la muerte del capitán Montes el día anterior y una vez solucionado el traslado de Marcos al Centro Penitenciario, habían decidido ir a Oviedo juntos para cerrar sus respectivos informes y pasar allí unos días juntos.

—¿Estás despierto? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Un mal sueño?

—No, en realidad todo lo contrario. Inés se ha despedido de mí, así que creo que ya todo está bien.

—Me alegra oírlo —dijo Eva incorporándose para besar sus labios—. Me disgustaría tener que compartirme cada noche con ella.

—Eso no te preocupó anoche cuando te colaste en mi habitación.

—Ya te dije que en el hospital tuve mucho tiempo para pensar.

—¿Y qué has pensado?

—¿Acaso no lo he dejado claro? Quiero estar contigo.

—Y yo contigo —dijo él besando sus labios—. ¿Crees que habrá alguna vacante que pueda pedir cerca de ti, aquí en Asturias?

—Acaba de quedar libre la de Capitán Jefe de la Compañía de Llanes.

—Dudo que esa se la den a un cabo —aseguró con una ligera carcajada, que fue imitada por ella—. Además, no creo que el teniente Ferrán quiera verme por allí. Aunque le hayamos puesto en libertad, seguro que me la tiene jurada.

—¿Y qué tal si me voy a Madrid? Seguro que yo encuentro vacante con más facilidad allí que tú aquí.

—¿Qué tal si lo discutimos en la ducha?

—De eso nada —respondió Eva negando con la cabeza—, no quiero que se me abra la herida del hombro.

—Anoche no se te abrió.

—Eso fue porque solo hicimos el amor una vez —dijo ella apartando las sábanas y saliendo de la cama—. Todavía estoy convaleciente, así que tienes que cuidar de mí.

—Es lo que me gustaría hacer el resto de mi vida.

Ella le miró sorprendida y sonrió de forma tímida antes de decir:

—¿Es una proposición?

—Es más bien un pacto de compromiso —respondió Roberto conteniendo la risa.

—¡Me estás tomando el pelo! —dijo Eva saltando sobre él, que la recibió con los brazos abiertos—. Cuando lleguemos a Oviedo hablaremos de esto como es debido.

—Cuando lleguemos a Oviedo haremos el amor hasta caer rendidos y luego hablaremos de lo que quieras.

—Trato hecho.

Eva corrió hacia la ducha y Roberto decidió vestirse para recibirla con una café recién hecho. La cocina estaba vacía, así que encendió la cafetera y metió una cápsula en ella.

Mientras esperaba a que estuviese lista pensó en lo ocurrido el día anterior. No podía negar que se alegraba de la muerte de Montes. Quizás lo más justo para las víctimas habría sido que se pasase el resto de su vida en la cárcel, con tiempo de sobra para arrepentirse de todo el mal que había

causado, pero lo cierto era que su suicidio les iba a ahorrar mucho trabajo. No le necesitaban para identificar al resto de miembros de la Hermandad, tenían sus fotos, y siendo personas importantes no resultaría difícil dar con ellos.

—Buenos días —escuchó la voz de Diego desde la puerta de la cocina que daba acceso al jardín trasero de la casa.

—Buenos días —le saludó. Hinojosa había viajado a Oviedo la tarde anterior para ir adelantando papeleo, así que solo estaban los tres en casa.

—¿Eva ya se ha levantado?

—Sí, está en la ducha. Por cierto, Diego, ayer no tuve oportunidad de decirte cuanto lamento lo de tu hija. Eva dijo que se encargaría de darte la noticia y no quise inmiscuirme.

—Te lo agradezco y os doy las gracias por todo el trabajo que habéis hecho. Aunque suene algo cruel, al menos ya no tengo que seguir buscándola.

—No es cruel, es normal que después de tanto tiempo te alivie conocer la verdad. ¿Eva te contó cómo murió?

—Solo me contó cómo se la habían llevado de la discoteca de Benidorm y quienes participaron en su muerte. El resto forma parte de la investigación y lo sabré a su debido tiempo. No hay prisa —dijo con una ligera sonrisa—. Al menos los cuatro han pagado por lo que hicieron y ahora sé que ella reposa en paz bajo el mar. Eso es lo importante.

Diego regresó al exterior y Roberto se dispuso a preparar el primero de los cafés. Justo cuando el líquido comenzó a caer sobre la taza, algo hizo clic en su cerebro. Una idea que sabía que había estado oculta en su subconsciente desde hacía tiempo y que no había salido a flote hasta ese preciso momento, tras las palabras de Diego.

Dejó que la cafetera se parase sola y salió al jardín a su encuentro.

Diego estaba sentado en una silla bajo la sombra de un árbol, con la mirada perdida en la costa. Roberto no sabía muy bien cómo afrontar la conversación, por eso decidió exponer lo que tenía en la cabeza y ver lo que ocurría.

—Debo decir que, cuando ayer encontramos el cuerpo del capitán Montes, me costó creer que se hubiese suicidado. Era demasiado orgulloso para hacerlo y estaba convencido de que se saldría con la suya. Incluso yo llegué a pensar que lo conseguiría. —Diego mantuvo la mirada al frente—. Tampoco creí que Luis Cuesta lo hiciese. Era un capullo engreído y demasiado cobarde como para colgarse del cuello con una cuerda. En cuanto a Héctor Loyola dudo que quisiese quitarse la vida con toda la riqueza que había acumulado y sin que tuviese ningún motivo real para hacerlo. ¿Un bote de pastillas? Así solo se suicidan las mujeres. Adolfo Guillén es el único que me creo que pudiese cortarse las venas en la bañera. Era un sádico psicópata, una mente enfermiza que perfectamente podría haber optado por el suicidio en un momento dado.

—¿Qué quieres decirme con toda esta parrafada? —preguntó Diego con voz cansada, sin mirarle.

—Si damos por hecho que no se suicidaron, eso implicaría que hubo una mano ejecutora tras la muerte de cada uno de ellos. Sinceramente, pensé que había sido Montes, o que al menos él había ordenado sus muertes, quizás a Marcos Molina. Pero algo no me encajaba —dijo sacudiendo la cabeza—. El hecho de que en el escenario de cada una de las muertes apareciesen las fotos de la primera violación que cometieron no podía ser casual. Ellos guardaban esas fotos en sus cajas fuertes como un seguro de vida y de compromiso con la Hermandad. Quien les obligó a abrirlas antes de matarles quería que se supiese lo que habían hecho, para que no hubiese duda de por qué se habían

suicidio. —Antes de continuar se situó delante de Diego para obligarle a posar los ojos en él—. Alguien que quería que el mundo supiese que merecían morir por lo que le habían hecho a Ana.

Diego le miró durante unos segundos, como si analizase sus palabras, hasta que finalmente preguntó:

—¿Estás diciendo que les maté yo?

—Bueno, tú mismo lo dijiste, gente así solo merece la muerte.

—Una cosa es decirlo y otra muy diferente hacerlo —le replicó molesto—. Además, ¿qué pruebas tienes?

—Hasta hace un minuto ninguna.

—¿Y qué es lo que de pronto te ha hecho sospechar de mí?

—Que dijese que tu hija descansa en el fondo del mar. Marcos no nos dijo eso en su declaración. Según él, la enterró en un monte cercano, aunque a los cuatro fundadores de la Hermandad les dijo que había arrojado su cuerpo al mar. Por lo que veo, Eva no te lo contó, así que solo conoces la versión que alguno de ellos te dio antes de acabar con su vida.

—Me parece que te estás equivocando de asesino. Los asesinos son ellos.

—Lo sé, pero eso no justifica lo que has hecho.

—¿Acaso tienes alguna prueba que demuestre mi culpabilidad?

—La verdad es que no —reconoció Roberto, lo que hizo que Diego se recostase en el respaldo de su silla, con gesto más relajado—, pero no me costaría conseguirla. Recuerdo que el día que llegué a Llanes desde Madrid Eva te llamó varias veces y no pudo localizarte. Fue justo la noche en que murió Adolfo Guillén.

—No es una prueba muy válida. Puedo darte cientos de explicaciones para eso.

—Bastaría con mirar el posicionamiento de tu teléfono móvil y averiguar dónde estuviste cuando se produjeron cada una de las muertes. Estudiar tus movimientos bancarios para ver si tuviste algún gasto en esos lugares. Ya sabes, repostajes en gasolineras, recibos de hotel, tickets de restaurantes, peajes... O simplemente revisar las cámaras de seguridad de cualquier establecimiento cercano al lugar donde murieron. Seguro que en alguna de ellas apareces en las horas cercanas a su muerte.

—No parece que estés dispuesto a dejar así el tema —dijo Diego mirándole directamente a los ojos.

—Te lo dije, mi trabajo es detener a quienes incumplen la ley.

—Supongo que no imaginas lo que un hombre está dispuesto a hacer por un

hijo.

Esa frase se clavó en la mente de Roberto como un dardo, hasta el punto de dejarle sin palabras. Pasaron varios segundos hasta que Diego se puso en pie y le preguntó:

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —replicó sorprendido Diego.

—No imagino el dolor por el que has pasado todos estos años, sin saber dónde estaba tu hija ni lo que le había ocurrido —comenzó a decir, siguiendo un razonamiento que no podía controlar—. No sé por lo que pasó Ana, pero sí sé lo que sufrió Inés, incluso llegué a sentir su dolor. Si hubiese sido mi hija imagino que, de haber podido, los habría matado con mis propias manos. Digo que me lo imagino porque yo no estoy en tu piel ni en la de ninguno de los padres que perdieron a sus hijas a manos de esos depravados.

—Me alegra que al menos puedas entenderme.

—No he pasado por ello, así que jamás podré entenderte. Lo que sí sé es que ninguno de ellos merecía vivir, del mismo modo que tú no mereces pasar en la cárcel los años que te quedan de vida por hacer justicia, aunque no sea del modo en que yo entiendo que debe ser la justicia. —Las palabras de Roberto despertaron un brillo en los ojos de Diego—. En realidad, como la entendía hasta ahora. Si este caso me ha enseñado algo es que hay personas para quienes la cárcel es poco castigo.

—No estoy orgulloso de lo que hice, te lo aseguro —se sinceró Diego, sin darse cuenta en ese momento de que estaba reconociendo su culpa.

Roberto se atrevió a poner la mano sobre su hombro, mientras le decía:

—No pienso detenerte, Diego, pero necesito saber cómo lo hiciste.

—¿Para poder grabarlo?

—Nada de grabaciones —le respondió negando con la cabeza a la vez que se palpaba los bolsillos del pantalón corto que llevaba puesto—. Es más, ni siquiera llevo el móvil encima.

Diego le miró a los ojos, como si esperase encontrar la verdad en ellos, y finalmente asintió con la cabeza.

—Está bien, pero vamos a dar un paseo hasta la playa —dijo poniéndose en pie—. Te contaré lo que ocurrió.

Al llegar al final de la finca, Diego abrió una pequeña portilla de madera y accedieron a un sendero que se unía unos metros más allá con el que se dirigía a la playa de Poo, siguiendo un recorrido paralelo al río que desembocaba en ella.

—Los primeros años lo pasé muy mal —comenzó a explicar Diego con voz pausada—. Estuve buscando a mi hija sin descanso. Cada vez que podía me acercaba a Benidorm y recorría los pueblos de la zona en busca de pistas. No podía creerme que nadie la hubiese visto y me negaba a rendirme.

—¿Encontraste algo?

—Nada, solo un profundo silencio, durante años, hasta que hace dos ocurrió algo. —El hombre hizo una breve pausa para mirarle con expresión temerosa—. Vas a pensar que estoy loco por lo que voy a contarte.

—Prueba.

—Tengo un amigo en la Comandancia de la Guardia Civil de Gijón, uno de los muchos compañeros que me ayudaron cuando desapareció Ana. Mantenemos una buena amistad y de vez en cuando quedamos para tomar unas sidras. Ese día me contó que sus compañeros habían encontrado a una joven medio muerta a las afueras de Gijón. Yo no le di mucha importancia, hasta que esa tarde, mientras paseaba, pasé por delante de la casa de la *Bruxa* del Cuera y me dijo que fuese al hospital a verla.

—¿Por qué?

—Porque, según ella, lo que le habían hecho a mi hija se lo habían hecho también a esa joven —respondió Diego con voz profunda—. Al principio pensé que me estaba tomando el pelo, pero recordé lo que la gente decía de ella; ya sabes, que hablaba con los muertos y esas cosas, así que decidí ir a Gijón para hablar con esa joven.

—Era Lucía, ¿verdad?

—Sí. Al principio no quiso hablar conmigo, pero, cuando le dije que mi hija había pasado por lo mismo que ella, accedió. La pobre chavala me contó entre lágrimas lo que le habían hecho esos cabrones y me dijo que había reconocido a uno de ellos, a Héctor Loyola. Durante los siguientes días no supe muy bien qué hacer con esa información, hasta que decidí seguir a ese cabrón. Por desgracia acababa de abandonar el país, pero aproveché para investigar sus negocios y su vida personal. Me metí en sus redes sociales y en las de sus amigos y familiares, intentando encontrar algo que me confirmase que había estado en Benidorm durante la desaparición de mi hija.

—¿Y lo encontraste? —preguntó Roberto—. Porque nosotros no encontramos nada de esa época.

—Yo tampoco, pero imprimí fotos tuyas de las redes sociales, de cuando era más joven, y me dediqué a recorrer todos y cada uno de los hoteles de Benidorm, con la esperanza de que alguien le reconociese. Cuando vi que no tenía suerte, amplíé la búsqueda a los pueblos de alrededor y me fui alejando más y más, con la esperanza de que alguien reconociese su foto y le recordase de su paso por allí. —Diego negó con la cabeza—. Nada, no tuve suerte, hasta que leí una entrevista que le hicieron en la prensa asturiana. Le ponían como uno de los empresarios más importantes de la región y decían que iba a fundar una empresa tecnológica en Asturias, motivo por el cual se había instalado en Oviedo, así que decidí ir a por él. Aunque no tenía pruebas, estaba decidido a arrancarle la verdad del modo que fuese. Le seguí durante varias semanas, estudié sus hábitos y costumbres, lo planeé todo al detalle, y hace tres meses fui a por él.

—Lo asaltaste en su casa —dedujo Roberto.

—Sí. Su familia se había ido de viaje a Estados Unidos, así que le pillé solo. En cuanto le puse el revólver en la cabeza me lo confesó todo. Me dijo cómo habían matado a Ana y quienes habían participado en su violación y muerte. Me habló de la Hermandad y de lo que llevaban años haciendo, incluso me abrió la caja fuerte para que viese las fotos que guardaba en el interior. En esos momentos deseé volarle la tapa de los sesos, pero me di cuenta de que si me detenían no podría vengar a mi hija, así que le obligué a tomar un bote de pastillas de diazepam y lo observé mientras moría.

—Sin embargo, dejaste las fotos sobre la mesa de su escritorio para que todo el mundo las viese.

—Imaginé que los investigadores, al verlas, pensarían que se había suicidado y no investigarían más, como así fue.

—¿Y luego qué hiciste?

—Tenía los nombres de los otros tres implicados, así que los investigué durante los tres meses siguientes, y planeé su muerte con pocos días de diferencia, para que ninguno de ellos tuviese tiempo de huir en caso de que sospechase lo que le esperaba.

—Luis Cuesta fue el primero —afirmó Roberto, mientras pensaba de qué modo eso había marcado su implicación en el caso.

—Sí, aunque todo estuvo a punto de salir mal. La noche anterior era cuando tenía planeado entrar a por él, dado que solía quedarse hasta tarde en su despacho, pero no se encontraba en casa, así que opté por esperar en el coche. A la mañana siguiente regresó y, en cuanto su mujer se fue de compras después de comer y la criada se encerró en su habitación, me colé por la ventana. No necesitaba que me confesase nada. Héctor me había contado lo que cada uno de ellos guardaba en su caja fuerte, como parte de su pacto sagrado, las fotos de la violación de mi hija, así que le obligué a abrir la suya y eso fue su sentencia.

—Le colgaste de la lámpara.

—Sí, aunque el cabrón estuvo un rato pataleando hasta morir.

No lo dijo con sorna, sino con una frialdad que dio a entender a Roberto que no había disfrutado con ello. Solo que había hecho justicia por la muerte de su hija.

—Luego fuiste a por Adolfo Guillén.

—Ese cabrón era un psicópata depravado, el peor de todos. Le pillé dándose un baño, preparándose para una de sus habituales fiestas privadas. Estaba bebido y drogado, así que se puso a llorar como un niño en cuanto le puse el cañón del revólver en la cabeza. Le obligué a abrir la caja fuerte y luego regresamos al baño, donde le ordené meterse de nuevo en la bañera y cortarse las venas —dijo con expresión satisfecha, aunque se justificó de inmediato—. Ese cabrón merecía morir así, él más que ningún otro, te lo aseguro.

—Lo sé —admitió Roberto—. ¿Qué pasó con Sergio Montes? ¿Por qué no le mataste entonces?

—Él era el último de la lista y el principal culpable de la muerte de mi hija, pero entonces ocurrió la desaparición de Inés y la presencia de la UCO me obligó a esperar. No podía matarle estando vosotros aquí, era demasiado arriesgado, así que esperé el momento oportuno.

—Que fue cuando le soltaron.

—Sí. Tenía miedo de que se pudiese escapar, así que decidí no esperar más e ir a por él.

—¿Sabías que estaba en casa solo?

—Ayer por la tarde estaba en Llanes cuando vi subir a su mujer al autobús de ALSA que iba a Oviedo, así que imagine que estaría solo.

—Se fue a Burgos, a casa de una hermana, por petición de su marido para mantenerla lejos de la prensa.

—Eso no lo sabía.

—¿Qué ocurrió en su casa cuando llegaste? —preguntó Roberto.

—Le asalté por sorpresa con relativa facilidad, aunque en esta vez no fui capaz de dominar mi rabia. A la vez que abría la caja y sacaba las fotos, comenzó a decirme lo mucho que había disfrutado violando a mi hija y que jamás encontraría su cuerpo, porque lo habían arrojado al mar. No pude dominarme y le volé la cabeza de un disparo.

—Pensé que tu revólver estaba inutilizado.

—El que viste tú, sí, pero conseguí otro en el mercado negro hace unos años. Lo puse en su mano antes de irme.

—Sabes que los de Criminalística demostrarán que el arma no estaba en su poder cuando disparó, ¿verdad?

—Los guantes que llevaba puestos eran míos, así que tienen restos de pólvora.

—Veo que pensaste en todo.

—Tuve mucho tiempo para planificar sus muertes y no dejar ningún cabo suelto, aunque está claro que no todo salió tal y como yo esperaba, o no estaríamos manteniendo esta conversación —dijo con un velo de tristeza en la mirada—. No me importaría pasar el resto de mi vida en la cárcel por haber vengado lo que le hicieron a mi hija, pero me queda todavía otro hijo del que cuidar y al que proteger.

—Pensé que tu hijo estaba casado.

—Y lo está, pero un padre no deja nunca de preocuparse por sus hijos. Lo entenderás cuando lo seas.

Roberto asintió con la cabeza y miró hacia su espalda.

—Bueno, creo que deberíamos regresar ya. Tengo que ir a Oviedo con Eva y luego me espera mi trabajo en Madrid.

—¿Entonces no vas a detenerme?

—Ya te lo dije antes —reiteró mirando al hombre directamente a los ojos—
—Tú no eres el monstruo en esta historia, solo una víctima más. Un hombre

destrozado por el dolor que merece vivir los años que le quedan en paz.

—Gracias —acertó a decir.

—No tienes por qué dármelas, es lo que Ana habría querido.

Los primeros kilómetros de viaje apenas hablaron. Roberto seguía dándole vueltas a la conversación con Diego, convencido de que había hecho lo correcto. Un hombre como él no merecía entrar en la cárcel y compartir celda con criminales como los que habían asesinado a su hija.

Por primera vez en su vida veía las cosas de un modo diferente. Siempre había pensado que los criminales debían recibir un castigo, independientemente de que su delito fuese justificado o no. Por ese motivo estaba en la UCO, aunque algo había cambiado en su forma de pensar en los últimos días. Su concepto de justicia había cambiado tras todo lo que había vivido durante la investigación de la muerte de Inés. Los criminales merecían ser castigados, eso lo tenía claro, pero la definición de criminal dependía mucho de lo que esa persona había sufrido y de lo que había motivado ese acto.

Para él Diego no podía ser tratado como un criminal. Era un hombre cuya hija había desaparecido sin dejar una sola pista de lo ocurrido. Un hombre que había vivido durante trece años sin saber si estaba viva o muerta, para descubrir al cabo de ese tiempo el modo tan cruel y sádico en que había muerto. Diego era una víctima, como lo había sido su hija y las hijas de muchos otros a los que ahora la UCO debía hacer justicia.

La mayoría de los miembros de la Hermandad ya habían sido identificados y todos terminarían en la cárcel, para pagar por su ambición y por un enfermizo deseo de poder que les había llevado a violar a una menor y a participar en su tortura. Quizás las condenas no fuesen tan duras como merecían, pero cuando todo saliese a la luz sus vidas quedarían arruinadas para siempre. No iban a quedar impunes.

—¿Qué te ocurre, que niegas con la cabeza? —le preguntó Eva sentada a su lado, en el asiento del acompañante.

—Nada, solo pensaba en lo complicado que ha sido este caso.

—Antes te vi hablando con Diego. ¿Iba todo bien?

—Sí, solo quería agradecerme que hubiésemos descubierto lo que le había pasado a su hija.

—Es una buena persona —aseguró ella convencida—. Espero que esto le ayude al menos a encontrar la paz.

—Seguro que sí.

Volviéron a quedarse en silencio unos segundos, hasta que Eva preguntó:

—¿En serio que estás bien? Llevas muy callado desde que salimos de Llanes.

—Sí... bueno, no sé. Estoy pensando que quizás sea momento de dejar la UCO.

—¿Hablas en serio? —preguntó sorprendida.

—Quizás coja una excedencia una temporada, para pensar y replantearme la vida.

—¿Y qué harías entonces, te quedarías en Madrid?

Roberto dibujó una sonrisa antes de responder.

—Tenía pensado buscar algo en Oviedo. Después de todo es mi segunda casa y me parece una ciudad muy tranquila para vivir.

—¿No vas a volver a Nueva de Llanes?

—La verdad es que no me han quedado ganas de volver a Llanes en una buena temporada —dijo soltando una ligera carcajada a continuación—. Es broma, claro que volveré, pero ahora mismo lo que quiero es estar cerca de ti.

Aunque no apartó la vista de la carretera, pudo apreciar por el rabillo del ojo la cara de sorpresa que puso ella.

—¿Sigues de broma o estás hablando en serio?

—Lo digo en serio, Eva. Me encantaría pasar más tiempo contigo. Yo... espera, es mejor que pare para que hablemos de esto.

Justo en ese momento había una salida de la autovía, así que la cogió y accedió a una rotonda donde había una pequeña explanada de tierra en la que detener el vehículo sin peligro. Puso el freno de mano y giró el cuerpo para mirarla a los ojos.

—Eva, no sé qué va a salir de todo esto. Puede que salga bien o que nos cansemos el uno del otro en cuanto pasemos una semana juntos. Lo que sí sé es que no quiero desperdiciar la oportunidad de descubrirlo. Prefiero equivocarme antes que arrepentirme el día de mañana por no haberlo intentado.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Eva, mientras alargaba la mano para acariciar su mejilla.

—Hace muy poco que he salido de una relación bastante traumática para mí. Ya lo sabes.

—Sí, Eva, pero...

—Sin embargo —prosiguió ella tapando sus labios para que la dejase hablar—, me he dado cuenta de que eres diferente a cualquier persona que haya conocido hasta ahora. Eres atento, cariñoso y comprensivo, pero, sobre todo, eres una buena persona. Nadie salvo tú habría llegado hasta el final en este caso solo para hacer justicia a una joven que no conocías de nada

—Excepto en mis sueños.

—Excepto en tus sueños. Estaría loca si te dejase escapar —dijo Eva aproximando los labios a los suyos.

—Tal vez seamos un par de locos.

—En ese caso vivamos esta locura juntos, mientras dure.

Roberto besó sus labios con pasión, a la vez que intentaba abrazarla contra él. Eso arrancó un gruñido de dolor en Eva, que se convirtió en una sonrisa cuando se separaron.

—Cuidado, sigo convaleciente.

—Por eso tengo que estar a tu lado, para cuidar de ti —aseguró convencido Roberto.

—En ese caso llévame a casa. Tengo un sofá cama ideal para ver películas.

—Lo haré encantado —dijo asintiendo—, aunque antes quiero pedirte un favor.

—Lo que quieras.

—No, lo digo en serio, Eva —prosiguió Roberto mirándola a los ojos—. Antes de ir a Oviedo me gustaría pasar por Candás. Hay alguien a quien tengo que conocer.

—¿Estás seguro?

—Sí. Después de hablar con Diego esta mañana me he dado cuenta de que un padre debe proteger a sus hijos, y yo tengo uno al que debo conocer. Tal vez odie a su madre por lo que hizo, pero él no tiene la culpa y merece al menos saber quién es su padre.

—¿Ves cómo eres buena persona? —aseguró ella acariciándole la mejilla.

—Bueno, no te emociones. Todavía tengo que lidiar con una abuela que seguro que me echará en cara muchas cosas y con una madre a la que metí en

la cárcel.

—Estaré a tu lado en todo lo que necesites.

—Gracias, Eva.

Roberto arrancó el coche y regresó a la autovía con una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Un nuevo capítulo comenzaba en su vida y estaba dispuesto a vivirlo como si fuese el más importante de todos.

Gracias por leer **Déjame morir**.

¡Tú opinión es importante para mí! No olvides dejar tu comentario o reseña en Amazon sobre esta novela. Me ayudará a saber qué cosas te han gustado y qué debo mejorar en futuras obras. Además, ayudará a que otros lectores la descubran.

También puedes entrar en mi blog <http://www.albertomeneses.es> y ver qué otras novelas he escrito, así como futuros proyectos, noticias y ayudas al escritor.

Si tienes cualquier problema con la visualización de esta edición, o si deseas enviarme alguna sugerencia, pregunta o comentario, puedes hacerlo al correo alberto.meneses@hotmail.es

Contacto con el autor:

Correo:

alberto.meneses@hotmail.es

Blog:

<http://www.albertomeneses.es>

Facebook:

<https://www.facebook.com/albertomenesesescritor>

Twitter:

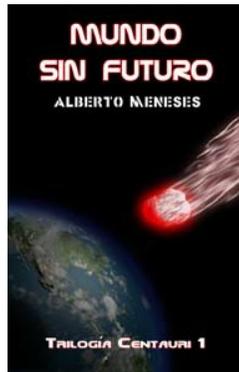
https://twitter.com/Albert0_Meneses

Linkedin:

<https://www.linkedin.com/in/albertomeneses-escritor>

Otras obras del autor

MUNDO SIN FUTURO (Trilogía Centauri 1)



El único deseo de Randy es regresar a casa para llevar una vida normal, alejado de las guerras en las que ha estado combatiendo durante los últimos años. Sin embargo, cuando la lanzadera espacial en la que viaja desde Marte sufre una inesperada avería, se ve inmerso en una interminable persecución, en la que su único objetivo será proteger la vida de la joven hija de un senador de los Estados Unidos.

Pronto los dos descubrirán la terrible verdad que se esconde tras esa cacería: un asteroide va a impactar contra la Tierra, borrando todo rastro de vida sobre ella. Sólo unos pocos podrán salvarse, en las lanzaderas espaciales que los gobiernos del mundo están construyendo en secreto, mientras la población ignora lo que está a punto de suceder.

[COMPRAR EN AMAZON ESPAÑA](#)

[ENLACE UNIVERSAL DE COMPRA](#)

TRILOGÍA CENTAURI



Toda la Trilogía Centauri en un solo pack a un precio rebajado. Descubre cómo la humanidad se ha expandido por la galaxia.

«Los tres libros enganchan desde el principio, tienen una trama inteligente y distinta en cada una de las partes»

«Trilogía muy recomendable y que te engancha hasta el final»

Vive la lucha de la humanidad por la supervivencia ante el inminente impacto de un asteroide que dejará la Tierra inhabitable.

Contiene:

- MUNDO SIN FUTURO
- CENTAURI, UN NUEVO FUTURO
- HIJOS DE CENTAURI

[COMPRAR EN AMAZON ESPAÑA](#)

[ENLACE UNIVERSAL DE COMPRA](#)

**DESTINO ORIÓN
(EL OCASO DE LOS DIOSSES 1)**



El inicio de una nueva saga que transcurre 3 siglos después de la Trilogía Centauri.

«Se suponía que aquel iba a ser un viaje hacia la libertad, hacia una nueva vida en la que podría comenzar desde cero dejando atrás las estrictas normas que habían regido toda mi vida. Sin embargo, esa libertad que tanto anhelaba iba a ser más difícil de alcanzar de lo que yo suponía.

El único modo de llegar a mi nuevo hogar era viajando hasta el otro extremo del universo en una pequeña nave de transporte, saltando de una estación espacial a otra y tratando de evitar las naves que los presos huidos del planeta Lexus estaban utilizando para masacrar a quienes caían en su poder.

Lo que yo no sabía al subir a la nave Aurora era que el mayor de todos los peligros se encontraba dentro de ella, entre los pasajeros que me acompañaban en aquel arriesgado viaje. Aunque había algo que ellos ignoraban: que estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para alcanzar mi ansiada libertad. Nadie iba a impedirme llegar al planeta Orión».

[COMPRAR EN AMAZON](#)

PACK EL OCASO DE LOS DIOS



Los 3 libros de El Ocaso de los Dioses en un solo pack a un precio rebajado.

Contiene:

- DESTINO ORIÓN
- EL ÚLTIMO PLANETA
- EL ROSTRO DE LA VENGANZA

[COMPRAR EN AMAZON](#)

MUERTE NEGRA (LA GUERRA DE LOS DIOS 1)



La nueva saga que finaliza el recorrido que inició la Trilogía Centauri y continuó con la saga El ocaso de los dioses.

Han pasado diez años desde que los navajos atacaron Arcadia e iniciaron la guerra contra la humanidad. La Federación Interplanetaria está sufriendo una derrota tras otra y nuestra raza se encuentra al borde de la extinción ante un enemigo que no hace prisioneros.

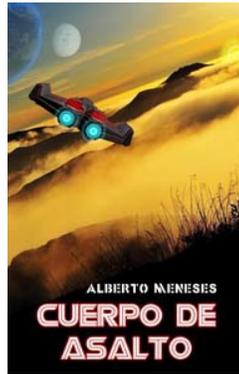
Un pelotón de rangers viaja al planeta Alvia en busca de la única persona que puede ayudarles a ganar la guerra, pero al llegar encuentra algo que no esperan: las calles están pobladas de cadáveres.

Lo que en un primer momento parece ser fruto de un ataque los navajos, pronto revelará algo más terrible y terrorífico: los habitantes se han matado unos a otros después de que una lluvia negra cayese sobre ellos, transformándoles en algo... ¡inhumano!

El reloj está en marcha y nuestro fin se acerca.

[COMPRAR EN AMAZON](#)

CUERPO DE ASALTO



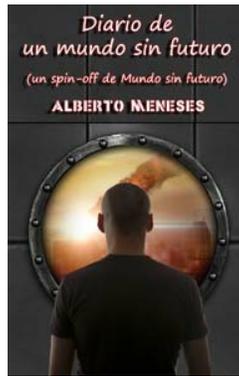
La humanidad está al borde de la extinción. Los recursos de la Tierra se han agotado y el hambre y las enfermedades diezman a la población, obligando al ser humano a trasladarse al Sistema Hermes. Allí conocerá un bienestar como nunca hasta entonces, aunque tras dos siglos de paz y prosperidad una nueva amenaza se cierne sobre nuestra raza. Los antianos, la única raza inteligente de Hermes, amenazan con adueñarse de la galaxia y exterminar al hombre para siempre. La única opción es tomar las armas y crear un ejército capaz de parar el avance de los antianos y derrotarles.

Tommy es un chico tímido que ha perdido a sus padres al inicio de la guerra y cuyo único deseo es poder vengar su muerte. Su vida comenzará a cambiar cuando se convierte en una estrella del Rompedor, el deporte más famoso de la época, formando parte del equipo de los Toros. Junto a ellos conocerá la gloria y la fama, aunque las continuas derrotas del ejército colonial a manos de los antianos le devolverán pronto a la realidad. Los humanos están perdiendo la guerra y la única esperanza de impedirlo reside en un nuevo traje de combate y la unidad que lo maneja: el Cuerpo de Asalto. Tommy se alistará en él, sin saber que esa decisión cambiará para siempre el rumbo de la guerra.

[COMPRAR EN AMAZON ESPAÑA](#)

[ENLACE UNIVERSAL DE COMPRA](#)

DIARIO DE UN MUNDO SIN FUTURO



Roberto recibe una llamada de un amigo que trabaja en la NASA, en la que le advierte de que un asteroide está a punto de impactar contra la Tierra, borrando la vida en la mayor parte de ella.

A partir de ese momento inicia una carrera por la supervivencia, buscando un lugar en el que refugiarse y haciendo acopio de todos los víveres que necesitará para no perecer en los meses posteriores al impacto.

No será una tarea fácil, y menos cuando un antiguo amor de la adolescencia reaparece de nuevo en su vida. Roberto deberá tomar decisiones vitales para su supervivencia, mientras el reloj corre y la sociedad que le rodea se transforma conforme se acerca la fecha del impacto.

Diario de un mundo sin futuro es un spin-off, una historia paralela a la que se desarrolla en la novela **Mundo sin futuro**. Transcurre en el mismo tiempo, pero en distinto lugar: en León (España).

[COMPRAR EN AMAZON ESPAÑA](#)

[ENLACE UNIVERSAL DE COMPRA](#)

INUNDACIÓN: EL DESPERTAR



La Gran Inundación ha sumergido la Tierra. Los supervivientes viven en ciudades-cúpula a varios kilómetros bajo la superficie del mar. Ya no existen países ni estados y el ser humano ha tenido que adaptarse tecnológicamente para lograr sobrevivir.

En una de las ciudades, Nueva Cartago, la paz se ve alterada cuando aparecen los cuerpos de varios ciudadanos muertos en extrañas circunstancias. Daniel será el policía encargado de investigar y perseguir al autor, sin saber que sus creencias se vendrá abajo cuando descubra la terrible verdad que se oculta tras los asesinatos.

¿Qué oscura amenaza ha despertado en la ciudad? ¿Qué papel juegan los misteriosos guerreros vestidos de negro que la recorren? ¿Está Daniel preparado para afrontar su destino?

[COMPRAR EN AMAZON ESPAÑA](#)

[ENLACE UNIVERSAL DE COMPRA](#)

ALBERTO MENESES

1. Nombre que se le da en Asturias a la lluvia fina
2. Chavala
3. Modo coloquial para referirse a los guardias civiles
4. Heroína
5. Nombre que recibe la cantidad de sidra que se vierte en el vaso y que se toma de un solo trago
6. Molusco conocido de forma común como lapa.
7. Bruja, en asturiano